

El dragón estelar



VÍCTOR CONDE

Lectulandia

Erik Draven lleva toda su vida huyendo. Mientras los quimerianos, una raza de guerreros que ha extendido sus oscuras alas por la galaxia, lo persiguen sin tregua, su destino se cruzará con el de la capitana Ronin Telser. Tras conocer a la que podría ser la mujer de su vida (o la causa de su ruina más absoluta), Erik se verá envuelto en una trama que afecta a los antiguos dioses y tendrá que afrontar la verdad: aunque las fuerzas de los quimerianos parezcan invencibles, ningún hombre puede huir para siempre...

Lectulandia

Víctor Conde

El dragón estelar

ePub r1.0

Balhisay 14.04.16

Título original: *El dragón estelar*
Víctor Conde, 2007

Editor digital: Balhissay
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi hermano,
que siempre creyó en la fantasía

Hay personas que se niegan a conocer la derrota, aun cuando ello les exija los más terribles sacrificios. ¿Los juzgará la historia como héroes o como locos?

NYLKON VULTAMAR, confidente de la serpiente dorada,
Meditaciones sobre una encrucijada del camino (borrador).

Oración de los arcanistas al legado de los dioses perdidos

Haré memoria, y no olvidaré, de Glorien Zalanthias, que hiere de lejos, a quien Medeontas raptó de niño y crió entre prados de estrellas.

Allí donde reposara el cetro de la vida, arco celestial con el que Glorien dispara su semilla a los confines de galaxias distantes, nada podrá detener la transfiguración de todas las cosas, y el nacimiento de algo nuevo donde antes sólo subsistía el vacío.

Haré memoria de la bella Laren Zalanthias, la Dama de los Cien Caballos y hermana de Glorien, escoltada por todos sus hijos en un carro tirado por osos polares.

Cuando ella cantaba derramábase la hiel de las nebulosas, sudaban luz y polvo de hielo los agujeros negros, y jugaban las ninfas con las hijas del dios Peirón, de profundo seno.

Recordaré sus nombres y los pronunciaré para que sean verdades; para que enseñen los secretos perdidos a los artesanos que moran la tierra y sueñan el cielo.

Recordaré sus nombres, para que algún día regresen del río del olvido.

Recordaré.

PRIMERA PARTE

FUGITIVOS

1

El chacal y la presa

A la capitana Ronin Telser le gustaba andar por el casco de la nave.

Era el único lugar donde podía encontrar auténtica soledad, lejos de las miradas, de las preguntas, del roce de centenares de personas que siempre estaban esperando que ella hiciera algo. No importaba qué ni por qué motivo, pero algo. Conocía a fondo y confiaba en los miembros de su tripulación, pero había días, y éste sin lugar a dudas era uno de ellos, en que necesitaba la compañía del vacío.

Las tres naves coloniales avanzaban en absoluto silencio de radio, temerosas de ser descubiertas por los exploradores quimerianos. Vistas desde lejos daban la impresión de ser la cabeza de un cometa, disfraz apoyado por la nube de asbestos que las rodeaba como una mortaja de plata. La más grande, y la única que poseía armamento, era el *Dédalus*. Las otras portaban sobre todo comida y útiles de minería, que resultarían indispensables para la supervivencia allí donde pensaban establecerse, en las llanuras del mítico planeta Furiony.

Si llegaban.

Ronin alzó la vista hacia la segunda nave, el *Íkarus*. Pese a sus trescientos metros de largo (orientados más hacia la funcionalidad que a la elegancia), poseía una línea esbelta, afilada, casi atractiva a la vista. Era un enorme carguero lleno de ilusión con forma de estaca, con los impulsores a mitad de manga y el barroco puente en forma de gárgola enclavado en la popa. Ilusión, sí, por fundar una vida lejos del núcleo de la galaxia, de los quimerianos y de una locura que ya había consumido cien mundos.

La serena majestad de los cuerpos celestes la embriagó. Si los seres vivos pudiesen permanecer sin guerrear un solo instante, un solo momento en el eterno fluir del tiempo...

Un zumbido en su intercomunicador mató la poesía del momento. Era Sobek, su lugarteniente y persona de confianza. Ella misma lo había elegido entre un centenar de candidatos, y aunque no era un hombre especialmente creativo, sí que poseía un talento innato para hacer balance de necesidades en momentos de crisis.

—Adelante, te escucho.

La voz de su lugarteniente llegaba distorsionada. Ronin dedujo que la nube de asbestos tenía bastante que ver con ese fenómeno.

—Capitana, debería entrar. Nos acercamos a la Puerta Hefauk. Tiempo estimado de llegada: quince minutos.

—De acuerdo —convino ella—. Entraré por la esclusa veintisiete.

Como el interior del traje estaba hueco, desde la cabeza a los pies, Ronin oyó el eco de sus pisadas, audibles sólo en aquel coto cerrado de oxígeno que protegía su vida. Desconectó las suelas magnéticas y atravesó una esclusa de presión, que inmediatamente la aisló del vacío. Dos minutos después, el ordenador le dio permiso

para quitarse la escafandra.

Ronin hizo un gesto caduco: agitó la cabeza para apartarse unos cabellos de la cara, cabellos que ya no tenía. Se había cortado la hermosa melena castaña hacía pocas semanas, en un intento de alejarse todavía más de una imagen que significaba demasiadas cosas. Cosas que quería olvidar. Dejó la escafandra en un armario y se desnudó, conservando sólo la ropa interior. Luego se ciñó los pantalones reglamentarios, una camisa con ribetes dorados, y sus queridas botas sin anclaje magnético, pero más que respetuosas con sus pies cansados. En las manos, dos anillos de platino proclamaban la jerarquía de su portadora.

Llegó al puente de mando usando el ascensor central. Un par de oficiales se cuadraron a su paso, pero ella los despachó con un gesto. Sobek la esperaba de pie junto a la consola principal.

—Me alegra que haya vuelto sana y salva de su excursión —masculló.

—Ya sé que no te gusta que salga, pero es el único punto ciego de la nave. —Tiró un poco de sus mangas—. Uf, me quedan estrechas.

—Debería solicitar un nuevo uniforme.

—No es necesario. Al término de esta misión, el almirante Christof va a pedir que lo transfieran a su mundo natal. Lo reemplazará su ayudante, y yo he solicitado el puesto de éste.

—Y creo que lo conseguirá, capitana. —Sobek la miró con una mezcla de admiración y curiosidad—. Pero me temo que no parará ahí.

—No te creas. Para ascender más necesitaría invertir mucho esfuerzo, y creo que será mejor que dedique mi tercera década a otras cosas. No —se alisó las hombreras—. toda persona tiene un límite. Vicealmirante de la flota es el mío.

—Es un puesto de excesiva responsabilidad para alguien de su edad.

—Soy más vieja de lo que aparento, Sobek. —Simuló enfado por haber sacado ese tema—. Y no me hagas decirlo en voz alta. Odio los cardinales.

—¿Excluye el matrimonio?

—Uhm... No lo excluyo, pero tampoco es algo que necesite. Además, ya estuvo a punto de salir mal una vez.

El comentario le hizo gracia, y la obligó también a pensar. Muchas veces, en su vida de adulta, se había concentrado en los hechos y en los sistemas, excluyendo a la gente como individuos. Cuando había relajado el control y se había acercado a uno de ellos, se dio cuenta de lo poco predecibles que son las pasiones humanas. No recordaba su nombre, por extraño que parezca, pero sí imágenes sueltas de cuando la relación aún consumía combustible pasional: pelirrojo, cabeza ladeada, la luz del techo arrancando fulgores cobrizos a su pelo, un cuerpo que había sido diseñado para encajar sin estridencias dentro de un uniforme... Ronin se llevó un disgusto cuando tuvo que echarlo de casa.

—A veces, nosotras, las que trabajamos, no podemos elegir mucho —suspiró—. Si el puesto que tenemos no nos gusta, nuestra única opción es ascender. El camino

opuesto es un retorno hacia problemas que ya damos por superados, y que sería muy duro volver a afrontar.

La puerta estelar apareció en la pantalla, flotando con titánica sobriedad en medio de la nebulosa. Ronin se sobrecogía cada vez que veía una. Y no podía evitarlo: enorme, milenaria, desconocida... Un monstruo que les recordaba lo pequeños que eran al lado de las maravillas del universo. Al lado de sus misterios.

—¡Contacto en el radar de largo alcance! —avisó un oficial. Ronin y su lugarteniente dieron un respingo.

—¿Qué?

La capitana apenas tuvo tiempo de lanzar una imprecación: las naves quimerianas, interceptores de eslora mediana clase panzer, penetraron en su cono de radar como abejas nerviosas. Habían salido de alguna parte en las profundidades de la nebulosa, y aunque no eran demasiadas (por su número y configuración de ataque dedujo que no pasaba de ser un escuadrón de vigilancia), constituían un serio peligro para un convoy escasamente defendido.

Las alarmas comenzaron a sonar.

—Alerta roja en todas las secciones —dijo Ronin, conservando la calma—. Preparados para un ataque directo. —Miró a Sobek—. Ya continuaremos la charla más tarde.

—Baterías activadas —informó aquél—. Rejilla defensiva al cien por cien de su capacidad. Programas de predicción de trayectoria activados.

Si la capitana se encontrase todavía dando su paseo por el casco de la nave, habría visto cómo largas secciones de éste se desplazaban, exponiendo los cuadros de baterías cuatricañones que, en ese momento, constituían su única defensa. El *Dédalus* disponía además de dos cazas ligeros de apoyo, pero Ronin prefería reservarse algunos triunfos en la mano.

El combate fue rápido y cruel. Los destellos de explosiones cercanas cegaron momentáneamente sus sensores, mientras las contramedidas actuaban y las baterías trataban de crear cortinas de fuego que abatiesen a las naves enemigas. No era la primera batalla espacial de Ronin (ya se había enfrentado contra los quimerianos antes, aunque en circunstancias muy distintas y sin tener a tantos civiles a su cargo), pero sí podría ser la última. Los panzers maniobraban como avispa en celo y soltaban todo lo que tenían sobre ellos, incluyendo ojivas nucleares y tornados de mesones.

La situación cambiaba con rapidez, lo que volvía imposible hacer balance: el *Íkarus* estaba dañado, y de la tercera nave colonial no sabían nada. Parecía haberse volatilizado de la pantalla de radar, aunque todos sabían que eso era muy improbable. Ronin había oído hablar de la insólita eficacia destructiva de los quimerianos, pero no creía que fuese tan espantosa como para borrar del mapa un navío de ese tamaño en tan poco tiempo. Rezando por que al menos una nave del convoy tuviese una oportunidad, consultó la pantalla táctica: el *Íkarus* estaba justo frente a ellos, en la

misma trayectoria de caída hacia la puerta, y ya emitía el código cifrado que la activaría. Su comandante estaba desesperado: aquella señal podía ser interceptada por el enemigo, y aunque había pocas posibilidades de que la descifrasen, mantener en secreto el lugar de destino era una prioridad absoluta.

—Decidle a ese tonto de Yrek que espere hasta que esté a punto de cruzar —masculló Ronin, refiriéndose al capitán de la otra nave—. Si se deja llevar por la angustia, todos lo pagaremos.

Había algo inusual en aquel combate, y Ronin tardó casi un minuto en darse cuenta de qué era: los quimerianos estaban luchando en dos frentes a la vez. Por un lado, hacían lo posible por evitar que el convoy colonial alcanzase la puerta, pero por otro, estaban librando una feroz lucha contra lo que parecía ser uno de los suyos.

—¿Qué está pasando aquí, Sobek? —preguntó la capitana, confundida.

Su segundo estaba igual de atónito. Inclinandose sobre el radar 3D, siguió las evoluciones de uno de los luchadores quimerianos, un mirmidón. Sobek había visto antes esa tecnología (un diseño capaz de convertir un caza estelar de combate en un robot antropomorfo de grandes dimensiones, con poder letal de fuego), pero nunca siendo usada contra los propios panzers.

En efecto, un guerrero solitario, con su mirmidón en modo humanoide, abatía a todas las naves quimerianas que se abalanzaban sobre él y trataban de rodearle. Los panzers le lanzaban misiles y cortinas de láser, que el piloto esquivaba haciendo gala de un dominio admirable de su máquina. Y no sólo eso: había allí una forma de luchar que recordaba ciertos modos marciales, tácticas prohibidas desde hacía siglos. Sobek intuyó que aquel guerrero no era un soldado más.

Los panzers se colocaron a su diestra y abrieron fuego. El mirmidón, en lugar de huir del enjambre de cohetes, se dirigió hacia él de cabeza. Ronin pensó que lo siguiente iba a ser un potente destello y una nube de pedazos de mirmidón calcinados, pero no fue así: su máquina mutó en pleno vuelo, adquiriendo la forma de un estilizado caza en punta de flecha, y aceleró. El repentino cambio en la velocidad del blanco confundió a los sistema de guía de los cohetes, que chocaron unos contra otros tratando de acertar en un blanco que los sorteaba por su mismo centro. El mirmidón volvió a cambiar sin disminuir de velocidad; aparecieron manos y un cañón de grueso calibre con tambor rotatorio, y lo siguiente fue una carnicería.

—Nos está defendiendo —se maravilló Ronin.

El lugarteniente Sobek no estaba tan convencido.

—Podría ser un truco. ¿Quién es el chacal y quién la presa en esta pantomima? —dijo, parafraseando el conocido verso de un drama clásico.

—¿Un truco? No lo creo. Fíjate: ese guerrero les está ocasionando más pérdidas que todo un escuadrón de apoyo de los Mundos Unidos. Aquí está sucediendo algo más de lo que vemos.

—Oh, no... —exclamó alguien. Ronin miró la pantalla: el *Íkarus* había sido alcanzado. Escoraba hacia atrás, desestabilizado por el impacto de un misil nuclear;

su popa se levantaba mientras la nave entera perdía velocidad y se dirigía directamente hacia ellos. Colisionarían en menos de cincuenta segundos.

—¡Transfiéreme el control manual de las baterías! —gritó Ronin, ocupando con violencia el lugar del artillero. Sobek ni siquiera se planteó entender la orden: cuando su capitana se ponía así, se sobreentendía que no había tiempo para explicar lo que quería hacer. Simplemente, había que hacerlo.

Una consola virtual se iluminó ante Ronin, y dos mandos holográficos le abrazaron las muñecas. La capitana situó los puntos de mira de las armas de su nave en la que se le venía encima. Sobek contuvo la respiración: ¿acaso pretendía destruir lo que quedaba del *Íkarus*? ¿Tan poco margen quedaba para la esperanza?

Ronin se pasó la lengua por los labios, afinando la puntería sin pestañear. Una voz anunció que faltaban pocos segundos para que ambas naves chocaran, y la cuenta siguió descendiendo. La luz de colisión brotó intermitentemente de las mamparas. El ordenador cerró de forma automática las secciones de proa para evitar despresurizaciones.

—¿Hacia qué dirección estamos esquivando? —preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—¿¡Hacia dónde nos movemos, maldita sea!?

Sobek se aferró al pasamanos que bordeaba su puesto.

—¡Derivamos hacia estribor!

La enorme masa del *Íkarus* se elevó de costado, ocupando toda la pantalla. Era un gigante que se cernía sobre ellos, imposible de esquivar a aquella velocidad. Sus motores de impulsión estaban aún funcionando a pleno rendimiento, pero no había nadie que los controlase. Precisamente al anillo de impulsores de maniobra fue donde apuntó Ronin: contó hasta tres, dejó que la computadora de tiro afinara sus cálculos, y apretó el gatillo.

Las baterías del *Dédalus* abrieron fuego conjunto. Fueron seis andanadas muy rápidas que destrozaron los motores de babor de su gemela. Como los de estribor seguían funcionando a plena potencia, lo que logró fue un empuje diferencial: lentamente, la nave colonial herida fue rotando hacia babor, alejándose más de ellos.

Ambas naves pasaron muy cerca una de la otra, tanto que desde el puente pudieron apreciar las ventanas en el fuselaje del *Íkarus*, e incluso distinguieron personas huyendo despavoridas de un lado para otro. Luego, los panzers cayeron implacablemente sobre ellos.

Ronin bloqueó el circuito que anclaba su mente a las sensaciones. No podía permitirse en un momento tan crítico sentir pena ni dolor. Convirtiéndose en algo parecido a una computadora, fría y distante, ordenó acelerar a máxima potencia y catapultar la nave hacia adelante. Hacia la puerta.

Un segundo antes de que los misiles nucleares de los quimerianos les impactasen, el enorme artefacto alienígena obró su magia.

2

Aterrizaje casi forzoso

Literalmente, fue como estar en otra parte.

Las invisibles hojas de la puerta estelar se abatieron sobre ellos como las almádenas de gigantescos titanes, permitiendo la teleportación de la materia. Hubo una distorsión del espacio-tiempo, y el *Dédalus* se encontró instantáneamente en otro punto muy lejano de la galaxia, más allá de lo que ningún salto hiperespacial podría haberles llevado jamás. Los ecos de la batalla se extinguieron, pero la euforia por haber sobrevivido pronto se transformó en angustia.

Sólo la *Dédalus* había pasado. No había el menor rastro de los otros dos cargueros coloniales.

La capitana tuvo que poner orden en el puente de mando para que no cundiera el pánico. Con un deje marcial en la voz, puso a cada uno de sus subordinados en su sitio y los ocupó en análisis y tareas que no venían al caso, pero que los mantendrían trabajando. Muchos de ellos tenían familiares en las naves perdidas. El lugarteniente Sobek, tras asegurarse de que el único eco de radar reflejado en los instrumentos era el de su propia estela de ocultación, ordenó pasar a alerta amarilla.

—No han podido seguirnos —comentó. La capitana no sabía si se refería a las escuadras quimerianas o al resto del convoy.

—Ya no podrán. Hay doce mil puertas de salto repartidas por toda la galaxia, y no se sabe cuántas más permanecen ocultas. En lo que a ellos respecta, podríamos estar en cualquier parte.

—Confiemos en que el *Íkarus* y su gemela no hayan sido destruidas... o capturadas.

La capitana asintió con gravedad. Si los quimerianos, violentos guerreros con fama de no hacer prisioneros, las habían destruido, no tendrían modo de averiguar el curso de la *Dédalus*. Pero si las habían capturado, no tardarían en obtener las coordenadas de ruta de sus ordenadores... si sus respectivos capitanes no habían tenido tiempo de borrarlas.

Necesitaba despejarse. Sus mentores siempre le habían dicho que su principal defecto como capitana era su necesidad de aislamiento: para tomar decisiones difíciles debía estar sola, sin nadie alrededor. Era la mejor estrategia de su promoción, pero ese pequeño defecto le había hecho perder muchos puntos en su carrera. ¿Quién iba a confiar en un líder con un marcado carácter antigregario?

Ronin hinchó los pulmones. Seguía habiendo un lugar en la nave donde podría refugiarse sin estar escondida. Un lugar donde ninguno de sus desesperados oficiales se atrevería a seguirla.

—Bajo a la sala de máquinas —informó—. Sobek, asume el mando.

El lugarteniente asintió, arrugando la piel ambarina. Su especie, similar a la

humana en un noventa por ciento, descendía muy lejanamente de un grupo de seres conocidos como elementales, venerados en épocas pretéritas como portadores del poder natural en estado puro, pero hacía milenios que habían perdido sus dones. De todos modos, aunque en la actualidad no eran ni una sombra de lo que fueron, conservaban un cierto aire genético que los identificaba con un estado elemental concreto. En el caso de Sobek, el fuego estaba representado más allá de su mero talante ardoroso.

Ronin abandonó el puente y descendió a toda prisa seis cubiertas. A mitad de camino, sin embargo, fue interceptada por una mano oscura que le obstruyó el paso.

—¿Esto es lo que llaman en la Academia «un vuelo de petirrojo»?

Ronin saludó al marqués Sargueras y a su robot, Trobis. Sus túnicas (siempre le llamó la atención que el pequeño complemento mecánico también luciera ropajes señoriales) destacaban por su barroquismo frente al blanco immaculado de los pasillos.

—No —contestó la capitana—. Un petirrojo es un viaje sin incidencias, tan fácil que hasta una tripulación de cadetes podría hacerse cargo de él. Y yo no calificaría a éste como falto de incidencias.

—A eso me refería. —Los ojos de Sargueras se afilaron a juego con sus orejas de elfo—. Se nos prometió que la armada colonial haría lo que fuese por garantizar nuestra seguridad hasta que estuviésemos listos para desembarcar.

—Con todos los respetos, eso es lo que hemos hecho. Si no fuera por la pericia de nuestros oficiales, ahora podríamos estar atrapados al otro lado de la puerta, al igual que nuestros compañeros...

—Se referirá más bien a la pericia de ese extraño piloto que ha combatido directamente a los quimerianos —apuntó Sargueras con malicia—. Lo hemos visto todo desde la claraboya. Ha sido un verdadero espectáculo, con todas esas luces brillantes y esas explosiones. Dígame la verdad: ¿a usted no le sorprende que nuestro salvador pilotase una nave enemiga?

Ronin torció el gesto. Ése era uno de los misterios que había archivado mentalmente para luego.

—Sí..., es algo inesperado, desde luego. Pero haya ocurrido por los motivos que sea, nos ha beneficiado. Ya nos ocuparemos más adelante de...

—Están ocurriendo demasiados imprevistos en este viaje —farfulló Sargueras—. Lo que me lleva a cuestionar si la confianza que mi organización ha depositado en la armada colonial es merecida.

—Señor —advirtió el robot, pero el noble le ignoró.

—Usted es la capitana más competente que pude encontrar entre toda la lista de candidatos —continuó—, pero puede que su juventud obre en su contra. No me quito de la cabeza que, si estamos vivos, es sólo por obra y gracia de un hecho fortuito y totalmente inesperado. ¿Qué probabilidades había de que uno de los suyos combatiese a nuestro favor con tanto coraje? ¿Y cuántas de que se abriese una brecha

justo en el momento crítico en sus filas que nos permitiera pasar?

La capitana se envaró. No estaba dispuesta a aguantar los insultos de nadie, pero la posición que ocupaba el elfo en el esquema de su organización era tan elevada que el sentido común le aconsejaba morderse la lengua.

—Marqués, créame que entiendo su inquietud por el desarrollo de los acontecimientos, pero no fuimos nosotros quienes cometimos el error. Según la red de espías, esa puerta no iba a estar vigilada. Por ello dimos un rodeo tan grande a través de la nebulosa en lugar de entrar directamente por el canal Hefauk. Muchos espías leales a los Mundos Unidos murieron por conseguir esa información.

—Que resultó estar equivocada —bufó Sargueras—. Y casi nos cuesta la vida. Mire, no sé cómo son las cosas en la armada, pero en la organización que yo regento, se hacen bien o no se hacen. Tal vez el consejo supremo debiera concederme el liderazgo de la misión, ya que por lo visto a las cabezas pensantes que llevan este circo les hace falta una pincelada de sana paranoia...

—Señor —insistió el robot. Sargueras se volvió encolerizado hacia él.

—¿¡Qué!? —gritó.

—Se está poniendo dramático otra vez, señor.

Sargueras se mordió la lengua.

—Cierto... Discúlpeme, capitana. —Hizo una genuflexión a modo de despedida—. A veces me dejo llevar por mi carácter. Pero no olvide esto: la paranoia es sana, más de lo que usted cree. Déjese afectar por ella un poquito y puede que vea venir la próxima emboscada antes de que resulte imposible esquivarla.

Recalcando ese punto y final, se marchó a su camarote. Ronin estaba roja de furia; deseaba hacer un ovillo con las ropas del noblezuelo y metérselas por la parte menos decorosa de su anatomía. Pero puede que tuviera razón en una cosa: las posibilidades reales que tuvieron de sobrevivir a la emboscada eran tan ínfimas que, literalmente, era un milagro que hubieran franqueado la puerta.

¿Les habrían dejado escapar los quimerianos, sólo a ellos, por algún motivo? ¿Habría una intención oculta detrás de lo ocurrido? Tal vez eso explicase el acontecimiento del mirmidón rebelde.

Sintió un escalofrío. No quería ni pensar en la cantidad de implicaciones que podía acarrear semejante sospecha. Descartó la idea, archivándola en la carpeta de «problemas a largo plazo», y completó su descenso a la sala de máquinas.

Aquel lugar la espeluznaba. Era como una catedral gótica compuesta por la aglomeración de máquinas de impulso, estabilizadores de plasma, salas de control y gigantescas bobinas nucleares. Sólo había una persona en toda la nave que entendiera en profundidad cómo funcionaban aquellos aparatos, pero hablar con él a veces resultaba tan críptico como leer el manual de ensamblaje de una bobina nuclear.

Killigan, maestro ingeniero de primera clase, estaba de pie sobre un andamio. Revisaba un panel de datos junto con sus ayudantes, a los que la corta estatura de su jefe hacía parecer gigantes en comparación. Killigan no era un enano especialmente

alto para su especie, pero sí robusto, y entre la oficialidad circulaba el chiste de que, si te lo encontrabas por los pasillos, era más fácil saltarle por encima que rodearlo.

Dado el carácter arisco del ingeniero, nadie había arriesgado su pellejo poniéndolo en práctica.

—¡Capitana! —exclamó al encaramarse Ronin al andamio—. Hacía días que no nos honraba con su presencia. Como ve, no hemos tenido tiempo de adecentar esto.

—Déjate de chistes, Killigan —masculló la joven—. ¿Cómo vamos de potencia principal?

—Te lo diré en seguida, en cuanto revise esta conducción de plasma. Algunos impactos cayeron peligrosamente cerca durante la batalla.

Mientras Killigan impartía órdenes, Ronin dejó volar la cabeza. El encuentro con el elfo aristócrata y su amenaza de reemplazarla en el mando aún la perturbaban.

—Oye, Kil —preguntó en voz baja—, ¿no te parece que Sargueras es un poquitín raro?

El enano dejó escapar una risa desde lo más profundo de su estómago.

—¿Bromeas? Todos los de su casta están mal de la cabeza. En especial él, un tipo criado para presidir algún día una de las mayores organizaciones comerciales de la galaxia. No me extraña que tenga un carácter digno de ser expuesto en un circo. —Se atusó la barba—. Yo pagaría por verlo, desde luego.

—Me ha desafiado.

—¿Directamente?

—Se las ha arreglado para que no lo pareciera.

—No le hagas caso. Es un pez gordo, pero no tiene poder real en esta misión.

Ronin arrugó el entrecejo.

—Tiene más del que parece. Dependemos de él y de sus conocimientos en xenobiología para la buena marcha de la colonia. Seamos sinceros, Kil, sólo hay dos personas totalmente imprescindibles para asegurar nuestra supervivencia: Sargueras y tú. Los demás, todos los demás —enfaticó—, podemos ser sustituidos en caso de emergencia.

El enano le palmeó el hombro en una rara muestra de afecto.

—Tú eres nuestra capitana, Ronin. Tienes talento y experiencia, y ni siquiera ese pasado oscuro del que Sargueras está tan satisfecho podría reemplazar eso.

«Pasado oscuro —pensó Ronin—. Ahí está la clave. Sargueras no es el único que puede presumir de tener cosas en su historial que no deberían ser conocidas por nadie en esta nave».

—Vale, pasemos a cosas serias. ¿Cómo está la situación?

El enano desplegó un plano de la *Dédalus*.

—Mal. Sufrimos varios impactos de gravedad durante la batalla. La integridad del casco no está amenazada, pero los cristales de Lyth que alimentan el motor no darán para mucho.

—¿Llegaremos al menos hasta la órbita de Furiony?

Killigan asintió.

—Aterrizaremos, eso te lo garantizo. El problema será volver a despegar después, en caso de necesitarlo. Una vez nos establezcamos, sería conveniente que ordenases una exploración del planeta en busca de cristales.

—De acuerdo. Tú llévanos hasta allí. Del resto me encargo yo.

Puesto que las órdenes habían quedado suficientemente claras, la capitana dejó al atareado ingeniero inmerso en su tarea de lograr que todos sobrevivieran, y regresó al puente. En ese momento, no le habría gustado por nada del mundo estar en su pellejo.

Sobek ya había trazado la ruta hasta su destino: un sistema solar a escasos pársecs de distancia, cubierto de polvo de hidrógeno. Su configuración era estándar: sólo cuatro planetas girando en torno a un sol amarillo no demasiado joven. Era un lugar que no llamaba la atención, y eso les convenía.

Ronin estudió la gráfica de impulso: como predijo Killigan, sólo disponían de combustible para un único hipersalto. Si lo desperdiciaban o erraban los cálculos de alguna forma, estarían perdidos. Quedarían varados en el espacio, a cientos de años luz de ninguna parte, esperando que algún viajero errante escuchase sus súplicas, y rezando por que ese viajero no perteneciera a los mundos dominados por los vástagos de la Quimera.

Cruzando los dedos, la capitana ocupó su asiento y ordenó aceleración de salto. Escuchó algunos murmullos que más bien sonaron a rezos, y sintió cómo la realidad se deformaba en torno al casco de la nave. Unas fuerzas que estaban más allá de su comprensión alargaron las estrellas, tirando de ellas hasta convertirlas en túneles de luz, y la *Dédalus* penetró en los procelosos mares del hiperespacio.

El efecto sólo duró medio segundo, al menos para la percepción de los tripulantes. En realidad habían tardado cinco horas en llegar a su destino, pero uno de los efectos secundarios del hiperespacio era que, en el interior de las astronaves, el tiempo se detenía, congelado en un punto intermedio entre el instante de entrada y el de salida. Lo que ocurriera en ese intervalo en que ninguno de ellos existía, pese a que seguían estando allí, sólo lo conocían unos cuantos físicos.

Cuando Ronin volvió a parpadear, estaban en plena órbita de descenso.

Al otro lado de la ventanilla, el reflejo del sol en el mar era un ónice amarillo envuelto en filamentos de nubes blancas. El planeta que lo albergaba, una esfera ligeramente achatada en los polos, estaba demasiado cercano a su estrella como para que hubiese surgido espontáneamente la vida. Al menos, sin ayuda de terraformación.

Ésa era su tarea: convertir en un vergel aquella roca sin posibilidades de vida. Por cada mundo que les arrebatasen los quimerianos, ellos transformarían otro, aunque no era una buena progresión. Un planeta tardaba en terraformarse unos quince siglos estándar, mientras que, en ocasiones, un sencillo par de días había bastado para que los invasores se hicieran con el control de un mundo conquistado.

A ese paso, y no hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta, perderían la guerra.

—¡Agarraos! —gritó Sobek desde su puesto—. ¡Hemos salido del hiperespacio demasiado cerca de su pozo de gravedad! ¡Caemos hacia el planeta!

Era cierto. La proa del *Dédalus* se inclinó hacia abajo, entrando en la atmósfera entre llamaradas de fuego. Los campos de protección se calentaron al rojo, pero aguantaron. Era la curva de descenso lo que preocupaba a la capitana: la trayectoria era demasiado oblicua. Si no enderezaban el morro corrían peligro de desintegrarse.

—¡Killigan, necesito más potencia! —pidió por el intercomunicador. Una ventana digital con el barbudo rostro del ingeniero apareció flotando a su derecha.

—Lo siento, pero es imposible —dijo con más calma de la que merecían los acontecimientos—. Hemos agotado toda la energía en el salto. Tendréis que arregláros las con las sobras.

Maldiciendo, Ronin se ajustó el cinturón. El *Dédalus* era demasiado pesado; arrastraba demasiada masa y momento angular. Tampoco podían planear, pues la atmósfera era muy tenue. De todos modos, ordenó disparar los paracaídas de emergencia y desplegar los aerofrenos. Eso era lo que más le gustaba de aquel diseño de cargueros: estaban preparados para vuelos en atmósfera.

Una sacudida hizo temblar la nave.

Sobek informó:

—Paracaídas desplegados. Estamos reduciendo velocidad.

Ronin miró a la pantalla central. Bajo la panza del aparato circulaba veloz la tierra, luego el mar, luego otra vez la tierra. Todavía iban muy rápidos, puede que a muchas veces la velocidad del sonido. Los aerofrenos hacían lo que podían, pero el excesivo calor pronto los deformaría.

Ronin pensó en los cientos de colonos que viajaban en su nave. Se destrabó el collar de cuentas del cuello (un regalo de su madre que siempre le traía suerte) y se lo enrolló en la mano. Si había que acudir al misticismo para obtener aunque no fuese más que un gramo de ayuda, bienvenido fuera.

—¿Velocidad?

—Todavía demasiado alta —respondió Sobek—. Pero seguimos frenando. Si respetamos el punto de aterrizaje que tenemos previsto, no llegaremos a él con la suficiente lentitud, y nos estrellaremos.

Un hoyuelo de concentración se formó en la frente de la capitana. Aquélla iba a ser una decisión difícil.

—Sobek, calcula en qué punto del planeta deberíamos aterrizar si queremos garantizar una velocidad mínima. Aunque sea en mitad del océano.

Los dedos de su subalterno volaron por el teclado.

—Caeremos en el continente septentrional, a unos tres mil kilómetros del punto previsto. Tierra firme.

—Dirígete hacia allí.

Sobek congeló el dedo sobre el botón. Se volvió hacia su superiora y dijo:

—No necesito recordarle, capitana, que el lugar de emplazamiento de la colonia

ha sido estudiado por los expertos para garantizarnos las mayores probabilidades de supervivencia. Si nos alejamos de él, podríamos caer en una zona extremadamente hostil para la vida.

—Y si no lo hacemos, este trasto impactará en la llanura abriendo un cráter de cinco kilómetros de longitud y uno de profundidad, y desatará una explosión equivalente a docenas de bombas nucleares. —Negó con la cabeza—. Prefiero vérmelas con lo desconocido antes que con una muerte segura. Cumple la orden.

Su lugarteniente accedió. Una recolocación de los estabilizadores y el enorme carguero voló por encima de mares y océanos, ríos y lagunas, dejando atrás el punto de aterrizaje seguro. Fueron menos de veinte minutos de caída controlada, pero al final pudieron extender el tren de aterrizaje y enfilear un agreste valle entre montañas. Los impulsores rugieron, y Killigan maldijo en su idioma natal mientras trataba de exprimir hasta el último cuanto de potencia de sus máquinas. Por fin, el *Dédalus* se posó.

La sacudida los hizo saltar en sus asientos. Docenas de alarmas se dispararon a la vez, advirtiendo de pequeñas roturas del casco y el malfuncionamiento de un sinfín de sistemas. Ronin las desconectó y puso a sus hombres a trabajar en un diagnóstico. Mientras, se dedicó a observar el paisaje del nuevo mundo.

Se mordió los labios, impresionada. Sobek también lo vio, pero se abstuvo de decir nada hasta que tuvo un momento libre para acercarse a su capitana. Taciturno, cruzó las manos a la espalda como si nada sucediese y susurró:

—Dígame si estoy loco, o si nos hemos equivocado de planeta.

—No nos hemos equivocado —respondió Ronin, procurando que ninguno de los demás tripulantes la escuchase—. Esto es Furiony Delta Dos.

—¿No debería ser un desierto preparado para la terraformación?

—Debería. —La capitana maximizó la pantalla, que mostraba un mundo muy diferente al que ellos esperaban: un mundo cubierto por una incipiente vegetación, con una biocenosis desarrollada, en el que en cualquier momento podía aparecer alguna clase de animal primitivo deambulando—. Debería, pero no lo es.

Ronin contempló una cascada que trazaba un surco entre dos macizos de basalto. Caía sobre un lago flanqueado por la vegetación, a la sombra de un risco con las paredes invadidas por una especie de alga trepadora que estaba por todas partes. Los signos de un proceso terraformador extremo saltaban a la vista.

Alguien había comenzado ya una profunda transformación de la faz de aquel mundo, y no habían sido ellos.

Su comunicador zumbó. Era Killigan.

—Informa, Kil.

La voz del enano destilaba preocupación.

—Capitana, debería bajar aquí. Hay algo que quiero que vea.

—¿Malas noticias?

—No... no sé cómo explicarlo. —El enano nunca se quedaba sin palabras, y eso

la asustó más que nada—. Baje aquí. Creo que la situación acaba de volverse más compleja.

3

El intruso

Se estaba haciendo necesario que hablase a la tripulación. Cada hombre en cada rincón de la nave esperaba noticias ansiosamente. Por experiencia, Ronin sabía que no hay mejor caldo de cultivo para las habladurías que un montón de gente desocupada, así que cuanto antes pusieran en marcha los procedimientos de la colonia, mejor.

Pero primero debía averiguar qué le preocupaba tanto a Killigan.

Cuando bajó por segunda vez a la sala de máquinas, encontró al ingeniero y a su gente de pie, mirando silenciosos hacia una pared. Ronin se sumó a ellos respetando su mutismo, no fuera a romper algún tipo de hechizo con la lengua.

Al contemplar la pared, supo lo que pasaba.

Había marcas, deformaciones del acero que arrugaban el casco. No habían sido provocadas por los impactos de los cañones, de eso no cabía duda: eran demasiado regulares, demasiado simétricas, como si algo hubiese presionado el casco desde fuera. Algo parecido a...

—Son dedos —resumió Killigan.

La capitana se encaramó al andamio para observarlos de cerca.

—¿Dedos?

—Imagina un ser tan enorme como para agarrar una lanzadera con una sola mano. El tamaño y la fuerza de sus dedos podría haber dejado esas marcas en el casco, si se hubiese aferrado a él con suficiente ímpetu.

La capitana tocó el metal. Parecía, en efecto, como si un coloso se hubiese acoplado al *Dédalus* clavándole las zarpas.

—¿Un coloso del tipo mirmidón?

—Es lo que yo pienso. Creo que el guerrero que luchó a nuestro favor en la batalla no se quedó al otro lado de la puerta cuando se abrió.

—Se aferró al *Dédalus* cuando cruzamos... —dedujo Ronin—. Atravesó el halo de ocultación para despistar a los panzers y se agarró al casco.

—Eso significa que está aquí, en el planeta. En alguna parte.

—Pero, ¿por qué no ha dado señales de vida? ¿Para qué ocultarse, si antes nos ayudó?

—Puede que no sea un amigo, después de todo. —El enano jugueteó con sus patillas—. Puede que estemos dando por sentadas demasiadas cosas.

La capitana abrió la boca para replicar, pero no dijo nada. Era mejor eludir teorías sin fundamento hasta tener pruebas de lo que realmente estaba pasando. Ya había demasiados misterios como para encima añadir uno más.

—Hablaré a la tripulación —decidió.

Diez minutos después se encontraba en la sala de reuniones, un gran espacio con

capacidad para un centenar de personas. Era el habitáculo más amplio de la nave, y se encontraba atestado de gente. Todos los jefes de departamento estaban allí, así como los representantes de los colonos y sus secretarios. Hasta el relamido marqués y su complemento mecánico aguardaban en un lugar de privilegio a que el espectáculo comenzara.

La capitana se subió al estrado y carraspeó ante el micrófono. Las cámaras enfocaron su rostro. Su discurso sería transmitido en directo a todas las cubiertas mediante el circuito cerrado de televisión.

Su ayudante hizo sonar un silbato indicando que la capitana se disponía a hablar. Los presentes guardaron silencio.

—Tripulación del *Dédalus*, colonos, representantes corporativos... —comenzó—. Lamento confesar que, en el fondo de mi corazón, esperaba dar este discurso en otras circunstancias. Lo ideé antes de partir, pensando, quizá ingenuamente, que nuestra arriesgada misión transcurriría sin tropiezos, y que a estas alturas estaríamos celebrando un viaje sin incidentes. —Bajó la vista—. Pero sí que ha habido incidentes. Y muy graves. No necesito recordaros el miedo que sentisteis, que todos sentimos, cuando nos interceptaron los panzers. No necesito hablaros de la pérdida, de la tristeza por nuestros familiares y amigos que viajaban a bordo de los otros cargueros, y que no están aquí para descubrir qué clase de faz tiene Furiony en la actualidad. Una faz muy diferente a la que habíamos esperado, pero de eso hablaré luego.

La capitana escrutó sus rostros. Había decepción en ellos, sí, y también miedo. Sensaciones que debía mitigar cuanto antes, o podrían evolucionar hacia el germen de un motín.

—No necesito recordaros que a partir de ahora empieza lo más difícil. Hay que poner en funcionamiento la colonia, y sin la ayuda de dos tercios de la dotación va a ser difícil, pero no imposible. Tenemos lo básico y podemos construir lo que falta. Además, ya sea por buena ventura o mala suerte, lo que esperábamos sería un erial sin terraformar se ha convertido en un planeta en un estado de evolución avanzado. No sabemos quién ha hecho esto con Furiony ni por qué, pero lo cierto es que nos ha ahorrado como mínimo dos siglos de trabajo.

»La situación es, pues, la siguiente —se aclaró la garganta—: Nuestro objetivo, como bien sabéis, es recuperar un mundo muerto para que sea habitado por nuestros descendientes. La expansión de la Quimera y su imperio de terror parece, a día de hoy, imparable, y el ejército de los Mundos Unidos paulatinamente va retrocediendo posiciones, cediendo pársecs, dejando mundos atrás que otrora fueron bellos y prósperos. Por cada uno de esos planetas que abandonamos, trataremos de construir otro. Ésa es la base del Plan Próspero, y nuestra única esperanza para el futuro. Gracias a la extraordinaria tecnología de terraformación heredada de nuestros antepasados, y a la ayuda financiera del consorcio corporativo —señaló con la cabeza al marqués, que asintió orgulloso—, confiamos en que esta desesperada estrategia de

huida hacia adelante tenga éxito. Al menos, hasta que llegue el día en que los Mundos Unidos puedan reagruparse en un contingente con fuerza suficiente como para vencer a los quimerianos en su terreno. En espera de ese día, seguiremos trabajando.

—¿Qué hay de Furiony? —preguntó alguien.

Ronin demoró unos segundos la respuesta. Estaba entrando en la parte más delicada del discurso.

—Lo exploraremos, ya que estamos aquí. Nos hallamos lejos del punto de aterrizaje previsto, pero el cambio climático nos beneficia. De hecho, podríamos haber caído en casi cualquier punto de la corteza planetaria sin que hubiese problemas de adaptación. Ahora mismo nos encontramos en la plataforma continental mayor, a unos ocho mil kilómetros del ecuador. Mi intención es dirigir una serie de expediciones hacia el norte, donde el clima es más templado, en busca del lugar idóneo para emplazar la colonia.

—¿Qué pasa si el planeta ya está habitado? —preguntó Sargueras. Eso desató murmullos por toda la sala.

Enfadada, Ronin se apresuró a puntualizar:

—¡No hay que preocuparse por eso! Si hubiese núcleos de población, los habríamos detectado desde la órbita. Tuvimos tiempo suficiente de realizar un sondeo en busca de emisiones térmicas y ondas de radio. Les puedo asegurar que nadie está utilizando tecnología aparte de nosotros, al menos en este hemisferio.

—¿Y qué hay de los quimerianos? —intervino uno de los jefes de sección. Su cara le sonaba, pero era imposible que Ronin recordara los nombres de todos sus subordinados de memoria—. ¿Lograron atravesar la puerta?

La imagen de los dedos del mirmidón clavados en la bodega le volvió a la mente. La capitana se apoyó en el estrado y respondió con serenidad:

—Podéis estar tranquilos. Nuestro radar no detectó ninguna otra nave, aparte del *Dédalus*, que cruzase la puerta en esta misma dirección. Como sabéis, toda la red de puertas de la galaxia está interconectada. Resulta imposible determinar cuál habrá sido la elegida por una nave cualquiera en el extremo de salida, aunque se conozca el de entrada. En lo que respecta a los quimerianos, podríamos haber salido por cualquiera de las doce mil rutas conocidas, lo cual hace casi imposible que nos rastreen.

—Eso no implica que ellos no posean fuerzas en este sistema, o en alguno cercano —objetó una mujer—. Creímos que la ruta no iba a estar vigilada y nos sorprendieron. Nada nos garantiza que en este sistema, que *a priori* parece deshabitado, no haya una base quimeriana.

—Es cierto, pero pensad con lógica —se defendió Ronin—. Si estuvieran aquí, ya nos habrían interceptado. Normalmente, los quimerianos mantienen puestos fijos de defensa en las puertas que hay en su territorio, para evitar que ningún ejército pueda entrar de improviso. Y esta puerta estaba sin vigilancia. Eso demuestra que no nos hallamos tras las líneas enemigas.

—¿Podemos establecer vigías en esas montañas? —preguntó Sobek—. Dada la orografía del terreno, con un simple par de puestos tendríamos controlados casi todos los accesos.

—Sí. Nuestra seguridad es prioritaria, sobre todo ahora que todavía no conocemos a fondo el planeta. ¿Alguna pregunta más?

Muchas cabezas se giraron. Tras unos segundos, Killigan se adelantó.

—El equipo de ingenieros está listo para comenzar —aseguró, mostrando una confianza en sí mismo que Ronin agradeció más que nada. Su fe era contagiosa—. Podemos garantizar energía para el mantenimiento del soporte vital y para las defensas automáticas. Con el permiso de la oficialidad, comenzaremos de inmediato la construcción de un molino de viento y una central energética que provea de una fuente inagotable de potencia, para el remoto caso de que los generadores fallen. También hemos visto un río en las cercanías, con lo que las posibilidades en el campo de la hidrología son infinitas.

Ronin sonrió. Cuando las cosas se tranquilizaran invitaría al enano a un trago de crajhi de buena cosecha. Se lo merecía.

—El departamento de biología también está listo —terció el marqués Sargueras, levantándose. Su robot cloqueaba de emoción—. Con el permiso de la capitana, analizaremos esas extrañas algas que parecen recubrir el valle, y buscaremos componentes vegetales que sean susceptibles de ser convertidos en alimentos. Con un poco de suerte, no nos faltará la comida. Y ya sabemos que hay agua, aunque habrá que tratarla.

La capitana asintió, satisfecha. Aunque sólo fuera de cara a la platea, parecía que las cosas empezaban a funcionar.

—Muchas gracias a todos; tenéis mi bendición. Con vuestro esfuerzo conjunto, estoy segura de que saldremos adelante a pesar de los riesgos.

Sobek volvió a tocar el silbato, dando por concluida la reunión. Cada departamento se puso en marcha. La gente se organizó por grupos y el rumor de conversaciones animadas y planes lanzados a vuela pluma llenó el ambiente. Ronin aún no sabía cómo lo había conseguido, pero había logrado tornar una omnipresente sensación de derrotismo en algo que, si no lo era, emanaba un perfume muy similar al del optimismo.

En momentos como aquél le encantaba su trabajo. Sin embargo, el recuerdo de las manos gigantes incrustadas en el casco ensombreció su semblante.

Si el mirmidón realmente estaba allí, con ellos, debía encontrarlo y determinar si era o no un enemigo antes de que él diese el primer paso.

La rampa se descorrió como una lengua de metal. Por ella descendió el MT, un transporte todoterreno de seis ruedas con barras antivuelco y neumáticos blindados. La capitana palmeó el hombro de su lugarteniente, que desocupó el sillón de

conductor para cedérselo. Aunque lo intentaba, no lograba disimular cierto aire de disgusto porque la máxima responsable de la colonia se aventurase en una primera salida.

—Me sigue pareciendo una mala idea —protestó el elemental—. Está bien que Sargueras realice esta excursión, porque es el biólogo jefe, pero que usted le acompañe...

—No nos va a pasar nada —acotó ella, ciñéndose el cinturón de seguridad—. Además, tengo que ser la primera en ver cómo es el lugar donde nos encontramos. Si debo tomar decisiones que afecten a toda esta gente, he de saber a qué nos enfrentamos.

El marqués subió de un salto al vehículo. Su complexión élfica le confería una gran agilidad; más de lo que sugería su rígida pose habitual.

—Estoy de acuerdo con la capitana —opinó—. No nos alejaremos mucho, de todos modos. Podrán tenernos vigilados constantemente desde esas atalayas. — Señaló los puestos de vigía que el mismo Sobek había emplazado en lo alto del valle.

—No tarden —accedió éste, resignado—. En pocas horas se hará de noche y las condiciones climáticas variarán.

Sobek se apartó. Ronin pisó el acelerador y el MT salió derrapando. El terreno era blando y lleno de baches, pero un sistema de ejes móviles permitía que el vehículo escalara con facilidad los obstáculos. Antes de salir, Sargueras ya había arrancado unas cuantas algas del suelo, pero extrajo de su mochila un brazo mecánico y fue tomando muestras cada trescientos metros.

No habían dejado atrás el primer kilómetro cuando la capitana preguntó, con aire indiferente:

—¿Sigues pensando que obré mal y que debería sustituirme?

—No, no quiero su puesto —aclaró el marqués—. Realmente no pretendía que aquellas palabras sonasen a amenaza, lo siento.

—¿No? Pues a mí, la expresión «el consejo supremo debería concederme el liderazgo de la misión» me suena bastante amedrentadora. Si no deseaba que me sintiera molesta, ¿por qué lo dijo?

—Porque alguien debía puntualizar ciertas cosas. —Sargueras tomó aire y estornudó. Su robot se apresuró a pasarle un pañuelo—. Me alegro de que tengamos esta oportunidad para hablar, capitana, lejos de su pequeña mesnada de sirvientes y lameculos. No hay nada peor para el ego que estar en la punta de la pirámide. Nunca sabes si los que te rodean se mantienen ahí por verdadera amistad o porque esperan el momento propicio para asestar la puñalada que los coloque arriba.

—¿Usted vigila constantemente a los que le rodean, buscando cuchillos? Debe de ser una vida muy aburrida.

—Con el tiempo, lo que parece una obligación se acaba convirtiendo en costumbre. Aprendes a mirar a los lameculos con otros ojos. Recuerde lo que le dije sobre la paranoia.

—Me dijo que algún día me resultaría útil.

—Puede que ese día haya llegado. ¿Qué cree usted que puede haber tras esa pared de algas aparentemente inofensiva?

Ronin clavó la vista en un montón de vegetación que se disponía a atravesar. Estaba dando por sentado que bajo él habría suelo firme, pero un cosquilleo en la nuca le hizo dar un volantazo en el último momento y esquivarlo. Hizo bien, pues las algas ocultaban un desnivel del terreno. De no haberlas sorteado, habrían caído en una fosa.

Sargueras sonrió de medio lado. Ronin no quería darle las gracias para no exacerbar aún más su ego, pero era innegable que su famosa paranoia les había evitado un problema.

—Siempre me he sentido atraído por el talento —comentó el marqués, introduciendo las muestras vegetales en un analizador químico—. Y a usted le sobra. ¿Qué edad tiene, veinticinco órbitas, veintiséis?

—Es de mala educación preguntarle eso a una dama.

—Apuesto a que no ando muy desencaminado. Hice un trabajo bastante exhaustivo buscando al capitán de la armada colonial con el que pudiera sentirme más seguro, y su nombre destacó en varias listas.

—¿Qué listas? —preguntó Ronin con sincera curiosidad. Desde niña arrastraba un defecto, y era que necesitaba que los demás le dijeran cómo era para que ella supiera mirarse a sí misma. Era una tendencia contra la que había luchado activamente durante muchas órbitas, hasta que consiguió superarla mediante una estratagema de lo más sencilla: un día apuntó en un papel diez rasgos de personalidad, los que realmente pensaba que la definían, y se había mantenido fiel a ellos. Sin embargo, cuando un extraño aparecía de la nada y te decía que eras la primera de una lista, era estúpido negar que eso despertaba una inmensa curiosidad.

—Cosas que a mí me parecen importantes. —El analizador que llevaba en la mano estaba mostrando los primeros resultados—. Lealtad a la causa, sentido del deber, si ha tenido hijos o no...

—¿Con qué baremo se mide algo tan abstracto como la lealtad? —Ronin cambió de marcha, esquivando un afloramiento de rocas—. ¿Y qué tiene que ver que haya tenido hijos?

—Los conceptos abstractos necesitan baremos precisos. Una mujer que ha experimentado la maternidad suele desarrollar un enorme sentido de la responsabilidad hacia aquellos que están bajo su mando. Prefiero mil veces a una hembra en edad de procrear que al más valiente guerrero de los panfletos coloniales, cuando se trata de ponerme a sus órdenes.

Ronin entendió que debía variar su punto de vista si quería juzgar los pensamientos del elfo. Si hubiese sido otro humano quien le estuviera diciendo esas cosas, dispondría de todo un arsenal de argumentos para rebatirle las partes misóginas y subrayar las que consideraba importantes. Pero él pertenecía a otra especie, una que

poseía una longevidad inaudita (hasta seiscientas órbitas, si había que dar crédito a las habladorías) y provenía de sistemas sociales construidos en base a generaciones que durasen cinco veces más que las humanas. Los elfos tardaban en alcanzar la pubertad más o menos el mismo tiempo que los humanos; de no ser así, su cerebro se estaría desarrollando con excesiva lentitud y sería vulnerable a malformaciones congénitas. A partir de ese momento su envejecimiento se estancaba, y sus células se deterioraban tan despacio que para quienes los observaban parecían literalmente una raza de inmortales. Las hembras élficas, sin embargo, sólo podían concebir una vez, y resultaba un proceso largo y complejo. Cuando Sargueras hablaba del sentimiento de protección que acompañaba a la maternidad, no lo mencionaba como algo banal: para su especie, ése era un regalo que sólo se presentaba en una ocasión, y había que aprovecharlo.

Ahora que lo pensaba..., nunca se había preguntado qué edad real tenía Sargueras. Externamente ofrecía el aspecto de un humanoide de unas cincuenta órbitas, baremo antropomórfico. Pero podía tener doscientas, o trescientas. Visto así, no le extrañaba que la considerase una chiquilla.

—¿Qué lleva a alguien que ha rebasado el siglo a aceptar órdenes de una veinteañera? —preguntó.

—Como dije antes, capitana, me siento seguro estando cerca del talento, pues espero que me contagie parte de su chispa. Y usted, aunque aún le falta desbastarlo, lo posee a raudales.

Sargueras se las arreglaba para que sus piropos estuvieran exentos de la menor sensación de halago, así que Ronin decidió tomárselo como una simple valoración personal y siguió conduciendo. Ya habían recorrido un par de kilómetros, y estaban a punto de rebasar la pared de roca que ponía punto y final al valle. Más allá se abría una extensión de colinas suaves tapizadas por una alfombra de vegetación carmesí. Si había algún propósito en aquella coloración, lo ignoraba, pero en sus tiempos de estudiante había aprendido que la naturaleza poseía constantes, y una de ellas era que el rojo significaba peligro.

Sargueras extrajo las muestras del analizador y leyó los resultados. Éstos no debieron de ser muy halagüeños, pues su expresión no varió un ápice.

—Las algas contienen los compuestos básicos que necesita nuestro organismo, pero en sí mismas no son comestibles. Habrá que procesarlas en laboratorio.

—¿Qué es aquello?

Ronin se irguió, tratando de ver más lejos. Cogió unos prismáticos y oteó el horizonte.

Detrás de unas cañadas tan abruptas que parecían trincheras, había algo. Era un objeto brillante que resplandecía a la luz del sol poniente. Por la intensidad del brillo, Ronin infirió su origen metálico.

—Podría ser otra nave —dijo Sargueras.

La capitana no perdió el tiempo en divagaciones y aceleró. El objeto no tardó en

estar lo suficientemente cerca como para revelar su forma.

Era un mirmidón. Parecía haber perdido algunas placas de blindaje en la reentrada, y yacía incrustado en el suelo, en el centro de un área circular calcinada. La carlinga del pecho había reventado, expulsando al piloto según el procedimiento de emergencia. Sus armas descansaban inoperativas a varios metros, y en su costado podían verse heridas de la batalla en el espacio.

Pero no fue eso lo que más llamó la atención de Ronin. Trescientos metros más allá, en el costado expuesto al sol de la quebrada, se abría la entrada de una gruta. Pero no una natural, sino tallada en la roca. La entrada, rectangular y con señales de lo que podrían ser jeroglíficos o advertencias, se abría oscura bajo el sol poniente.

—Bueno, ahí tiene sus misterios, capitana —dijo Sargueras, acomodándose en el asiento—. Disfrútelos.

Ronin apretó los dientes y pisó de nuevo el acelerador. Si decidía explorar aquella cueva, se haría de noche y quedaría fuera de la vista de los centinelas. El sentido común la urgía a retornar de inmediato y regresar después con una escuadra de combate.

Pero el canal de comunicación entre su sentido común y ella no siempre funcionaba.

4

La caverna

Detuvo el vehículo justo frente a la entrada. De cerca, aquella hendidura parecía aún más amenazadora. No había duda de su origen artificial: el contorno del dintel era rectilíneo, y lo que desde lejos le habían parecido jeroglíficos se revelaban como grietas provocadas por algún temblor. Había arenisca cubriendo el suelo, y trozos más o menos grandes del portón se habían desprendido en algunas zonas.

—Esto lleva aquí mucho tiempo —se sorprendió Sargueras.

—O ha sufrido los efectos de algún terremoto —especuló Ronin, aunque a ella también le parecía más plausible la primera teoría—. ¿Cree que deberíamos esperar a que llegaran los refuerzos?

—Sí.

—Yo también —dijo Ronin, y extrajo su linterna del equipo de supervivencia. El biólogo hizo lo propio, y situó el alcance del analizador químico a dos metros.

Entraron muy despacio, midiendo sus pasos. Los haces de las linternas horadaban aquella penumbra con esfuerzo, revelando formas irregulares que sobresalían de los muros. El techo también estaba agrietado y amenazaba con desprendimientos. Ronin indicó por señas al biólogo que usase su analizador.

—No detecto formas vivas —dijo Sargueras—. Aparte de las vegetales, claro. Aunque éstas no se adentran mucho en el túnel. La inclinación del suelo sugiere que descenderemos diez metros cada cincuenta que avancemos.

—¿Qué antigüedad cree que puede tener?

—Por el musgo que crece en las grietas... uhm, yo diría que unas cinco mil órbitas.

Ronin le miró.

—¿Está seguro?

—Estas plantas son de una variedad existente en otros planetas, y su ritmo de crecimiento es una constante. Sin duda las importaron en las bodegas de alguna nave, y ellas solas crecieron adaptándose al medio ambiente. Biocenosis expansiva.

—Pero hace cinco milenios no existía la exploración espacial —objetó la capitana. Aquello la inquietaba cada vez más—. Y mucho menos la colonización. ¿Qué clase de seres pudieron llegar aquí y dejar huellas arquitectónicas?

—Unos que respiraban el mismo aire que nosotros —caviló Sargueras—. El tipo de atmósfera sugiere que el planeta fue terraformado por organismos similares a nosotros, pero esto... La antigüedad de las ruinas sugiere que lo que fuese que habitó este lugar desarrolló la tecnología estelar muchísimo tiempo antes que las Nueve Especies.

—¿Pudieron ser elfos? Son los más longevos...

Sargueras sacudió la cabeza.

—Lo dudo. En las crónicas de mi pueblo no aparecen los primeros astronautas hasta hace dos milenios. Antes, todo fue oscurantismo.

—A menos... que exista otra especie de seres de la cual no habíamos tenido noticias hasta la fecha. Un pueblo que habría nacido al abrigo de soles situados más allá de los Brazos de Ratmos.

Esa idea provocó un silencio que ambos aprovecharon para reflexionar. ¿Podría ser cierto? ¿Habría existido antes que ellos una raza de exploradores del espacio que se esfumó por motivos ignotos, dejando tras de sí planetas semicolonizados como éste? ¿Estarían aún vivos en alguna parte, en el interior de otras construcciones como esta por la que ellos caminaban, inconscientes del peligro?

Ronin no tuvo tiempo para pensar, pues el angosto túnel desembocó de repente en una sala grande, cilíndrica, de casi treinta metros de diámetro por ocho de altura. Lo que había en su interior le robó el aliento.

La sala poseía el aire contrito de los templos, aunque las columnas que rodeaban el espacio central carecían de símbolos y sus capiteles no contaban historias. Un entramado de nervaduras de granito sostenía la bóveda, bajo la cual se levantaba la estatua de un ser antropomórfico cubierto por una capucha que le oscurecía el rostro. Era un ser más alto que los humanos y considerablemente más delgado, aunque con el mismo número de extremidades. Bajo el pico de cuervo de su capucha se apreciaba el esbozo de una nariz y el contorno de unos labios, cerrados para retener secretos. En una mano sostenía una esfera planetaria, con dibujos de continentes parecidos a los de Furiony pero en un momento de la deriva continental muy distinto. Con la otra aferraba un cetro: una talla de cristal y platino rematada por la figura de un dragón rampante esculpido en oro.

Sargueras descubrió el detalle crucial antes que su capitana, y casi tuvo que sentarse de la impresión: de ambos lados de la cabeza de la estatua surgían orejas puntiagudas, de longitud y perfil idénticos a las de su especie, atravesando la capucha.

La figura de piedra alienígena representaba a un elfo.

Ronin ayudó al marqués a apoyarse en un saliente de roca. Luego recorrió cada centímetro de la cámara con la vista. Había algo inusual allí; un detalle más extraño, si cabía, que la presencia de la escultura en sí misma, y al momento se dio cuenta de qué era. ¿Estaba viendo alguna clase de templo? Si aquello era un lugar de adoración, debería haber espacio para los fieles. Lugares donde los ministros del culto pudieran hacer su trabajo mientras sus seguidores compartían las liturgias. Pero en aquella sala no había lugar reservado para la gente; ni tronos ceremoniales, ni sillares, ni tarimas que elevaran ningún púlpito. Era un templo sin espacio para la fe.

¿Quién construiría algo así? ¿Acaso la función de aquella cámara no era la de preservar o venerar aquella estatua? Ronin examinó el cetro: era una verdadera obra de arte. Poseía una belleza que trascendía lo material para entrar directamente en el resbaladizo terreno de lo espiritual, como si hubiese sido concebido para ser mirado

con los ojos del alma.

Ronin no se atrevió a tocarlo. Aquel objeto desprendía un aura que la asustaba. En lugar de ello, examinó el pie de la estatua. Allí, por primera vez, encontró una inscripción.

—¡Sargueras, venga a ver esto! —exclamó, entusiasmada. Había letras, ¡símbolos! Tal hallazgo podía contarles muchas cosas sobre la civilización que visitó Furiony antes que ellos, cuando sus antepasados aún luchaban cabalgando lomos de dragones en los Mundos Míticos.

El biólogo se acercó, y su piel se volvió aún más pálida. Miró con absoluto temor reverencial a la estatua, y luego a su capitana.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ronin.

El elfo permaneció callado. Ronin iba a repetir su pregunta cuando lo oyó: un ruido proveniente del pasillo, como si unos pasos sigilosos se acercaran a la cámara.

Arrastró a Sargueras tirando de su ropa y lo ocultó tras la columnata. El elfo aún no se había recuperado de la impresión y permanecía atónito, mirando sin ver la pared que tenía delante.

La capitana destrabó la cartuchera y extrajo el arma reglamentaria, un proyector láser Kristus, con capacidad de disparo oblicuo y alcance largo. Apoyó la espalda en una columna y asomó muy lentamente la cabeza. ¿Quiénes serían los intrusos? ¿Sus hombres, tal vez, que habrían venido a buscarla? No, la radio permanecía silenciosa, y ellos habrían tratado de establecer contacto antes de abandonar el campamento base. Además, aquellos pasos sonaban sigilosos, como los de un depredador que quisiera mantenerse oculto antes de abalanzarse sobre su presa.

La capitana esperó unos segundos. Fueran quienes fuesen, estaban a punto de abandonar el pasillo y penetrar en la estancia.

Al verlos, su corazón dio un vuelco.

Reconoció al instante los uniformes negros de la guardia quimeriana, con la coraza de placas quitinosas y el casco multivisión. Eran dos, armados con rifles galvánicos y el familiar montante en el antebrazo que se había hecho tristemente famoso entre sus víctimas, ya que contenía diversas microarmas en un espacio reducido. Los soldados llevaban la insignia de una escorpícora en el hombro (un ser oriundo del mundo natal de la Quimera, híbrido de escorpión y mantícora). Eso los identificaba como miembros de una guardia de élite.

Los guiaba un baplo, un rastreador con los sensores de búsqueda injertados quirúrgicamente en la cara. Ése era el destino de algunas de las víctimas de los escorpícoras, las más desafortunadas. Sus verdugos elegían a las que consideraban más capaces de entre sus mesnadas de prisioneros y las llevaban a laboratorios donde les lavaban el cerebro y eran sometidas a dolorosas operaciones. Desde entonces, se convertían en perros de presa fieles hasta la muerte, habiendo olvidado su humanidad en la mesa del cirujano.

El baplo fue el primero en entrar, seguido de los soldados. En cuanto los vio,

Ronin ahogó un gritito y se ocultó tras la columna. Miró de reojo al elfo: aún estaba en estado de *shock*, pero si se recuperaba o hacía el más mínimo ruido, estarían perdidos.

Trató de seguir las evoluciones del baplo por la habitación a través del sonido. Estos seres emitían unos chasquidos parecidos al frotar de alas de insectos. El destello de los sensores que habían sustituido a su nariz, ojos y pómulos recorrió las paredes como un cono de luz verdosa.

Los estaban buscando.

Ronin sabía que les quedaban escasos segundos antes de ser descubiertos. Bastaría con que el baplo mirase al suelo con su visión infrarroja y la sensibilizase lo suficiente como para detectar huellas de calor. Entonces distinguiría pisadas, siluetas de pies menudos que recorrían la estancia y se ocultaban en un escondite demasiado provisional.

Cerró los ojos y cargó el arma. Sólo le quedaba una opción. El baplo ya estaba mirando al suelo.

Cuando éste levantó la vista, girando el cuello en un gesto antinatural, vio la mitad del cuerpo de la capitana, que asomaba los brazos por la derecha de la columna. El baplo abrió la boca para avisar, pero un delgado hilo esmeralda cruzó la sala y se le clavó en el pecho, matándolo.

Los escorpícoras reaccionaron al instante. Alzaron los rifles y descargaron feroces arcos de electricidad sobre la posición de la capitana. Ésta no permaneció quieta. Su disparo al baplo era sólo el comienzo de una maniobra que incluía proyectarse hacia adelante de un potente salto y rodar por el suelo, ofreciendo el blanco más pequeño posible. Su cuerpo dio una triple vuelta de campana, perseguido por los arcos eléctricos, y acabó parapetado tras la siguiente columna. La energía chisporroteó alrededor de ella, bañando la piedra con cascadas de rayos, pero ninguno llegó a rozarla. Un aroma de ozono concentrado, como el que permanece después de la caída de un rayo, le invadió las fosas nasales.

Sus enemigos buscaron cobertura. Uno desapareció detrás de la estatua del elfo, mientras su compañero se acuclillaba tras la columnata posterior. El tableteo de sus descargas devolvió la vida a Sargueras, quien abrió los ojos y se deshizo en maldiciones. Desorientado, trató de salir con las manos en alto, dispuesto a rendirse, pero los disparos le quemaron los bordes de la túnica y lo obligaron a retroceder.

—¡Marqués, quédese donde está! —gritó Ronin. Se asomó un instante, no para disparar, sino para comprobar las posiciones de los participantes en aquel duelo mortal: dos al fondo con separación de tres metros, uno (el asustado biólogo) a la izquierda, y el cadáver del baplo abajo. Volvió a esconderse. Los láseres de puntería de sus enemigos barrieron la pared, buscándola.

Meditó bien su siguiente movimiento. Si se equivocaba, estaría perdida. Por un instante pensó en pedir ayuda, pero si perdía tiempo hablando por el intercomunicador sus enemigos podían aprovechar esos preciosos segundos para

resituarse. Su única oportunidad estribaba en no darles cancha para pensar en estrategias envolventes.

Se asomó disparando. Los destellos láser provocaron explosiones de granito y polvo. Los escorpícoras devolvieron el fuego, sintonizando sus rifles en un tipo de energía que no era capaz de penetrar en la piedra. Esto les permitió disparar contra el techo, confiando en que sus haces rebotarían y caerían sobre la posición de la capitana.

Funcionó. Ronin reptó buscando otro parapeto mientras a escasos centímetros de sus piernas llovían arcos de luz que los escorpícoras le lanzaban de rebote. Era una de sus estrategias preferidas, pues sabían que las descargas, si bien no tenían potencia para romper muros, sí eran muy capaces de quemar la carne.

Se escuchó un débil clic, suficiente como para ponerla en tensión. Con terror, Ronin pensó en granadas de mano y se irguió, controlando de reojo su arma. La joven no abandonó la columnata, sino que pivotó en torno a ella, agachándose. Una descarga azulada estalló contra el muro, pero en lugar de la nube de fragmentos que ella esperaba, la energía se dispersó sobre su superficie en una onda galvánica.

Ronin echó a correr hacia el nacimiento del túnel. Cuatro metros, ésa era la distancia que los separaba. Si pudiera alejarse lo suficiente como para transmitir una baliza automática de alarma...

Otra descarga se deshizo en asbestos contra el dintel del pasadizo una décima de segundo después de que ella pasara por debajo. Ronin se volvió un instante y vio que un soldado corría tras ella, abombando sus perneras de goma con un vaivén gracioso. La barra de progresión del alimentador situó otra carga en la recámara del rifle.

La capitana retrocedió por el túnel a toda velocidad, medio asfixiada. Recordó que su traje estaba en modo de alimentación interna, y ese tipo de suministro no estaba previsto para una excesiva actividad corporal. Cambió de configuración su tráquea y el mohoso aire del templo le llenó los pulmones.

Dos segundos de recuperación. Toda una eternidad que su cuerpo necesitaba para adaptarse al deficiente aire del planeta. Dos simples segundos que...

No se oían pisadas tras ella.

Con mucho cuidado, respirando con fuerza por la nariz, volvió sobre sus pasos.

No había nadie.

¿Habrían abandonado la persecución? ¿Era una trampa para cogerla desprevenida? Le daba igual; lo vería mucho más claro una vez estuviera en el exterior. Se dispuso a echar a correr, cuando se paralizó: Sargueras. No podía abandonarle.

Ronin se restregó los labios con la manga, maldiciendo. Sólo había dos posibilidades: dentro o fuera. Tenía que tomar una decisión.

El soldado saltó hacia ella desde la oscuridad. De su antebrazo surgían garras retráctiles, como de animal. La joven trató de esquivarlo reculando. Las afiladas garras hendieron el aire a escasos milímetros de su cara. Ronin disparó, pero el

escorpícora se movía tan deprisa que era imposible centrarlo en la mira. Sargueras desapareció corriendo de la vista, perdiéndose entre la selva de escombros en que había quedado transformado el templo por los disparos.

La capitana rodó un par de metros, volvió a incorporarse y bombardeó a su enemigo con una ráfaga secuencial de descargas. El escorpícora aulló y se lanzó hacia los escombros, perdiéndose de vista. La joven recargó el arma, presta a lanzar una andanada explosiva sobre la zona que le obligara a salir, cuando unos disparos la alcanzaron en el pecho.

Con un grito, se dejó caer hacia atrás, ocultándose tras una columna de mármol. El arco eléctrico humeaba en su pecho. Su traje había aguantado, pero si el ángulo de la descarga hubiese sido sólo un poco más perpendicular, lo habría perforado y le habría quemado el esternón.

Maldiciendo, se arriesgó a asomarse durante un segundo. Colocando el haz de la pistola en máxima dispersión y menor potencia, efectuó un único disparo.

Falló.

La voz de Sargueras se elevó sobre el estrépito tratando de avisarla de algo, pero fue inútil. Ronin supo que había caído en una emboscada antes siquiera de ver al soldado. Éste se encontraba de pie tras ella, apuntándola con el rifle. Su compañero apareció a dos metros, por el extremo contrario del pasillo, cerrándole toda posibilidad de huida.

La capitana miró su arma, sin saber aún qué hacer con ella, si tirarla o arriesgarse en una maniobra suicida. Su sentido común, ese al que sólo escuchaba de vez en cuando, le advirtió que lo más sensato era rendirse. Ellos estaban de pie y apuntándola. No había forma de resolver el jaque.

La voz del escorpícora resonó a través del altavoz de su máscara:

—Ríndete, colono. Esta batalla la has perdido.

Era cierto. Ronin relajó la presión de los dedos sobre su pistola, entregándosela a la gravedad...

...Y entonces sucedió.

Saltó como una sombra sobre el primero de los escorpícoras. Una combinación de movimientos, un brazo musculoso y desnudo, el filo sangrante de un cuchillo..., y el soldado estaba en el suelo, la garganta atravesada de parte a parte.

El segundo escorpícora disparó casi por instinto, pero aquella cosa ya no estaba allí. La descarga incineró el aire por encima de la cabeza de Ronin. La capitana no se dejó amedrentar: aprovechando la situación, aferró de nuevo su arma con ambas manos y disparó toda la carga que le quedaba.

El pecho del soldado estalló en llamas, la coraza reducida a polvo. Había detenido casi todo el disparo, pero su suerte no duró. Una mano apareció de la nada a su izquierda, trazando un arco que acabó justo en su pecho, en el agujero que la pistola de la capitana había taladrado en su armadura. Por él se coló el cuchillo, y salió la sangre.

Ronin se incorporó deprisa y apuntó a su salvador con la pistola. Éste se limitó a pronunciar dos palabras:

—Está descargada.

La capitana desvió un segundo la mirada hacia el contador digital del arma. Eso bastó al hombre misterioso para situarse a su lado y apoyarle el cuchillo en el cuello.

—Suéltala —ordenó.

La joven no puso pegas.

—¿Q... quién eres?

—Eso no importa. ¿Tenéis provisiones en vuestra nave?

La capitana lo examinó moviendo sólo los ojos. El extraño era alto, corpulento, indudablemente humano. Había algo en su complexión y en la forma de su cráneo que lo delataba como perteneciente a la misma raza de los quimerianos, aunque habría sido necesario un examen de ADN para confirmarlo. Ronin vio unos rasgos duros, repasados a buril; un rostro atractivo perdido en algún punto entre los treinta y los treinta y cinco. Un cuerpo enorme, muy musculado, de culturista. Pero sobre todo aquellos ojos, unas diademas grises que scrutaban con el silencio sagrado de los rituales.

—Responde. ¿Tenéis provisiones o no?

La capitana tragó saliva.

—S... sí. Puedo conseguirme agua y comida, si lo deseas.

—Lo deseo. Estas algas no se pueden tragar, y el agua es venenosa. ¿Tenéis alguna nave auxiliar con la que abandonar este planeta?

Antes de que ella pudiera responder, el guerrero se volvió y señaló un montón de piedras. Sin dar siquiera la orden, logró que el marqués saliera de su escondite con las manos en alto.

—No... no me mates —suplicó éste.

El guerrero le examinó. Sargueras, tambaleante, estaba de pie junto a la estatua del elfo encapuchado, y entre ellos funcionaba alguna clase de química.

—*No es mi intención hacerte daño, anciano* —dijo el guerrero en élfico—. *Slaibhk aluhjáh, y que la paz sea contigo.*

—*Aluhjáh Sibi* —respondió Sargueras, sorprendido no tanto porque el extraño conociera su lengua, sino por su respeto hacia los rituales—. *Llegas como la ansiada lluvia en un desierto gris, devolviendo la vida, repartiendo la muerte. ¿Eres, pues, ángel o demonio?*

El hombre no respondió.

Ronin, que apenas conocía unas cuantas frases en el idioma de Sargueras, estaba completamente perdida. Trató de devolver la conversación a un terreno que pudiera manejar:

—Tú eres el piloto del mirmidón, ¿verdad? ¿Por qué nos ayudaste en Puerta Hefauk?

—Debía hacerlo, si quería sobrevivir.

—¿Y eso es todo? —En la voz de la capitana había incredulidad—. ¿Salvaste la vida de centenares de personas sólo por interés personal?

El guerrero la examinó de los pies a la cabeza. Ronin se sintió insultada bajo el escrutinio.

—Así es.

—Eres hombre de pocas palabras, pero buen luchador. —La capitana intentó exprimir en la medida de lo posible la vía diplomática—. Si los quimerianos son también tus enemigos, podrías unirte a nosotros. Te pagaríamos.

—¿De qué sirve el dinero de un gobierno en decadencia?

A Ronin le sorprendió su sinceridad.

—Los Mundos Unidos no están en decadencia —se defendió—. Sólo esperan que llegue la oportunidad de hacer frente al...

—Esperan a ser destruidos por un enemigo que no saben cómo combatir. Son una pandilla de ovejas asustadas esperando a que el lobo muera de viejo, pero eso no sucederá. Sólo sabéis huir.

—¿Y tú no huyes? ¿Qué estabas haciendo en la puerta, aparte de correr como si el diablo te pisara los talones?

Los ojos del guerrero brillaron con furia, pero su respuesta fue serena:

—Todos huimos, tarde o temprano.

Más ruidos llegaron rebotando por el pasillo. Esta vez su comunicador vibró con la voz de Sobek:

—¿Capitana? ¿Se encuentran bien?

Ronin aún tenía el cuchillo apoyado en el cuello, así que esperó. Sostuvo un pulso de miradas con su salvador, que se resolvió cuando éste guardó el arma.

—No me sigáis —murmuró, y se desvaneció como el viento. Ronin dio un respingo, sorprendida por los poderes del extraño, pero cuando miró a su alrededor vio que Sobek y sus hombres ya estaban en la sala, rastreando en busca de más enemigos. Era como un agujero de amnesia; como si faltasen unos pocos segundos en su memoria.

Del hombre misterioso no había el menor rastro.

—No ha desaparecido, sino que nos ha paralizado durante un instante mientras se escondía. —Sonrió, maravillada por las habilidades para el subterfugio que habían sido demostradas allí.

Sí, sin lugar a dudas aquel guerrero sería un aliado poderoso..., si lograban averiguar qué quería y por qué estaba huyendo.

Primeras respuestas

Ronin avanzó con celeridad por los pasillos de la nave. Ésta había aterrizado clavándose en el suelo como una gigantesca escarpia, por lo que más que una nave parecía un rascacielos de contornos góticos.

Miró por una escotilla. El grupo de ingenieros había levantado en tiempo récord un molino de viento sobre la atalaya sur, y la tenue aunque agitada atmósfera del planeta se dejaba sentir en sus aspas. Más abajo, al pie de la montaña, los colonos delimitaban el terreno y lo dividían en parcelas cultivables. En cuanto Sargueras se recuperase de la traumática experiencia de la caverna y se pusiese a trabajar, su departamento comenzaría a producir semillas transgénicas diseñadas para crecer veloces en aquel entorno.

Todo funcionaba como un reloj, con precisión y eficacia. Aquellas personas habían sido entrenadas para hacer bien su trabajo, y lo estaban demostrando.

El mal humor que sentía se le debía desparramar por el rostro, porque la gente con la que se tropezaba por los pasillos se cuadraba inmediatamente y se apartaba. Notaban que estaba irritada, y eso era malo para la moral. Un capitán de navío debía ser como una roca inexpugnable a las emociones, un bastión que jamás se doblegara ante los embates de las circunstancias. Una fachada que a ella le costaba mantener.

Se sentía ultrajada por lo que había ocurrido el día anterior. Quimerianos que surgieron de la nada, un guerrero salvador pero huraño, un templo dedicado a una deidad élfica olvidada en un planeta perdido...

Demasiadas incógnitas. Demasiados «qué pasaría si...».

Necesitaba respuestas, y las necesitaba ya.

Lo primero que hizo nada más regresar al *Dédalus* fue destacar varias patrullas para que peinaran la zona. Los quimerianos debían haber salido de alguna parte, así que había que encontrar su nave. Luego durmió unas horas: la regla de oro del buen líder es que no puede hacer bien su trabajo si está agotado, y ella no había visitado su camarote desde mucho antes de la emboscada. Una vez que se dio el lujo de desconectarse de la realidad durante un par de horas, se sintió otra. Tomó una larga ducha, cambió el uniforme por uno recién planchado y se dirigió a la torre de comunicaciones. Sabía que era arriesgado, pero necesitaba hablar con el capitán Vinge. Necesitaba un igual al que poder mirar a los ojos y pedir consejo.

La imagen parpadeó en la videopantalla. Procedía de centenares de años luz de distancia, de la flota de los Mundos Unidos, computada en tiempo real gracias a otro milagro relacionado con las puertas que (para variar) nadie podía explicar.

—¿Ronin? —Un chasquido de estática—. ¿Eres tú?

—Intacta como la mala hierba —sonrió—. Al fin logramos pasar. Estamos en el planeta.

—¿Ha comenzado la terraformación?

—Tengo que informarte de... algo extraño respecto a ese asunto. Te lo diré cuando esté segura de lo que ocurre.

—Pero vosotros estáis bien, ¿verdad? Me preocupé cuando me dijeron lo de las otras naves. Es una tragedia que el plan fracasase.

«O que fracasase yo», pensó Ronin. De algún modo se sentía responsable por todas aquellas muertes. El hecho mismo de que Vinge lo mencionara decía mucho.

No contestó. En lugar de ello, dejó que su rostro enrojeciera.

—Nos ha costado un gran sacrificio llegar hasta aquí, y haré lo que esté en mi mano para sacar adelante esta colonia —prometió—. Vosotros vigilad las puertas. ¿Hay movimiento de las fuerzas quimerianas?

El rostro de Vinge se empantanó por la estática, pero el audio llegaba bien.

—Por ahora permanecen quietos. No te preocupes, Ronin. Mis acorazados estarán preparados por si...

La imagen desapareció. Ronin pidió explicaciones a la torre de control, pero no había nada que hacer: los mensajes vía subespacio 3 eran instantáneos, pero fácilmente rastreables. La computadora había calculado una probabilidad del veintitrés por ciento de que hubiese alguien escuchando, y cortó en seco las transmisiones.

No se lo reprochó. En esos momentos, la seguridad era más importante que su necesidad de descargarse psicológicamente con alguien.

Lo siguiente fue visitar a Sargueras. El marqués aún estaba en la enfermería, vestido con una bata que su robot trataba por todos los medios de que no se abriera por la parte de atrás.

—Buenos días, capitana —saludó, jovial—. ¿Ha descansado?

—Algo. ¿Cómo se encuentra? ¿Fue herido durante la batalla?

—Por fortuna, lo único que salió herido de aquella caverna fue mi orgullo. —Se alisó la bata mientras su robot la cosía por detrás, para irritación de la enfermera—. ¡Estate quieto! —Golpeó a Trobis en la cabeza, pero el pequeño complemento no cejó en su empeño—. Lo tengo programado para que se porte como el secretario perfecto, pero a veces se extralimita.

—Hábleme de aquella estatua.

Sargueras navegó en sus pensamientos un rato, hasta que la capitana se impacientó y volvió a formular la pregunta.

—No es más que una leyenda —confesó el marqués—. Una vieja historia para niños recopilada en las crónicas de mi pueblo, en un libro llamado *El incunable de Zalan*.

—Cuénteme más cosas sobre ese libro.

Sargueras le hizo sitio a la capitana en la camilla.

—No hay mucho que contar. Los eruditos coinciden en dividir la historia de las raíces élficas en tres periodos: el Evo Primordial, del que apenas conservamos datos;

la Era de los Cambios, que comprende ese lapso de varios miles de órbitas en el que nos preparábamos para dar el salto a las estrellas; y el Metaéxodo, o el despertar en sentido tecnológico y espiritual, a lo largo del cual expandimos nuestra semilla por la galaxia.

—¿Esa estatua tiene que ver con leyendas relacionadas con alguno de los tres periodos?

Sargueras movió la cabeza afirmativamente.

—*El incunable de Zalan* es una recopilación de textos sagrados que data del comienzo de la Era de los Cambios. Algunos afirman que en realidad fue escrito a finales del Evo Primordial, pero no hay pruebas fehacientes. Zalan fue un cronista que trabajó para la gran biblioteca de Gretia, un elfo muy sabio que dedicó los últimos siglos de su vida a recorrer los senderos de nuestro planeta madre, escuchando historias y transcribiéndolas para la posteridad. En nuestra cultura es toda una institución. —Jugueteó con los pliegues de su bata—. Una de esas historias habla de una deidad hoy considerada un mito incluso entre los ancianos. Conocemos su identidad porque logró sobrevivir en forma de fábula para infantes. Se llamaba Glorien.

—¡Glorien! Suena bien.

—Ha de saber, capitana, que nuestra cultura no es panteónica. Todos los dioses a los que dedicábamos bellos altares se fundieron en dos grupos hace centurias, y los adoramos en tanto colectividad, no como entidades independientes.

—¿Qué grupos son?

—Uhm... Por un lado está la Estirpe Eterna, que engloba todas las potencias consideradas útiles para la vida y el desarrollo espiritual..., y por otro, la Senda del Vacío, donde están resumidos aquellos dioses de cuya esencia brotan las energías de la tierra, así como su capacidad transformadora. Es la unión de ambos lo que provoca el cambio en el universo, así como la transfiguración de la vida.

Ronin sonrió. Le encantaba la mitología élfica, en tanto que carecía de una división maniqueísta de sus dioses. Esto es, que no había una concepción del «bien» o del «mal» asociada a ellos, sino diferentes puestos en el engranaje de la Creación. Todos los dioses eran buenos, en tanto que ayudaban a forjar los planetas y los seres vivos que los poblaban, sólo que unos hacían un trabajo propenso a la estabilidad y otros al cambio.

Que los elfos no hubiesen desarrollado de forma instintiva una deidad que representase el mal como concepto universal, como sí habían hecho la mayoría de las demás especies, decía mucho de ellos.

—Glorien pertenece a la Llama de Plata —continuó Sargueras—. De hecho, fue uno de sus fundadores. En tiempos inmemoriales se le rendía culto en los bosques de Herbión, cuna de mitos, y representaba el poder de la Naturaleza, con mayúsculas.

—¿Y el cetro con el dragón de oro que portaba en la mano?

—El símbolo de su poder. Dice la leyenda que, «allí donde reposa el cetro de la

vida, nada podrá detener la transfiguración de todas las cosas, y el nacimiento de algo nuevo donde antes sólo subsistía el vacío» —recitó en su idioma, y luego lo repitió en tradicional para que lo entendiera Ronin.

Ésta se estrujó la barbilla, pensativa.

—O sea, que quienes construyeron esas ruinas, fueran quienes fuesen, eran adoradores de Glorien. Dijiste que la caverna databa de unos cinco milenios. ¿A qué época equivale eso en vuestra historia?

—Al comienzo de la Era de los Cambios, más o menos. Una época de taumaturgias hoy olvidadas.

—Es decir —dedujo Ronin—, que coincide con la fecha en que fue redactado *El incunable*, ¿no?

—Supongo que sí.

Ronin se puso en pie y alisó los extremos de su chaqueta blanca y azul de oficial.

—Muchas gracias, marqués. He obtenido lo que necesitaba.

Se dispuso a abandonar la enfermería, pero Sargueras la retuvo unos instantes.

—Capitana, yo... eh...

—¿Qué desea?

—Me gustaría... obtener su permiso para regresar a la caverna. Tengo la sensación de que alberga un secreto que podría estar relacionado directamente con los orígenes de mi pueblo, y necesito averiguar cuál es.

—Comprendo su impaciencia, Sargueras —la capitana dejó caer una mano afable sobre su hombro—, pero por el momento es imposible. Si hay una base quimeriana en el planeta, debemos encontrarla antes de que tengan tiempo de reagruparse y atacar de nuevo. Por el momento, he ordenado apostar vigilancia en la caverna y salvaguardarla de mayores destrozos.

—¡Pero yo podría extraer datos que nos servirían para resolver algunos enigmas, como el de la terraformación prematura de Furiony! Deme permiso para visitar de nuevo ese lugar, y le aseguro que mañana sabremos más sobre la historia de nuestros precursores de lo que hemos averiguado en siglos.

—La gente de la colonia le necesita, marqués. Esas semillas transgénicas deben empezar a salir de los laboratorios cuanto antes para ser plantadas. Si no sembramos ya, nos enfrentamos a una ola de hambruna dentro de seis meses. Ésta es su mayor prioridad a partir de ahora, no lo olvide.

—¡Pero es que...! —protestó el elfo, pero la capitana lo silenció con un gesto.

—Es una orden, maestro biólogo. Acátela.

Dicho esto, abandonó la enfermería. Trobis, el robot secretario, se apartó de su amo temiendo un arranque de cólera, que al final descargó contra la bandeja de comida liofilizada. Alertada por el estrépito de la colisión de ésta contra el suelo, la enfermera acudió a toda prisa, pero la furia que ardía en los ojos del marqués la mantuvo también a raya.

—Como ordenéis, capitana —murmuró Sargueras—. Como ordenéis...

El fugitivo se había parapetado en una roca desde la cual dominaba todo el valle. Su ángulo de visión abarcaba los campos de cultivo, los vigilantes apostados en las cimas de las montañas y la mole de la nave colonial. Observó durante varias horas la actividad que reinaba en la colonia, hasta hacerse un esbozo mental de lo que aquellos hombres estaban poniendo en marcha.

Vio a los granjeros acercarse al río y arrancar las algas aerobias que florecían en la ribera. Observó cómo un destacamento de soldados se desplazaba en vehículos de superficie hasta la entrada de la gruta y establecían un puesto de vigilancia, mientras un segundo grupo se acercaba a los restos del mirmidón y, tras amarrarlo con cadenas a una grúa, lo arrastraba de vuelta al campamento. Él también habría hecho lo mismo: cualquier fragmento de tecnología era un almacén de repuestos en potencia.

No cesaba de darle vueltas a un recuerdo. Hubo un momento, en la refriega contra los escorpícoras, en que el elfo debilucho había llamado «capitana» a aquella mujer tan joven. Ese detalle era importante: puede que sin quererlo hubiese conocido a la persona que podría serle más útil durante las próximas semanas. Un golpe de suerte.

Miró hacia poniente. La patrulla de escorpícoras no regresaría para informar, lo cual haría saltar las alarmas en su campamento. El fugitivo había sopesado varias alternativas para abandonar el planeta y continuar con su viaje, y una de ellas incluía una incursión directa al puesto quimeriano... Pero aquellos colonos estúpidos estaban a punto de ofrecerle una salida más fácil.

Una portezuela se abrió en la panza de la nave colonial (*Dédalus* era su nombre, si la vista no le engañaba y eso era lo que proclamaban las letras impresas en el casco). De ella surgió un deslizador de forma aplastada, de manta raya, muy aerodinámico. Seguramente una tropa destacada para encontrar el emplazamiento de la nave quimeriana.

El fugitivo sonrió. El juego se ponía interesante.

El maestro Killigan corría de un lado para otro, intentando estar en todas partes a la vez, mientras imprecaba, ceñudo, a diversos grupos para que ejecutaran alguna que otra orden. Hombres y mujeres esgrimían sus herramientas de cultivo con entusiasmo, esperando que les trajeran las semillas que asegurarían su futuro. Él tenía otras preocupaciones en mente.

Que de las provisiones se encargaran otros. Había un problema mucho más importante en ciernes, y no se arreglaría con surcos rellenos de abono.

Vio despegar al deslizador y perderse en lontananza en busca de noticias. Ojalá fueran buenas. Montó en un tractor oruga y se desplazó hasta el río, donde sus ingenieros buscaban el emplazamiento idóneo para un molino de agua. La energía era su principal problema, y nunca había suficiente.

—Señor —saludó su técnico de confianza, un enano llamado Gunter—. Hemos

localizado un lugar idóneo para comenzar los trabajos.

—¡Fantástico! —Aplaudió Killigan—. Pero antes hemos de hacer otra cosa. ¿Veis los puestos de los vigías?

Los técnicos alzaron su vista hacia las montañas que les flanqueaban.

—Hay que emplazar baterías antiaéreas en ellos —dijo el enano, poniendo los brazos en jarras—. Debemos buscar un método para hacer llegar la corriente allá arriba y alimentar los cañones de plasma.

—Pero eso... significaría redirigir casi todo el material disponible para el suministro de la colonia —objetó Gunter.

—Lo sé, pero es necesario. La gente dormirá en la nave hasta que encontremos alguna alternativa.

—¿Por dónde empezamos?

Killigan señaló las cumbres.

—Montad grúas allá arriba y empezad a subir los antiaéreos modularmente, por secciones. Mañana os diré dónde los colocaremos para que su arco de fuego sea más eficiente.

Gunter y sus hombres se encogieron de hombros, sin entender a qué venía el cambio tan radical en los planes, pero obedecieron. Killigan volvió al *Dédalus* y visitó a su capitana en el puente de mando.

Allí reinaba una actividad febril. Los exploradores estaban enviando sus primeros informes, y no eran muy halagüeños.

—Ahora no puedo atenderte, Kil —dijo Ronin, pero no le ordenó que se fuera. En lugar de eso, señaló un asiento desocupado y desvió su atención de él. El enano se dispuso a esperar que le tocara el turno.

Sobek y ella se inclinaban sobre la pantalla táctica, donde aparecían en tiempo real los datos enviados por la nave exploradora. También estaba el marqués Sargueras, aunque no en su fase habitual de tratar de impresionar a la capitana con sus logros. Más bien parecía extrañamente cohibido. Killigan pudo imaginar la conversación: «No debería ser yo quien lo dijera, pero... ¿sabes que el otro día descubrí una cepa nueva de tal o cual virus? Porque soy el mejor en mi trabajo, ¿sabes?», y así seguiría, quemando sahumerio en su propio altar hasta la extenuación.

Ronin escrutaba las fotografías del terreno. Rumió la idea de mandar un segundo explorador para que ambos se complementaran, pero era demasiado arriesgado. Si los quimerianos les descubrían, y nada hacía pensar que no supieran de antemano que estaban allí, podrían destruir dos naves en lugar de una. Y ése era un sacrificio mayor del que ella estaba dispuesta a afrontar.

—Vamos, malditos —murmuró—. Salid de donde estéis...

—Allí —recalcó Sobek, señalando una lectura de calor. Ronin también lo había visto: era una emanación procedente de un cañón que partía en dos una meseta. Un buen lugar para ocultar una nave.

—¿Podemos acercarnos más?

—Si ordenamos al piloto que se aproxime, correrá peligro de ser abatido.

Ronin sopesó los pros y los contras. Era cierto que necesitaban esa información con más urgencia que el oxígeno que respiraban, pero... ¿alguien le había hablado en la Academia alguna vez del concepto «bajas razonables»?

—Que vuelva —decidió—. Ya sabemos dónde están. Es suficiente por ahora.

—Pero necesitamos averiguar qué tipo de base tienen montada —opinó Sobek—. Sé que es duro perder una nave, pero si nos alejamos ahora, es posible que no podamos volver a acercarnos tanto...

—Le he dado una orden, lugarteniente —acotó Ronin, y Sobek obedeció. De reojo miró a Killigan, y detectó aprobación en su semblante. Un buen general era aquel que buscaba una solución alternativa antes de sacrificar a un hombre, y eso la tropa lo agradecía más que cualquier otra virtud.

El explorador viró en redondo y se dirigió hacia la colonia, siguiendo una trayectoria zigzagueante. Ningún aparato quimeriano abandonó el cañón en su persecución. Eso era bueno. Después de todo, cabía una posibilidad —bastante remota, eso sí— de que el incidente en la gruta hubiese sido casual. Que aquella escuadra la hubiera descubierto por casualidad durante una patrulla y no hubieran tenido tiempo de informar a sus superiores.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sobek.

—Prepara un comando de infiltración. Elige a tus mejores hombres y disponlos para salir de inmediato. Hemos de atacar antes de que ellos muevan pieza.

—¿No es un poco precipitado? Yo creo que...

Ronin ocupó su sillón de mando, y por un momento pareció más vieja.

—«Precipitado» será que permanezcamos quietos, sin hacer nada. Si fracasamos, puede que no tengamos otra oportunidad.

Sobek asintió, reluciente.

—Como ordene, capitana.

Killigan se levantó y susurró algo al oído de Ronin. Sargueras movió sutilmente las orejas en esa dirección, pero lo único que pudo escuchar fue a la capitana respondiendo:

—Está bien. Que lo lleven al taller y lo desmonten.

Ronin se frotó los ojos. Iba siendo hora de que cumpliera su promesa y se encerrase con Killigan en algún habitáculo escondido para disfrutar de un buen crajhi. De ocasiones similares, sabía que el enano podía agotar con un trago digno de Baco la efímera existencia de la cerveza, pero ella se lo tomaría con más calma. Disfrutaría la espumeante promesa de un paraíso de frescura con toda la calma de la que ahora no disponía.

De reojo, vio salir al marqués del puente. Aún no había abandonado la expresión contrariada que, cual niño caprichoso, adoptó cuando ella le prohibió el retorno a la cueva. Ronin entendía lo importante que debía ser ese hallazgo para él, pero no podía permitir que los oficiales antepusieran sus preferencias personales al buen

funcionamiento de la colonia.

Con un suspiro, borró el nombre de Sargueras de su mente, demasiado aturullada por otros menesteres, y rezó por que el elfo supiera comportarse y no estuviese pensando en hacer ninguna locura.

6

Juego de mariscales

—Cuenta la historia, Tejedora de Verdades. Y que sea cierta, para que los afortunados que la escuchen puedan aprenderla.

La retumbante orden del mariscal Éremos resonó en las bóvedas de la Casa Axiomática. Su frase había completado los rituales, y la Tejedora, abandonando por unos minutos el caparazón que mantenía su frágil cuerpo a salvo de los rigores del mundo externo, despegó sus labios de anciana y habló. Sus cuerdas vocales se movieron por primera vez en una década.

—La historia comienza con un puño cerrado —susurró—. Un puño y una bota que aplasta a todos cuantos osan oponérsele. El estandarte de la llama negra que ondea sobre planicies arrasadas en cien mundos...

—Eso ya lo sabemos —acotó el mariscal, impaciente—. Aprovecha tu tiempo contándonos qué nos depara el futuro.

La Tejedora se revolvió, molesta por su insolencia.

—Nadie puede conocer ni un ápice de los designios de Kronos, y mucho menos oponerse a ellos. Lo que deba ser, será, y ni siquiera la fuerza del ejército más poderoso de la galaxia puede elevar murallas contra su voluntad.

—Aun así, suplico tu guía, Tejedora. Háblame de los designios, de las profecías y sus heraldos. Descríbeme los espejismos que reflejan los ciclos de la rueda; ese atisbo tan precioso de lo que vendrá...

—Sea. Veo un hombre atado a su pasado por algo más fuerte que la memoria. Veo un catálogo de abominaciones y miedos desplegándose a su paso. Dormirá esquivando un mundo al que nunca llegó a pertenecer, y sentirá curiosidad por el que le aguarda. Es... un espectador desapasionado, con miedo a los deterioros irreversibles que el tiempo fraguará en su legado...

—¿Y qué más?

—Aquí no hay nada más para ti, mariscal, pero acepta este consejo: las palabras que uno escucha no siempre han sido pronunciadas para sus oídos.

—¿Cómo? —Las cejas de Éremos se erizaron—. ¿Qué has querido decir con eso, bruja?

La Tejedora enmudeció. Su cuerpo reculó hasta desaparecer de nuevo en el interior de su carapacho, como un enorme caracol mezclado a trozos con una persona. Ya no volvería a hablar en por lo menos un lustro, así que Éremos debía conformarse con lo poco que había obtenido.

—Tanto esperar para esto... —protestó—. Es insultante.

Los portones se abrieron dejando entrar la luz solar. Una figura ataviada con túnica negra le esperaba fuera, tumbada en una hamaca. Blikos, consejero principal del mariscal, era un hombre corpulento, decididamente teutón, de unas cincuenta

órbitas. En tiempos debió de poseer una figura atlética, pero ahora las carnes colgaban flácidas de su cintura y la grasa redondeaba sus nudillos como un guante seboso.

Al ver salir a su superior, se levantó torpemente.

—Odio los mundos cálidos —se quejó—. Ojalá alguien hubiese inventado una forma de alejarlos de sus soles.

—Todo llegará, querido Blikos —suspiró Éremos, aspirando el malsano aire de la estepa. Aplastó de un manotazo un insecto que revoloteaba en torno a su cuello e inspeccionó los restos entre los dedos. Luego los arrojó. Blikos se lo imaginó de joven: brutal, enérgico, implacable.

—A todos les llega su hora —dijo en voz alta, pero era sólo la última fracción de lo que estaba pensando.

El campamento de las fuerzas quimerianas había sido levantado en torno a la gran fortaleza de descenso, con sus murallas desplegadas en forma de castillo y un enjambre de bombarderos sobrevolando las almenas. El humo de las chimeneas y las toberas de los reactores había cubierto el cielo con un sudario de nubes, una niebla venenosa que ni siquiera el viento se atrevía a tocar. Cadenas de fuegos ardían en lontananza, y los esqueletos de los antiguos bosques parecían púas que erizasen la piel de una tierra moribunda.

La Casa Axiomática se replegó sobre sí misma, adoptando de nuevo su configuración de nave, y se elevó con un potente rugido. La hierba calcinada salpicó en todas direcciones.

El mariscal subió a una colina desde donde pudo observar su obra. Le encantaba este momento, justo tras la toma de posesión de un planeta, cuando faltaban apenas minutos para recibir a las delegaciones de los pueblos conquistados. El resplandor de lejanos combates tras el horizonte, el retumbar de sus tropas machacando cada atisbo de resistencia, el flamear de inútiles banderas blancas...

Sí, él estaba hecho para conquistar. Era una sensación más potente que el placer carnal, tan embriagadora como la droga de diseño más exquisito. La satisfacción personal que obtenía con el colofón de cada campaña le hacía sentirse vivo, y eso era algo que no pensaba cambiar por ningún tesoro del universo... Salvo el de la corona, por supuesto. Pero aún faltaban unas cuantas medallas para llegar a eso.

Como estaba previsto, las delegaciones aparecieron con la llegada de la hora nona tras haber arriado la bandera. Éremos montó en su palanquín, sostenido por dos esclavos nativos en señal de sumisión, y fue conducido de regreso a la fortaleza. Una hilera de embajadores yacían postrados, en espera de su llegada, frente a las grandes escalinatas en forma de mano abierta que conducían a la sala de comando.

Ordenó detener el palanquín frente a una alfombra roja y ascendió ceremoniosamente los peldaños. Sentía el ardor de centenares de ojos clavados en su armadura, en su capa negra y en su báculo de mando.

Pasó a dos metros de Blikos, que se incorporó a la cohorte de consejeros que él,

como jefe supremo de las fuerzas quimerianas en el sector, tenía más la obligación que el deseo de poseer. Blikos efectuó una reverencia cuando Éremos pasó frente a él.

No fue hasta que el mariscal hubo desaparecido en el interior de la nave-fortaleza, y los políticos temerosos siguieron sus pasos, cuando abrió la boca para comentar:

—Es un maldito engreído.

El consejero que estaba a su lado, un orco con veteranía en la servidumbre llamado Askhem Ribadani, negó con la cabeza.

—No lo digas en voz alta —aconsejó. Sus colmillos emergían feroces del labio inferior—. El mariscal posee dotes sobrehumanas, y estoy seguro de que muchas de ellas ni siquiera han sido descubiertas. Es un aliado muy peligroso, si me permites el eufemismo.

—Ya lo sé, ya lo sé —masculló Blikos—. Pero no aguanto más su prepotencia. Ésta hace su octava victoria consecutiva, es cierto, pero un buen líder necesita algo más que genio militar para gobernar.

—En eso estamos de acuerdo todos, ¿verdad? —afirmó el orco. Asomó una mano por debajo de sus largos ropajes y movió el dedo índice. Blikos distinguió un anillo a la altura del primer metacarpiano.

—¿Eso es lo que creo que es?

Ribadani asintió.

—Un escalpelo anular de Wilkad-Timara. Tan mortal a corta distancia como inútil a larga. Por eso debemos elegir bien el momento; él ha de estar desprevenido.

—Está a punto de recibir a las delegaciones. Es ahora o nunca.

Los portones blindados se cerraron tras ellos. La sala de comando estaba atestada de gente, con el trono al fondo y los oferentes alineados al pie. Blikos se mantuvo atento a Ribadani, pero ocupó un puesto a la derecha del mariscal. Éremos aguardaba, sereno, con la capa enrollada en un brazo.

Las delegaciones fueron desfilando. Cada una rendía armas a los pies del mariscal al tiempo que solicitaba clemencia y ayuda humanitaria para el contingente de refugiados. También portaban regalos representativos de cada zona cultural del planeta. Blikos sabía que esos regalos habían sido analizados a nivel molecular por sus hombres, por lo que no esperaba sorpresas.

Sin embargo, sí que hubo algo inusual. Éremos bostezaba cuando llegó el turno de las tribus norteñas del continente. Su embajador, un bárbaro corpulento con el cráneo lleno de tatuajes, hincó una rodilla en tierra y dijo:

—Señor, desde tiempos inmemoriales ha subsistido una costumbre en nuestra tierra. Sois el vencedor, y por lo tanto nuestro amo, pero si queréis ganarnos el favor de nuestro dios, Kulta Tek, debéis luchar en persona con uno de nosotros.

Los murmullos de asombro recorrieron la estancia. Por un instante, Blikos pensó que Éremos iba a ordenar el fusilamiento de aquel insolente nativo allí mismo, pero la reacción del mariscal sorprendió a todos.

Poniéndose en pie, se deshizo de su capa y dijo:

—¿Lo habéis escuchado bien, perros? Éstos son los pequeños detalles que hacen que un paseo triunfal valga la pena y no se convierta en un desfile de viejas lloriqueantes. —Lanzó una mirada de hastío al resto de los embajadores—. Este hombre ha tenido la valentía de proclamar en voz alta sus creencias, aun a costa de perder la vida, y eso me satisface. ¡Levántate, bárbaro!

El nativo se incorporó y permaneció firme mientras Éremos paseaba a su alrededor. Al final, el mariscal ordenó que le trajeran su espada ceremonial.

—Hoy me mostraré magnánimo —declaró con una sonrisa—. Te voy a conceder la oportunidad de que te reconcilies con tus dioses.

Rumores de sorpresa invadieron la sala. La gente se apartó formando un círculo, al tiempo que el mariscal se deshacía del peto de su armadura para estar en las mismas condiciones que su oponente. Ambos lucharían a pecho descubierto.

Blikos se frotó las sienes. Aquello era una estupidez. Estaba claro qué era lo que Éremos perseguía: la fama. Con ese gesto no pretendía demostrar otra cosa más que su valía personal en el combate, pero en esta ocasión le saldría caro. De reojo, vio cómo Ribadani se situaba cerca del perímetro de la zona de combate, el anillo visible en su diestra.

«Ésta es nuestra oportunidad —pensó—. No debemos arruinarla por nada del mundo».

El duelo comenzó como una danza, los contrincantes caminando en círculo, estudiándose. El bárbaro estaba armado con su arma ritual, una espada curva que más bien parecía el filo de un hacha con un mango soldado en el centro. Éremos blandía su arma favorita para el combate, un mandoble con un montante de espinas abrazando los primeros centímetros de la hoja. Blikos conocía la historia de aquella arma, y sabía que no había dos iguales en la galaxia: Éremos la había mandado forjar en uno de los mundos conquistados, y consistía en una aleación de acero y diamante de enorme resistencia. El tono ocre del metal sugería fragilidad, mezcolanza de materiales, pero lo cierto era que aquella espada podía partir en dos una coraza de un solo tajo.

El bárbaro hizo una tentativa de acercamiento. Dando un salto sobre el pie izquierdo, cayó con las piernas flexionadas y golpeó desde abajo. El mariscal ni siquiera trató de interponer su arma: esperó hasta el último instante, cuando el bárbaro hubo completado su salto, y se limitó a quitarse de en medio. La hoja le pasó a milímetros de la pierna, arrancando una exclamación al público.

Éremos sonrió. Blikos se lo notaba: estaba disfrutando realmente. Tal vez estuviese loco, o sobrevalorase sus propias posibilidades, pero no parecía sentir el menor atisbo de miedo. Pivotando sobre su eje, tentó a su enemigo ofreciéndole durante una décima de segundo la espalda, y aprovechó la inercia del giro para catapultar su espadón. Éste se estrelló contra el suelo, astillando un par de baldosas, mientras el bárbaro saltaba a un lado y, sin darle la oportunidad de recuperarse, se abalanzaba sobre el mariscal, apuntando a sus brazos. Blikos entendió su estrategia:

no pretendía alcanzar directamente ningún punto vital, sino herir en las extremidades a su contrario. Era una buena técnica. Normalmente, lo que se interpone entre la hoja del agresor y el corazón del enemigo son los brazos y piernas de éste. Eliminados ambos, alcanzar el pecho o la cabeza sería trabajo fácil.

En cuanto lo vio venir, el mariscal hizo algo sorprendente: desclavar su pesada arma del suelo le habría exigido un enorme gasto de energía si quería hacerlo en décimas de segundo para usarla de escudo, así que no lo intentó. Afianzándola aún más, la clavó bien y descargó su peso en ella, como si fuera una pértiga. Su cuerpo dio una voltereta y pasó por encima de su adversario, que fustigaba inútilmente el aire. Éremos ejecutó una pirueta y cayó como un gato tras el nativo, las piernas flexionadas.

Blikos tragó saliva. Ahora estaba seguro: Éremos estaba loco. Había sacrificado su arma principal para despistar al enemigo, como quien abandona a su reina al principio de una partida de ajedrez. Sin demorar un segundo, el mariscal saltó sobre la espalda del contrario, clavándole el codo entre los omóplatos. El bárbaro gritó, lanzó su pierna hacia atrás al mismo tiempo que fintaba, y aunque no acertó a su oponente, sí lo hizo recular para esquivar el puntapié.

Éremos retrocedió dos metros, rozando el perímetro de la zona de combate. El orco Ribadani se desplazó con disimulo hacia él. El anillo escalpelo vibraba inquieto entre sus dedos. Blikos se imaginó al letal artefacto desenrollándose, mostrando su verdadera forma: un áspid venenoso capaz de tumbar a un dinofante. Y Éremos no tenía coraza. Su piel sudorosa lo atraería como la llama a las polillas.

El corazón le latió deprisa. Aquello acabaría en segundos, para bien o para mal.

La alegría en los ojos del bárbaro era patente: su enemigo no tenía ninguna arma en las manos. Colocándose entre Éremos y la espada, trazó ochos en el aire con su filo y fue acercándose a él. El mariscal afiló los ojos, muy concentrado.

Cuando el bárbaro se disponía a descargar su golpe letal, Éremos abrió los brazos, dejando claramente al descubierto el pecho. Espoleado por el frenesí de la batalla, el otro no pensó siquiera en la posibilidad de una trampa. Arqueando la espalda para conseguir más fuerza en el impacto, ejecutó un corte de leñador, destinado a partir en dos al mariscal por la cintura.

Pero algo sucedió.

Éremos juntó las palmas en un movimiento preciso, un enganche que detuvo la hoja a mitad de su vuelo. Gotas de sudor le salieron disparadas de los bíceps. Por un momento, los presentes contuvieron la respiración: el bárbaro no podía creer que su espada estuviese atrapada entre las palmas del mariscal. Éste la giró bruscamente noventa grados, forzando la muñeca de su oponente, y al final lo desarmó. La bota de Éremos se abrió por sus cierres laterales, descubriendo un puñal secreto. Un resorte lo lanzó fuera, a la mano del mariscal, que lo esperaba ansioso.

El nativo cerró los ojos. Sabía que había perdido. Esperó con resignación el momento en el que el puñal caería inmisericorde sobre él, pero ese momento no

llegó.

Un chorro de sangre manchó las baldosas. No era sangre bárbara.

Éremos se apartó del público que había disfrutado del combate, pero dejó su puñal atrás, clavado en el pecho de uno de sus consejeros: Ribadani. El orco se sostuvo sobre las piernas todo el tiempo que pudo, hasta que las fuerzas se esfumaron y se desplomó cual largo era. Los espectadores chillaron, sin entender qué había pasado.

Todos menos uno, Blikos, que se mantenía rígido como una estatua, sin emitir el menor sonido.

—¡No creáis que me he equivocado de enemigo! —aulló Éremos, enfebrecido—. Este bárbaro, este ser inculto que no conoce más que lo que ven sus ojos, se ha enfrentado a mí con nobleza. ¡Nobleza! ¿Sabéis lo que significa esa palabra?

La gente reculó, abriendo más el círculo. Éremos ayudó a levantarse al nativo y ordenó a sus hombres que lo llevaran a la enfermería.

—Te perdono la vida, pobre infeliz —concedió, y lo despidió con un gesto—. Te lo mereces, porque has luchado bien. —Miró en derredor a todos los embajadores y consejeros—. Prefiero mil veces un perro que enseñe los dientes cara a cara, a las culebras que se arrastran por las sombras esperando coger por sorpresa al enemigo. Pero para que veáis, aquellos de vosotros que os habéis hartado de mí, lo vanos que son vuestros esfuerzos, voy a demostraros que no me doblego con facilidad.

Éremos recogió el anillo escalpelo, arrancándoselo a los fríos dedos de Ribadani, y se lo metió en la boca. Blikos se tensó.

Todos pudieron notar el momento en que el áspid clavaba los dientes en la lengua o el paladar de Éremos, y fueron testigos de lo increíble: una luz le brotó de los ojos, nariz y fosas nasales. Un resplandor pálido, que sugería frío en lugar de calor. Cuando cesó, Éremos escupió el anillo con una sonrisa cruel. El metal estaba medio derretido.

—Esto es sólo una muestra, pero si me desafiáis, veréis de lo que soy capaz. —Su vista recorrió la sala, provocando el terror—. Veréis de lo que soy capaz...

7

Asalto

La capitana Ronin Telser se aproximó los binoculares a los ojos y ajustó el alcance. El modo de visión nocturna le facilitaba ver con claridad lo que ocurría en el fondo del cañón, donde permanecía estacionada la nave quimeriana.

—Es sólo un panzer de reconocimiento —murmuró—. Debió de haber cruzado la puerta con nosotros, y se posó aquí para que no lo detectásemos.

El lugarteniente Sobek se arrastró por el borde de la sima hasta ella. Ambos vestían trajes de camuflaje negros, con placas poligonales cosidas en un diseño que minimizaba su impacto en el radar.

—Debemos tener cuidado. Podría haber más de una.

Ronin acercó el *zoom* hacia un puesto de guardia que vigilaba el acceso al cañón.

—Es un milagro que todavía no nos hayan detectado. La pérdida de su patrulla ha debido de ponerles sobre aviso.

—¿Qué hacemos? ¿Atacamos?

Ronin se tumbó sobre la alfombra de algas que parecía cubrir aquel mundo. Su tacto era esponjoso pese a la sequedad del medio ambiente.

—No te fíes de las apariencias. Aunque sea una nave pequeña, sus tripulantes siguen siendo escorpícoras, soldados de élite. Una sola de sus escuadras podría acabar con nuestro grupo mejor preparado sin pestañear. —Suspiró—. Si Killigan lograra reparar el mirmidón a tiempo...

—¿Y qué hay del tipo misterioso?

Ronin frunció el ceño.

—¿Quién?

—El que se ventiló a dos hombres en la caverna sin que ni siquiera lo vieran. Salvándote la vida de paso, si no recuerdo mal.

—No podemos contar con él. —Su voz se volvió adusta—. Le ofrecí un buen trato, pero lo rechazó. Debe de ser un solitario. O un paria.

—El universo está lleno de gente solitaria, pero eso no implica que no necesiten apoyo. Confieso que odio a esos aventureros errantes, ávidos de dinero y experiencia... Pero la necesidad gana por la mano cuando el estómago es el último órgano en que uno piensa. ¿Seguro que le ofreció lo correcto?

—¡Calla! Se mueven.

Ronin volvió a usar los binoculares. En efecto, un vehículo ligero, con patas de insecto, se desvinculaba de la nave en ese instante y se alejaba con varios soldados a bordo. Tomaron rumbo oeste, para tranquilidad de la capitana. Es decir, en dirección casi opuesta a donde se emplazaba la colonia.

—Es nuestra oportunidad —dijo Sobek—. Sólo han dejado cinco hombres para vigilar el campamento. Si nos movemos rápido, podremos reducirlos antes de que los demás regresen.

—Estoy de acuerdo —convino Ronin—. Vamos.

Sobek fue a levantarse para dar la orden a su comando de que avanzara, cuando una mano le empujó hacia abajo, obligándole a permanecer oculto. Ambos se asustaron. A su lado había alguien, un hombre que se había acercado en un silencio tan absoluto que era imposible precisar cuánto tiempo llevaba allí.

—No os levantéis —dijo con voz siseante—. Es una trampa. Saben que estáis aquí.

Sobek miró al fugitivo con absoluto estupor. Era tal y como se lo había descrito la capitana: alto, musculoso, con el mentón lleno de líneas rectas. Vestía una camiseta negra que había conocido mejores días, y un pantalón de la milicia quimeriana regular. Sólo portaba dos armas visibles, sendos cuchillos de aleación diamantina que permanecían colgando alrededor de su cintura.

—¿Quién coño...? —exclamó Sobek, pero el otro le mandó callar. En el campamento, un escorpícora se detuvo un momento en sus quehaceres y escrutó el borde de la sima. Luego se bajó la cremallera. El chorro de orina humeó al tocar la piedra caliente del fondo del barranco.

—Has vuelto —sonrió la capitana.

El recién llegado le respondió sin mirarla.

—Me ofreciste santuario, y lo acepto. Al menos, hasta que encuentre la forma de salir de este jodido planeta.

—¿Querrás decirme ahora tu nombre, o deberé crear un rango en la milicia llamado «eh, tú»?

El fugitivo no entendió el chiste. Tras unos segundos, respondió:

—Draven.

—¿Ése es tu nombre?

—Mi apellido. Me llamo Erik Draven.

—¿Por qué combates contra los tuyos? —intervino Sobek, con su habitual falta de tacto—. No trates de negarlo, no hay más que mirarte para notar que eres quimeriano de pura cepa.

—Nunca lo he negado. Mis problemas con el estandarte de la llama negra no son asunto vuestro.

—Sí que lo son —dijo Ronin, tajante—. Lo son en la medida en que nos afectan a todos. Tu intervención ya nos ha ayudado dos veces, y si seguimos vivos gracias a eso creo que merecemos saber el porqué.

El fugitivo la miró en silencio.

—No, no os lo merecéis. Y ahora escuchad: yo me encargaré de la patrulla que salió en el múltipodo. Volverán en cuanto intuyan que el ataque ha comenzado. Vosotros id directos a por el puente de mando del panzer; no os distraigáis por nada

de lo que veáis por fuera. Si lo hacéis rápido y bien, es posible que no tengamos ninguna baja.

Draven saltó de la trinchera con el rostro iluminado por la inspiración, sin darles tiempo a responder.

Sobek, colérico, blasfemó y cargó su arma.

—¿Ha visto cómo nos trata ese tipo? Si pudiera le...

—Hagámosle caso —atajó Ronin—. Sabe lo que hace. Ya discutiremos lo relativo a sus modales después.

Dicho y hecho. Los hombres estaban en marcha a los pocos segundos pese a la reluctancia del lugarteniente. Descendieron la colina aprovechando que aún no había roto el alba, sin fiarse demasiado de la cobertura que les confería la noche. Los escorpícoras poseían sensores de visión nocturna, y quién sabía qué otros aparatos de detección a ras de suelo.

Ronin aprovechó las ventajas de su atuendo de camuflaje para aproximarse al perímetro y activó un sensor pasivo. Draven tenía razón: en el monitor aparecieron teñidos de rojo los arcos de radar de las cámaras enemigas. No formaban un área homogénea, sino que oscilaban de un lado a otro dejando esporádicos pasillos ciegos por donde un hombre podía colarse si se daba mucha prisa. Otra clase de soldadesca podría haber cometido ese error tan básico, pero tratándose de los escorpícoras, su ingenuidad les delataba.

«Seguro que lo habéis montado para que pasemos por ahí —pensó la capitana—. Pero no os daré ese gusto».

Haciendo una señal de «preparados» a sus hombres, se dirigió en línea recta hacia una de las cámaras, la más septentrional del campamento. Eligió ésta porque tenía la rampa de acceso a la nave enfrente, y si descendían los escorpícoras ofrecerían un blanco fácil. No había dado cuatro pasos cuando sus pies rozaron el área pintada de rojo. La cámara cesó de pivotar y se fijó en ella. Unas baterías automáticas giraron doscientos grados para apuntar hacia la posición del intruso, pero su ángulo era muy forzado. Ronin comprobó con satisfacción que había acertado: las defensas automáticas habían sido emplazadas para cubrir los ángulos presuntamente muertos de las cámaras. Era un maldito cebo.

—¡Ahora! —gritó por el comunicador. Sus hombres abandonaron la cobertura que les proporcionaba el terreno y atacaron. El enemigo no se hizo de rogar: cinco escorpícoras descendieron por la rampa, armados con ballestas láser y satélites-cuchillo. Llevaban puestas las armaduras, comprobadas y listas para la modalidad de combate extremo, cosa poco probable en una dotación que en teoría se encontraba en periodo de descanso. Otro vaticinio que se hacía realidad: los esperaban desde hacía horas.

Sus hombres abrieron fuego, ignorando las defensas automáticas. Los quimerianos, ejecutando veloces piruetas para ofrecer el blanco más difuso posible, se interpusieron en el cono de tiro de sus propias baterías. Éstas, provistas de una

mínima inteligencia artificial, reconocieron a los de su bando y contuvieron el fuego. Ronin sonrió, poseída por una furia salvaje: ellos mismos estaban haciendo de parapeto.

—¡Avanzad! —ordenó—. ¡Debemos llegar al corazón de la nave!

Los escasos metros que los separaban del interior del panzer se convirtieron en un infierno. Los haces de luz letal tendieron sus vectores en todas direcciones. Las descargas láser dejaron rastros de aire quemado que eran perfectamente visibles en sus anteojos. Las ballestas de los escorpícoras escupieron sus dardos y varios hombres resultaron heridos. A uno le estalló la cabeza, aunque Ronin no supo si era amigo o enemigo. Los satélites-cuchillo, esferas con aspas monofilamentadas que orbitaban en torno a sus operadores, volaron directas a su yugular. Ronin esquivó la primera. El comando que iba detrás no tuvo tanta suerte y las aspas le segaron el muslo. La sangre humana contrastaba fieramente su color con el de la vegetación circundante. Hubo gritos, explosiones, metros que parecían kilómetros...

...Y llegó dentro. Las paredes del panzer la rodeaban, proporcionándole cobertura. No sabía cómo había logrado pasar, pero allí estaba. Apuntó con el rifle y lo puso en modo de descarga sin límite. En tres segundos tuvo que cambiar la batería: un arco de rayos surgió de la bocacha para cubrir el avance de sus hombres. Incluso llegó a acertar a algunos satélites, que cayeron a tierra emitiendo un humo muy negro y chispas.

Sobek se atrincheró a su lado. Había perdido el rifle en algún momento de la refriega, pero sostenía en las manos una ballesta láser, robada a algún escorpícora moribundo. Apuntó a un soldado que trataba de abrirse paso hacia donde ellos estaban y lo lanzó rampa abajo con una descarga máxima. Era una de las prestaciones de aquella arma: en lugar de muchos disparos independientes, podías concentrar toda la energía en una o dos descargas únicas. Te quedabas sin munición en un instante, pero lo que pillaras por medio lo destrozabas.

—¡Ja, ja! —rió como un poseso—. Adoro estos trastos.

—Vamos —espoleó Ronin, sin pararse a respirar—. Al puente.

Nunca había estado en el interior de un panzer quimeriano, pero la arquitectura de las naves de guerra tendía a respetar unos estándares, y no le costó encontrar su destino. La puerta acorazada que lo protegía estaba cerrada, pero Ronin venía preparada. Le había costado convencer a Killigan para que le prestase uno de sus queridos soldadores de fusión, pues estaba convencida de que lo necesitaría. Regulando la llama a veinte centímetros, cortó el metal como si fuera mantequilla.

—¡Sobek, cúbreme!

El lugarteniente obedeció, introduciendo el cañón de la ballesta por la herida medio derretida de la puerta. El cañón sufrió daños irreparables, pero pudo bombardear el interior de la cabina con el resto de la munición que le quedaba. Luego, siguieron cortando.

La puerta se quebró en dos. Ronin la tumbó de una patada y entró apuntando en

todas direcciones con su pistola. El cadáver de un soldado, que sin duda les reservaba una sorpresa para cuando tirasen abajo la barricada, yacía muerto sobre la consola de mandos. La ballesta de Sobek había hecho su trabajo. Ronin lo apartó sin contemplaciones y ocupó el sillón del artillero.

—Vamos a resolver este asunto de una vez —musitó, tomando el control de las baterías automáticas.

Diez segundos después, todo había acabado.

—Flanco norte despejado —informó un comando.

—Todos los flancos libres —contestó otro—. Creo que hemos ganado.

Ganado. Esa palabra resonó en el cerebro de la capitana. Casi no podía creerlo.

—¿Informe de bajas?

—Hemos perdido cuatro hombres, y hecho dos prisioneros, aunque uno de ellos está muy mal —informó Sobek.

«¿Tan pocas víctimas? —pensó ella, jubilosa—. Es todo un triunfo, aunque lo siento por las vidas de esos cuatro desgraciados».

Entonces lo vio: trepando por el costado de la sima, el múltipodo volvía a casa renqueando. Le faltaban dos de sus seis patas, pero todavía demostraba una gran agilidad.

La capitana contuvo el aliento. Con la tensión de los últimos minutos se había olvidado de la segunda mitad de la operación. ¿Habría conseguido el tal Draven hacerse con él, o se lo habrían cargado los escorpícoras? ¿Podía realmente un solo hombre asumir una tarea tan difícil, por muy preparado que estuviera para la guerra de guerrillas?

Por si acaso, apuntó al múltipodo con las baterías de la nave.

La cabina en forma de cabeza de mantis se abrió, y un brazo enorme los saludó. Era Draven.

—Bueno, parece que vamos a poder celebrar algo esta noche —sonrió la capitana, y bajó a comprobar el estado de su tropa.

Los primeros rayos del sol de Furiony incendiaban el horizonte. La incipiente penumbra empujaba a la oscuridad hacia el oeste, al tiempo que nubes dispersas vagaban como bestias sin rumbo en un cielo al que le faltaban varias lunas para ser perfecto.

Pese a lo temprano de la hora, la actividad en la sima continuaba siendo frenética. El lugarteniente Sobek se encontraba inmerso en un análisis del estado del panzer mientras los hombres enterraban a los muertos y atendían a los heridos. Ronin se apeó del múltipodo con expresión satisfecha.

—No ha sufrido excesivos daños. —Golpeó la chapa pintada de camuflaje—. Nos vendrá bien en la colonia. ¿Regresarás con nosotros, o prefieres que te consigamos un transporte?

El hombre que estaba a su espalda supo que se dirigía a él. Draven se calentaba una ración de comida en una hoguera, con la ayuda de un trozo de metal. Observó el fuego antes de inclinarse para añadir unos cuantos gramos de algas a la mezcla. Éstas se consumían muy rápido, mucho más que la madera, así que tenía que alimentarlo continuamente.

—Un planeta donde no hay madera o materiales parecidos es un mundo sin esperanzas de descubrir el fuego —comentó—. Las especies que surjan aquí, dentro de miles o millones de órbitas, lo tendrán bastante difícil a la hora de obtener energía, así que les costará evolucionar.

—No, si nuestro plan tiene éxito. —La hoguera chisporroteó con fuerza y Ronin se sacudió una partícula incandescente que había caído sobre su traje—. La terraformación no sólo consiste en un cambio drástico en la densidad y composición química de la atmósfera, sino también en la inclusión de toda una biosfera artificial, incluyendo plantas y animales. En nuestra bodega genética hay codificadas cerca de veinte mil especies de seres vivos, listas para ser liberadas en un territorio virgen.

—Lo dices como si fuera una buena noticia.

Los ojos del hombre centellearon cuando miró a lo lejos. Ronin detectó la presión de una tristeza muy profunda en el abatimiento de sus hombros.

—¿Cuál es tu historia, Erik? ¿Por qué adoptas siempre una actitud defensiva contra la gente que trata de acercarse a ti?

—No es ninguna actitud.

Otro montón de algas se volvió rojo escarlata y luego ceniza.

—He visto antes esa mirada —dijo Ronin—. Suele mostrarla gente que lo ha perdido todo a manos de los quimerianos, de piratas estelares o vete a saber por qué. Casi todos piensan que han sufrido más que nadie.

—No es mi caso. Yo sé que soy uno más. Pero mi amargura es un argumento que sólo debe convencerme a mí. Me importa un rábano lo que piensen los otros.

—Eso también es típico. No creas que disfruto presionándote, Erik. Seguro que tu historia es terrible, y que tienes motivos sobrados para estar solo. Conoces tácticas de batalla que yo jamás había visto, pero por muy buena que sea un arma, carece de valor si no se utiliza como parte de un plan organizado. Tú solo no puedes ganar la guerra contra la Quimera.

—Tampoco lo pretendo. Muchos de mis conocimientos son innatos; los restantes los aprendí solo o me los enseñaron. Tengo todo lo que necesito, y no quiero más. Me siento bien con mi estilo de vida. La galaxia puede arreglárselas sin mí como siempre hizo.

Ronin iba a replicar, pero se contuvo.

—Ya. La lógica del engranaje inútil —suspiró—. Eso también está pasado de moda.

—¿No os habéis preguntado por qué este mundo está a medio terraformar? —preguntó Erik, cambiando de tema—. ¿Quién lo hizo, o por qué?

—Ésa es la única cuestión que no logro quitarme de la cabeza. Pero la he pospuesto en mi lista de prioridades hasta que averigüemos si quedan reductos de tu... —Iba a decir «de tu gente», pero corrigió la frase—... de escorpícoras. No podemos permitir que quede ninguno con vida.

—He escuchado ese argumento en cien mundos.

—La seguridad de mi gente es lo primero. No permitiré que se vea amenazada por nada ni por nadie. —Hizo una pausa que confirió más poder a sus siguientes palabras—. Ni siquiera por ti.

El fugitivo mordió las raciones. Las palabras de la joven no hicieron mella en su coraza de indiferencia, como si las considerase una amenaza trivial o estuviese más que acostumbrado a la coacción.

—No debéis temer nada de mí —dijo con la boca llena—. Si tuviera que elegir un bando entre los Mundos Unidos y la Quimera..., me largaría con viento fresco y votaría en blanco.

—Debes tener por fuerza un bando. Una inclinación moral. No puede ser que luches exclusivamente por ti mismo.

—¿Por qué no? ¿En qué galaxia está vetado el desinterés? Yo soy mi propio bando, y gracias a eso sigo con vida.

—No —Ronin hizo una mueca—. Gracias a eso sigues solo.

Se levantó y fue a hablar con Sobek, más que nada para alejarse de aquel individuo que tenía la facultad de sacarla de quicio. Draven se recostó sobre el manto de algas para ver salir el sol.

—Solo... —repitió. Últimamente no le gustaba tanto como al principio cómo sonaba esa palabra.

8

Fantasmas del pasado

El oficial de intendencia estaba tan absorto cortándose un pellejo levantado, que no advirtió que el elfo oscuro se le acercaba por detrás. Cuando lo tuvo al lado, soltó una exclamación y se tranquilizó.

—Ah, es usted, lord Sargueras. Me ha asustado. ¿Qué desea?

La voz del marqués sonó meliflua.

—Buenos días, teniente. Lamento no haber expedido una orden por el canal reglamentario, pero he descubierto una posible fuente de cristales de Lyth, y debo comprobarla cuanto antes. Necesito un deslizador.

El oficial recibió con desagrado la petición. Normalmente se habría negado bajo cualquier circunstancia a prestar un vehículo que se hallara bajo su responsabilidad sin una orden, pero al escuchar la palabra «Lyth», el asunto adquiría otra dimensión: la oficialidad conocía de sobras el problema del combustible, y no había un solo hombre que no soñase con remediarlo, en tanto que la colonia en peso pudiese escapar si llegaban las tropas quimerianas.

—Escoja el que quiera —accedió—, pero cuídelo bien. No quiero ganarme un arresto.

—No se preocupe —respondió el elfo, subiendo a la carlinga sin techo de un deslizador—. Esta preciosidad estará en casa antes del anochecer, con su honor a salvo.

Le guiñó un ojo y aceleró, abandonando el hangar. El vehículo flotó a dos metros del suelo, desplazándose veloz por encima de la vegetación. Los aeroflotadores consumían un volumen considerable del poco Lyth disponible, por lo que la capitana había prohibido usarlos salvo en caso de emergencia.

Para Sargueras, desde luego, su caso era de extrema importancia.

Condujo a trescientos kilómetros por hora hasta el borde del valle, a la familiar cañada junto a la que se abría la entrada de la cueva. Frenó justo delante e hizo un gesto a los guardias que Ronin había apostado.

—Buenos días —saludó, bajando del vehículo.

—Buenos días, señor —respondió el sargento—. ¿Qué desea?

—Necesito entrar en la caverna. He de realizar unas mediciones. Asuntos de interés científico.

El sargento tampoco fue fácil de convencer. Había recibido la orden expresa de custodiar la entrada, pero el marqués era uno de los oficiales de mayor rango en la colonia, y el científico jefe, por lo que acabó concluyendo que, si quería violar la cuarentena, sobrados motivos tendría.

—Está bien, señor. Cuidado con los restos del derrumbe cuando entre.

El elfo penetró en la oscuridad. Los de mantenimiento habían hecho bien su

trabajo, colocando una línea de bombillas en el techo y señalizando los sitios donde habían caído piedras. El marqués los esquivó y descendió toda la longitud del túnel. Al final de éste se abría la caverna, y con ella todos los misterios.

—*Shangi durai* —dijo en su idioma natal, formulando un antiguo rito para ahuyentar a los malos espíritus—. *Protégeme del error y la ofensa. Que mis pasos glorifiquen los tuyos, y no contribuyan a hacer más pequeño el camino.*

La caverna estaba hecha un desastre. Restos de columnas destrozadas e impactos de láser cubrían el suelo y las paredes. La batalla entre la capitana y los escorpícoras había destrozado un santuario de belleza incólume, que había resistido milenios sin ser tocado. Hasta que ellos llegaron.

Eso le oprimía el corazón, aunque no tanto como contemplar la estatua, así como el cetro que portaba. Lo había comprendido nada más verla, pero no podía revelar ninguna clase de información a su capitana. No hasta estar seguro de que sus sospechas eran ciertas..., y puede que ni siquiera entonces.

Se aproximó al pie de la estatua, haciendo una reverencia. Previamente, desconectó las cámaras de vigilancia que habían sido emplazadas por su propio equipo. Casi al instante recibió una comunicación del control central advirtiéndole que se había producido un fallo en el circuito cerrado, pero tranquilizó por radio al operador y le ordenó que olvidase el asunto. Ya se encargaría de resolverlo él mismo.

Acarició la piedra en que estaba tallada la imagen. Sus dedos notaron una superficie áspera, llena de minúsculas grietas e imperfecciones, más antigua que la historia del viaje espacial. Palpó los detalles de la túnica entreabierta del elfo y las ropas ceremoniales que se escondían debajo. Signos que parecían adornos, pero que caracoleaban siguiendo el arqueo típico de la escritura ancestral. Detalles del vestuario que remitían a una época en que los elfos vestían cotas de malla, jubones y pantalones de cuero dragontino.

—Eres tú... —susurró, temeroso de que su voz infringiese alguna ley sagrada.

Los signos tallados en el cetro representaban las quince formas de escribir el nombre del dios, según la costumbre de los ancianos: tres dependientes del linaje de Lamshia, padres del conocimiento; cuatro de los Hijos Perdidos, que regresaron a casa con la llegada del hijo de Tir a la casa Baern; uno en honor del Centinela del Bajío, donde moran los antepasados ilustres; cinco provenientes de los Libros Secretos, escritos con sangre de las sierpes; y dos en concesión al dialecto propio del escultor. Para realizar aquella obra de arte se habían respetado los más arcaicos y complejos rituales, y eso era lo que más le sobrecogía. No era una simple escultura: era un canto a la grandeza de la divinidad, una oración hecha piedra que alguien había plantado hacía milenios en aquel planeta.

Fueron los dos últimos lenguajes en que estaba escrito el apelativo del dios, sin embargo, los que le preocuparon. No los conocía. De hecho, jamás había oído hablar de un dialecto con semejantes características, que combinaba símbolos cabalísticos con ecuaciones matemáticas. ¿Sería la lengua de los seres que habían colonizado

Furiony? Y si era así, ¿dónde estaban, y por qué habían abandonado sus santuarios?

Y estaba el cetro en sí mismo. No le había comentado nada a la capitana, pero en cuanto lo vio supo que algo no iba bien. Los iconólatras populares élficos, siempre que representaban una figura portando objetos, los hacían formar parte indivisible de ella. Si la estatua blandía espadas o báculos, éstos normalmente se hacían de piedra, indivisibles del todo, unidos a la mano que los sostenía como símbolos de poder o sabiduría.

Aquel cetro, sin embargo, podía ser arrancado. Era un objeto aparte, y tan sólo ese detalle lo volvía muy especial.

Sargueras alzó los brazos para tocarlo. El material del que estaba hecho, una talla de cristal y platino rematada por un ribete dorado, refulgía con cierta clase de luz propia, fantasmal. Cuando sus dedos lo rozaron, Sargueras retrocedió: había sentido una chispa, como de electricidad estática. Alfilerazos de luz recorrieron por un instante la superficie del cetro, despertando ocultas energías a la vida.

—No puede ser —murmuró—. No, después de tantos siglos...

Creyó escuchar un ruido. Era perfectamente consciente del ligero descenso en la luz dominante y en la temperatura de la caverna. Sus cabellos se movían impelidos por la estática. En ese momento se alegró de no haber traído a su complemento mecánico, el bueno de Trobis; sin duda al pequeño robot le habría dado una sobrecarga en los circuitos del miedo que sentiría al presenciar todos aquellos fenómenos. Y además, Sargueras no estaba dispuesto a que su perorata arruinase un momento tan solemne.

Miró en todas direcciones. Sintió el impulso de llamar a los guardias, pero se detuvo: aquello no debía saberlo nadie. Era algo privado entre su especie (representada por él) y aquel misterio ancestral de su cultura.

El siguiente movimiento estaba claro, pero le daba miedo. Se estaba entrometiendo con unas fuerzas que permanecían intocadas desde hacía eones. ¿Debía proceder, completando un ritual del que apenas conservaba un recuerdo difuso, o era preferible que dejase las cosas como estaban? ¿Se esperaba algo de él por parte de aquellas fuerzas invisibles?

Aquel lugar había sido excavado allí por una razón, y puede que la razón fuera él. La llegada al planeta de la colonia, el aterrizaje fortuito muy lejos de su punto de destino, justo en aquel continente, en aquel valle...

Demasiada casualidad. Demasiados imprevistos para no sospechar de una voluntad ignota que estuviese manejando los hilos.

El elfo entonó las plegarias más antiguas que conocía, y aferró con ambas manos el cetro. Lo removió, desprendiendo arenilla de las juntas. Chispazos de electricidad galvanizaron su camisa. La mano de la estatua pareció relajarse un instante, pero el sentido común le dijo que era un mero efecto óptico provocado por la tensión.

Aquel cetro *quería* ser removido.

Lo extrajo un centímetro. La luz volvió a atenuarse, y la temperatura descendió

unos grados. El vaho expulsado por la nariz se convirtió en una mancha blanca. El elfo tiró hacia arriba con todas sus fuerzas, encaramándose sin rubor a la misma estatua. La mano de ésta temblaba, mostrando cada vez más grietas en la piedra.

Algunas luces del techo explotaron entre nubes de chispas. Sargueras profirió un grito de terror, pero no cejó en su intento. Los ojos del dios le miraban sin ver, las pupilas de granito prisioneras de una expresión que el escultor había convertido en eterna. El cetro se deslizó un centímetro más...

...Y estuvo en su mano. El pulgar de la estatua se partió, liberándolo, y Sargueras cayó hacia atrás. Aterrizó de costado en el suelo, dejando escapar un gemido, pero al instante el dolor se transformó en triunfo.

Lo tenía. Estaba allí, en su diestra. Brillando como las reliquias sagradas de las antiguas leyendas.

Sin embargo, no tuvo tiempo de disfrutar de su victoria. Los arcos voltaicos que lo recorrían se hicieron más potentes, y el cetro se empezó a calentar. Trató de soltarlo, pero la mano no le respondió. Se oyeron unos pasos que llegaban corriendo por el pasillo. Los guardas aparecieron protegiéndose la vista: el fulgor que manaba de la reliquia era demasiado fuerte para sus ojos.

—¡Señor! —gritó el sargento—. ¿Qué ocurre?

Sargueras no habría podido responder aunque hubiese querido. Elevó el cetro a la altura de la vista, los ojos perdidos en la luminosidad. Una luz en la que empezaba a distinguir figuras, si no se estaba volviendo loco. Ecos del pasado distante, imágenes evocadas de una realidad distinta, donde efigies soberbias avanzaban con tristeza hacia un río de aguas turbulentas. Hombres y mujeres que tenían un significado atávico para él, grabado a fuego en la memoria colectiva de su especie.

Sargueras, la mente bailando en la cuerda floja, distinguió con claridad a Neferen Ysian, uno de los dioses primigenios, ataviado con su coraza de piel de estrellas. Y también a la bellísima Laren Zalanthias, la Dama de los Cien Caballos, escoltada por todos sus hijos en un carro tirado por osos polares. Los vio andar por la pasarela del gran barco, Mnehnom. Parecían tristes, compungidos, sabiendo como sabían que estaban a punto de embarcarse en un viaje sin retorno. Desde una atalaya construida con la piedra que forma los mundos, allá en la proa del barco, el barquero los miraba y removía impaciente las aguas con una pértiga de un kilómetro de longitud.

Pero antes que todo eso (¿o tal vez paralelamente?) tuvo otra visión: él mismo, sobrevolando a vista de pájaro el valle que albergaba la colonia. El valle y el río, y docenas de kilómetros siguiendo el curso de éste, una extraña construcción, vieja como el tiempo y las esfinges, medio enterrada en una montaña de algas...

Al fin, en el instante último de la visión (¿revelación?) pudo verle a él. Glorien Zalanthias, hermano de Laren y mensajero de los dioses. Estaba ataviado con las mismas ropas que la estatua que tenía frente a sí. El dios hizo una pausa en su lento caminar y se volvió. Sus ojos miraron más allá de la distancia, más allá del tiempo, y contemplaron al insulso marqués Sargueras, ese minúsculo hereje científico que se

había atrevido a profanar su santuario.

Glorien sonrió, y el cetro liberó todo su poder.

En el centro de control del *Dédalus*, los indicadores registraron una subida espectacular de la radiación. Varias alarmas sonaron a la vez, coroladas por rosarios de luces. Tracy Weis, oficial de guardia a cargo del puente, se atragantó con el café.

—¿Qué ocurre? —preguntó, situándose en su puesto.

—Los sensores detectan una prodigiosa emanación de energía desde las coordenadas impresas en pantalla —dijo una operadora, acongojada—. Proviene del límite del valle, justo en la zona de...

—La caverna —exclamó Tracy—. Maldita sea. Localíceme a la capitana Ronin dondequiera que esté. ¡Para ayer!

—Sí, señor —obedeció la mujer, controlando de reojo la brutal escalada de cifras. El radar doppler mostró una onda expansiva de radiación y variaciones térmicas que se abría en todas direcciones, con epicentro en la misteriosa caverna. Su densidad electromagnética se volvió tan intensa que afectó al instrumental del puente, provocando chispazos aquí y allá.

—¿Ha localizado ya a la capitana? —insistió Tracy. Su subalterna se llevó las manos a la cabeza.

—No... ¡no puedo! Algo interfiere las comunicaciones. Ningún sistema funciona, ni siquiera los ternarios.

Tracy estudió las lecturas. La saturación de rayos gamma lo freiría todo dentro de su radio de alcance.

—Dios santo —masculló—. Está hipersaturado. Creo que...

Se levantó de su asiento y corrió a los ventanales. Como temía, la energía era tan intensa que sus efectos podían apreciarse a simple vista: al fondo del valle, creciendo a un volumen del doscientos por cien por minuto, una esfera brillante distorsionaba la luz que incidía sobre ella, convirtiendo el aire en una lente que deformaba el paisaje. Era como ver crecer un hongo atómico de cristal en cámara lenta.

—Que los dioses nos protejan —dijo el oficial, justo en el instante en que el hongo llegaba a su expansión máxima y se colapsaba. La realidad pareció astillarse en miles de cuantos de luz, pero no adoptó la forma de una explosión, sino de una descarga inconmensurable de energía que salió disparada hacia el cielo.

Con los ojos como platos, los colonos que en ese momento estaban sembrando en los campos vieron cómo la bola de fuego ascendía a velocidad endiablada, hasta perderse más allá de las nubes. En el puente, los operadores la siguieron mediante la instrumentación. La vieron abandonar la atmósfera de Furiony, acelerar hasta el umbral de hipersalto, e impactar segundos después contra la puerta estelar que les había traído a los alrededores de aquel sistema.

La enorme estructura flotante, galvanizada por la explosión, brilló durante

segundos como una pequeña estrella, y luego se apagó.

Todo el proceso había durado poco menos de cincuenta segundos. Tracy parpadeó y escuchó abrirse una puerta a su espalda. El atónito rostro de la capitana Ronin Telser le contemplaba desde el umbral.

—¿Qué... qué demonios acaba de ocurrir? —preguntó.

El oficial se desplomó en su silla.

—Si se lo cuento, capitana, no lo va a creer.

La gran fortaleza de descenso se preparó para abandonar aquel moribundo planeta conquistado. Su blindaje, que mientras estaba posada en tierra se desplegaba a semejanza de las murallas de un castillo, se recogió doblándose sobre sí mismo, adoptando una configuración de estrella de nueve puntas. Los gigantescos motores, situados al pie de los torreones, calcinaron la tierra con su empuje y la fortaleza se elevó, sus banderas ondeando al viento.

El mariscal Éremos echó un último vistazo a aquel planeta (¿cómo se llamaba, Rulos, Rula? Ni se acordaba. Para él era sólo una adenda a su lista de victorias). A continuación ordenó atenuar las luces. Su camarote quedó a oscuras, iluminado sólo por la débil fosforescencia de un acuario de peces-neón. Los vio nadar en la oscuridad, titilando como estrellas azulencas, y se sintió en comunión con el universo.

Se quitó las placas de la armadura. La mayor parte se convirtió en un líquido alquitranado que resbaló por su piel hasta desaparecer en el interior de la hebilla de su cinturón. Las vértebras del cuello crujieron.

—Oufff —gimió, frotándose la nuca.

¿Era esto todo lo que quería? ¿No necesitaba nada más?

Pamplinas. Cuánto daría por un trago del viejo shuka de su pueblo natal, los telmori, a quienes él mismo había empujado a caer rendidos a los pies de la Quimera. Claro que hoy en día era virtualmente imposible encontrar un artesano que supiese destilarlo. Suspiró pensando en cuántas cosas se habían perdido en favor de la causa, algunas de ellas irre recuperables.

Como el shuka. Los artesanos le daban igual.

El timbre de llamada vibró en su anillo. Éremos apretó los dientes. Había dado instrucciones precisas de que no se le molestara mientras disfrutaba de su periodo de relax. Ser mariscal de los ejércitos combinados era una actividad tan apasionada como estresante, y hasta un hombre como él, genéticamente superior al resto de la chusma que lo adoraba, necesitaba descansar.

De mal humor, contestó a la llamada.

—¿Qué ocurre?

—Lamento molestarle, señor. —Era la voz de Kreuss, uno de sus mejores comandantes. Éremos sintió lástima: si debía castigarle por su insolencia, le dolería

casi tanto como a él—. Acabamos de detectar un evento insólito en la puerta estelar del canal Hefauk. Creí que debía avisarle.

—¿Cómo de insólito?

—Una irradiación energética de nivel ocho. Y eso no es todo: pocos segundos después del estallido inicial, esa misma energía se extendió por toda la red de puertas de la galaxia. Brilló durante un tiempo y se desvaneció. Nuestros escáneres no pueden hallar el más mínimo rastro de su presencia en estos momentos, como si no hubiese existido. Pero las grabaciones demuestran que sucedió.

Éremos se incorporó en el sillón. Kreuss estaba en lo cierto. Aquello, si no le estaban tomando el pelo (y más les valía a sus subalternos que no fuese así), era importante de verdad.

—Voy en seguida —dijo, y volvió a colocarse su cinturón-coraza.

«Un estallido de nivel ocho —pensó—. ¿Qué clase de fuerza ha podido generar una manifestación de tal magnitud? Que yo sepa, hasta la fecha sólo la Quimera podía alcanzar semejantes niveles».

Ese pensamiento le acompañó durante todo el trayecto hasta el puente enclavado en la cima de la Torre del Homenaje. Incluso detectó algo parecido a la inquietud removiéndose al fondo de su cerebro, pero la anuló con una mueca.

No había razones para sentir temor. Aquel evento debía de ser algo fortuito, como el efecto secundario de una nova o algo por el estilo. No había nada en el universo, al menos con conciencia de sí mismo, más poderoso que la Quimera.

Nada.

9

Daños colaterales

El cielo se oscureció por completo. Una densa capa de nubes tapaba la luz de las estrellas. Llovía de forma tímida.

Los servicios de rescate sacaron al marqués de la caverna, junto a los soldados que la custodiaban, en estado de coma. Curiosamente, pese a la gran cantidad de calor generada en la zona (lo que atestiguaba el área de vegetación carbonizada de casi cien metros de diámetro), ellos no habían sufrido daños más allá de su estado de incapacitación.

Ronin observó desde las ventanas que daban a la enfermería cómo la doctora, una oriunda de Carmeliis llamada Arlene Hun, introducía la camilla con el cuerpo de Sargueras en un gran aparato de resonancias y apretaba el botón. Holografías en tres dimensiones aparecieron en el aire, superponiéndose a sus miembros, pero no había en ellas ninguna señal de alarma. Tampoco dio resultado el test bioquímico: el marqués parecía estar sano a todos los niveles.

Salvo que aún continuaba con los ojos cerrados e inmersos en una frenética actividad REM.

Los soldados que habían sido expuestos presentaban el mismo cuadro. La doctora los examinó uno por uno, aplicando todas las técnicas que conocía, y al final abandonó la sala. La capitana se reunió con ella en su despacho.

—¿Tienes alguna idea, por remota que sea, de lo que ha ocurrido? —inquirió.

La doctora hizo un mohín.

—No debería decir esto, en pro de mi prestigio profesional..., pero prefiero contar la verdad antes que manejar teorías sin fundamento que a la postre pudieran perjudicar a mis pacientes.

—Traduciendo: no tienes ni idea.

—Ni la más remota. —Arlene abrió un cajón de su mesa, extrajo una cajita de porcelana y de ella varios caramelos—. ¿Menta?

—Si no hay de chocolate... —Ronin eligió el más pequeño—. Me pregunto qué hacía Sargueras allí.

—¿No le envió usted, capitana?

—Ya eres suficientemente mayorcita como para llamarme Ronin, Arlene.

—Lo soy, es cierto... —La doctora se ruborizó—. Pero no estoy segura de que pueda.

—Prueba.

—Vale. Lanzo de nuevo la pregunta, un grado de confianza más caliente: ¿No le enviaste tú?

—¿Estás loca? Di órdenes expresas a todo el mundo de que se mantuviera alejado de ese sitio. —Aplastó el envoltorio del caramelo—. Tendré una charla bastante larga

con el marqués en cuanto despierte. Una que no le va a gustar.

—Supongo que te habrás fijado en el cetro que encontramos junto a su cuerpo.

—Era el mismo que portaba la estatua. Eso es lo que menos me gusta del asunto, Arlene. Temo que Sargueras haya destapado algo que llevaba oculto mucho tiempo, y que pugnaba por salir a la superficie.

—¿Una especie de caja de Pandora arqueológica?

—Ajá. Esa cosa, fuera lo que fuese, se disparó directamente hacia la puerta. Nos ignoró en un acto deliberado, de eso estoy segura. —La capitana se retrepó en la silla—. Me pregunto qué conexión existe entre ambas.

—¿Qué hacemos con la reliquia?

—Metedla en una jaula de cuarentena, pero que esté emplazada fuera de la nave. Si vuelve a explotar, no quiero que lo haga cerca de los motores.

La doctora miró a sus pacientes a través de la ventana. Parecían dormidos plácidamente, aunque sus lecturas encefalográficas bailaban desatadas, como si estuvieran sufriendo horribles pesadillas.

—A mí, lo que me quita el sueño no son los fenómenos que están por producirse, sino los que ya se han producido.

—¿Qué quieres decir?

Arlene se metió otro caramelo en la boca.

—Que esa onda de energía pasó por encima de la colonia bañándola por completo. Espero que no sea nada, pero tengo la sensación de que, si esa cosa tenía alguna probabilidad de infectarnos con algo, ha tenido tiempo de sobra para hacerlo.

Exactamente dos cubiertas por debajo de donde ellas se encontraban, en los oscuros pozos de la lavandería de la nave, un colono llamado Trigs discutía con su ayudante, un gnomo cuyo nombre real desconocía pero que solía responder por Notor..., menos cuando estaba borracho, claro está.

—Algún día tendrás que contarme qué significa eso de Notor en tu lengua, amiguito —dijo Trigs, manipulando los controles de una gigantesca máquina de planchado semejante a un pulpo. El gnomo sorbió un largo trago de su petaca y eructó.

—Te lo he dicho muchas veces, T. No seas pesado. Quiere decir «Príncipe pantanoso que despiertas con la Aurora».

—Ya, y si mi abuelita tuviera palpos, sería un cangrejoide de Ratmos —bufó—. Cada vez que te pregunto me sales con algo distinto. La última vez, Notor era el nombre de un tipo de leones que cazaban en los desiertos de tréboles de tu planeta. —El humano hizo una mueca—. Y la anterior, el destello del final del eclipse sobre vuestra tercera luna.

—¡Es una palabra con muchos significados! —se defendió el gnomo, un poco tambaleante. Ni siquiera había llegado la mitad de su turno, y ya había bebido más de

la cuenta—. Lo que pasa es que los voy recordando poco a poco, como el flujo y reflujo de las mareas...

—Mareas te voy a dar yo a ti como no metas esos paquetes de detergente en su sitio.

De mal humor, Trigs pulsó una palanca que debería coordinar los esfuerzos de los brazos que recogían la ropa sucia, con los que derramaban chorros de agua caliente y vapor. La máquina chirrió, bamboleando los brazos cerca de una montaña de cajas de productos de limpieza.

—Ten cuidado, Trigs —advirtió el gnomo—. No fuerces tanto ese trasto o se romperá.

—A mí no me des consejos sobre mecánica, amiguito —respondió el humano, de mal humor—. Yo ya reparaba clúmox de vapor en las naves industriales de Sparzia cuando tú aún no habías salido del cascarón.

—Te he dicho mil veces que en mi especie no somos ovíparos. Y me importa un rábano que sepas o no manejar un destornillador. Si sigues así te vas a cargar el pulpo, y nos van a meter un paquete a los dos.

—Mira, pequeño engendro narizón, yo...

«Plufff», fue más o menos el sonido que emitió como un eructo la secadora múltipoda. O tal vez se pareciera más a un «craggg» algo nasal, pero el efecto fue el mismo: el motor del pulpo soltó varios chorros de vapor y explotó. La subida de tensión provocó que se apagaran las luces, y la sala, sin conexión directa con el exterior, quedó sumida en una oscuridad casi absoluta.

Se escuchó un grito. Luego el desplome de varias cajas. Trigs lanzó una maldición ahogada.

—¡Maldita sea! —Un deje de dolor deformaba su voz—. ¡Notor, ayúdame!

—¿Qué... qué ocurre? —preguntó el gnomo, paralizado de miedo.

—¡Se me han caído encima las cajas de los productos! ¡Estoy atrapado! ¡Avisa a alguien!

Notor palpó la pared, pero no logró situarse. Conocía a la perfección el trazado de la lavandería, pero estaba mareado por el alcohol y sentía los palpos de la máquina ondular demasiado cerca de su cabeza. Si lo golpeaba alguno de ellos, podía dejarle una buena contusión en el cráneo, o incluso matarle.

—No... no te muevas, Trigs. Trataré de... de...

—¿Que no me mueva? ¿Estás de broma? ¡No puedo ni sacar un brazo de aquí debajo, maldición! —imprecó el humano. De repente, acongojado por no escuchar a su amigo, preguntó—: ¿Notor? ¿Estás ahí? ¿Te has marchado ya?

El gnomo no contestaba, pero no porque se hubiera marchado, sino porque en ese preciso instante estaba sucediendo algo insólito. Lentamente, como si necesitasen tiempo para adecuarse a las nuevas condiciones, sus ojos cambiaron. Las pupilas se le recubrieron de una manera instintiva, no dolorosa, de un pigmento que amplificó la casi inexistente luz ambiental. Mientras Trigs berreaba de fondo, la vista del

anonadado gnomo se volvió infrarroja, por primera vez en su vida y en la historia de sus antepasados, y pudo ver formas azules y rojas a su alrededor con tanta nitidez como si estuviese a pleno sol.

—¿Notor? Pequeña culebra fangosa, ¿estás ahí?

—Cállate, Trigs —dijo el gnomo, y se introdujo con absoluta precisión entre el laberinto de cajas, esquivando los palpos de la máquina que seguían agitándose frenéticos en el aire, hasta llegar al conmutador central. Agarró la palanca con firmeza y la desconectó, deteniendo el bamboleo del clímax.

El encendido de emergencia estalló en ese preciso instante, y Notor tuvo que cubrirse los ojos con las manos para que la intensidad de luz no le hiriese. Patidifuso, sintió cómo la pigmentación de las pupilas se retiraba y todo volvía a la normalidad.

Trigs le miraba asombrado.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has podido...?

—No lo sé —susurró Notor, echando mano de nuevo a la petaca—. Te juro que no tengo ni idea de lo que ha pasado...

El maestro ingeniero Killigan estaba de mal humor. A la multitud de problemas asociados a un mal aterrizaje se añadían encima los propios de cualquier asentamiento colonial en un mundo hostil. Lo último era la desestabilización de la bobina de plasma número cinco, que había dejado sin electricidad a buena parte de los sistemas de mantenimiento vital del *Dédalus*. No es que los necesitaran con urgencia, pero Killigan no era de la clase de profesional que se sentía tranquilo sabiendo que un sistema vital no funcionaba.

—¿Sabéis cómo ha ocurrido? —preguntó a sus subalternos. Gunter le mostró unas lecturas de radiación preocupantes.

—Aún no hemos elaborado un informe, pero si no corregimos el fallo durante los próximos veinte minutos, vamos a tener una fuga de radiación seria.

—¿Estás de broma? Haced una segunda comprobación.

—Ya la hemos hecho, señor. Y una tercera. El diagnóstico es insoslayable.

—Probad con una reconducción de flujo a través del árbol de dinamos. Puede que...

La muda expresión de Gunter bastó para hacerle entender que, si hubiese habido otra forma de solucionarlo, ellos ya la habrían probado. Sus hombres estaban bien entrenados, así que el maestro ingeniero no tuvo más remedio que aceptar la realidad.

Veinte minutos. Con la instrumentación adecuada, el alineado de una bobina de plasma solía llevar no menos de cuatro horas. Ni siquiera trabajando a destajo en las mejores condiciones podrían...

Se quedó muy quieto, mirando la bobina.

Gunter se alarmó al verle tan callado.

—¿Señor? ¿Ocurre algo?

Entonces, el maestro ingeniero hizo algo que, si él mismo se lo hubiese visto hacer a cualquiera de sus subordinados, lo habría despedido de por vida. Con extrema lentitud, alargó la mano hasta la bobina de plasma, la tocó con los guantes, y la equilibró a ojo.

Se escucharon exclamaciones de asombro. Gunter balbuceó:

—Pe... pero... esto... —Las lecturas de radiación estaban en verde. Todo indicaba que su funcionamiento había vuelto a la normalidad—. Hacía falta una precisión de varias micras para alinearla correctamente. ¿Cómo demonios lo ha hecho?

Killigan se encogió de hombros, no muy seguro de lo que había pasado.

—No lo sé. Simplemente, sentí la dirección hacia la que había que inclinarla. Eso es todo.

—¿La... sintió?

El enano no habló más. Se notaba a sí mismo muy raro. Inconscientemente, podía calcular el grado de inclinación que la *Dédalus* tenía respecto a la línea del horizonte, como si alguien hubiese instalado un giróscopo de precisión en su cerebro. Pero antes de soltar la primera teoría que pasase por su cabeza, prefería esperar.

Todo aquello tendría una explicación lógica y coherente. Seguro.

El mariscal Éremos analizó por octava vez las grabaciones del evento. En ellas veía cómo la puerta que flotaba en el extrarradio del sistema se iluminaba de repente con la fuerza de una pequeña estrella. No era una iluminación envolvente, sino que provenía de su interior, incendiándola desde sus impracticables engranajes.

Las Nueve Especies usaban aquellos ingenios con regularidad; gracias a su presencia, el ejército podía asegurar un cierto clima de estabilidad en los terrenos conquistados, pero Éremos siempre había tenido la impresión de que la capacidad de transportar naves no representaba sino una fracción de las posibilidades reales de las puertas. Estaba seguro de que habían sido construidas con otro propósito, uno que ni siquiera ellos podían llegar a imaginar. Pero ¿cuál?

Hasta la fecha, las puertas se habían mostrado opacas a todo el abanico de exploraciones realizadas por sus científicos. Su blindaje era impenetrable, compuesto por un material desconocido del que ni siquiera podían arrancar una muestra. Ni los barridos de microondas ni la escasa psiónica disponible en la galaxia podían penetrarla. A todos los efectos, era un «ver pero no tocar», unos juguetes que manipulaban gracias a los estudios que sus antepasados efectuaron en los siglos de la diáspora, pero nada más.

En los tiempos en que Éremos era un estudiante más de la Academia, descubrió que la asignatura que analizaba las puertas duraba apenas un trimestre. Tan poco se sabía de ellas. Y más de la mitad de lo que había escrito en aquellos libros eran simples conjeturas, teorías jamás demostradas de mil y un especialistas, que a tenor

de su fracaso daban rienda suelta a su imaginación. Éremos acudió a esos libros con ilusión y los cerró para siempre con desengaño. «No sabemos nada, salvo cómo hacer que nos lleven de un lado para otro», venía a ser la conclusión, y eso le sacaba de quicio. Si había algo que Éremos odiase más que la incompetencia, era la ignorancia.

Luego vinieron los tiempos difíciles. Su familia murió en los bombardeos y a él lo recluyeron en los campos, junto con millares de refugiados con los que no se sentía en absoluto identificado. O más bien... no se sentía próximo a su pobreza, a la desesperación que brotaba de su mera presencia. Por eso cambió de bando, para huir de aquello en lo que no quería convertirse, y la jugada salió bien. Visitó el planeta natal de la Quimera en un viaje relámpago que duró apenas unas horas pero que le cambió para siempre. Lo que vio allí...

En fin. No había palabras para describirlo, pero le enseñó que existían lugares en el universo ante los cuales cualquier sufrimiento parecía minúsculo, y que los seres vivos no eran más que gotas en el océano de la Creación. Gotas sin poder de decisión, sin capacidad real para alterar las cosas. Éremos volvió a los campos investido con un nuevo poder, y él mismo dio la orden de arrasarlos y matar a los supervivientes de su propio planeta. No soportaba su sufrimiento, así que decidió aliviarlo de la manera más expeditiva posible. No quería que le recordasen por más tiempo aquello en lo que él mismo estuvo a punto de convertirse.

Desde entonces, su carrera se había vuelto imparable. Atesoraba victoria tras victoria, guardando para sí sus verdaderos sentimientos: el ansia de ser elegido por la mismísima Quimera para gobernar a su diestra una vez la galaxia estuviera a sus pies. En un momento de su vida llegó a caer tan bajo, que ya nada podía satisfacerle salvo estar arriba del todo.

El secreto de su éxito residía en la planificación. En cientos de ocasiones había escuchado una frase típica de los campos de batalla: «ten siempre un plan y nunca te atengas a él», en referencia a que ninguna estrategia sobrevivía al contacto con el enemigo. A él esa frase le parecía una estupidez. Claro que hacía planes, y éstos casi siempre funcionaban. Sólo tenía que concentrarse lo suficiente en las capacidades de cada enemigo y preguntarse qué haría él si estuviera en su lugar. Aunque pareciera mentira, así había ganado todos sus combates: ateniéndose al milímetro al plan establecido.

Por eso le enervaba tener que vérselas con misterios. Odiaba los enigmas, esos pedacitos de realidad incontrolable que no podían ser explicados y, en consecuencia, tampoco previstos.

Como las puertas, o sus malditos eventos de luz.

—Envíen un zard —ordenó—. Hay que averiguar qué lo ha ocasionado, y si es posible, rastrear la energía hasta su origen.

Una compuerta se abrió en la panza de su castillo volante. De ella surgió una sonda con aspecto de proyectil, que fue disparada a gran velocidad hacia la puerta más cercana. A medio camino, el ingenio desplegó unas patas de araña, tensó entre

ellas una vela solar, y activó su propio sistema de locomoción. En su cabeza bailaban centenares de pequeñas antenas y sensores de largo alcance, excitados por las lecturas que recogían del vacío.

La sonda se aproximó a la puerta, pero no la atravesó. En lugar de eso, se acopló al gigantesco umbral como un insecto y desplegó sus oídos electrónicos, diseñados para rastrear hasta la más mínima huella de la actividad cuántica que hubiese podido tener lugar en las cercanías.

Lentamente, pero con seguridad, el zard reunió datos y confeccionó una primera hipótesis de lo que había ocurrido.

El lugarteniente Sobek acogió con sumo agrado el fin de su turno. Estaba agotado, tanto física como psicológicamente, de tanto organizar al personal y resolver problemas de última hora. Su sustituto se hizo cargo del puesto con una mueca de hastío (supervisar las plantaciones hidropónicas mientras se aseguraba de montar las baterías defensivas en lo alto de la montaña eran sólo los primeros de una larga lista de quehaceres), pero a él no le importó. Sólo quería llegar a su camarote y darse una buena ducha.

Un calcetín tirado en el suelo le llamó la atención en cuanto abrió la puerta.

Era uno de sus favoritos, con doble recubrimiento de lana para evitar el frío. Y su gemelo estaba sobre la frugal lámpara de despacho, hecho un ovillo.

Sobek sonrió. Cerró la puerta y se quitó la chaqueta. Había un suave perfume en el ambiente... Lotus, de mujer. Con esa fragancia que evocaba tesoros destilados a partir de la miel.

—¿Lurana? —preguntó.

Un ronroneo juguetón le contestó desde la ducha.

De ella salió una joven teniente de segundo grado, vestida sólo con la chaqueta del uniforme. Tenía el pelo cobrizo mojado, chorreante, pero en lugar de secarlo lo dejó gotear, trazando un camino de gotas en la alfombra hasta el camastro.

—Llegas tarde —dijo con voz melosa. Era obvio que su novio la contemplaba con admiración, y esta expresión franca también resultaba gratificante para ella.

Sobek liberó su camisa del cerco del pantalón. Se olió a sí mismo y arrugó el entrecejo.

—Hoy hemos tenido un día duro. Creo que me voy a dar una ducha rápida.

—No la necesitas.

—Claro que sí.

Ella trabó los pies con los suyos, haciendo una pinza.

—Y yo te digo que no. Primero debes mimarme un poquito. Llevo no sabes cuántas horas echándote de menos...

Sobek se inclinó en el camastro y la besó largamente en los labios.

—Yo a ti también. Pero creo que no sería un caballero si no me asease un poquito

antes de estar con mi chica, ¿no te parece?

Ella puso cara de no estar muy convencida.

—Umm..., creo que tus argumentos son débiles, exabogado.

—Pues protesta.

—Protesto oficialmente. Me encantan los elementales sudorosos.

El lugarteniente tuvo que recurrir a unas cuantas estratagemas legales para convencer a su novia para que le dejara tomar a solas esa ducha relajante, o que ella repitiera junto a él. No en vano se habían conocido en la Academia una vida antes (¿metafóricamente hablando?), cuando ambos eran estudiantes de derecho a los que la repentina guerra contra la Quimera había conducido por otros derroteros. De lo que debió ser una vida fundamentada en las leyes y la defensa de los derechos civiles, sólo quedaba un cierto léxico con aire de jurisprudencia que empleaban cuando se invitaban a hacer el amor.

—Oye, estás ardiendo —dijo ella, acariciando la piel dura de su novio. Los descendientes de la antigua raza elemental conservaban un rasgo genético de epidermis coriácea, escamosa en ciertas partes, que los hacía parecer gólems ambarinos.

—Eso será de la pasión que siento por ti —dijo él, revolviéndose el cabello. Lurana le ayudó a desprenderse de la guerrera escarlata y deslizó los dedos por debajo de la camisa, sin dejar de besarle ni un momento las mejillas, la frente, el cuello, las manos, los ojos cerrados.

—No, lo digo en serio. Estás más caliente de lo normal. ¿Estás enfermo?

—Que yo recuerde, nunca he tenido fiebre en mi vida. ¿No será que tú estás helada?

Lurana sonrió de medio lado y se pegó a él en el reducido espacio de la ducha.

—Bésame y te demostraré lo fría que estoy, monstruo.

Él no puso pegas al experimento. Dos minutos después estaban de nuevo en el catre, entregados a sus juegos. Sin embargo, la cara de Lurana reflejaba intranquilidad.

—A veces me gustaría que en lugar de lámparas de arco tuviésemos quinqués en la nave. Así podríamos dejarlos a media luz y ver sólo siluetas, no personas. ¿Te imaginas ser sólo una silueta abandonada en la noche?

—Sí, sería muy romántico, pero...

—¿Te pasa algo, cariño? —preguntó el lugarteniente, dejando que sus manos vagaran libres por los recovecos del cuerpo de la joven.

—Sobek, creo que... pasa algo raro. Tu cuerpo está echando humo.

—Tonterías.

—Te digo que es cierto. ¡Mira!

Sobek sacó la cabeza de debajo de las sábanas y se miró la espalda. Efectivamente, un vapor blancuzco manaba de sus músculos tensos.

—Es vapor de agua —se extrañó él—. De la ducha. Oye... —Se secó el sudor de

la frente—, ¿se ha disparado el termostato?

—No..., pero tú estás muy caliente.

Él rió distendidamente.

—Cualquier hombre de la flota que te viera a ti sin el uniforme se encontraría en el mismo estado, preciosa.

Ella se apartó de él, recogiendo las piernas. Estaba tan pegada al borde del camastro que casi dependía más de la suerte que del equilibrio para no caerse.

—No hagas chistes. Algo no va bien.

Sobek chasqueó la lengua, molesto.

—¿Qué es lo que no va bien? ¡Es un momento perfecto! Además, si es cierto que ardo, es de amor por ti.

En ese momento, su cuerpo estalló en llamas.

Lurana saltó del camastro, gritando. Las sábanas se prendieron fuego, una alarma automática sonó, y los dispersores del techo comenzaron a expulsar agua. Finas cortinas de lluvia cayeron sobre los amantes, que no dejaban de lanzar chillidos estupefactos.

Cambios sumamente inesperados

La capitana Ronin tuvo que dejar a la doctora con sus pacientes, aunque habría preferido quedarse a charlar con ella (y saborear esos espléndidos caramelos). Sin embargo, las repentinas alarmas que se concatenaron por los pasillos de la nave la hicieron abandonar a toda prisa el hospital y convocar una reunión de emergencia con sus consejeros en la sala de planificación.

De camino a ésta, se topó con grupos de enfermeros que atendían diversas crisis. La primera la protagonizaba una elfa de la misma raza que el marqués Sargueras, pero con un carácter mucho más afable. Era una diplomática que viajaba con la colonia élfica de la cubierta seis y había compartido algunas cenas con la capitana. Ahora se convulsionaba presa de estertores involuntarios mientras los sanitarios luchaban por inmovilizarle un brazo para ponerle una inyección.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Ronin.

Un enfermero se cuadró delante de ella y resumió:

—No estamos seguros, pero está sufriendo un episodio de pánico.

—¿Pánico? —se extrañó la capitana—. ¿Motivado por qué?

—Pues... —El enfermero no estaba seguro de que sus palabras fuesen a ser tomadas en serio—. La verdad es que no hemos tenido tiempo de confirmarlo, pero... parece ser que se encontraba meditando cuando su cuerpo empezó a emitir oscuridad. Ondas de luz negra que le salían de la piel. Eso es lo que ella dice.

Ronin compuso una mueca de asombro, pero no tuvo tiempo para indagar más: gritos de sorpresa provenían de la siguiente cubierta. Corrió por el pasillo e interceptó a cuatro hombres que se protegían la cabeza con los brazos. Por encima de ellos, revoloteando cerca del techo, había un grupo de pixies. Estas criaturas, aún más pequeñas que los gnomos del sistema Gallard, no poseían demasiada inteligencia debido al diminuto tamaño de su cerebro, pero eran buenas reparando cosas. Se colaban por el interior de tuberías cuyo diámetro no permitía que pasase un brazo robot, y su instinto gregario, semejante al de las abejas, las convertía en excelentes trabajadores de grupo.

Pero Ronin nunca había oído, ni siquiera en leyendas, que aquellas criaturas volasen. Ni que tuvieran alas. Sin embargo, allí estaban, revoloteando felices sobre las cabezas de los enfermeros, con hermosas membranas multicolores saliéndoles de la espalda. A la capitana incluso le pareció distinguir centelleos de polvo luminoso que se desprendían de las alas cada vez que las sacudían. Y, desde luego, las usaban con una pericia que sólo podía explicarse mediante algún tipo de memoria genética redescubierta.

Sin embargo, el episodio más insólito la esperaba dos cubiertas por debajo. Y fue algo para lo que no estaba preparada.

El médico de guardia estaba ocupado tratando de contener en un tanque de bioestasis el cuerpo de una mujer, de la misma raza elemental que su lugarteniente Sobek. Por las historias que le contaba éste, Ronin sabía que los elementales se dividían en cuatro subgrupos, derivados de genes mutados por el fuego, el agua, el aire o algún elemento mineral en estado puro. Sobek era descendiente de un linaje de fuego, pero aquella mujer estaba hecha de agua. Y, por lo que sus desconcertados ojos comprobaron, tal expresión había dejado de ser una metáfora.

La mujer se deshacía en un líquido que no se mantenía en estado de reposo. Más bien golpeaba desde dentro las paredes del tanque, formando puños y piernas del volumen mismo de agua, para deshacerlas un segundo después. La mujer no era responsable de los cambios, eso se notaba, ya que su cabeza aparecía de vez en cuando en la cresta de la enorme ola, mirándolos con absoluto terror.

—Por los dioses... —exclamó Ronin, y entonces se acordó de su lugarteniente—. ¡¡Sobek!!

Si aquellos fenómenos se estaban propagando por la colonia, ¿qué les habría sucedido a los otros elementales? ¿Y por qué no parecían afectar a los humanos, sino a los miembros de las demás especies?

Cinco minutos después estaba en el puente de mando, tratando de instaurar un asomo de orden. Killigan también estaba allí, y aunque no parecía haberse producido en su cuerpo ningún cambio fundamental (algo por lo que la capitana dio gracias), permanecía con la vista ausente, meditabundo.

—Troneras de gas en la granja hidropónica dieciséis —informó un tripulante.

—Altercados en el edificio residencial. Un hombre afirma que de su cuerpo salen ondas de luz negra. Sus vecinos no paran de... —comenzó otro, y su voz se difuminó en la algarabía.

—Algunos animales han entrado en una especie de letargo, como si estuvieran hibernando antes de tiempo...

—Larvas gigantes encontradas en la pared de la montaña...

—Avistamientos de entes incorpóreos...

—Pixies revoloteando por el interior del procesador atmosférico...

Ronin se secó el sudor con la manga del traje. «Ojalá estuviese Sobek aquí», deseó. Él poseía un talento natural para organizar a la gente durante periodos de estrés. Pero había desaparecido de su camarote, y no contestaba en ninguna de las enfermerías. «Si tan sólo pudiera...».

El ascensor se abrió y una figura enfundada en un traje de amianto, de esos que usaban los bomberos para apagar incendios pero vuelto del revés, entró en la gran sala. Cuando pasaba caminando junto a los grupos de personas que discutían, los espantaba a causa del calor que, aun con la protección de la tela ignífuga, continuaba manando de su cuerpo. Se aproximó al puesto de mando central y saludó militarmente a la capitana.

—Señora, estoy preparado para incorporarme al servicio, si no tiene

inconveniente —dijo. A través de la máscara transparente surgía un brillo anaranjado, como si aquel traje no estuviese protegiendo a su ocupante del fuego, sino conteniendo un incendio feroz en su interior.

—¡Sobek! —exclamó Ronin, reconociéndole—. ¿Qué demonios te ha pasado?

—Es una larga historia, capitana, pero me siento capaz de desempeñar mi labor con la máxima eficacia. Esto que ve es sólo un cambio fisiológico... —Iba a decir «sin importancia», pero se contuvo. El cuero sintético de una silla, que se hallaba a pocos centímetros de su pierna, mostraba ya una mancha negruzca.

—Está bien... —convino Ronin, insegura—. Pero no toques ningún botón. Si tienes que manipular algo, pide ayuda.

—Con su permiso, me gustaría elaborar un informe de cambios. Para establecer un patrón de contagio..., si es que existe.

—¿Crees que se trata de una enfermedad?

Sobek la miró con ojos llameantes, aureolados por pequeñas deflagraciones de fuego azul.

—Si no lo es, hay que averiguar de qué se trata antes de que vaya a peor.

Ronin evocó la conversación que había mantenido con Arlene, y en especial su última frase:

«Esa onda de energía pasó por encima de la colonia. Tengo la sensación de que, si esa cosa tenía alguna probabilidad de infectarnos con algo, ha tenido tiempo de sobra para hacerlo».

—Infectarnos... —repitió para sí.

Tras unos segundos, tomó una decisión.

—Sobek, hazte cargo del puente. Killigan, ayúdame en lo posible. Y cuando el marqués logre despertar de su sueño plácido, avisadme de inmediato. Se va a enterar de lo que es bueno.

—¿Qué va a hacer, capitana? —preguntó el enano, volviendo en sí.

—Algo que tenía que haber hecho hace tiempo.

Erik Draven había obtenido dos de las tres cosas que solicitó a la gente de la colonia: comida y agua. La tercera, que le dejaran en paz el mayor tiempo posible, fue la única que le negaron.

Le habían instalado en un camarote reservado sólo para él, pero ése era el mayor grado de libertad que estaban dispuestos a concederle. Se acabó el vagabundear por el exterior, haciendo apariciones dramáticas cada vez que lo considerase necesario. La capitana se había mostrado tajante a ese respecto: «Si quieres alimentarte de nuestras provisiones, vas a tener que pasar por el aro».

Erik sonrió. Le encantaban las mujeres de carácter. Y era cierto que él necesitaba en aquel momento a los colonos más de lo que estaba dispuesto a admitir. Al fin y al cabo, las algas del planeta no eran comestibles, y para beber del río primero había que

someter al agua a un proceso de depurado químico. Ambas cosas, evidentemente, estaban fuera de su alcance. De modo que, respetando la prosaica forma de hablar de la guapa Ronin, estaba pasando por el aro.

El timbre de su puerta sonó. Ésa era otra de las cosas que le asombraban de aquella cultura: el concepto de privacidad, mantenido a rajatabla incluso dentro de una nave espacial. En los ejércitos de la Quimera lo habían borrado de un plumazo en cuanto los sumos jerifaltes tuvieron la oportunidad.

—Adelante —dijo.

La puerta se descorrió hacia la izquierda. La capitana entró en el cubículo con cara de pocos amigos.

—Erik.

—Por su expresión, capitana, deduzco que no está teniendo un buen día.

—Déjate de monsergas y dime qué está ocurriendo.

El fugitivo se sentó en su frugal camastro y la invitó a ella a ocupar la única silla disponible.

—¿Qué le hace pensar que yo puedo saber algo?

—No soy tonta. No pretendo que de buenas a primeras resuelvas todos los misterios, Draven, pero sí necesito tu ayuda para despejar algunos. Los que te conciernen a ti, para empezar. —Se arremangó el uniforme—. Estoy harta de que se acumulen tantos interrogantes.

—O sea...

—O sea —Ronin se cruzó de brazos y piernas, mirándole como una profesora a un alumno caprichoso—, que ya puedes contarme quién eres en realidad, y por qué estás aquí. Quiero conocer tu historia, Draven, y por tu bien, más vale que lo que me digas sea cierto.

—Nunca se me ocurriría morder la mano que me alimenta, capitana —puntualizó el fugitivo—. Pero tenga en cuenta que tal vez no le convenga saberlo todo. Puede que haya misterios que deban permanecer ocultos, por el bien de sus colonos.

Ronin le miró fijamente durante unos segundos, sin pestañear.

—Me arriesgaré.

El jefe de ganaderos Tarsem Laik tenía un problema.

Cuando se estaba al cuidado de rebaños de criaturas muy diferentes entre sí, desde las prosaicas vacas y cerdos a los menos usuales drikks de cuatro cabezas, uno debía saber bastante sobre veterinaria. No sólo de sus costumbres alimenticias o de apareamiento, sino también sobre su fisiología. Aunque hubiesen sido modificadas genéticamente, todas aquellas especies necesitaban cuidados especiales, y la misión de los ganaderos era que no hubiese sorpresas.

Por eso, cuando un mamífero transgénico de la Osa Naciente, conocido entre los expertos como *dinasaie pirofer*, comenzó a mutar ante los asombrados ojos de sus

pastores, Tarsem fue requerido a toda prisa en la granja. Y lo que vio le dejó sin habla, tanto o más que a sus subordinados.

El *pirofer* estaba cambiando a ojos vista. Su aspecto de elefante de lomo chato y alargado se había recubierto de escamas parecidas a las de un lagarto; la trompa se le dividió en dos (de hecho, ahora parecían tentáculos capaces de efectuar movimientos prensiles, como los de un calamar), y una serie de espolones sagitales le creció desde la cruz hasta la cola.

Espolones.

Tarsem le disparó unos cuantos dardos tranquilizantes, pero rebotaron de forma inocua contra su nueva epidermis blindada. Sus hombres trataron de echarle el lazo, pero aquellas trompas gemelas permitieron al animal agarrarlo como si fuesen látigos coriáceos, partiéndolo en dos.

Entonces, el jefe de ganaderos descubrió cuál era la razón de su nombre científico. Al acercarse para hacerle ingerir un tranquilizante, uno de sus hombres abandonó la exigua cobertura que le proporcionaba el cercado. Tarsem casi pudo intuir lo que iba a suceder incluso antes de ver al *pirofer* aspirar aire con fuerza y chasquear sus dientes cubiertos de una sustancia metálica. Esa cobertura le proporcionaba una gran capacidad para moler la carne, pero Tarsem sabía que era un rasgo evolutivo casi extinto, concebido en épocas anteriores de su evolución con otro propósito más... agresivo.

Cuando distinguió las primeras chispas, supo cuál era ese propósito.

El animal aspiró una bocanada de aire, que se combinó con los gases sobrantes de la digestión almacenados en su buche para formar una mezcla explosiva. Luego la exhaló de golpe, y al pasar a través de las chispas generadas en sus molares, el gas se inflamó. El resultado fue una llamarada de casi diez metros de largo por cinco de ancho, que incineró al subalterno y al tractor que había detrás. Hubo una explosión, un rugido animal de furia, y el elefante de cincuenta toneladas se lanzó a correr como una apisonadora hacia el edificio de veterinaria. Su aspecto de *juggernaut* acorazado espantó al resto de los animales, que huyeron en desbandada.

Lo siguiente fue un montón de humo y escombros.

—Todo comenzó hace mucho tiempo, en un anillo asteroidal llamado Irga, en la constelación del Grifo —empezó Erik, poniéndose cómodo. Su relato (o al menos la parte de él que estaba dispuesto a contar) iba a ser largo.

—¿Irga? —repitió la capitana—. Me suena. ¿No está dentro de los sectores que capitularon primero ante la Quimera?

—Sí. De hecho, pertenece al primer sistema solar que fue sometido. Yo no nací allí, pero viví unas órbitas cuidando de unas personas. Refugiados de otra guerra ya olvidada, a los que había rescatado de un campo de concentración.

—Qué dadivoso por tu parte.

Erik entrelazó los dedos bajo la barbilla.

—No todos hemos nacido bajo el estigma de la desesperación. Algunos teníamos otra vida antes.

—Lo siento, pero es que la faceta de protector sencillamente no encaja en la imagen que tengo formada de ti. El sombrío Erik Draven, un tipo duro y solitario, cuidando de civiles indefensos...

—Como te digo, fue en otra época. Llevábamos mucho tiempo huyendo de una facción de tiranos que se hacían llamar «los iniquidores». No eran sino unos desgraciados con armas conseguidas en el mercado negro, que disfrutaban asaltando colonias de granjeros y pasándolos a cuchillo. Lo que en argot llaman psicofreaks del Borde. Meses después de la caída de Irga, fueron absorbidos por el ejército de los invasores como parte de una fuerza de choque, y ahí les perdí la pista.

—¿Te enfrentaste a ellos?

—Maté unos cuantos. —Erik lo dijo sin asomo de culpa, como quien admite haber pisado cucarachas—. Puede que destruyera una o dos de sus naves de carga. Y un crucero. Poca cosa.

—Ya veo. ¿Y qué tiene que ver eso con que atacas a los quimerianos desde dentro de sus filas?

—Verás, Ronin... —Buscó las palabras más sencillas para explicar lo que venía a continuación—: en la cultura donde yo nací, creemos en las deudas de sangre. Cuando estableces un cierto tipo de vínculo con la gente, debes respetarlo hasta más allá de la muerte, si fuera necesario. Es un camino de honor que te liga a la persona a la que proteges, tanto o más de lo que ella depende de ti. Lo llamamos hiketeia.

—¡Deudas de sangre! Creía que ese tipo de tradiciones se habían extinguido con la instauración de las nuevas Repúblicas.

—Pues creíste mal. Esas personas estaban bajo mi custodia, y tal cosa es sagrada. Antes moriría que permitir que una sola de ellas sufriese daño.

—¿Debías hiketeia a esos refugiados?

—En cierto modo. Fue mi padre quien la firmó, pero murió durante la invasión de la Quimera, así que su deuda saltó una generación. Hice la solemne promesa de defenderla como habría hecho él.

Ronin apoyó los codos en las rodillas, interesada.

—¿Qué ocurrió?

—Algo terrible. En aquellos años había estado trabajando como mercenario para una corporación muy poderosa llamada GEP. No recuerdo a qué palabras correspondían esas siglas, la verdad. Me había cansado de sus dobles juegos y traiciones y les planté cara, así que me buscaban para matarme. Entonces ocurrió. —Hizo memoria, abriendo carpetas en su cerebro que habían acumulado mucho polvo—. ¿Sabes una cosa, capitana? La gente piensa que la Quimera ya poseía sus ejércitos cuando atacó los primeros mundos, pero no es cierto. Fueron reclutados después. —Los párpados de Erik cayeron, telones de un drama que no deseaba ver representado

otra vez—. Ella apareció en persona para iniciar su conquista..., y el simple hecho de verla selló nuestros destinos para siempre.

Ronin alzó las cejas, impresionada.

—Tú... ¿has visto a la Quimera? ¿Directamente?

—Mucha gente cree que en realidad es un mito, que un monstruo así no puede existir..., pero yo te puedo confirmar que existe, Ronin. Y es mucho, pero mucho más horrible en la realidad de lo que se cuenta sobre ella en las leyendas.

—¿A qué se parece? Quiero decir... —La capitana dudó—. ¿Cómo es la Quimera? ¿Qué tamaño tiene? ¿Está viva o es algo tecnológico, como afirman algunos?

—Te contaré lo que vi, pero has de prometerme que jamás se lo revelarás a nadie. No estoy ofreciéndote hiketeia ni nada por el estilo, pero esto forma parte de la franja más oscura de mi pasado y no quiero que se convierta en dominio público. ¿De acuerdo?

Ronin dio su palabra. No entendía las razones de tanto secretismo, pero se moría de ganas por conocer más detalles.

—El monstruo apareció en los cielos de Irga justo el día en que comenzaba el quinto ciclo solar, si no recuerdo mal —continuó Erik—. Y, aunque parezca una tontería, el primer atisbo que tuve de él fue debido a una taza de café...

Café a treinta minutos del Armagedón: El relato de Erik Draven (primera parte)

La plaza que adornaba el andén del tren bala levantó ecos en Emma de la que se abría junto a su casa en la domo-ciudad gemela. Estaba construida para que asemejara el caparazón de un galápago echado al sol, con una fuente en medio y centros comerciales repletos de banderolas en el perímetro. Unas nubes pintadas engalanaban las paredes que protegían el domo, desplegando arco iris y gaviotas sobre el nombre de la ciudad: Bely.

Emma nunca había visto una gaviota. De hecho, las únicas que conocía eran las de aquellos murales que había visto de niña en los parques, y en ninguno aparecían pintadas desde arriba. No sabía cómo era la región dorsal de aquellos prístinos pájaros. A lo mejor estaban llenos de calaveras, y por eso los artistas se limitaban a recrear su panza.

Se echó su media cabellera teñida de violeta sobre la parte rapada del cráneo, y salió a la plaza. Según auguraban los informes del GEP, Erik, su objetivo, se encontraría en esos momentos a casi medio país de distancia, en un refugio oculto tras la Cordillera del Dragón, rodeado por centenares de agentes y a punto de caer en las redes del servicio secreto, que le torturaría hasta la demencia para averiguar dónde había escondido los documentos robados. Era sorprendente que se hubieran gastado tanto dinero para seguirle la pista, pero el objetivo parecía prioritario: aquellos planos contenían información altamente clasificada.

Los funcionarios del GEP podían estar tranquilos. Ellos no fallaban nunca y la captura de su presa era sin duda inminente.

El GEP estaba equivocado.

Emma conocía bien a Erik porque había trabajado con él en misiones parecidas hacía tiempo, cuando aún ejercía de sabueso para la administración. Jamás, eso sí, le había pasado por la cabeza que un profesional de su prestigio cayera tan bajo como para convertirse en la presa.

Lo primero que le había enseñado como maestro en el difícil mundo del espionaje era que los profesionales de las agencias de vigilancia tendían a seguir la ley de la mínima complejidad: Erik dejaba siempre dos pistas falsas, una tan obvia que todo el mundo podía adivinar que se trataba de un truco, y otra, más retorcida y oculta, difícil de destapar pero igualmente falsa. Cuando los investigadores desechaban la obvia y comenzaban a seguir la encubierta, cualquier sugerencia de que esa pista podía ser también un señuelo era descartada de inmediato. Nadie estaba cómodo con niveles de complejidad dentro de otros niveles de complejidad. La navaja de Occam era la mejor arma de Erik.

Pero ella le conocía demasiado bien.

Tomó un aerotaxi que la llevó al centro. En la base de datos en línea del vehículo consultó el epígrafe «hoteles de lujo». Él jamás se rebajaría a esconderse en un piso franco.

Escogió el más caro y se apeó justo en la puerta. Mirando hacia arriba y al horizonte, podía contemplarse una hermosa panorámica de la Nebulosa del Hipogrifo, una estampa oleosa de licuados bermellones. No había atmósfera que enturbiara la luz más allá de las fronteras de los domos de presión, así que los zarcillos de gas aparecían nítidos, brillantes, abrazando Irga como los tentáculos de una bestia mitológica.

Si Erik aún se encontraba en el país radial Cinco, estaría en ese hotel.

La joven se registró con su verdadero nombre y se tumbó en la cama de una habitación cualquiera. Colgó la cartuchera con la tensopistola en la esquinera, con el seguro desconectado, y encendió la televisión. No tendría que molestarse en buscar a Erik. Él sabría al instante que estaba allí.

Sólo la hizo esperar diez minutos.

Dos golpes muy seguidos en la puerta lograron sobresaltarla. Sonrió. Podía haber sido eso o una bomba en el tabique contiguo. Se alegró de que Erik aún confiara en su amistad hasta ese extremo.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy yo. Abre.

Había cambiado. Bigote y perilla de color pardo. Su precioso pelo azabache la había vuelto loca en su adolescencia, pero entendía que un maestro del disfraz se mantuviera por encima de consideraciones estéticas. Ahora era gris oscuro, salpicado de canas que le hacían parecer aún más interesante. Erik tenía seis órbitas más que ella, y no era lo que se decía un hombre cortés, pero...

Suspiró. Cuánto habría dado por conocerle en otras circunstancias. Su poderosa presencia musculada era de las que se volvían más apetecibles con la edad.

—¿Has venido sola? —preguntó él, examinando la habitación.

—Claro —protestó Emma, haciéndose la ofendida—. No pienso traicionarte todavía. Al menos me debes treinta minutos de conversación por haberme tomado la molestia de venir para...

—¿Detenerme?

—Disuadirte.

El hombre se sentó en la cama, colocándose quizás a propósito entre la cartuchera y su antigua alumna. Emma abrió el mueble bar.

—¿Disuadirme de qué?

—De que hagas la tontería que parece que vas a hacer. Anda, cuéntamelo, no te hagas el tonto. ¿Dónde están los documentos?

Erik se frotó el cuello.

—¿Tienes micros o relés láser sólidos?

—Sabes que no.

—¿Nano-orejas?

—Por Dios, me ducho todos los días.

Se alivió un picor en la axila.

—Los documentos están en la central de Inteligencia del GEP —dijo con tranquilidad.

La joven arqueó las cejas, impresionada.

—¿En la misma central? Joder. Apuntas un poco alto, ¿no?

—Si quieres hacer ruido, ve a una cristalería. —Encogió los hombros—. Ahora que ya tienes la información, no te interesará perder más tiempo, ¿no? Corre al emisor de emergencia más cercano y alértales. No te detendré.

—Uhm... —Emma paseó por la habitación, dubitativa—. Que se fastidien. Hace tiempo que no tomamos un café juntos.

Le tendió la mano. Erik pareció relucante al principio, pero la aceptó y bajaron al restaurante del hotel. La tensopistola seguía colgando de su funda cuando cerraron la puerta con llave.

—¿Por qué la central de Inteligencia? —preguntó Emma.

Erik revolvió su zumo de frutas.

—Se lo merecen. Conoces tan bien como yo el motivo.

—El GEP no trabaja con los iniquidores. Todo eso no son más que falsos rumores, indignos de ti.

—Sí que lo hacen —contravino Erik, sorbiendo del vaso—. Y tengo pruebas. Esa organización está más podrida que un kirope tropical fuera del invernadero.

—Entonces ¿por qué no los denuncias? Hay autoridades competentes que...

—No podrían hacer nada. El GEP está demasiado bien situado. Si tratase de llevar este asunto por la vía legal, se las arreglarían para hacerme desaparecer, a mí y a mis pruebas, sin que nadie se diese cuenta. Son muy listos.

Emma encontró a disgusto su café y llamó al camarero. Le tendió la taza mientras se acercaba.

—Esto es horrible. Creo que el azúcar está estropeado. Cámbiemelo por una cerveza de soja.

El diligente camarero recogió la taza y se marchó.

—¿Ahora bebes cerveza? —se extrañó Erik—. ¿No eres demasiado joven, con tan sólo una quincena de giros auestas, para andar estropeándote el estómago con esa porquería?

—Veintiún giros y doscientas milésimas —puntualizó ella—. Y no se te ocurra hablarme de edad, vejstorio. Podría tumbarte todos los argumentos con hacer así. —Chasqueó los dedos.

Una sombra oscureció el sol. Era un transporte colonial pesado, que activaba los retrocohetes de freno mientras recorría los últimos cien kilómetros hasta el puerto

orbital. Éste, un asteroide con forma de cabeza de medusa, abrió la enorme boca llena de luces de pista para recibirle.

—¿Puedo hacerte una pregunta delicada? —preguntó la joven.

Erik le escudriñó los ojos.

—Puedes.

—¿Aún estás cuidando de esos refugiados?

—No deberías referirte a ellos en tercera persona, Emma. Al fin y al cabo, siguen siendo tu familia.

Sus pálidas pecas enrojecieron.

—Me despreciaron públicamente. Ya no son mi familia.

—Sí lo son. Incluso te puedo garantizar que te echan de menos. Si no fuera por esas estúpidas tradiciones que condenan que os enamoréis de alguien que no pertenezca a vuestra casta...

—La gente que antepone las tradiciones al amor por los suyos merece ahogarse y pudrirse en ellas.

—Estoy de acuerdo.

Incómoda, la joven cambió de tema.

—Pero ¿qué demonios contenían esos documentos para que toda la organización en peso esté persiguiéndote?

—No querrías saberlo.

—Sí, quiero —replicó con terquedad.

Erik rió distendidamente.

—Así me gusta. Continúas siendo la misma de siempre. —Apuró lo que quedaba de zumo y dejó unas monedas encima de la mesa—. Vamos, te lo contaré mientras paseamos.

Una mujer de cierta edad, arrastrando un carrito de compra, se disponía a cruzar la calle, visiblemente preocupada por que su lenta marcha no venciera el tiempo impuesto por el semáforo. Los comercios anunciaban sus productos, los niños jugaban en la calle...; nada parecía salirse de lo normal. Otras dos naves llegaron a la estación medusa; ambas eran militares. Erik las contempló con aire preocupado, pero no dijo nada.

Emma se adelantó y ejecutó unos pasos de baile.

—Qué contenta estás.

—¡Hoy es un día precioso! —exclamó la joven—. Tú estás aquí, yo estoy aquí, esas nubes pintadas en la cúpula están aquí... ¿Qué más se podría esperar de una tarde idílica como ésta?

—No pasarla hablando de corrupción y muerte.

Emma le tomó de la mano.

—Eres sabio, Erik Draven.

—Gracias, Emma. Tú también. O lo serías si no hicieses preguntas que en realidad no quieres que te respondan.

—Sí que quiero. Ya soy mayorcita para escuchar las grandes verdades de la existencia. Así, en minúscula.

—Está bien —Erik se resignó—. Los documentos eran pruebas de las matanzas de refugiados ejecutadas por comandos iniquidores, y patrocinadas indirectamente por el GEP y sus bancos de divisas.

Emma parpadeó.

—Qué fuerte.

—Por eso me persiguen. Saben que conozco su secreto, y yo...

Enmudeció, mirando al cielo. Emma se tensó.

—¿Qué ocurre? ¿Nos han descubierto?

Erik no respondió. Sus pupilas, cubiertas por unas lentillas que derivaban su color original hacia el gris metalizado, escrutaron el cielo durante un largo minuto, como si pudiese ver algo que nadie más hubiese advertido todavía.

—¿Son agentes del GEP? —preguntó la joven, inquieta—. Yo no les dije que estaba aquí, te lo juro.

—No es el GEP... —murmuró Erik, y la obligó a retroceder para ocultarse en un callejón—. Es otra cosa. Espera unos segundos.

—¿Unos segundos? ¿Para qué?

La respuesta vino en forma de cañones de luz que se encendieron en el horizonte, apuntando al espacio. A continuación, una cascada invertida de fuegos artificiales se elevó hacia el cielo, seguida por descargas láser y proyectiles cohete. Columnas de rayos surgieron de detrás del horizonte y se concentraron en un punto de la nebulosa. Una región vacía donde, salvo destellos de violentas explosiones, no se distinguía nada más.

Emma se abrazó a su compañero. Las detonaciones no se producían dentro de la atmósfera, así que su resplandor no venía acompañado por ningún sonido..., pero era igualmente aterrador.

—Las defensas planetarias se han activado —masculló Erik—. Nos atacan.

—¿Quién nos ataca? ¿Iniquidores? ¡Mierda! ¿Se han vuelto locos los consorcios de piratas, o qué?

Una brillante luz fulguró en el cielo, hacia el nordeste del domo. Creció en extensión e intensidad, variando de color a través de una gradación que iba desde magenta a naranja centelleante. Luego, quedó oculta tras un lienzo de nubes.

Erik oyó los gritos de la gente. Los supersticiosos comerciantes que operaban en los asteroides necesitaban fenómenos mucho menos obvios que éste para desatar su panoplia de credos y rituales, así que no era de extrañar que estuviesen desquiciados. Los civiles andaban erráticos de un lado para otro, refugiándose bajo techos y autopistas elevadas, mirando con temor unas formaciones nubosas que nacían y eran desplazadas a velocidad asombrosa por encima del domo.

Él mismo sintió un impulso similar de gritar y salir corriendo, pero se contuvo. Antes de huir, había que averiguar de dónde venía el peligro. En el *impasse*,

fragmentos aislados de conversaciones llegaron hasta sus oídos: debía de tratarse de una exhibición de poderes celestes, discurría alguien asomado a una ventana. Algún mensaje divino se cernía sobre la tierra escoltado por un ejército de ángeles y de huríes.

No, discutía otro. Eran sin duda las puertas del infierno, que se habían abierto en el interior de alguna supernova. Un demonio de alto rango se preparaba para descender a la tierra y hacer la guerra a los ejércitos de salvación. Seguro que aquello era el resultado de vivir en una domo-ciudad con un nombre tan impío como Bely (un profeta oscuro del Antiguo Manuscrito que había acabado sus días en la hoguera de la inquisición Panteísta).

Erik maldijo la superstición. Manteniéndose frío, conservó su dignidad frente a los accesos de terror de sus conciudadanos. Estaba seguro de que aquel fenómeno tenía mucho que ver con algún ataque terrorista, y más bien poco con profecías escatológicas sobre el fin del mundo. Pero —y esto era innegable— parecía completamente diferente a los que él había visto hasta entonces. Si poseía un origen humano... Pero no, resultaba demasiado inverosímil considerarlo así.

Emma se le aferró con fuerza al brazo. Una negra nube ciclópea avanzaba hacia ellos, sobrepasando la Cordillera del Dragón. Era circular, como la simiente de un huracán, y debajo de su panza, una atorbellinada masa oscura descendía hasta tocar tierra como un tornado de dimensiones bíblicas. Fogonazos de relámpagos estallaban entre la nube y las planicies que tapaba con su sombra. Algunos caían en picado o ascendían taladrando grietas en el cielo; otros bailaban paralelos a la nube, iluminándola durante fracciones de segundo y perfilando algo que se ocultaba en su interior.

Algo colosal.

—T... tengo miedo —susurró Emma.

Erik asintió, calmado.

—Yo también.

La antinatural pasividad que había dominado hasta ese momento a las masas (una quietud en la que cada plegaria gutural, cada maldición ronca, cada frenazo de los vehículos eléctricos pudieron escucharse con total nitidez), llegó a su fin. Fue un momento de rara objetividad: Erik Draven pudo apreciar con detalle a los seres humanos que huían despavoridos sin saber adónde, las naves que trataban de salir del domo, los infantes que lloraban aterrorizados llamando a sus padres... Vio la estación medusa elevarse con impresionante gallardía hacia la última órbita, y caer envuelta en llamas un segundo después. Nadie, ni siquiera él, había visto qué la había golpeado, pero su rostro pétreo se quebraba en la reentrada, la barba fustigada por la fricción, la boca abierta dejando caer los cargueros a medio aprovisionar que esperaban su turno para salir huyendo. Aquel día llovieron naves sobre Bely: varias impactaron cerca del domo, clavándose en la superficie del asteroide como bombas celestiales, y levantando columnas de polvo de un kilómetro de altura. Las sacudidas de los

terremotos empezaron en la urbe, derribando algunos edificios. El estallido combinado de los tanques de combustible y la inercia de una reentrada incontrolada provocaron fisuras que se abrieron paso hacia el interior de la tierra, llegando a arañar el centro del asteroide.

Por un instante, Erik creyó ver lo que se ocultaba dentro del huracán, pero la imagen desapareció antes de que tuviera tiempo de confirmar su impresión.

—¡Corre! —ordenó a Emma.

Abandonaron la engañosa cobertura del callejón y echaron a correr con todas sus fuerzas hacia el astropuerto. Aún podían escuchar la algarabía que marcaba el fin de aquel asentamiento humano, pero de fondo había algo más, un sonido inclasificable y distante que, intuyeron, poseía la clave de su destino.

—¿Dónde está tu nave?

—¡En el hangar veintidós! —chilló la joven, tratando de hacerse oír por encima del estruendo de transportes que caían del cielo y autopistas que se quebraban.

A lo largo de la calle yacían esparcidos desechos y selvas de escombros que eran difíciles de sortear. Erik soltó la mano de Emma y corrió a un ritmo más veloz, pero se lo pensó durante un segundo y redujo la marcha. Si hubiese sido cualquier otra persona (y más un miembro del GEP) ni siquiera se habría molestado en mirar atrás. Habría salido corriendo a su ritmo y, quien pudiera, que le siguiese.

Pero con ella era diferente.

—¡Vamos, deprisa! —gritó. Emma jadeaba, pero se portaba como una heroína, esquivando obstáculos y saltando barreras con la agilidad de una gacela. Por un momento, pareció que ambos iban a conseguirlo.

Por un momento.

Acallando los demás ruidos, un crujido brutal deshizo el domo en mil pedazos. El aire de Bely escapó en torbellino hacia un entorno de menor presión, y cientos de personas fueron elevadas por los aires. Erik se aferró al esqueleto de un coche humeante y asió la muñeca de Emma con la fuerza de una tenaza.

—¡Erik, no me dejes! —suplicó ella, sintiendo que la tromba de aire despegaba sus menudos pies del suelo. Los musculados antebrazos de Erik se tensaron, llenándose de esferas y venas.

—No... te dejaré... marchar... —masculló entre dientes, agarrado con una mano al vehículo y con la otra a la chica. Sus ojos permanecieron fijos en ella hasta que la tensión de su encajada mandíbula hizo que le doliera el rostro.

En ese callejón sin salida transcurrieron unos terribles segundos, hasta que...

Hasta que...

12

Estampida

—Hasta que...

Ronin le miró, asombrada.

—¿Qué? ¿Qué sucedió entonces?

Erik interrumpió el relato y le hizo notar algo. Un sonido lejano.

—¿No lo oyes?

La capitana se envaró. Sí, una alarma. Llevaba un rato repiqueteando, pero ella estaba tan abstraída por el relato del fugitivo que ni siquiera le había prestado atención.

—Por los arcos de Galatea, ¿es que nada va a funcionar en esta colonia como es debido?

Ambos se levantaron y salieron corriendo del camarote. Cada cubierta contaba con dos puntos de control, desde los cuales cualquier oficial podía contactar con el puente y reportarse, o confirmar una alerta. Ronin, que había dejado su intercom en el camarote, alcanzó unos de esos puntos y descolgó un auricular.

A medida que el oficial de guardia la ponía al tanto de lo que pasaba, su expresión iba mudando gradualmente hacia la estupefacción. Al terminar, colgó el auricular y miró a Draven. Se le notaba el cansancio en los ojos: había sido un día muy duro, y no daba visos de acabarse.

—No te lo vas a creer.

—He oído palabras sueltas. Algo sobre una estampida, y un elefante. ¿Necesitas ayuda?

—No, yo... —Las piernas le fallaron. La capitana se apoyó en el brazo de Erik para no caerse, pero en seguida recuperó la compostura. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo agotada que estaba.

—Creo que iré contigo —decidió Erik.

—Está bien, pero luego acabarás tu relato —negoció Ronin—. No creas que te vas a librar de contarme tus antecedentes por una simple alarma de nivel cuatro.

—Dígame, capitana —bromeó Erik, siguiéndola mientras descendían niveles por las escaleras—. ¿Cuántos animales hacen falta *grosso modo* para declarar una estampida? ¿Hay una velocidad mínima...?

—Draven, no me toques las...

El consejero Blikos se apartó de la ventana, de la vista de Pradogrande envuelta en la bruma. Había estado contemplando el zigurat, una reliquia arquitectónica preconquista que pronto sería derribada. En el nuevo orden no había sitio para cultos tradicionales.

Había rechazado los honores sin significado, las demostraciones públicas de obediencia, el ritual del vasallaje, utilizando como excusa un incremento de sus responsabilidades. Pero era mentira. Lo que de verdad ocurría era que estaba aterrizado. En el anterior planeta conquistado, había visto caer al consejero Askhem Ribadani a manos del mariscal Éremos, y no se quitaba de la cabeza la idea de que podía haber sido su pecho el atravesado por aquel cuchillo. Si Éremos conocía la existencia de la conspiración para derrocarlo, su aguda inteligencia no tardaría en esbozar un plan para descubrir a los culpables. Y descargaría sobre sus cabezas cada ápice de su legendaria crueldad.

Pero Blikos tampoco había perdido el tiempo. Había pasado la duramente ganada intimidad (convalecencia, diría él) trabajando obsesivamente, tratando de vislumbrar un sendero de huida si las cosas empezaban a ir mal. Sabía lo que vería si se enfrentaba a sí mismo ante un espejo; no se había encarado con ninguno desde la muerte de Ribadani, pero en su vida había soportado cosas mucho peores que su propio reflejo como para permitir que éste lo preocupara, o lo detuviera.

Miró al zigurat, una obra maestra de la banalidad que en este mundo era considerada arte moderno. Otro rasgo cultural que se perdería, aplastado por la bota del nuevo régimen. No le daba pena; de hecho, él mismo daría la orden con la misma ausente indiferencia con la que había sugerido limpiar los campos de concentración. Si tan sólo pudiese liberarse de la sensación de estar siendo observado constantemente...

Se dio la vuelta de golpe, esperando sorprender a algún espía *in fraganti*. No lo había, o al menos ninguno que él pudiese ver. La paranoia lo estaba agotando.

Culpable, culpable... gritaron sus víctimas desde el interior de su cerebro. El clamor de sus acusaciones se confundió en una algarabía ininteligible. Blikos se frotó la sien hasta que la letanía hizo morir sus voces.

«Tranquilo, maldito viejo. Estás dejando que te domine el miedo».

Éremos no podía saberlo. Si lo supiera, ya habría liquidado a todos los conspiradores. Uno pensaría que un hombre cuerdo podría arrojar aquellos temores fuera de su mente..., pero lo único que hizo fue encajar los hombros y darse una ducha, rezando por que ningún asesino sigiloso se colase en su camarote mientras corría el agua.

Una buena noticia le esperaba al salir: las sondas zard que habían enviado a analizar la puerta de salto mandaban sus primeras conclusiones. Blikos se sentó en la silla de su escritorio mientras se colocaba una redecilla en la cabeza, y devoró los datos del informe. En efecto, la tremenda onda de energía que había encendido la red de puertas no era homogénea. Había algunas zonas donde golpeó más fuerte, y desde ellas se había expandido hasta afectar a todas las demás. Los «puntos calientes» eran tres: la Puerta de Vingland, en el Racimo Ventanauno; el canal Hefauk, cerca de la Nebulosa del Caballo, lugar de paso de comerciantes hafanitas; y la Puerta de Furiony, un puesto sin interés estratégico en el extrarradio, demasiado lejano y difícil

de abastecer como para que la armada lo catalogase como conquista prioritaria. Si éstas eran las que más habían sufrido los efectos de la descarga, se podía inferir que el epicentro se encontraba próximo a alguna de las tres. O a todas.

Hubo un detalle que le llamó la atención. Ahora que estudiaba el informe de los exploradores cercanos a la Puerta Hefauk, leyó un aviso de bajas en una batalla. No era nada raro: las fuerzas quimerianas mantenían escaramuzas frecuentes con las fuerzas de los Mundos Unidos, y había bajas por ambas partes. Esos informes nunca trascendían al alto mando, salvo que implicasen pérdidas severas.

Pero allí había tenido lugar una escaramuza hacía poco tiempo que, sin ser nada digno de mención a nivel político, mostraba un elemento inusual.

Sus fuerzas habían sido derrotadas por un mirmidón. Uno de los aparatos de su propio arsenal.

El consejero recopiló el informe y lo estudió con detenimiento. Una duda asaltó su mente. Leyó páginas sin interés sobre el objetivo de aquella avanzadilla, cuándo fueron atacados, dónde tuvo lugar la batalla..., bla bla bla. Pura palabrería. Había un archivo adjunto con una grabación en vídeo de un fragmento de la batalla. Eso sí le interesaba. Normalmente no se producían desertiones en las filas de su ejército. El temor a la Quimera era mayor que el miedo a las batallas. Los traidores eran pocos y no demasiado...

Cuando vio la grabación, su corazón casi sufrió un colapso.

Se puso en pie, mirando atónito la pantalla. Cogiendo el disco de datos, lo sostuvo torpemente y lo dejó colgar entre los dedos. Una sensación de impropiedad, casi de herejía, lo abrumó mientras lo sopesaba. Había descubierto por pura casualidad algo que podría significar el as en la manga que tanto necesitaba en esos momentos.

Visionó de nuevo el vídeo. Quería estar seguro de lo que había visto antes de contar con usarlo en su provecho. Sí, allí estaba el mirmidón, vomitando fuego de cobertura contra sus propios compañeros. Y su forma de moverse...

No cabía duda. Blikos sintió que sus mejillas enrojecían. Era él. Sólo una persona en el universo podía pilotar de aquella manera un exoesqueleto, moviéndolo según un patrón defensivo marcial tan determinado. Aquella forma de luchar era única, y el guerrero que con más eficiencia había logrado dominarla...

Draven. Erik Draven. El desterrado.

El consejero intentó tranquilizarse.

Era el final de su permanencia en aquella pocilga de sistema. En cuanto Éremos lo supiera, daría orden de movilizar la flota hacia el canal Hefauk. Las grabaciones demostraban que su puerta de salto había sido usada segundos después de la conclusión de la batalla, así que Draven podía haber desaparecido de nuevo..., o tal vez no. Tal vez hubiese dejado una pista lo suficientemente rastreable.

Blikos se frotó las manos, un nudo de inesperada emoción atrapado en su garganta. ¡El as en la manga que había estado buscando, el maldito as! Sólo había que saber usarlo con astucia, y le permitiría ganar la mano contra su odiado (y querido, y

admirado, incluso idolatrado). Éremos.

Cuánto había soñado con el día en que llegase ese momento.

El paquidermo parecía una apisonadora. El jefe de ganaderos Tarsem Laik ordenó cerrar las puertas del establo para animales de gran tamaño, pero aquello en lo que había mutado el *pirofer* demostró ser demasiado fuerte para mantenerse enjaulado. Atravesó haciendo una carga impetuosa el edificio de oficinas y salió por el otro extremo, a campo abierto. A su alrededor, los ingenieros agrónomos que cultivaban las granjas hidropónicas huyeron despavoridos. El animal enfocó su ira hacia uno de los grandes domos que protegían los cultivos y lo aplastó, desmenuzándolo con sus poderosos colmillos.

Un grupo de soldados le rodeó, disparándole con sus armas. Para su frustración, los rayos rebotaron inofensivamente contra la piel coriácea del animal.

Al ver a sus hombres tan cerca del peligro, Sobek les ordenó retirarse.

—¡Salid de ahí! —ordenó, mientras se acercaba a la zona montado en un MT. El *pirofer* atrapó a un soldado con la trompa, lo enarboló en el aire como una marioneta, y lo lanzó contra una plantación de bambúes. Su cuerpo se incrustó con la fuerza de un proyectil en la maraña de tallos, quebrándola en mil pedazos. Era imposible que el cuerpo humano sobreviviera a un impacto semejante. El *pirofer* bufó, exhaló una llamarada rabiosa, y echó a correr hacia un depósito de intendencia. En los segundos previos a la colisión, bajó unos grados la cabeza para que la alineación de su cuello encajara con la columna, y poder soportar potentísimos impactos sin inmutarse.

Sobek lo vio atravesar una pared de cemento como si fuese papel y oyó el ensordecedor estampido posterior. No podía ver al animal, pero sí su obra. Dando una veintena de vueltas de campana, un tractor pesado salió disparado del almacén, y no paró de rodar hasta incrustarse en el edificio de enfrente, derribándolo.

El lugarteniente sacudió la cabeza. Aquella cosa estaba provocando más daños que los quimerianos.

—¿Me escuchas, Sobek? —preguntó la capitana por radio.

—Afirmativo. ¿Dónde está usted?

—A tu izquierda y atrás.

Sobek volvió la cabeza. Vio otro MT derrapar sobre sus seis ruedas con ejes independientes, acercándose a la zona. En él iban la capitana y su ambiguo huésped, el tal Draven. Conducía ella.

—Hay que alejarlo de la colonia —dijo Ronin—. Sobek, trata de atraerlo hacia nosotros.

—¿Y cómo quiere que lo haga? ¿Ha visto el tamaño de esa cosa?

—No te preocupes. Deja que te vea y acelera hacia nuestra posición.

—Pero es que...

—No discutas y confía en mí.

Sobek gruñó. Presionó el pedal del acelerador y el vehículo rebasó los cien kilómetros por hora en menos de cuatro segundos. Sus ruedas de plástico se deformaron para aumentar la estabilidad y el efecto suelo, y lo hicieron derrapar a menos de un metro del almacén que albergaba al *pirofer*.

El MT de Ronin se situó lejos de las granjas. Su plan consistía en alejarlo lo suficiente como para que tropezara con los desfiladeros cubiertos de algas en los que sus vehículos casi habían caído cuando abandonaron el valle. Aquellas peligrosas trampas naturales podían servirles ahora de algo.

Sobek dio un volantazo y enfiló el camino recto hacia ellos. A su espalda, la pared del almacén se vino abajo violentamente, dejando paso libre al animal. Visto a través del retrovisor parecía aún más grande, con las orejas ondeando al viento y aquellos colmillos enhiestos, más duros que el marfil, más densos que el acero. Sobek forzó al máximo el motor, sus tubos de escape despidiendo llamaradas.

—Corre, maldito trasto —rogó—. ¡Corre!

—Está a punto de alcanzarte —exclamó Ronin—. Sigue en línea recta.

—¡No puedo, si no zigzagueo me va a...!

No tuvo tiempo de acabar la frase. El elefante, furioso porque su velocidad en carrera era sensiblemente menor que la del vehículo, aspiró con fuerza e hinchó el buche, mezclando gases. Arqueó la trompa y, levantándose sobre las patas traseras como un oso, expulsó un cono de abrasadoras llamas sobre el MT.

Sobek se cubrió el rostro con las manos, sintiendo cómo se lo tragaba la lengua de fuego. El mundo a su alrededor se convirtió en un infierno que le incineró el traje y cubrió de llamas el vehículo.

Un segundo después, descubrió que seguía vivo.

Su piel de fuego estaba al aire, dentro todavía del aliento dracónico del animal pero plenamente expuesta, y él no sentía nada. Su nueva fisiología era inmune a ese elemento.

Aullando de alegría, pisó a fondo. El MT, una bola incandescente a punto de reventar, recorrió los últimos metros que lo separaban de las cañadas. Sin embargo, cuando estaba a punto de sortear la primera, el motor falló. Hubo una explosión que generó una gran cantidad de humo negro, y el vehículo se detuvo en seco.

El retrovisor estaba fundido, así que el lugarteniente tuvo que erguirse en el asiento para mirar hacia atrás. La mole del elefante lo habría apisonado en pocos segundos, pero otro MT se cruzó en su trayectoria diagonalmente. La limitada percepción del *pirofer* lo distinguió como un blanco nuevo y se desvió, siguiéndole. Sus patas levantaron arenisca a pocos centímetros de la cañada.

Sobek aprovechó el breve acercamiento entre los dos MTs y saltó sobre el que aún funcionaba. La capitana lo recibió sugiriendo que no se acercase al tanque de combustible: su traje de amianto había sido reducido a harapos, y él no era más que una zarza llameante que no se consumía.

—¿Lo tenemos detrás? —preguntó Ronin.

Erik disparó varias veces, respondiendo.

—¿Qué demonios crees que provoca ese estrépito de apisonadora?

Ronin trató de dar varias vueltas, esperando que el elefante cayese en la trampa, pero fue inútil. Cada vez que se aproximaba a una sima, corregía su dirección para esquivarla. En una ocasión incluso la saltó por encima.

—¡Puede verlas! —gritó Ronin—. ¡Este plan no funciona!

—¿Hay un plan B? —preguntó Erik, con sorna.

Ronin oteó a través de la nube de polvo y trozos de algas que la cegaba. Frente a ellos, a unos doscientos metros, se alzaban los tanques de combustible para vehículos no nucleares. Las naves y la maquinaria muy pesada se alimentaban de reactores de fusión diminutos, pero para los MTs y muchos otros vehículos de propulsión autónoma seguía haciendo falta un combustible que quemar. Ronin vio la torre de abastecimiento, con sus dos enormes bidones conectados por una manguera, y tuvo una idea.

—Sí que hay un plan B —murmuró, y activó la tracción a las seis ruedas.

Derramando babas por la boca, el *pirofer* los siguió en su loca carrera, aunque paulatinamente fue perdiendo fuelle. Estaba cansado, pero aún seguía siendo capaz de aplastarles si les ponía una pezuña encima. Ronin aprovechó la momentánea pausa en la persecución para enfilarse la escalera de la torre. Aparcó el MT en la base y salió fuera y comenzó a trepar. Erik y Sobek la siguieron, por ese orden, aunque pronto descubrieron que el lugarteniente debió encabezar la marcha. Sus llamas se elevaban provocando una onda de calor que les estaba asando las piernas.

—¡Sube más deprisa, joder! —increpó Erik, pero la capitana hacía lo que podía. La larga escalera trepaba por el mástil que separaba ambos bidones hasta llegar a una atalaya situada a casi veinte metros de altura desde la que se controlaban las mangueras. Uno de los bidones estaba vacío, con la esclusa superior abierta, pero el otro se encontraba casi totalmente lleno de combustible. Erik miró de reojo el indicador del volumen contenido (unas mil toneladas) y rezó por que a aquel enorme lanzallamas que les perseguía no le diese por estornudar.

El *pirofer* llegó a la base de la torre y la pateó con sus pezuñas. La columna de metal osciló, pero ellos estaban bien sujetos a la escalera. Ronin perdió pie y quedó colgada de los brazos. Penduló, apoyándose en la superestructura, y de un grácil salto llegó a la cima. Erik la coronó justo después. Sobek, que se había alejado de ellos a propósito para no quemarles, todavía estaba a unos peldaños de distancia.

Se oyó un crujido metálico. El *pirofer* se había encaramado al bidón principal y lo había fracturado. Los galones de combustible manaban como agua sucia escapándose de una presa.

—Va a derrumbar la torre —dijo Ronin, acongojada.

—Hay una solución, pero es muy peligrosa —dijo Erik, adoptando una expresión calculadora. Sobek ya había conseguido alzarse hasta colocar medio cuerpo encima de la atalaya, pero cuando levantó la vista y vio la bota de Draven, su expresión de

regocijo murió.

—Oh, mierda —alcanzó a decir antes de recibir el puntapié que lo lanzó al vacío.

—¡Erik, no! —gritó la capitana, pero ya no había nada que hacer: el estupefacto Sobek caía a plomo hacia el tanque de combustible al que se había encaramado el *pirofer*.

—Traga fuego, maldito —murmuró Erik, justo una décima de segundo antes de la gran explosión. El cuerpo de Sobek alcanzó el combustible derramado y actuó de detonante. Una enorme bola de fuego devoró su cuerpo y el del animal, colándose por los huecos entre sus placas epidérmicas y su desprotegido vientre. El elefante murió con un plañidero bramido, apenas audible sobre el estruendo de la deflagración.

Erik se echó encima de Ronin para protegerla, y ambos saltaron hacia el interior del bidón vacío. Su última acción consciente fue rezar porque la chapa aguantase la onda de calor. La torre se derrumbó, sepultándolos, y las tinieblas cayeron misericordiosamente sobre ambos.

El mariscal Éremos era un hombre difícil de afrontar, incluso a través de una videopantalla. Escuchó sin que su semblante variara un ápice la explicación de Blikos, así como su hipótesis sobre la identidad del piloto del mirmidón rebelde. Sopesó su propuesta de movilizar la flota para peinar los sistemas colindantes a las puertas, y la solución que proponía para los mundos recién conquistados, que se quedarían sin vigilancia.

Anticipando su desaprobación, el consejero evitó mirarle con aire de superioridad. Éremos se había enfrentado a un montón de miradas similares estando al frente de los ejércitos, y había perdido la paciencia para tolerarlas.

Para su sorpresa, el mariscal estuvo de acuerdo con él.

—Así que Draven, ¿eh? ¿Cuánto hace desde la última vez, tres órbitas?

—Cuatro, señor. La Casa Axiomática no preveía un nuevo contacto con él hasta dentro de por lo menos un lustro. Hemos tenido una suerte increíble.

—En efecto. —Un brillo despiadado cruzó los ojos del mariscal de izquierda a derecha—. Pero me gustaría saber cómo se le pudo escapar a tu memoria eidética la posibilidad de que Draven estuviese vivo, y pudiera robar nada menos que un mirmidón.

—Yo... La probabilística universal es compleja, mi señor. —La papada de Blikos tembló como un flan—. Cuando se analizan los datos sobresalientes no...

—Quiero que despliegues la flota —le interrumpió Éremos—. Que las naves se dirijan a la Puerta Hefauk. Una vez allí te daré más instrucciones.

—Sí, señor —obedeció Blikos, y cortó la comunicación. Su amo permaneció unos minutos apoltronado en el trono, cavilando.

Draven. Engulló la palabra como un trozo de pan seco.

«Por fin te has dejado ver, hijo de una jallpra fangosa. Pero ¿lo has hecho a

propósito, o has cometido el peor de los deslices?».

Existía un nombre para lo que Draven había hecho, y era El Gran Error. Cuando las personas llegaban a ese momento en sus vidas en que debían elegir entre varios caminos cruciales, y optaban por el equivocado, pocas veces tenían la oportunidad de enmendarlo. Muchas morían sin apreciar siquiera lo absurdo de su elección. Sin embargo había otras que, aun conociendo los riesgos, elegían a propósito el camino difícil. Eran los locos, los desposeídos, los idealistas... y los que no tenían nada que perder. Éstos eran los más peligrosos.

Erik Draven no tenía nada que perder, y la Quimera sí. Eso le daba ventaja.

Una larga búsqueda podría estar llegando a su fin. Éremos se prometió a sí mismo que le arrancaría las entrañas con sus propias manos..., y luego vería qué hacer con el secreto que aquel individuo miserable guardaba en su interior.

13

Atrapados

Hora uno

La oscuridad era algo más que un entorno. Llevaban sumergidos en ella varias horas, esperando que los equipos de rescate los sacasen de aquel amasijo de hierro retorcido y cerámica, y ya la percibían de forma diferente. Era como una gasa opaca que convertía el mundo en un caudal de sensaciones táctiles y olfativas, los únicos sentidos que no habían fallado todavía.

Milagrosamente, el tanque de combustible no se había desplomado sobre sí mismo. Se arrugó por efecto de la explosión hasta quedar convertido en una gruta inaccesible, una bolsa de aire cuyas paredes había que taladrar para acceder al diminuto espacio que constreñía a sus ocupantes, sin dejarles apenas sitio para ponerse en pie.

Ronin dormía desde hacía media hora. ¿Media hora? No había forma de asegurarlo, en realidad. Sin referencia espacial, su sentido del tiempo estaba desorientado. Pero la oía respirar y murmurar palabras en sueños. Eso le confortaba.

El mundo era un murmullo de choques lejanos (posiblemente taladros con los que los compañeros de Ronin trataban de llegar hasta ellos), sensaciones táctiles y olores, que giraban en espirales cerradas, apelotonándose en densos grumos de caos. A esos momentos Erik los llamaba «islas», bálsamos de tranquilidad en un mundo de tensión constante. Estas islas aparecían durante los largos trayectos espaciales, por ejemplo, cuando no había otra cosa que hacer que sentarse y mirar las estrellas mientras el ordenador de vuelo hacía todo el trabajo. O cuando estaba atrapado y esperando un rescate que podía tardar días en llegar.

Durante los tiempos-isla, Erik meditaba sobre cosas trascendentes. Abría una ventana a la metafísica, a la filosofía; a reflexiones del estilo: «¿qué estoy haciendo con mi vida?», o la menos prosaica: «¿por qué las cosas son así, por fuerza, y no de cualquier otra manera?».

Ronin, por ejemplo. Negar por más tiempo que le atraía su figura de pechos caídos, pelo corto, caderas estrechas, hombros de nadadora y cuello de cisne... era inútil. Esta jovencita, obligada a comportarse como una adulta por los deberes que había asumido al hacerse oficial de la flota, le fascinaba. Había algo de Emma en ella. ¿O era eso lo que quería encontrar? ¿Estaba buscando a nivel subconsciente un reflejo de su antiguo amor en la avispada y decidida Ronin?

Su ritmo respiratorio cambió. Había despertado.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó entre nieblas.

Erik dobló las rodillas, pegándolas al abdomen, para hacerle más sitio.

—No lo sé —respondió—. Has dormido una media hora, aproximadamente. La

cantidad de oxígeno que nos queda no parece muy enrarecida.

—Uhhmm... Tengo sed.

—Estamos algo deshidratados, pero no te preocupes. Ya puedo oír los taladros acercándose.

—Eres un cerdo.

El repentino cambio de tono en la conversación le cogió desprevenido. Erik no era ningún experto en relaciones humanas; de hecho, había pasado la mayor parte de su vida solo, pero sí sabía algo sobre las mujeres (al menos las humanas): nunca olvidaban una afrenta. Puede que la perdonaran, pero jamás la borraban de su memoria.

—¿Se puede saber qué te he hecho?

—¿Que qué me has hecho? —El tono de la capitana se volvió agresivo—. ¡Has intentado matar a mi segundo oficial! Ni siquiera sabemos si sobrevivió a la explosión. ¿Te parece poco?

—Antes de enfadarte conmigo, piensa en aquella situación. Estábamos atrapados, y Sobek parecía inmune al fuego. Tú misma lo dijiste.

—¡Pero no estaba segura! Por los dioses, no se puede arriesgar la vida de nadie basándose en una conjetura. —Hubo una pausa, en la que Erik se la imaginó frotándose el rostro con las manos, intentando calmarse para ahorrar oxígeno. Una persona enfadada consume el triple de aire que una en reposo, y ella lo sabía—. Está bien, Erik, ya hablaremos de esto si salimos de aquí. Puede que para ti las personas no sean más que estadísticas y probabilidades, pero a mí me importan. Si vuelves a atentar contra alguien de mi tripulación, juro que te formaré un consejo de guerra.

—Las palabras que quieres oír son «lo siento», ¿no? —replicó él, tercamente—. Pues no las oirás. Gracias a aquella maniobra seguimos con vida, y no me arrepiento. Y déjate de lamentos. Seguro que es Sobek en persona el que comanda el equipo de rescate, con un enfado de mil demonios...

—Anda, déjalo ya.

Hora dos

—¿Por qué?

Erik se sacudió de encima la somnolencia.

—¿Perdona? —Tras un rato de silencio había logrado bordear el estado REM. Un descanso plácido, sin sueños, roto por la voz de Ronin.

—¿Por qué te persiguen los quimerianos?

Aunque no la veía, Erik detectaba a la capitana a su izquierda, a menos de un metro. Ese leve roce que sentía en los dedos del pie podía ser su bota.

—Creo que esa pregunta ya me la has hecho.

—Pero no la contestaste.

Erik sintió un repentino *déjà vu*, con aquella plaza en Bely, y Emma, y aquel café, y una pregunta semejante.

—Cuando era niño, mi padre me contó un secreto —confesó—. Me dijo que nuestra familia llevaba siglos huyendo de algo, aunque no sabía exactamente de qué.

—¿La Quimera?

—No, la tradición paranoica de mis ancestros es muy anterior a la aparición de ese monstruo. —De improviso, una idea absurda asaltó su cabeza—. A menos que... de algún modo que nadie más compartía, ellos ya supiesen de su existencia, y que algún día ésta saldría a la luz...

Se dedicó a sí mismo una mueca de incredulidad. Sin duda eran la oscuridad y el progresivo enrarecimiento del aire lo que le obligaba a sentirse así de confuso.

—Es un disparate —zanjó.

—¿Pero de qué secreto estamos hablando, y por qué debería preocuparles tanto?

—Nunca lo he sabido, pero debo arrastrar también el gen de la paranoia, porque me siento igual que mi padre. Herencia de sangre. Llevo huyendo toda mi vida, y nunca me he planteado seriamente los motivos.

—Eso es triste.

—Es muchas cosas que empiezan por «t».

—O sea —resumió la capitana, tratando de hacerse un esquema mental de la situación—, que has recibido un legado consistente en algo que no tienes ni la más remota idea de qué se trata, pero que la Quimera teme hasta el punto de lanzar sus fuerzas en masa contra ti si te descubrieran.

—Ésas son más o menos las palabras exactas, sí.

—Estupendo —se desesperó Ronin.

—¿Tanto te preocupa mi seguridad?

—Me preocupa mi colonia, Erik —aclaró, de mal humor—. Gracias a tu intervención durante la batalla de Puerta Hefauk salvamos el pellejo, es cierto, y te estoy agradecida. Pero ahora mi deber es salvaguardar el futuro de mi gente. Si los quimerianos supieran que estás escondido en este planeta, acudirían sin pensarlo dos veces. Y sería el fin.

—Eso tiene fácil arreglo, Ronin: dame una nave ligera con autonomía para llegar al puerto estelar más próximo, y me iré tan rápido que ni siquiera notarás la diferencia.

—Tal vez lo haga. —De pronto pareció a la defensiva—. Lo que aún no sé es si me conviene más tenerte cerca o lejos. Hasta ahora nos has sacado de apuros en varias ocasiones.

Erik se arrellanó en la oscuridad.

—Pregúntamelo, venga. Lo estás deseando.

—No quiero.

—Prometo que no me ofenderé. Te doy mi palabra.

—Está bien: ¿eres un vulgar embustero que está tratando de camelarme para

conseguir comida y un transporte gratis, o esa historia de Bely es cierta?

El fugitivo entrelazó los dedos sobre la nuca, usándolos de almohada.

—Te voy a contar algo. Para combatir de manera eficaz a los iniquidores, tuve que aprender muchas cosas sobre su forma de vida. Visité sus garitos ilegales en Libreia Koroni y me hice pasar por uno de ellos. ¿Sabías que son muy aficionados a las historias de bucaneros y las exageraciones hiperbólicas?

—No me digas que te contagiaste.

—No, pero aprendí a distinguir las patrañas de la realidad. Curiosamente, cuando un iniquidor cuenta una historia de taberna, sus compañeros le preguntan al final: «¿Y te mataron?». Si él les responde que sí, los demás saben que la historia es cierta. Si dice que no..., bueno, entonces se enfadan.

—¿Y a ti te mataron, Erik?

—A mí ya me han matado varias veces —aseguró, y luego olfateó el aire.

—¿Ocurre algo? —preguntó la capitana, inquieta.

—No lo sé. El oxígeno está empezando a enrarecerse.

Hora tres

Toses en la oscuridad. Entre las sacudidas, una voz:

—Sobek vendrá. Estoy segura. Aparecerá de un momento a otro abriendo un túnel en la pared. No nos abandonará aquí por nada del mundo.

—¿De veras confías tanto en tu gente?

Silencio.

—Eso creo.

Hora cuatro

—¿Lo oyes? ¿Oyes eso?

Erik zarandeó el hombro de Ronin. La oscuridad ya no era tan hermética, ahora había puntos de luz flotando en trayectorias erráticas. Eso le preocupó. Sabía de sobras que no existía ninguna fuente de luz. Si veía puntos, es que el exceso de dióxido de carbono empezaba a afectarle.

La joven no respondió. Él la atrajo hacia sí y la sacudió más fuerte.

—¡Ronin, despierta! ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Un leve murmullo escapó de los labios entreabiertos de la capitana.

—Me estoy muriendo...

—¡No digas eso! Estoy oyendo los taladros. Sobek está a punto de llegar.

—Nunca llegará —murmuró ella, acunándose en su pecho. Buscó con la cabeza un lugar cómodo entre sus robustos pectorales, y se acuclilló como una niña—.

¿Quieres que te diga una cosa sobre ese tal Draven, Sobek?

Erik estuvo a punto de recordarle que él no era su lugarteniente, pero tenía curiosidad, e interpretó el papel por un rato.

—Dígame, capitana, ¿qué opina de él?

—Me gusta, Sobek. Me gusta mucho. —Exhaló algo parecido a un maullido de gato, y luego tosió. Sonaba como una tísica: sus pulmones estaban medio envenenados—. Me recuerda a un chico que me gustaba en la Academia.

—Eh... —A Erik le faltaron las palabras.

—Nunca se lo confesaría a nadie, porque soy la comandante en jefe de esta estúpida excursión —continuó ella—. Yo no pedí este destino, Sobek, ¿te lo había dicho alguna vez?

—No.

—Desde que soy la cabeza de familia... de esta enooooorme familia... —Hizo un amago de extender los brazos—, me siento atrapada. Es un título tan hueco como ingrato. Pero si abandono ahora, ¿qué me quedará? ¿Qué les quedará a ellos?

—Creo que usted es una magnífica líder, Ronin —dijo Erik, y se sorprendió al mirar en su interior y descubrir que era cierto—. Sabe ganarse la confianza de su gente. Todos confiamos de una manera o de otra en usted, hasta en los momentos en que estamos seguros de que no tiene la menor idea de lo que está haciendo.

—¿Sabes qué me gustaría ahora, Sobek? —preguntó Ronin, con aire de haber seguido mentalmente otra conversación distinta a la que le estaba dando Erik.

—¿Qué le gustaría, capitana?

—Que Erik Draven me tomara entre sus brazos y me besara.

Erik enmudeció. Pasaron unos instantes en los que ninguno dijo nada, y luego, muy lentamente, aproximó los labios a los de la joven.

Cuando faltaba apenas un milímetro para que se tocasen, la pared se vino abajo, y un potentísimo chorro de luz, tan denso que parecía líquido, entró por el agujero.

—¡Ronin! —gritó una voz. Era Sobek, vestido con un traje de amianto nuevo (con la protección hacia dentro), que encabezaba el equipo de rescate. Al verlos a los dos acurrucados torció el gesto, pero ayudó a sacarles de allí.

—¿Están bien? Hubo un alud justo después de la explosión, y las rocas sepultaron los restos del bidón de combustible —explicó—. Por eso tardamos tanto en llegar.

Cegado por el resplandor (y frustrado por no haber podido consumir el beso), Erik estiró las piernas y salió por su propio pie, llevando a la capitana en brazos. La depositó con suavidad en la camilla y aceptó unas gafas oscuras. Cuando se fijó en la mano enguantada que se las ofrecía, rió con sarcasmo.

—Deberías darme las gracias, lugarteniente. Gracias a aquella patada salvamos la vida.

—En eso estaba pensando, en darte las gracias —masculló Sobek, y le propinó un puñetazo en el estómago que le hizo ver la punta de las botas. Erik no supo qué le dolió más, si la fuerza del golpe o la temperatura candente del guante.

—Está bien, con esto estamos en paz —dijo Erik, levantándose sin intención de devolver el golpe.

Sobek le miró con desprecio y se alejó farfullando:

—No apuestes por ello, amigo... Aún me debes una.

Ni él ni ninguno de sus hombres se le acercaron durante los siguientes minutos, salvo un enfermero y alguien que traía un vaso de agua. Tras apurarlo, vio que una silueta enfundada en una manta se había situado junto a él, tapando el sol.

Era Ronin.

—Hola.

—Hola. Como ves, yo tenía razón: Sobek está vivito y coleando. —Se frotó el abdomen—. Y diría que en perfectas condiciones, a juzgar por su directo de izquierda.

—Ya hablaremos de eso. Oye, Erik...

Éste la miró con expresión risueña.

—¿Sí, capitana?

—Eh... verás, hace un rato, cuando estábamos ahí dentro, borrachos de dióxido de carbono...

—Lo recuerdo.

Ronin aspiró, más tratando de armarse de valor que para saborear el aire terraformado del valle, cuya impureza sabía a gloria.

—Lo recuerdas —repitió—. Bueno, pues entonces será más fácil. Creo que en algún momento en que estaba próxima al desmayo te dije cosas que... eh...

—No tienes por qué avergonzarte.

—¡Claro que tengo! —exclamó ella, y se sonrojó. Sus párpados aletearon con la necesidad de dejar de mirar, pero se obligó a sostenerle la vista—. No debí haber dicho todas aquellas tonterías. Lo siento.

—Puede que tú no quisieras decirlas, pero a mí me gustó oírlas.

La expresión de Ronin se suavizó imperceptiblemente.

—¿De veras?

El fugitivo no tuvo ocasión de responder. En ese preciso instante llegó un mensaje por la banda privada de la oficialidad, que resonó en los oídos de Ronin y de Sobek:

—Capitana, soy la doctora Arlene. Debería venir en cuanto pueda a la enfermería.

—¿Qué ocurre, Arlene? ¿Algo grave?

—Al contrario: El marqués Sargueras ha conseguido salir del coma.

Habla Sargueras

El marqués no fue inmediatamente consciente del silencio.

Mientras permanecía echado en la camilla y observaba la cubierta de cristal alzarse sobre él, aún trataba de recobrar algún vestigio de los recuerdos de lo sucedido en la caverna. Las imágenes, los sonidos, los olores... fueron llegando poco a poco, como granos que recorren un camino a la inversa dentro de un reloj de arena. Y, aparejado a ellos, llegaba también el miedo.

Algo daba saltitos junto a la camilla. Sonrió al reconocer a su fiel secretario robot, Trobis. Alguien con sentido del humor había programado expresiones en él de lo más variopintas, y por más que lo había intentado, Sargueras no había podido borrarlas. Al verle despierto, el pequeño robot bailó una danza derviche y la remató sacando de la nada dos banderolas blancas con un punto rojo en el centro.

Sargueras se frotó la frente, resignado.

La puerta de la enfermería se abrió y entraron varias personas: la capitana Ronin, el lugarteniente Sobek y... ese extraño elemento que se había pegado a ellos como un molusco, el tal Draven. Sargueras no se quitaba de la cabeza el hecho de que le debía la vida por haberle salvado de las escorpícoras, pero se sentía incómodo cargando con semejante deuda.

Al ver sus expresiones, intuyó lo peor.

—Deduzco que no se alegran de verme... —dijo—. Esto de reunirnos en la enfermería se está convirtiendo en una costumbre.

La capitana se acercó a él, pero mantuvo una pose con las manos cruzadas a la espalda que sugería distanciamiento.

—Al contrario. Me alegro mucho de que esté despierto. Así podré castigarle por su estúpido comportamiento.

—Lo siento, si sirve de algo. ¿Qué ocurrió exactamente? Lo último que recuerdo es un gran resplandor.

—Hubo un estallido de energía —resumió Sobek—. Causó mutaciones en la gran mayoría de los colonos y en los animales estabulados. Y todo por su culpa. Si no hubiese entrado en la caverna...

Hasta el momento en que habló, Sargueras no se fijó realmente en él. Ahora, al ver las llamas que lamían de forma aparentemente inocua su cuerpo, dio un respingo y casi se cayó de la camilla. Trobis también retrocedió, esgrimiendo dos banderolas con un *vade retro* estampado.

Atónito, el elfo escuchó las explicaciones sobre lo ocurrido. Cuando le llegó el turno de hablar, relató torpemente las visiones que tuvo durante su sueño inducido, y la sensación de estar viajando físicamente de un lugar a otro. Un viaje mental, o espiritual, pero a la vez igual de físico que cuando las naves atravesaban las puertas.

Era difícil de explicar.

—Y tanto —masculló Erik, de fondo—. No me creo nada.

—¿Usted lo calificaría de «viaje», con todo lo que ello implica? —preguntó Ronin.

Sargueras asintió.

—El concepto del viaje astral no es nuevo para mi especie. Nuestros antepasados ya practicaban una variante, recogida en los hechos de *El incunable de Zalan*. Pero la energía espiritual necesaria para llevarlo a cabo es tan inmensa, que hoy en día apenas se practica.

—¿Qué vio durante esa... experiencia? —preguntó la capitana—. ¿Algo que nos ayude a entender lo que está pasando?

Sargueras los miró a los ojos, uno a uno, como sopesando opciones. Al final optó por decir la verdad; después de todo, era su única manera de evitar un ignominioso periodo en el calabozo. Así, les describió el vuelo rasante previo a la inmersión en las visiones proféticas, cuando sobrevoló el río a vista de pájaro y divisó la extraña construcción medio enterrada en algas.

—Vieja como el tiempo y las esfinges... —murmuró, recordando los detalles—. Está ahí, siguiendo el curso del río, a bastantes kilómetros hacia el interior. Nos espera.

—¿Está seguro de eso?

—No entiendo la pregunta.

—Ha dicho «nos espera». Eso implica una voluntad, un deseo. ¿Hay alguien o algo aguardando dentro de ese edificio, que espera que lo descubramos?

Sargueras puso cara de impotencia. Sobek intervino:

—Cuando rastreamos la planicie continental desde órbita no detectamos ninguna construcción. ¿Está seguro de lo que dice?

—Recuerde que no era éste el punto exacto en donde teníamos previsto aterrizar —se defendió el marqués—. Además, esa cosa, sea lo que sea, yace medio enterrada en una montaña de vegetación. Si no emite radiación de ningún tipo, ni ondas de radio, será difícil verla desde el espacio.

—Eso es cierto —meditó Ronin, no demasiado convencida todavía—. Parece obvio cuál es el siguiente paso a seguir si queremos resolver el misterio, pero antes me gustaría enviar una sonda robot.

—No hay tiempo, capitana —replicó Sargueras—. Con el debido respeto, me gustaría sugerir que se organizara una expedición en el menor plazo de tiempo posible. Yo...

Se frotó los ojos. Los sentía doloridos, aunque no fue hasta un rato después que se dio cuenta de por qué. La luz le parecía muy intensa, y eso que provenía de un simple neón. Advirtiéndolo, la doctora rebajó la intensidad de la lámpara.

—¿Qué me está pasando?

—Las mutaciones no han sido aleatorias —explicó Sobek, dando un paso a su

derecha. Si no cambiaba de posición cada pocos minutos, el calor generado por las plantas de sus pies dejaba marcas en el pavimento—. Se clasifican por especies.

—Los pixies vuelan, los enanos han desarrollado de la noche a la mañana algo parecido a un sentido automático de la posición (una especie de GPS biológico) y una percepción de la materia digna de un analizador digital. —Ronin hizo cuentas con los dedos—. Los elfos alteran a voluntad la longitud de onda de la luz que les rodea, oscureciéndola o volviéndola más intensa; los elementales han adoptado formas acordes con su derivación mineral genética; y los animales que antes eran vacas y cabras y elefantes de tiro, ahora son bestias salidas de los cuentos para niños. Dígame, marqués, ¿qué demonios está ocurriendo en mi colonia?

Sargueras y Trobis cruzaron una mirada desconcertada. El robot proyectó la imagen holográfica de una gota de sudor enorme que resbalaba por su oronda cabezota.

—Capitana, debemos viajar cuanto antes a ese edificio. Presupongo que allí encontraremos algo parecido a una respuesta.

—¿Y si no es así? ¿Y si tocamos otro botón equivocado y desatamos una catástrofe?

Sargueras no contestó.

15

DEFCON dos

Unas noventa horas después de su último contacto por videopantalla con la capitana Ronin Telser, el *Venganza*, acorazado insignia de la flotilla que comandaba el capitán Vinge, atracó en el anillo de Mekus Collective. Se trataba de una estación espacial que, literalmente, había crecido de un día para otro gracias a la aportación masiva de pequeños módulos que los diferentes grupos de científicos habían traído consigo. El evento de luz había llamado poderosamente la atención de los Mundos Unidos, y cada gobierno independiente había decidido estudiarlo por cuenta propia, por temor a que se tratase de una insólita maniobra de los quimerianos.

Pese a que la armada controlaba los alrededores de la Puerta Hefauk, la ingente cantidad de naves civiles o pertenecientes a consorcios privados hacía difícil la maniobra. En condiciones normales, el espacio alrededor de la puerta era un lugar poco frecuentado, surcado por comerciantes en tránsito o destacamentos de los puestos perennes. Ahora, la distribución de las órbitas en el radar le recordaba un hormiguero gigante. El capitán Vinge asumía que en el resto de las puertas el espectáculo sería el mismo. Todo el mundo quería saber a qué había venido aquel impresionante estallido de energía, y si iba a afectar de alguna manera al funcionamiento de la red.

El *Venganza* atracó sin problemas. De lejano parecido a una media luna cromada, su corpachón giró noventa grados para acoplarse correctamente al muelle. Del edificio principal de Mekus Collective surgieron brazos-grúa de gran tonelaje, que se aferraron a los puntos de anclaje del acorazado y lo aseguraron a la bahía. Todas las lecturas estaban en verde.

El capitán se desperezó.

—Uuuuhh... —Estiró los brazos hacia atrás—. Cuánto daría por un poco de acción. Los quimerianos están demasiado tranquilos, ¿no te parece, Oxen?

Su ayudante, un gólem mekanus de séptimo nivel, reflejaba una cierta inquietud en sus rasgos cibernéticos.

—Conjetura: a los quimerianos les interesa este fenómeno tanto como a nosotros, a menos que hayan sido ellos sus artífices —dijo con un suave tono metálico—. Recapitulación: propósito del fenómeno, incierto. Etiología: incierta. Hipótesis preliminar: sus fundamentos se encuentran más allá de nuestro nivel tecnológico, por lo que nos será imposible, ahora y en el futuro, encontrarle alguna explicación.

—Ése no es un pensamiento muy alentador.

—Corolario: las puertas forman parte de un álgebra matemática inexpresable en términos físicos, probablemente una tecnoentelequia perteneciente a mórbidos universos alternativos. Debemos incluir en nuestras previsiones el hecho de que no podremos hallar todas las respuestas, así que moriremos (o, en mi caso, llegaré al

final de mi periodo útil) sin saber qué ha ocurrido realmente con ellas —dijo Oxen—. Sugerencia: preguntar a los quimerianos.

—¿Estás loco? —Vinge le lanzó una mirada torcida—. De esas bestias sólo se puede esperar una bomba como respuesta.

—Pregunta: ¿Es esa actitud hacia el enemigo la más útil para nuestros propósitos? Aun los ponderados méntex infringen sus leyes de vez en cuando, en aras de un propósito que ellos consideran superior.

—No sé si es la actitud más lógica, Oxen, pero desde luego es la más segura.

—Observación: no nos queda demasiado tiempo.

Vinge se mesó el mentón, esperando una apostilla que explicase el último comentario de Oxen, pero el mekanus no añadió más. Cuando miró por la ventana hacia el espacio, entendió por qué: el enjambre de máquinas que sobrevolaba la estación, ocupándose de las tareas de desestibaje y puesta a punto de las naves, eran artefactos viejos; ninguno debía de tener menos de una década, y algunos casi dos. Poseían el diseño adecuado para el trabajo al que habían sido asignados: unos diez metros de eslora, mesotórax compartimentado, amplio espacio para la carga y cabinas rotatorias de control. Sus motores aún funcionaban (las compañías Ganimeiax y Ophus Solar fabricaban buenas máquinas), pero se les notaba la cantidad de puestas a punto que decoraban su historial.

Era el tipo de tara que sólo se apreciaba en los Mundos Unidos cuando se los miraba de cerca: antigüedad. La guerra había destrozado muchas fábricas y consumido una ingente cantidad de recursos que en tiempo de paz habrían servido para mantener su civilización nueva y reluciente. Ahora, debían dar gracias a las maravillosas artes de los enanos, cuya ingeniería naval seguía dando sus frutos pese al tiempo transcurrido y el volumen de castigo que habían soportado sus vehículos. Si no hubiese sido por su destreza...

—Observación —continuó Oxen, cruzando los dos pares de manos a la espalda—: Hasta las inteligencias más capaces se sienten inútiles sin datos que manejar. Si los hechos se expusieran con claridad en los certámenes parlamentarios, sin divagaciones ni cortinas de humo, el trabajo de los diplomáticos sería realmente eficaz.

—¿Debo recordarte lo que hicieron los delegados quimerianos en la última reunión parlamentaria que mantuvimos con ellos? —Se enfadó Vinge—. Soltaron una atómica sobre el palacio de congresos y liquidaron de un plumazo a todos sus competidores. A eso lo llamo yo negociar de manera hostil.

—Observación: me limito a exponer el hecho de que, tal como va la guerra, los Mundos Unidos están a punto de precipitarse en una vorágine de caos y descontrol motivada por una falta alarmante de recursos. Debemos encontrar nuevos planetas que terraformar o reconquistar los antiguos. Si no, en el plazo de una década ya no tendremos combustibles o minerales que expoliar para seguir combatiendo.

—Eso es un sofisma.

—Sofisma: paralogismo con intenciones de engañar, lógicamente razonable pero inaceptable en su conclusión. Es la consecuencia del empleo perverso del sistema deductivo, bien sea humano o mecánico.

—Me gusta hablar con gente tan bien informada —murmuró el capitán.

Vinge pensó en Ronin y en el mundo que tenía asignado colonizar. Ella le había dicho que existía un secreto importante en torno a ese planeta, pero las comunicaciones se habían interrumpido sin que le diera tiempo a especificar cuál. Rezó por que estuviera bien, y para que ese aspecto misterioso de Furiony fuera algo que pudiese manejar.

«Como me manejó a mí a su antojo cuando estábamos promocionando —reconoció, divertido—. Qué tiempos aquéllos».

—La guerra es el estado en el que desembocamos cuando todas las demás vías de resolver un conflicto irresoluble se han agotado —explicó—. No es el estado ideal para el que han sido creados los seres vivos, pues nada nace con la intención de ser destruido arbitrariamente, pero... si nos atacan, nos defendemos. Hasta el mamífero más débil ha sido dotado de garras por la naturaleza.

—Pregunta: ¿es miedo lo que nos lleva en el fondo a enfrentarnos a los quimerianos?

—¿Miedo? No... Bueno, puede que sí. Yo lo llamaría prudencia.

Oxen arrugó la plastimáscara que conformaba su rostro en un amago de sonrisa.

—Inferencia: los mekanus no tenemos miedo a la muerte, tal vez por eso somos más prácticos que los seres vivos. La vida es, en el fondo, un compromiso; un pacto hacia las estructuras químicas complejas... que nuestros respetados enemigos no comparten.

—¿Respetados? Pero ¿en qué mundo vives, Oxen? Yo no tengo que...

Calló. Algo parpadeó en el radar interespacial. Un dúo de naves de mediano tonelaje, moviéndose en tándem silencioso, se aproximaba a la puerta. Otros seis grupos los seguían a prudente distancia. El ensimismamiento de Vinge se vio perturbado por el paso de una gigantesca sombra que ocultó el sol: seguramente se trataba de un tanker Ophus Solar, en alguna oscura misión. Pero su forma de moverse...

Vinge se aproximó a la consola del radar. En la Academia los acostumbraban a no fiarse de la intuición, pero la forma un tanto anárquica de operar de los antiguos comandantes navales había calado hondo en su cerebro. Cuando examinó las trayectorias de las naves entrantes, una sensación indescriptible le erizó los pelos de la nuca. Él nunca habría configurado el avance de navíos mercantes en un doble anillo defensivo; tampoco usaría los aparatos masivos como punta de lanza para una intrusión en el sistema, a menos que decidiera interrumpir el silencio de radio demasiado tarde. Cuando vio el grupo de los recién llegados acelerar hasta la esfera de reacción (lugar donde los navegantes en tránsito atravesaban la puerta), tuvo la irracional certeza de que habían caído en una trampa.

—Mierda... —susurró.

Su ayudante le miró, extrañado.

—Pregunta: ¿no es esa floritura verbal un rasgo endémico de los lenguajes humanos, que expresa generalmente un estado de contrariedad autoalusivo?

—¡Mierda!

—Pregunta: ¿tiene que ver ese repentino cambio de actitud con la llegada del nuevo contingente de mercantes?

—No son mercantes —dijo Vinge, y aplastó con el puño el botón de alarma. Al instante, la computadora solicitó confirmación para declarar DEFCON dos, y ordenó zafarrancho de combate.

Confundidos, los tripulantes del *Venganza* corrieron a sus puestos. Los que habían descendido a tierra para pasar sus horas de descanso en los burdeles de la estación (o en sus cines o bibliotecas), se subieron los pantalones, abandonaron las salas a toda prisa y cerraron los libros, y regresaron lo más velozmente posible a la nave insignia.

En el puente de mando, Vinge ordenó desacoplar el *Venganza* de la estación sin más demora. Prefería dejar algunos hombres en tierra a que los cogieran desprevenidos, con los anclajes aún puestos.

—Pregunta —inquirió Oxen, con su habitual tono sosegado—: ¿anticipamos una agresión enemiga?

Vinge señaló la pantalla.

—Dímelo tú. Ésta es la clase de negociación que podíamos esperar de tus «respetados enemigos», los quimerianos.

Las naves en trayectoria de aproximación abandonaron su camuflaje. Varias escuadras de cazabombarderos tipo cobra entraron en el sector. El pánico entre las corporaciones civiles cundió de inmediato. Vinge permaneció con los ojos fijos en los brillantes colores, las cifras cambiantes y los vectores de movimiento de los invasores. Dio orden a sus pilotos de que despegasen y activó las defensas automáticas. Se trataba de una carrera: sus cazas de reacción rápida acelerarían para equiparar velocidades con los bombarderos enemigos; si lo conseguían, el cono de sus cañones de plasma sería lo suficientemente pequeño como para esquivarlos. Si no, podían darse por destruidos.

Vinge contó los segundos. Aquello no era un asalto de tanteo, ni siquiera una incursión de castigo. De un instante para otro, la esfera de batalla, que englobaba un espacio de quince UAs en torno a la puerta, se llenó de puntos de luz. Salir del hiperespacio demasiado cerca de una estrella era una maniobra muy arriesgada: un cálculo podía salir mal por culpa del pozo de gravedad y acabar con toda la flota cayendo sobre el sol. Pero ellos lo habían hecho usando a sus naves-baliza como guía, las habían dispuesto de tal manera que les servían como faros en la oscuridad gravitatoria del sistema.

Directamente sobre su posición, destruyendo algunas incluso, aparecieron de golpe los cruceros de combate quimerianos, aplastándolo todo a su paso. Era una

invasión en toda regla de Puerta Hefauk, y por extensión de todo Mekus Collective.

El *Venganza* se separó de la estación para atraer el fuego enemigo sobre sí y dar tiempo a los mercantes para que huyeran. La que parecía la nave insignia del enemigo, un dantesco castillo flotante con planta de nueve puntas, enfiló la proa directamente hacia ellos.

Temblando, la oficial táctica de Vinge, una jovencita espabilada llamada Nora, informó:

—Están adoptando una defensa clásica en cuatro anillos. —Se le notaba en la voz la lucha por contener el miedo. Pese a su entrenamiento en los simuladores y su alta puntuación psicológica, era su primera batalla real—. Nuestros cazas entran en contacto con el enemigo... ahora.

La pantalla se iluminó con una miríada de vectores láser y rastros de explosiones de vacío. Dos enjambres de puntos oscuros se cruzaron, mezclándose como la arena de la playa con aquella que devuelve la ola. Todos sabían que la que veían era sólo la primera oleada. En cualquier momento, las naves masivas decidirían vaciar sus santabárbaras, o peinar el espacio con sus potentes turboláser, y todo habría acabado. Por regla general, no había defensa posible contra el armamento de largo alcance. Por eso las naves no se diseñaban para resistir, sino para atacar, ser rápidas y esquivar... si tenían tiempo.

—Vacíen los hangares —ordenó el capitán—. Lanzad los halcones con todo el material de apoyo. Nos jugaremos el todo por el todo.

La panza del crucero se abrió, dispersando un enjambre de naves de pequeño tamaño, con forma de uña, rodeadas por diminutos satélites láser en rotación. La armada quimeriana atacó furiosamente con todos sus efectivos, dispuestos a aplastar la débil resistencia que el *Venganza* podía ofrecer, pero se encontraron con que su avance no iba a ser tan fácil. Desde su contorno de media luna, miles de proyectiles inteligentes brotaron en cascada, creando un muro defensivo que permitió maniobrar a sus naves. Los halcones, ingenios sin apenas blindaje pero con una altísima maniobrabilidad, no eran pilotados por seres humanos, sino dirigidos a distancia por una interfaz de combate; eso eliminaba el peligro que los excesivos *g* de los giros imprimían en los seres vivos.

El combate, por espacio de unos minutos, iba a librarse con la misma tónica: cantidades abrumadoras de costosas máquinas iban a enfrentarse en el vacío, buscándose y destruyéndose en una sinfonía de energías desatadas y nubes de escombros. Era una guerra de desgaste, pero Vinge sabía que su resolución sería sólo cuestión de tiempo. El arsenal quimeriano era virtualmente inagotable, y los recuentos de efectivos que llegaban al *Venganza* disminuían por momentos.

—Oxen, envía un mensaje de máxima prioridad al Estado Mayor —ordenó, abatido—: Puerta Hefauk atacada. Contingente enemigo de gran magnitud. Haremos lo posible por frenarlos hasta que lleguen refuerzos. Dense prisa.

Nora miró a su capitán con los ojos asustados de una caperucita que se sabe

enfrentada sin ambages al lobo. La presencia de las tropas aliadas en Hefauk se limitaba al *Venganza* y unos cuantos destructores de menor eslora, en todo punto insuficientes para repeler semejante ataque. Si los quimerianos usaban su máximo potencial ofensivo, aquello no iba a ser un combate, sino un exterminio: hormigas luchando contra leones.

Vinge vio desintegrarse los cazas bajo el denso fuego de cobertura de los mirmidones, las naves mercantes de la periferia ser alcanzadas por misiles, la contundencia de la munición nuclear arder en deflagraciones cuánticas. Y, detrás de ello, la sombra de la fortaleza enemiga, aquel castillo de torres tan negras como el pútrido corazón de la Quimera, que se acercaba más y más hacia la indefensa Mekus Collective.

Miró a Nora. Sintió una inmensa lástima al verla allí sentada, haciendo su trabajo lo mejor posible mientras sus piernas entrechocaban por el pánico. «Éste va a ser tu primer y último combate, niña», pensó.

En ese instante, en una inspiración llena de audacia, el capitán dio la orden de embestir con el propio crucero. El corpachón del *Venganza*, protegido por sus escudos, era un ariete perfecto contra los enjambres de cazas enemigos. Si tan sólo pudieran ejecutar la maniobra sin ponerse a tiro de las naves-fortaleza...

No pudieron. El castillo enemigo cambió su forma, abriéndose como una flor de muerte. Vinge ordenó acción evasiva, pues sabía de sobra lo que implicaba aquello.

Separando las almenas, el castillo dejó un enorme pasillo en el centro mismo de su estructura, que comunicaba directamente con su núcleo de potencia. Por eso sus ingenieros construían sus estaciones de batalla siguiendo aquel diseño, para que las torres centrales hicieran de raíles para la inmensa energía que eran capaces de desplegar.

En otras palabras: para que la estación de batalla se convirtiese en cuestión de segundos en un inmenso cañón.

En el puente de mando enemigo, el mariscal Éremos jugueteaba con el cetro. Había un placer morboso implícito en su misma noción de superioridad.

—Arma principal lista —anunció Blikos, sintiendo el familiar cosquilleo de la muerte.

Éremos asintió, dando permiso para disparar con una contracción de la barbilla. Blikos transmitió las órdenes oportunas y se sujetó.

Las luces se apagaron. Toda la potencia se recondujo durante unos instantes a la cureña del cañón. Ese estado de indefensión, en que los escudos bajaron hasta casi desaparecer y la nave perdió su soporte vital, duró sólo tres segundos; después, hubo una sacudida y la proa brilló como el sol. Un denso canal de energía fue despedido en línea recta hacia adelante, hacia el *Venganza*.

Éste no pudo soportar la magnitud de la descarga. El inmenso rayo golpeó sus

escudos, volatilizándolos, y siguió sin encontrar resistencia hasta tocar su ala de estribor. La media luna se partió limpiamente en dos, pero los efectos no acabaron ahí: el rayo se concentró, en lugar de segar el crucero como un escalpelo, y explotó irradiando agujas de energía en todas direcciones.

El *Venganza* fue atravesado por centenares de puntos a la vez, y detonó con una violenta explosión. Todos sus tripulantes, más los pilotos de los cazas que se encontraban revoloteando a menos de un kilómetro de distancia, murieron al instante. Lo último que vieron los ojos del capitán Vinge fue un resplandor que derivaba hacia el ultravioleta, en el que pareció tatuarse la silueta horrorizada de Nora, y luego la nada.

Éremos se apartó la capa negra del hombro con un aspaviento. La Puerta Hefauk era suya. Habían vencido, como de costumbre.

—Arrasad lo que quede de esa estación científica y centraos en estudiar la puerta —dijo—. Si Erik Draven estuvo aquí, quiero saber adónde fue. Y, de paso, investigad el fenómeno de luz. Si encontramos su origen, descubriremos su porqué.

Blikos hizo una reverencia, dispuesto a obedecer. Por todos los dioses arcaicos (y en una persona como él, semejante juramento constituía una blasfemia), cuánto adoraba su trabajo.

El sepulcro de los dioses primigenios

—Te confío el mando de la colonia hasta mi regreso —dijo Ronin—. Si no hemos vuelto ni llamado por radio dentro de cuarenta y ocho horas, envía un segundo equipo de rescate. Si éste tampoco da señales de vida, barre la zona con morteros y bombas incendiarias, ¿entendido?

—¿Cree que es sensato, capitana? —preguntó Sobek, el rostro lleno de dudas.

—No nos queda más remedio. Sargueras está un poco chiflado, pero sabe lo que se hace.

—¿También lo sabía cuando entró en la caverna?

Ronin compuso una mueca de hastío y se ciñó la cazadora. Era un traje distinto del mono de trabajo habitual, más recio y preparado para soportar condiciones extremas de intemperie.

Bajó hasta el hangar y comprobó que su equipo estaba listo. Había preparado una lanzadera de clase Lexzer, parecida a un bumerán de doble hoja atornillado a un container central de carga. Era un vehículo veloz y con capacidad para transportar hasta cien personas, aunque en la expedición sólo irían veinte, incluyéndola a ella, al marqués Sargueras y a Draven.

Sus hombres terminaron de cargar la bodega con los útiles necesarios, incluyendo víveres, equipo de análisis químico y biológico y un campamento portátil. Dejaron atrás el valle y siguieron el curso del río, como había visto Sargueras en su sueño. Éste parecía nervioso, haciendo chasquear sus largas uñas anulares y repitiendo una y otra vez en voz baja:

—Debe estar ahí. Tiene que estar ahí...

Ronin advirtió que, en el fondo, el propio Sargueras tampoco tenía seguridad de que sus visiones no fueran producto de una mente alucinada. Si el edificio existía, confirmaría muchas cosas.

Casi una hora de vuelo después, divisaron algo, un conjunto de rocas sospechosamente planas emergiendo de la fronda. Ronin voló en círculos mientras crecía su propia ansiedad. Se posó junto a un collado, una angostura cercana al río llena a rebosar de la extraña alga endémica de Furiony. Pero entre la vegetación asomaba algo, y no era una construcción natural.

Bajando de la lanzadera a trompicones, el marqués la enfocó con sus prismáticos. Ronin descendió también, cautelosa. Habría que despejar un poco el terreno para estar seguros, pero... aquello sí que parecía un tipo de edificación arcaica, monumental tanto por sus proporciones como por su forma. Dos grandes garras surgían de la base de un bloque de piedra trapezoidal, con una altura de seis pisos, rematado por lo que semejaba (si sus ojos no la engañaban) una cabeza de mujer con rasgos leoninos.

—¿Qué significa esto, Sargueras? —preguntó la capitana.

El marqués luchó por desatar el nudo que comprimía su garganta.

—Es una esfinge —dijo al fin—. Un aspecto de la diosa Laren Zalanthias, la Dama de los Cien Caballos. Así es como se la adoraba en su forma guerrera.

La flota quimeriana no tardó ni dos horas en ocupar el anillo de Mekus Collective. La estación espacial se rindió incondicionalmente en cuanto dos ojivas nucleares disparadas desde el crucero insignia vaporizaron un tercio de su superficie. El mariscal Éremos las habría lanzado de todas formas, pero le gustaba oír suplicar a sus víctimas.

—Bien —se frotó las manos, ocupando su trono barroco en pleno centro del puente de control—. La Puerta Hefauk es nuestra. Te felicito, Blikos.

—No lo merezco, señor —respondió éste con fingida humildad.

—Claro que sí. Todo el circo que las ínclitas Nueve Especies han montado en torno a esta puerta sólo puede significar una cosa: que estabas en lo cierto. Aquí ha sucedido algo importante. Quiero saber más.

Cuadrándose, Blikos se dirigió a los comandantes de las demás naves y ordenó un registro completo de la zona. Sondas zard multipropósito fueron disparadas hacia la puerta y, antes de ser destruidos, los archivos de la estación se analizaron hasta el más mínimo detalle. Todos sus descubrimientos y conjeturas, sus deducciones y hallazgos, sirvieron para que el mariscal tomase su siguiente decisión.

—Sólo hay cinco puntos calientes en la ruta del fenómeno de luz. Nuestro radio de interés se reduce —coligió—. Blikos, quiero que tú mismo dirijas uno de los grupos de búsqueda. Toma un crucero ligero y atraviesa la puerta.

—¿Yo, señor? Pero...

—Irás a... uhm —prosiguió Éremos, ignorando sus quejas—. Aquí. —Plantó un dedo en el mapa estelar. La pantalla táctil lo detectó y amplió el sector: Furiony—. Es un lugar remoto y prácticamente inexplorado, así que te será fácil conquistarlo.

—Yo creía que... bueno, que mi lugar estaba a su lado, señor...

Éremos añadió unos cuantos dientes a su sonrisa.

—Y lo estarás, consejero —dijo, enigmático—. Por supuesto que lo estarás.

Se levantó del trono e hizo un gesto teatral con la capa, echándosela sobre el hombro. Blikos desvió la vista, acongojado, preguntándose por los motivos que tenía el mariscal para dar semejante orden, pero ni siquiera se atrevió a expresar en voz alta sus dudas. Lo último que oyó fue la risa de Éremos, retumbando en las bóvedas del puente de mando, mientras se alejaba con la capa ondeando tras de sí.

—Es... increíble —dijo una voz en la penumbra. Luego alguien prendió una bengala térmica, y la luz bañó por primera vez en milenios los muros interiores de la esfinge.

Grandes bloques de cristal de roca sostenían un techo alto y estrecho que hacía rebotar la luz de forma ilógica, creando sombras donde no las había y sensación de profundidad en lugares pretendidamente planos.

La expedición había entrado por un gran portón situado en la base del edificio, entre sus dos enormes patas de león. Tuvieron que abrirse paso quemando con bastones de arco eléctrico la fronda, y aun así les fue complicado avanzar. Según las estimaciones de Sargueras, aquellas plantas debían haberse entrelazado durante centurias para formar un tapiz de semejante grosor.

Cuando Ronin le interrogó a propósito del culto que su especie rendía a este animal, la esfinge, sólo obtuvo respuestas vagas.

—No es que fuera un icono central en nuestro acervo de mitos —explicó, iluminando el suelo con su linterna—. Los felinos representan la templanza y el valor, aunque no poseen derecho de adoración propio. La arquitectura de este templo es insólita.

—¿Por qué estás tan seguro de que es un templo?

—Porque emula la imagen de una diosa. ¿Qué más podría ser, si no?

—Una tumba —dijo Ronin, inquieta.

Continuaron avanzando.

Unos minutos después llegaron a una gran cámara central, que dadas sus dimensiones debía de ocupar casi todo el espacio interno del edificio. Era un lugar frío, húmedo, sin claraboyas que aportasen ni una pizca de claridad. Docenas de obeliscos saludaban al ábside central, místicos y pragmáticos en alineaciones geométricas precisas. A su alrededor, bosques de columnatas flanqueaban paneles de nichos vacíos horadados en las paredes.

Sargueras deambuló entre las columnas, iluminando con su linterna grabados que databan de antes de la escritura cuneiforme de los elfos. Asombrado, recogió petroglifos del suelo, marcas talladas en piedras que parecían palabras o frases de significado intemporal.

—No te alejes, Sargueras —advirtió Ronin—. Puede ser peligroso.

El marqués no la escuchaba: su mente destinaba todos sus recursos a tratar de descifrar los jeroglíficos. Ronin dio orden al resto del equipo de que montase el campamento y activase las defensas automáticas; esta vez no quería sorpresas, vinieran en forma de escorpícoras o de enigmas ancestrales.

—Déjale que se divierta —dijo Erik, sentándose sobre una piedra cuadrada—. Ha nacido para esto.

—¿Lo has olvidado ya?

—¿El qué?

La capitana se sentó también.

—Lo que te dije cuando estábamos atrapados en el tanque.

Erik hizo un mohín.

—No recuerdo que tal cosa sucediese.

—Así me gusta —sonrió ella—. Oye, Erik, yo...

—Supongamos que yo recordase algo relacionado con una borrachera de CO₂ y algo de un beso. Si lo hiciese, no sería tan descortés como para recordárselo a una dama, y más cuando de su respuesta dependen tantas implicaciones. Es una mera conjetura, nada más.

—Y siguiendo con esa conjetura... —tanteó Ronin—, si yo recordase también esa borrachera y te dijera que no estaba tan mal como aparentaba, ¿cómo se podría juzgar el comportamiento de esa mujer, según los estándares cívicos más aceptados?

Erik abrió su cantimplora y echó un trago. Por el aroma que despedía, la capitana dedujo que no contenía exactamente agua.

—Podría decirse que la dama sabe jugar bien sus cartas —respondió.

—Aún no has acabado de contarme tu historia. La dejaste a medias cuando estalló la alarma de estampida, ¿recuerdas?

Erik abandonó su sonrisa.

—El resto no merece la pena. Es un relato triste.

—Bueno, pero quiero escucharlo hasta el final —insistió Ronin—. Quiero conocerte, Draven. Conocer tus motivos y tu pasado. Aún no sé si eres una amenaza o una bendición.

—¿Todavía no lo has decidido?

—Creo que eres una amenaza en ciertos aspectos. —La capitana se cerró el escote del uniforme—. Pero puede que no en otros. Déjame decidirlo a mí.

El fugitivo suspiró, larga y cansadamente, y prosiguió su relato en el punto donde lo había dejado.

Sentenciados al corazón de las tinieblas: el relato de Erik Draven (segunda parte)

Emerge.

Se aferra con las uñas a las paredes del pozo. Una cascada de polvo demasiado blanco para ser ceniza llueve sobre su frente. Tras angustiosos minutos de escalada, su cabellera ondea al viento.

¿He dicho viento?

No había viento en aquel erial desolado. Lo que agitaba su pelo tenía más que ver con el aliento de una criatura invisible, preternatural e invasora, que con un fenómeno atmosférico.

La cúpula de presión estaba rota. La ciudad de Bely se había colapsado, derrumbándose sobre sus cimientos. Cientos de cadáveres llenaban las aceras, y otros tantos colgaban con la mitad del cuerpo por fuera de las ventanas de las casas. Erik miró al cielo, temiendo divisar la inmensa nube que ocultaba lo que fuese que había atacado la urbe, pero ésta ya se había desplazado hacia el horizonte. Rodeada de tornados y chispazos galvánicos, la extraña manifestación se dirigía al sur, al siguiente núcleo urbano del planetoide.

¿Qué había ocurrido? ¿Quién los había atacado? Y sobre todo, ¿dónde estaba...?

¡Emma!

El nombre vino a su mente con un latigazo de adrenalina. Lo primero que hizo fue acercarse al cadáver más cercano que portara mascarilla de oxígeno y quitársela. Se colocó una en el rostro y robó otra para su compañera. Así evitaría que muriera asfixiada por la escasa atmósfera remanente... si lograba encontrarla.

Buceó en la ceniza, en las profundidades del pozo que le había protegido de la explosión. Hundió la mano varios centímetros y tanteó, sin suerte. Ya empezaba a preocuparse cuando lo vio: huellas, de pies finos y descalzos. Se alejaban corriendo en dirección al astropuerto.

Erik salió del pozo. Si Emma había sobrevivido era lógico que buscase un transporte, aunque a esas alturas dudaba que quedase ninguno. Caminó hasta un centro comercial que estaba al otro lado de la calle y entró andando a través del escaparate. Aquel lugar también estaba lleno de muertos, pero la ausencia de bacterias en la atmósfera retrasaría su descomposición, puede que hasta varias órbitas.

Entonces se fijó en un detalle: todos los cuerpos mostraban extrañas marcas. Muchos habían fallecido por traumatismos graves, provocados por los escombros o la metralla de las explosiones, pero había otros que, sencillamente, se habían desplomado sin causa aparente. La falta de oxígeno no había sido la causa. Erik había visto a gente morir por asfixia, y los síntomas no correspondían. No, allí había algo

más..., algo que le puso los pelos de punta. Eran como cáscaras; envoltorios vacíos de vida. Como si algo les hubiese robado su esencia vital, esa chispa inclasificable que prende en los entes orgánicos, distinguiéndolos de los mekanus o los gólems.

El examen minucioso de un cadáver reveló más datos: se trataba de una mujer, obesa, de mediana edad. Descansaba desnuda boca abajo, el pelo aún húmedo por una ducha inconclusa. Tenía el cuerpo lleno de moratones que no reflejaban impactos sino estrangulación. Era como si muchos tentáculos de no más de un palmo de grosor le hubiesen constreñido el tórax y la cabeza, sorbiendo sus fluidos desde puntos vitales localizados.

Erik se alejó de ella, preocupado. Debía encontrar a Emma cuanto antes.

Un sonido lejano le sobresaltó. Jamás había oído algo así. Era un aullido ululante, pesadillesco, sin un timbre reproducible por gargantas humanas. Provenía de detrás de una línea de astilleros para lanzaderas orbitales. Las sombras que provocaban estas construcciones parecían alargarse por sí solas, sin la intervención de ninguna mano visible. Al mismo tiempo, estallaron unos horrísonos.

Tan abruptamente como había empezado, el sonido se quebró. Erik sintió un escalofrío, pero se obligó a seguir caminando. ¿A qué clase de horror correspondería semejante llanto? ¿Acaso la nube que destruyó la ciudad había dejado atrás algún tipo de semilla o heraldo de muerte?

Ya habría tiempo de averiguarlo. Ahora mismo, su máxima prioridad era proveerse de utensilios que aseguraran su supervivencia.

El centro comercial vendía artículos de primera necesidad para los visitantes de Bely. Esto, tratándose de lobos del espacio, se traducía en revistas para hombres, holovideos, kits de herramientas con lo último en tecnoescáners inteligentes, raciones de comida liofilizada (con una fecha de caducidad no muy lejana), recambios de motor... y lo que más le interesó: suvenires. Bely en sí misma no poseía un aspecto cultural que ofrecer al visitante, pero sus avispados comerciantes sabían que los trabajadores muchas veces abandonaban los planetas donde estaban destinados y volvían a casa sin acordarse de comprar nada para sus familias. Por ello, en las tiendas «última oportunidad» podían encontrarse minifaldas floridas de Herhu, conchas exóticas paramentales de Iphus 12, botellas de vino cosechado en probeta de Xarian-el-Avisdad, noomascotas Jinzu...

Y lo más interesante desde su punto de vista: armas manufacturadas al estilo tradicional de Avalonia IV. Erik había visitado ese planeta con anterioridad, y podía atestiguar el prestigio de sus armeros a la hora de fabricar armas arcaicas, hoy usadas casi exclusivamente como adorno. Aunque las de aquella vitrina que tenía ante los ojos fuesen una burda imitación para turistas, su acero parecía sólido, y su falta de contrapeso podía compensarse con un brazo entrenado que supiese manejarlas.

Rompió la vitrina con el codo y extrajo de ella varios ejemplares. Examinó con interés un hacha de hoja sesgada, que tenía un demonio hortera grabado en la empuñadura y runas con el *copyright* del fabricante. La tiró al suelo: demasiado

frágil. Sopesó una daga de treinta centímetros, cuya hoja era doble (el cuerpo de dos serpientes entrelazándose hasta acabar en punta), pero resultaba más decorativa que dañina. También la desechó.

La que sí conservó fue la tercera, un espadón de doble puño sin excesivas filigranas, más o menos contrapesado y con dientes curvos en los últimos doce centímetros de hoja. Aunque no sirviera para embestir, al menos desgarraría si tenía que golpear alguna superficie blanda.

Volteó un par de veces el espadón sobre la cabeza y acabó estrellándolo contra un mostrador. El mueble se partió en dos, y la espada, aunque mellada, siguió entera.

Satisfecho, Erik entró de un salto en la trastienda y buscó en los estantes. Cogió una mochila, raciones liofilizadas y un kit de herramientas. Tenía que fabricarse algo más, pero no lo encontraría allí; regresó al almacén, a la zona de embalajes, y arrancó una tira de cuero de aproximadamente un metro de longitud de una máquina empaquetadora. La cerró formando un círculo y aseguró sus extremos con grapas industriales, dejando un pliegue a un lado donde encajar la espada. Una vez ceñido el improvisado tahalí al hombro, renovó su mascarilla de oxígeno, sustituyendo los cartuchos de aire líquido por otros nuevos. Cogió la mochila y abandonó el local.

La plaza del tren bala, donde Emma y él habían tomado café no hacía ni dos horas, estaba desierta. Restos de personas y animales muertos exudaban algo parecido a volutas de gas por las heridas. Era un tipo de descomposición que Erik no había visto nunca, y prefirió no acercarse. La imponente mole del que había sido su hotel yacía partida por la mitad, asombrosamente entera mientras se apoyaba como un árbol caído sobre el edificio de enfrente.

No llevaba andados ni un centenar de metros cuando notó algo raro. Los cadáveres estaban dispuestos radialmente en torno a un punto situado tras el hotel. Era como si algo los hubiese levantado en peso, jugueteado con ellos (o absorbido su esencia vital, como a la mujer del almacén), y lanzado lejos como muñecas de trapo.

Decidió aproximarse al hotel. De todas formas, debía cruzar por allí si quería llegar al astropuerto. Con extremo sigilo, sorteó barricadas de escombros y vehículos estrellados, escaló muros y descendió pendientes. La enorme cabeza de la estación Medusa, estrellada a pocos kilómetros de allí, se alzaba sobre la línea de edificios mirando con su único ojo como un profeta de la destrucción.

Entonces regresó aquel sonido.

Erik se tapó los oídos. Si escuchado a lo lejos resultaba horrisono, de cerca podía volver loco al cerebro más resistente. Por fortuna no duró más de diez segundos, y luego la calle volvió a quedar sumida en el silencio. No era un silencio normal, sino de cuenta atrás. Algo estaba a punto de pasar.

Captó un movimiento con el rabillo del ojo. Se agachó al instante, ocultándose de manera que pudiese vigilar al enemigo. Sobre su cabeza, la sombra del hotel apoyado en el otro edificio formaba un isósceles de precariedad, un milagro del azar condenado al desastre del que llovían cascadas de polvo. En cualquier momento

podía venirse abajo, y él no deseaba estar allí cuando eso sucediera.

Los tentáculos carmesíes se hicieron visibles al doblar una esquina, tanteando con sus sensibles extremos el suelo y las paredes, las farolas y los vehículos carbonizados que los rodeaban. Formaban una marea viva, un banco de cilios que se movía a base de contracciones suaves, casi armónicas, y cuyo origen se encontraba fuera del alcance de su vista. Eran entes grupales, sin independencia, organismos táctiles de alguna criatura monstruosa que yacía oculta en el lugar donde golpeó la nube. Su física era indescriptible, totalmente ajena a las leyes que la naturaleza había escrito para el resto de sus criaturas. Esclavos de la sugestión, analizadores de formas vivas, instrumentos de disección... más y más numerosos, más y más inteligentes, más y más anfibios, más y más imitativos, más y más...

Erik contuvo una exclamación de horror. ¿Qué demonios era aquella cosa? ¿Qué oscuro rincón del universo habría podido servir de caldo de cultivo para concebir semejante aberración? En el transcurso de sus viajes, él había visto en persona muchas entidades que los mamíferos antropoides (descripción que englobaba a la mayoría de las Nueve Especies) podían llegar a tachar de monstruosas, pero jamás se había topado con algo así.

Espió a través de las grietas de la pared y vio a los tentáculos apartar obstáculos como si fueran de papel. Su fuerza combinada era enorme. Recogían cuerpos sin vida, tanto humanos como animales, y se los tragaban, engulléndolos en efímeros estómagos compuestos por la agregación momentánea de cilios. Cuando los escupían, los cuerpos mostraban las mismas señales de estrangulación que él había visto en la mujer obesa.

Ante la proximidad de los tentáculos, Erik se vio obligado a abandonar su escondite. Buscó desesperadamente algún vehículo que no estuviese destrozado, y descubrió uno justo al pie del hotel: una motograv, tumbada de costado pero sin daños importantes. Alguien la había dejado allí antes del desastre, y la sombra de los edificios caídos la había protegido de las ondas expansivas de las explosiones.

Erik dibujó una media sonrisa en el rostro y contó hasta diez. Desde que abandonase el refugio, los tentáculos seguramente lo verían, o escucharían, o comoquiera que operasen sus sentidos. Tal vez fueran ciegos y se guiasen por el tacto. Si era así, la vibración de sus pisadas los atraería, por más que él se moviera en silencio.

No. La única alternativa era correr, llegar a la moto antes que le alcanzaran..., y rezar por que ésta funcionase.

Ocho, nueve y diez. Erik desenvainó su espadón. Sujetándolo con ambas manos, echó a correr a toda la velocidad que le permitían sus piernas hacia la moto. La respuesta de la marea de cilios fue instantánea. Como si hubiesen previsto su movimiento, antes que el humano hubiera avanzado veinte metros el enjambre estaba sobre él, desplegándose en todas direcciones, tratando de cortarle el paso. Las puntas de aquellos mortíferos órganos palpitaban con dilataciones y contracciones

vasculares.

Erik gruñó. Si era su sangre lo que buscaban, no se la serviría en bandeja. Con un grito brutal, dio un salto hacia adelante y remató una voltereta con una estocada. El mandoble cercenó un grupo de cinco cilios, haciendo contraerse al resto. Por sus efectos, dedujo que el sensorio de aquellas criaturas debía ser común, algo compartido; el dolor que sintiera una, lo sentirían todas.

Rugiendo como un salvaje, Erik embistió.

Su espadón volaba en rápidos círculos, cortando y machacando, desgarrando con los dientes de la hoja y cercenando los tallos después. Los cilios expulsaban una savia negruzca al ser mutilados, una especie de sangre impía que humeaba al contacto con la tierra. Sin dejar de correr en ningún momento, Erik ejecutó fintas destinadas a esquivar bancos de tentáculos que surgían de la nada; se abalanzaba sobre ellos, sólo para esquivarlos en el último segundo y dejarlos pasar, dejando que la inercia jugara a su favor. Una vez los tenía a izquierda o derecha, sus brazos se tensaban y dejaban caer la espada como una guillotina justiciera. La sangre manaba en cascadas lóbregas y formaba diminutos lagos a sus pies.

El miedo había desaparecido junto al resto de sensaciones. Cuando la moto apareció a su lado, también regresó el sentido del tiempo. Había recorrido más de noventa metros en cuarenta angustiosos segundos, y había dejado un reguero de tentáculos cercenados a su paso. Erik escupió, limpiándose la sangre de la cara: eso les enseñaría a esas malditas cosas a chupar los fluidos vitales a la gente.

Sin embargo, aún no estaba a salvo. Sin pérdida de tiempo, levantó la moto, tanteó en su sistema de control y sonrió cuando el motor emitió un zumbido. Debía darse prisa si quería salir de allí: al dueño de los tentáculos no le habría hecho ninguna gracia la amputación. Pisando el control de altitud, Erik se elevó diez metros y puso rumbo al sur.

El chillido le golpeó con la contundencia de algo físico. Casi le hizo perder el control y estrellarse, pero pudo dominar la moto en el último segundo. Detenido a una altura de tres pisos, Erik pudo ver lo que se ocultaba tras los cimientos del hotel, y su corazón se estremeció. Allí, en medio de lo que había sido la plaza del mercado, rodeada por una legión de cadáveres, se levantaba aquella cosa.

Le recordó vagamente la forma que insinuaban algunos fósiles, pero habiendo llegado a un callejón sin salida de la evolución, una trampa de ciento cincuenta millones de órbitas. Una forma enorme, de casi treinta metros de altura, lejanamente parecida a un molusco; un protoplasma retorcido capaz de mimetizar y reflejar todas las formas y órganos y procesos..., una viscosa aglutinación de esferoides carbónicos y células burbujeantes..., una alucinación que desafiaba la cordura de sus víctimas antes de consumirlas. La fracción no mutable de su anatomía, aquel caparazón tan grande como un edificio, le impresionó tanto por su robustez como por la incapacidad de comprender las leyes que gobernaban su física. Era irracional, era imposible..., pero también era cierto. Estaba allí, levantándose en toda su majestuosidad en un

mudo desafío a su inteligencia.

—Viscoso hijo de... —masculló Erik, acelerando la moto.

La cosa expulsó más cilios de su estrato inferior, reemplazando los que él había cortado. Su aberrante chillido brotó de nuevo, procedente de órganos que quedaron momentáneamente a la vista. La sensación de repugnancia casi le hizo vomitar.

Entonces la vio.

Los tentáculos traían nuevas presas para el monstruo. Sólo eran cuerpos en la distancia, retorcidos y probablemente muertos, pero un destello de color llamó su atención: la ropa que llevaba puesta Emma antes de separarse de él. El monstruo la tenía atrapada, y succionaba su fuerza vital con la misma facilidad con la que él había vaciado aquella taza de café.

—¡Emma, no! —gritó, descendiendo en picado. Manióbró con la pericia de un piloto de caza, aprovechándose de las ventajas que le daba el escaso tamaño de la motograv. Se coló por ventanas rotas, atravesó habitaciones quemadas y surgió por el otro extremo del bloque de viviendas, confundiendo al monstruo. Revoloteó unos minutos mientras buscaba una entrada, una forma de acceder a su negro corazón para rescatar a Emma...

... Pero no la había. Aquella muralla de cilios era intraspasable.

Impotente, contempló cómo los tentáculos daban buena cuenta de sus presas, hasta que se aproximó el turno de Emma. Era inevitable. Su rostro cerúleo se adivinaba entre la maraña de pelo, mirándole sin ver, suplicando sin emitir sonidos.

Ya estaba muerta.

Erik sintió que las lágrimas le brotaban de los ojos. El corazón le pidió no mirar, levantar un bloqueo apaciguador para el horror que estaba presenciando, pero él se resistió. Aguantó hasta el último segundo, en que el cuerpo de Emma fue irreconocible en medio de la masa de tentáculos. Luego bajó la vista. El indicador de combustible estaba casi a cero.

Fue lo más duro que hizo en su vida. Se inclinó de costado, para que su cuerpo variase el centro de gravedad de la moto en la dirección hacia la que deseaba desplazarse. Lentamente, se fue alejando de aquel lugar maldito. Sin embargo, un segundo antes de acelerar, dejó que las solemnes palabras de la hiketeia manasen por sus labios:

—Yo te ofrezco protección, Emmanuelle de Cantripea. Y si alguna vez tu sangre llega a manar por culpa del odio de algún enemigo, que los cielos se abran y tiemble la tierra, que se rasguen los infiernos y busquen cobijo los inocentes, porque no habrá lugar en este universo o en el otro donde tu asesino pueda refugiarse de mi furia o escapar a mi venganza. Eso juro yo, Erik Draven, en nombre de mi padre y de todos mis antepasados.

Luego presionó el pedal, y su silueta se convirtió en un punto lejano en el cielo. Sólo un recuerdo quedó en aquel cementerio de su presencia.

Una espada clavada en una montaña de ceniza.

Preparativos para la defensa

—Fue la última vez que la vi —concluyó Erik, odiando aquellas palabras—. Ni siquiera tuve valor para quedarme y rescatar su cadáver.

Ronin colocó una mano sobre las suyas.

—Tampoco habrías podido hacer nada. Lo que cuentas es... demasiado grande. Aquellos acontecimientos ocurrieron a una escala que ningún ser humano, por sí solo, podría manejar. Hiciste bien en salir corriendo.

Su sonrisa se convirtió en una expresión a la que Ronin no pudo poner nombre. Era extraño: las cosas parecían caer en manos de aquel hombre y amontonarse en ellas, aunque quisiera dejarlas deslizarse entre los dedos. Y llevaba tanto tiempo acumulando cargas, que ya probablemente no sabría por cuál valía la pena luchar.

Ronin miró a Sargueras, que seguía entusiasmado con sus jeroglíficos. Qué sencilla era la vida de los eruditos, pensó. Al menos ellos tenían un mundo introspectivo donde perderse, al que siempre podía añadirse otro misterio más. Los enigmas tenían esa propiedad maravillosa que compartían con la esperanza: nunca se agotaban. La paciencia de la gente sí lo hacía, y también ocurría lo mismo con su aguante.

—El honor es un camino respetable por derecho propio —dijo Erik—. Me enseñaron que a veces hay que huir para poder combatir otro día, y siempre me pareció una alternativa fácil. Estúpido de mí. No supe en verdad cuánto cuesta huir hasta aquel nefasto día.

Ronin iba a decir algo, pero prefirió callarse. La tristeza de aquel hombre era el límpido contrapunto de una vida dedicada a la violencia, a la muerte..., aunque estuviera dirigida a proteger a otros. Esa violencia se había terminado, indefectiblemente, volviendo contra él.

Sacudió su cantimplora; estaba vacía. Se levantó para rellenarla cuando oyó su intercom.

—¿Sí?

La voz de Sobek llegó desde el centro de mando, en la colonia.

—Capitana, malas noticias.

—¿Qué ocurre?

—Una nave acaba de atravesar la puerta en nuestro sentido. Por su lectura energética, deduzco que se trata de un crucero quimeriano. Pequeño, probablemente de reconocimiento.

Ronin se envaró. No pudo evitar pensar: «Ya están aquí».

—Entendido. Recogemos el campamento y vamos para allá.

—¿Qué pasa?

La capitana ayudó a Erik a incorporarse.

—Quimerianos. Una nave acaba de entrar en el sistema.

—¿Nos han descubierto?

—No lo sé.

Sargueras se aproximó a ellos, las manos cargadas de libretas de apuntes y petroglifos.

—¿Quimerianos, han dicho? ¿Estamos en peligro?

—Tranquilícese —sugirió Ronin, instruyendo mediante señas a sus hombres para que lo recogieran todo—. Todavía hay tiempo. Dígame si ha descubierto algo que nos sirva.

—¿Algo? —sonrió—. ¡Todo! Este lugar es una mina de información. —Les mostró los petroglifos—. La cámara central no es más que una especie de biblioteca, un lugar donde los seres que excavaron los templos almacenaban sus conocimientos sobre los dioses y la mitología. Una especie de sepulcro para conocimientos, en lugar de cadáveres.

—Deidades... —Erik pronunció con desdén la palabra—. Quien dedica su tiempo a estudiar mitos, es un soñador. Quien confía su vida a ellos, un necio.

Sargueras le miró de soslayo.

—No seas impertinente, guerrero. Puede que la mitología sea la que nos salve, después de todo. Capitana —urgió, volviéndose hacia Ronin—, debemos regresar al *Dédalus*. Ahora estoy seguro de que nada de lo que ha ocurrido estos últimos días ha sido casual. De alguna forma fuimos guiados hasta ese valle y forzados a aterrizar justo al lado de aquella gruta.

—¿Te refieres a la que guarda la estatua de tu dios?

—¡Sí! —De la emoción dejó caer unas cuantas piedras—. Ese lugar no era una pista, sino la clave del misterio. Ahora sé que debemos regresar a ella y pronunciar unas palabras, un antiguo ritual de renovación de la fe. Los jeroglíficos hablan claro: «las fuerzas que se desatarán entonces...».

Erik se cargó su mochila al hombro, interrumpiéndole.

—Lo siento, viejo, pero no creo en los milagros. Ni siquiera en los que están profetizados hace milenios.

—De todas formas, tenemos que volver para preparar la defensa —decidió Ronin, y activó de nuevo el comunicador—. Sobek, ¿me oyes?

—Alto y claro.

—¿Cuánto tiempo crees que nos queda hasta que nos descubran?

Hubo una pausa.

—Teniendo en cuenta que aún deben alcanzar la órbita de Furiony y rastrear el planeta..., yo diría que unas tres horas. Siendo optimista.

—No lo seas. Aposta a los hombres en sus puestos de combate y que los civiles busquen refugio. Vamos a ser atacados.

Tardaron menos de una hora en regresar. En cuanto se posaron, Ronin corrió a reunirse con su lugarteniente, pero no sin antes despedirse de Sargueras. El marqués cogió un flotador y se marchó a la caverna, llevándose el cetro que él mismo había arrancado de la mano de la estatua.

—Hasta pronto, marqués —dijo Ronin, procurando que no sonase a últimas palabras—. Espero que sea capaz de ayudarnos, aunque todavía no pueda imaginar cómo.

—Haré lo que pueda, capitana. Ah —dijo antes de marcharse—, un detalle: nunca quise su puesto. Si la amonesté fue sólo porque la creía incapaz de proteger mi vida.

Ronin asintió.

—Lo sé. Ahora comprobaremos si sus críticas eran merecidas o no.

Sargueras aceleró el vehículo y desapareció dejando una estela de polvo. La siguiente persona a la que visitaron ella y Erik fue a Killigan. Éste acababa de poner a punto el mirmidón con el que el fugitivo había combatido a los quimerianos. Al verlo de nuevo en pie, con sus funciones a punto (aunque todavía mostraba señales de impactos en el blindaje que no habían podido ser borradas), experimentó cierta sensación de seguridad. Si las fuerzas de choque atacaban, al menos tendría una oportunidad de defenderse.

—¿Cómo de mal estamos, capitana? —preguntó el enano.

—Mejor no pensar en ello. Necesitamos todos los efectivos que podamos reunir. ¿Has logrado reparar el panzer que capturamos?

Killigan levantó un pulgar.

—Está operativo y puede volar. Combatir..., no me atrevo a asegurarlo.

—Bastará.

—¿Qué piensa hacer?

Ronin se encogió de hombros, pero no fue un simple movimiento. El ingeniero se preguntó si había algo parecido a un plan en su cabeza. Sus manos eran dos puños en los bolsillos de la chaqueta.

—El *Dédalus* dispone de dos cazas de apoyo, con escasa capacidad de fuego pero muy maniobrables. Sobek es uno de los mejores pilotos que conozco, así que tendrá que salir en uno.

—¿Y usted?

—Yo pilotaré el panzer. Erik me cubrirá con el mirmidón.

El fugitivo dio su conformidad.

—Debemos aprovechar el factor sorpresa. Puede que no sepan que su avanzadilla fue capturada. Si logramos acercarnos lo suficiente a la nave comandante como para inutilizar sus torretas de comunicaciones, tendremos una posibilidad.

—¿Qué debo hacer yo? —preguntó el enano.

Ronin miró los corrales, llenos de criaturas de aspecto monstruoso.

—Quiero que lideres la tropa terrestre. Esos animales ya no servirán como ganado estabulado, pero puede que sean útiles como fuerza de choque. ¿Hay alguno especialmente rápido?

—Sí, una especie de salamandra gigante que mutó a partir de varios reptiles. La onda de energía los fusionó en uno y lo multiplicó por cien.

—¿Es dócil?

Killigan juntó las cejas.

—Lo suficiente.

—Bien, caballeros —concluyó Ronin—. Ya tienen sus órdenes. Cúmplanlas.

El crucero ligero *Amarr* entró en la órbita baja de Furiony casi al mismo tiempo en que sus sensores comenzaron a registrar vestigios de tecnología en uno de los continentes. El informe automático fue trivial: una colonia de tres al cuarto, sin demasiada parafernalia tecnológica de apoyo. Nada que valiese la pena saquear.

Blikos bostezó; mundos estériles sin interés estratégico. No entendía por qué el mariscal había puesto tanto empeño en que él liderase en persona una flotilla. Ése no era su trabajo.

Sintió que la tensión se le instalaba en el pecho. Si Éremos tenía un plan definido en mente, iba a hacer mucho más difícil conseguir que los demás conspiradores no hicieran ninguna locura.

—Señor, está llegando el análisis de energía Omega.

Así era como sus expertos habían bautizado a la radiación que había bañado la red de puertas. El plan del mariscal era sencillo pero laborioso: rastrear físicamente toda la red hasta encontrar el origen del fenómeno. Pero eso les podía llevar décadas.

—Pásalo por la pantalla cinco —ordenó, cansado. Ya había explorado otros planetas cercanos y la medición nunca pasaba de cuarenta PARK.

—Ochocientos PARK y en aumento —dijo tranquilamente la computadora—. Foco localizado en las coordenadas que se muestran.

Blikos casi se cayó de su asiento. ¡Ochocientos! No podía creer su suerte. Aquel planeta insignificante podía ser el origen del fenómeno. Y él lo había encontrado.

Debía asegurarse antes de comunicar la buena nueva a su superior. No había cosa que fastidiase más a Éremos que una buena expectativa que no se acaba concretando.

—Preparen el equipo de asalto. ¿Quién es el oficial en jefe de las tropas de superficie?

Una ventana se abrió en la pantalla, mostrando un rostro tan inexpresivo como una loncha de fruta fresca. Su nombre y graduación aparecieron en letras de molde: Coronel Velvek, noveno regimiento de infantería. Piloto de mirmidón. Autorización cero-seis-cuatro con permiso para pilotar prototipos experimentales.

—Llamad a Velvek y que se persone ante mí de inmediato —susurró, mirando sin parpadear aquella cifra: 800. Aún no podía creerlo—. A todas las naves —previno—,

dispuestas para el asalto en atmósfera.

Erik miró a lo alto, y vio las primeras naves quimerianas en descenso. Ocupó su sitio en el mirmidón, conectó motores y activó el armamento. Había que interceptar a la mayoría antes que tocaran tierra, cortando de raíz el despliegue de tropas, si querían tener alguna oportunidad.

Antes que Ronin despegase con el panzer y él hiciera lo propio montado en su armadura, ella se encaramó a la cintura del enorme robot. Como Erik aún no había cerrado la carlinga del pecho, la joven se asomó al interior y le dio un beso en la mejilla.

Erik la sujetó para que no resbalase.

—¿A qué ha venido eso?

—Un recuerdo. Por si no nos volvemos a ver.

—Claro que nos veremos. Eres una buena líder. Nunca te había visto impartir órdenes tan concienzudamente como hace un rato. Lograste convencerme incluso a mí.

Ronin intuyó el cumplido.

—¿Sabes, bucanero? Te voy a contar una historia de taberna. En el día de hoy nos enfrentamos a una fuerza enemiga que nos superaba por cuatro a uno y ganamos.

—¿Y te mataron?

Ronin se apeó del exoesqueleto, sonriendo.

—Sí.

A continuación se oyeron las detonaciones de las primeras bombas, y la batalla dio comienzo.

Muerte desde el cielo

Ronin se sujetó al asiento con las manos, a pesar de que llevaba ceñidos los cinturones de seguridad. Se registró otra explosión a babor. Los motores del panzer robado emitían un crujido siniestro.

Las luces de aviso parpadeaban por todo el panel de control. La capitana observó la pantalla del radar, sin que se le ocurriera *a priori* una forma de esquivar los centenares de puntos (naves quimerianas) que se abalanzaban sobre ellos.

¿Cuántos minutos habían transcurrido desde el comienzo de la batalla? ¿Cinco, seis? No había forma de saberlo, ni tampoco si los defensores iban ganando o perdiendo. De hecho, Ronin apenas tuvo tiempo para ocuparse siquiera de sí misma.

El sistema de soporte vital falló. Aquello ya no era una nave: era un misil con cierto poder de maniobra. Su tentativa de engañar a los quimerianos había resultado un fiasco. En cuanto se enzarzó en combate cerrado, los demás panzers cerraron filas a su alrededor y comenzaron a disparar, con resultados devastadores. Puede que la descubrieran a ella, o a Erik, pero lo cierto era que el elemento sorpresa de su plan se había ido al cuerno.

Ronin pasó a control manual y tiró de los mandos. Los impulsores de la cola, que controlaban la profundidad, expulsaron un chorro de llamas. El margen por el que esquivaron la siguiente andanada fue muy estrecho, tal vez demasiado.

—Impactos en el plano de cola —informó su copiloto—. Fragmentos de munición incendiaria. Perdemos estabilidad en un dos por ciento.

—Vamos, Sobek, échame una mano —rogó la capitana.

El caza de su lugarteniente se cruzó con la estela del panzer. Lejos de desestabilizarse, efectuó un giro de ojo estrecho que lo situó a la cola de varios enemigos. Ronin sonrió: su pericia como piloto no había disminuido con el tiempo. Los láseres zumbaron, haciéndose visibles por las nubes de escoria y el humo de las explosiones. Una nave perdió el fuselaje de proa y cayó envuelta en llamas. A Ronin le sobrecogió el mero hecho de ver el fuego. Los combates en el espacio eran limpios, asépticos. Las detonaciones constaban de inercia y luz; no había llamas, ni sensación de dolor. Los enemigos, simplemente, morían.

—Sobek, tienes que ayudarnos —transmitió por el canal de seguridad—. Debe haber algo que no hayamos intentado todavía.

—¿El qué? ¿Persis Obani? Estoy a punto de sucumbir a la nostalgia.

—¡Eso es, Persis Obani! —Ronin chasqueó los dedos—. ¿Recuerdas cuando nos perseguían aquellos contrabandistas?

—Estoy tratando de olvidarlo.

—Vamos allá. Maniobra Resen-Geibesthal en cuatro segundos.

—Aguarde un momento —protestó Sobek—. ¿Recuerda lo que pasó la última

vez?

—¿Se te ocurre algo mejor?

Sin esperar contestación, la capitana inició la maniobra. No había tiempo para discusiones. Deseó tener más tropas que poder desplegar en el campo de batalla, pero debía conformarse con lo que había. Además, sus hombres no poseían el don de la ubicuidad, y por buenos que fuesen pilotando Erik y Sobek, no podían estar en todas partes.

Si quería ganar, debía ser más astuta que los quimerianos, no más fuerte.

Un mirmidón se le pegó a la cola, vomitando fuego desde su rifle de pulsos. El caza se interpuso. Sobek tiró de la palanca y forzó un rizo, soltando casi todo su arsenal de bengalas. Normalmente éstas no servían como armas, sino como defensa para esquivar misiles termodirigidos, pero él las usó de forma inteligente. Derramándolas sobre el mirmidón, lo cegó el tiempo suficiente como para completar los ocho *g* del giro y encararlo. Sus cañones láser volvieron a cantar.

Ronin también liberó de golpe tanto su depósito de bengalas como el contenido de la bodega. La carga, en forma de piezas de repuesto y equipo de intendencia, se mezcló con las bengalas para formar una constelación de obstáculos que hizo derivar a sus perseguidores. Las fuerzas *g* se le marcaron en la cara cuando viraron en redondo. Ronin sintió llenársele de arrugas las mejillas, y de saliva que le recorría hacia arriba la cara.

Serpenteó entre el fuego graneado y buscó una salida. Una nube se la tragó. Cuando surgió por el otro extremo, lo hizo disparando. Una estela de humo confirmó que había alcanzado a alguien.

Dos objetos rápidos y de trayectorias zigzagueantes se aproximaban por babor: misiles. Y no le quedaban bengalas.

«Sargueras, si vas a hacer un poco de magia, hazla ya», suplicó.

El marqués entró a todo correr en la caverna. Descendió el túnel que llevaba a la cámara de adoración y extrajo el cetro de la mochila. Estaba caliente al tacto, lo cual le extrañó.

Un *flashback* estalló en su cabeza, terrorífico como el recuerdo de una pesadilla. Se vio a sí mismo la última vez que había intentado despertar las presencias ocultas de aquella cueva. La energía desatada, el dolor, la visión de Glorien Zalanthias, el coma posterior...

Armándose de valor, se postró frente a la estatua del antiguo dios. Esculpida en piedra, intemporal como la expresión de algún designio que estaba por encima de su entendimiento, la estatua le miró. Sargueras ofrendó el cetro que él mismo le había arrebatado, y entonó las frases de apertura del ritual en élfico:

—*Haré memoria, y no olvidaré, de Glorien Zalanthias, que hiere de lejos, a quien Medeontas raptó de niño y crió entre prados de estrellas.* —Carraspeó para

aclararse la voz, y elevó el volumen. Había eco—. *Allí donde reposara el cetro de la vida, arco celestial con el que Glorien dispara su semilla a los confines de galaxias distantes, nada podrá detener la transfiguración de todas las cosas, y el nacimiento de algo nuevo donde antes sólo subsistía el vacío.*

De fondo se escuchaban los estampidos de las bombas. Sargueras se concentró, rememorando las antiguas escrituras. Entonó un cántico que debía partir en dos el ritual, como el telón del cielo dividía en dos mitades simétricas el plano mundano y el divino. Cantó al acuclillarse ante la estatua, y también mientras acercaba el cetro a su base. De repente, creyó oír algo elevándose por encima del estruendo que llegaba de fuera: un sonido inhumano, retumbante, que hacía vibrar cada fibra de su ser, pidiendo ser comprendido. El murmullo se apoderaba de todo, llenaba el silencio, lo hacía más fuerte. A pesar del polvo de los siglos y la humedad condensada, el cetro brilló con luz propia, y era la cosa más bella que Sargueras hubiese visto nunca. Y también la más aterradora.

Juntando las manos, acabó la oración:

—*Recordaré sus nombres y los pronunciaré para que sean verdades; para que enseñen los secretos perdidos a los artesanos que moran la tierra y sueñan el cielo. Recordaré sus nombres, para que algún día regresen del río del olvido...*

Hubo un estremecimiento en la base de la caverna. El ruido iba *in crescendo* y se apoderaba de él. Parecía surgir por cada grano de la estatua, elevándose, separándose de la rigidez del mundo, desafiando las leyes del universo. «*Mírame. Háblame*». Levantó el cetro, rodeado por una toga de llamas. Notó que los focos que habían instalado los técnicos coloniales estallaban. Serpientes de arcos voltaicos culebreaban por las estalactitas. Los fragmentos de los focos caían como lágrimas de cristal en la oscuridad. Y de repente, como si no existiera nada más, Sargueras se sintió pleno, colmado por una energía que amenazaba con destruirle desde dentro si no lograba resistir su poderoso embate. Su conciencia se expandía como los brazos de una estrella de mar, abarcando la tierra, el cielo, la batalla que segaba las vidas de cientos de hombres, la puerta que llevaba milenios esperando en la órbita de aquel sol a que llegara su momento, el propósito para el cual había sido creada...

Sargueras lo supo entonces. Se acercaba el momento de la revelación. Siguió con la letanía, aunque su cántico fuese imposible de oír sobre el ruido del cetro. Era el momento de la verdad. Dio un grito y se postró cuan largo era ante la imagen de su dios. Había perdido la capacidad de moverse: tenía los músculos helados, la voluntad sublimada al embate de algo más importante. Su cuerpo había dejado de funcionar. El cetro.

El cetro.

Fue la última cosa que vio antes de que su espíritu se separase de su cuerpo.

Erik vio pasar el caza de Sobek como un relámpago por su izquierda. Contuvo

momentáneamente su sed de sangre, que ya había derribado varios panzers (era asombroso lo que un solo mirmidón podía hacer con aquellas navecillas de descenso si tenía espacio para maniobrar), y se dedicó a proporcionar cobertura a su compañero.

—¿Cómo vas, Sobek? —transmitió por radio.

—Bien, bien, pero Ronin está en peligro.

—Yo me encargo de ella. Tú ocúpate de los transportes que aún no han tocado tierra.

—Recibido.

Pisó un pedal y el mirmidón mutó: de ser un humanoide con una ametralladora gigante en las manos, se convirtió en un caza de alta maniobrabilidad. Le encantaba aquella máquina, preparada para el combate extremo. Y había algo que no le había dicho a Ronin: él no había robado un mirmidón más, sino el prototipo de un modelo más avanzado. Eso, unido a sus conocimientos de lucha, lo convertían en un adversario formidable. Odiaba admitirlo, pero estaba disfrutando como un niño con su superioridad tecnológica.

Entonces ocurrió. Algo alcanzó la nave de Sobek. Erik sólo vio un destello seguido por una estela negra, y el caza de su amigo entró en barrena.

Maldiciendo, se lanzó en picado, volviendo a pisar el pedal de cambio. Recuperó sus brazos y sujetó el caza; algo no iba bien con el sistema de expulsión de emergencia del piloto, así que Sobek no podía saltar, pero él se encargaría de que llegase sano y salvo a tierra.

Lo que lo había alcanzado no era munición normal. Erik miró hacia arriba y el ordenador mimetizó el gesto, haciendo que la cabeza de su mirmidón también girase. Enfocó algo que salía de entre las nubes, otro centurión cromado, de un modelo similar al suyo, aunque sin las cicatrices de tantas batallas. Parecía nuevo, recién salido de la cadena de montaje.

Por curiosidad, giró el selector de su emisor y sintonizó la frecuencia estándar para los mirmidones. No serviría de nada en combate, claro, pues cada bando, aparte de su frecuencia secreta, tenía también su propio sistema de encriptación. Pero él emitió en abierto. La curiosidad por saber quién pilotaba el otro prototipo le carcomía.

—¿Quién eres? —transmitió.

Sorprendentemente, su adversario respondió.

—Soy el coronel Velvek, de la lanza escorpícora Mantis. Es un placer conocerte.

—¿Sabes quién soy yo?

—He oído hablar de ti —sonrió Velvek, trasladando a la perfección las emociones a su tono de voz—. He venido expresamente para capturarte.

—Así que me quieren vivo. Qué decepción. Tenía entendido que habían puesto un precio muy alto a mi cabeza.

—Y lo hay, pero no me interesan las recompensas.

—Entonces luchemos de hombre a hombre. ¿Te parece bien? O de exoesqueleto a exoesqueleto, ya me entiendes.

Velvek asintió. Un duelo, como en los antiguos holodramas. Era una idea un poco ingenua, casi infantil, pero debía admitir que le encantaba.

Apartó el punto de mira de sus troneras lanzacohetes del mirmidón de Erik.

—Está bien. Deposita a tu compañero en el suelo y luego vuelve aquí —concedió—. Éste va a ser un día grande.

Killigan sujetó las bridas del animal. Un murmullo nervioso recorrió sus filas, pero mantuvo quietos a sus hombres. Sentían miedo, pero también un profundo odio hacia los quimerianos, y la sensación mal definida de que por fin, tras tantas órbitas de huida, se les presentaba una oportunidad de vengarse por todas las afrentas. ¿Sentimiento útil o locura fanática? Killigan no habría sabido hacer una distinción.

Los panzers que tocaron tierra descargaron sus tropas. Una doble línea negra de soldados se acercaba, andando lentamente, apuntándoles con sus fusiles. Ni siquiera habían previsto la posibilidad de ayudarse con carros armados. ¿Para qué, si se iban a enfrentar a un grupo de simples colonos sin medios para defenderse? Y ellos eran escorpícoras, unidades de élite del ejército de la Quimera.

Killigan estaba dispuesto a demostrarles lo equivocados que estaban.

El enano contó hasta diez, y luego hinchó sus pulmones.

—¡Ahora! —gritó, y se desató el caos.

Su grupo entró en contacto con el enemigo a los diez minutos exactos del comienzo de la batalla. Emulando la carnicería que se estaba produciendo sobre sus cabezas, sus tropas se encontraron de frente con una lanza de *sebaciara* de los escorpícoras, montados en caballos cibernéticos. En lugar de lanzas portaban cañones automáticos de veinte milímetros, y su escudo era una doble pantalla giratoria de acero montada sobre la grupa.

Killigan y los suyos los embistieron con los arietes de sus buggies, lanzando algunos caballos por los aires. Uno se incrustó en la lanza escupellamas de su adversario con tan mala suerte que ésta atravesó el parabrisas del buggie y el pecho de su conductor, clavándolo literalmente al asiento. El vehículo continuó avanzando sin control hasta colisionar con una barrera de algas.

Una nube de disparos de gran calibre barrió el campo, destrozando unidades de infantería y baterías fijas. Los escorpícoras se habían hecho fuertes aprovechando una depresión del terreno, y bombardeaban a cualquiera que se acercara a menos de cien metros. Los colonos lanzaron hacia ellos sus apisonadores rodantes, enormes cilindros recubiertos de espolones que avanzaban aplastándolo todo. Estos vehículos, que servían para despejar grandes extensiones de terreno cuando había que arar, constituían peligrosas máquinas de guerra si se usaban de forma creativa. El choque entre éstos y las baterías de suelo fue tremendo. Trozos de metal salieron volando por

los aires, manchados de sangre. Hubo un par de explosiones de metralla; una nube de humo ocultó el sector sur del campo, impidiendo que los ojeadores apostados en lo alto de la montaña pudieran calibrar el encontronazo.

Killigan dio la orden y los granjeros abatieron las puertas de los corrales. Unos cuantos disparos al aire bastaron para asustar a las criaturas, antiguos animales de sabana (traídos en las bodegas genéticas del *Dédalus*) que formaron una estampida en dirección a los quimerianos. El enano encabezó el avance de los animales, guiándolos con su salamandra. Por eso la había elegido: no sólo por su relativa mansedumbre, sino por la velocidad que podía desarrollar en campo abierto, y que le permitiría colocarse frente a la línea de elefantes e hipopótamos coriáceos sin ser aplastado por éstos.

La salamandra emitió un sonido más parecido al graznar de un pájaro que al rugido de una bestia legendaria. Algunos escorpícoras alzaron la cabeza de sus trincheras, y debieron de sentir miedo por primera vez, pues contemplaron un ancho frente de dinosaurios blindados que corrían arrolladoramente hacia ellos, como rinocerontes ciegos. Lentamente, retrocedieron posiciones. Sus armas escupieron fuego, todo lo que tenían para defenderse, pero fue inútil. Ni mil disparos podrían detener la inercia de aquella marabunta.

El rostro de Killigan se manchó de sangre cuando algunas balas alcanzaron a su montura. Él mismo se palpó para comprobar que seguía ileso. Ante la proximidad de las trincheras, decidió que ya era hora de cambiar el sentido de la marcha; tiró de las bridas y obligó a la salamandra a apartarse. El animal, agradecido, dio un poderoso brinco que lo catapultó fuera de la línea de fuego.

Lo siguiente fue ruido, polvo, metal aplastado. Cuerpos que gritaban. El choque inconmensurable entre una fuerza imparable y una barrera intraspasable. Killigan no vio a los quimerianos desaparecer bajo las patas de los *pirofer*, ni ser consumidos por sus alientos de fuego, pero con imaginarlo tenía suficiente.

Sargueras continuaba con vida. Pero algo iba mal.

¿Cómo era posible, si estaba contemplando su propio cuerpo físico desde arriba? ¿Era eso lo que les esperaba a las criaturas cuando traspasaban el umbral de la muerte, contemplarse a sí mismas como si fueran sus definitivos y únicos jueces?

Las palabras «viaje astral» constituían una triste descripción de lo que estaba pasando, pero no se le ocurrían otras más acordes. De alguna manera, había logrado emular un conjuro, un hechizo como los que supuestamente manipulaban sus antepasados, sólo que él no había agitado los brazos ni pronunciado palabras arcanas. Sólo había bastado su voluntad para desatar aquella locura.

El dragón de oro que coronaba el cetro se movió. No fue una ilusión: las alitas brillantes se desplegaron, ansiosas, y las patas relajaron la presa que lo mantenía unido al cetro. Revoloteó como una mariposa junto a su cabeza, contento por la

libertad ganada, y un nimbo de luz lo vistió. Una luz que se le clavó a Sargueras con el brillo de un diamante inconcebible, sobrepasando los tristes límites de cualquier piedra preciosa. Se le clavó en el alma y la volvió del revés, y era algo más que una luz: era un arma, una fuerza que traspasó su piel y la hizo arder con la potencia de un billón de hogueras. Luego, todo se transformó: fue absorbido por un vórtice hacia otra realidad, dejando atrás su cuerpo. El dragón, convertido en un pequeño cometa de fuego, comenzó a crecer y se dirigió hacia la salida de la cueva.

Sargueras no dejó de reír ni siquiera en el momento de mayor pánico. La revelación, las misteriosas redes de lo divino, se estaban encarnando en aquel lugar. Y sus enemigos pronto conocerían la furia de aquellas mitologías que ellos mismos creían muertas y enterradas.

Comenzó su viaje.

Ronin se elevó lo que pudo para escapar del fuego de cobertura de los panzers. No tenía ni idea de cómo se estaba desarrollando la batalla en tierra, pero rezó por que Killigan estuviese aún con vida. La verdad era que tenían muy pocas posibilidades, y a menos que ocurriese un milagro, no podrían vencer.

Entonces vio la sombra en las nubes.

Con un acceso de pánico, recordó el relato que le había contado Erik. Revivió en su mente las imágenes evocadas por su historia, la Quimera descendiendo sobre la indefensa Bely, y lo que Erik había entrevisto de ella.

Su sentido común trató de poner en orden su miedo. Era una tonta; aquello no podía ser la Quimera. En todo caso, sería la nave de descenso que había soltado todas aquellas tropas.

Acertó. En cuanto rebasó las nubes, vio la panza del *Amarr*, de forma aproximadamente cónica, pivotar como una peonza de acero en medio de un torbellino de baja presión, que arremolinaba la lluvia a su alrededor.

—¡Desciende, rápido! —ordenó a su copiloto, pero ya era tarde.

Algo los atrapó en pleno vuelo. No los detuvo en seco (al menos tuvo que dar gracias por eso), sino que los hizo frenar bruscamente, quemando la inercia. Si no hubiese sido así, la maltrecha nave se habría partido en varios pedazos.

Ronin pensó en algún tipo de rayo tractor desarrollado en secreto por el enemigo, pero la trampa en la que habían caído era más prosaica: una red de tentáculos de metal, imantados y tenaces, abrazaban sus alerones y fuselaje. Ronin aceleró, tratando de liberarse. Pensó en solicitar ayuda por radio, pero los últimos impactos habían destrozado la antena.

Inexorablemente, fueron atraídos hacia la bodega del crucero.

Y, justo en el instante en que eran engullidos por éste, algo imposible surgió de la caverna.

20

Liberi fatali

Fiebre..., sueños descabellados..., imágenes..., sonidos ilusorios..., un impulso hacia un punto en el cielo... y, de improviso, revelaciones demenciales sobre su propia locura. Sargueras se hundía en los abismos crepusculares, pero no estaba solo. El sueño podía ser tramposo, pero no lo sobrellevaba en solitario. Había presencias con él. Lo habría dado todo por saber si eran amigas o enemigas, pero en ese instante no podía estar seguro de nada.

En las últimas etapas de su viaje comenzó a distinguir categorías para los horrores que presenciaba: vórtices de materia orgánica sin conexión con el plano físico, laberintos, racimos de prismas y formas geométricas aberrantes, combates cerrados por una pincelada de ortogonalidad entre cubos y planos, unicelulares y pluricelulares, protoplasma y estrellas...

El viaje astral se convirtió en un maremágnum de sensaciones. Las cosas que lo acompañaban no cesaban de cantarle verdades al oído, secretos que ningún elfo debió conocer nunca, y que por lo tanto se borraban de su memoria casi al mismo instante en que eran inscritas en ella.

Se estaba volviendo loco. Gracias al hechizo estaba accediendo a planos paralelos de la existencia que llevaban eones prisioneros tras velos de entropía. Cayó sin red a través de la telaraña que unía las realidades, destapando secretos, torbellinos delirantes donde dormitaban criaturas cuya sola percepción bastaba para invocarlas. Sargueras se tapó los ojos con las manos para tratar de no ver, pero fue inútil: los ojos se superponían a las manos, a la carne, a la tela de su túnica, y permanecían siempre abiertos, siempre atónitos ante lo que se ocultaba tras el telón de la cordura.

Para entonces, estaba casi convencido de que todo aquello no era más que un sueño terrible y muy realista. Pero hasta en los sueños más barrocos siempre hay una conexión con la realidad. Entonces se le ocurrió una idea: ¿era posible que fuera eso! Tal vez estaba en un lugar que conocía, sólo que lo veía a través del prisma equivocado. Era posible que aquellas columnas y aquellos ángulos fueran sólo la parte oculta de las cosas que siempre daba por sentadas.

Todo acabó con una zambullida, una sensación de frío extremo y falta de aire. Sargueras tardó casi un minuto en darse cuenta de que arriba no era arriba, sino abajo, y que para ascender había que sumergirse. Sus pulmones ya estaban a punto de estallar cuando sacó la cabeza fuera del agua.

Jadeando, se arrastró hasta salir del estanque de líquido negro. Vomitó algo oscuro que se revolvió con vida propia, causándole más arcadas. Aterrorizado, Sargueras procuró alejarse lo máximo posible de aquel horrendo lugar.

Examinó el terreno que se abría a su alrededor: todos los objetos presentes — orgánicos e inorgánicos— resultaban complejos de describir. Sólo escogiendo al azar

prefijos y sufijos de otras palabras y uniéndolos caóticamente podría lograr una adjetivación sincera, pero el mensaje resultante carecería de sentido, así que no lo intentó.

—¿Qué... qué lugar de demencia es éste...? —balbuceó retóricamente.

Para su sorpresa, alguien contestó.

—Es el mundo de origen de la Quimera.

Sargueras profirió un grito de terror, pero antes de alejarse demasiado algo lo sujetó por los pliegues de la túnica. Era una hermosa mano de mujer, blanca como la nieve, y estaba unida a un cuerpo alto (muy alto, casi tres metros desde los cabellos dorados hasta la suela de sus sandalias de alabastro), y extremadamente agraciado. Una visión celestial que se erguía, soberbia, en medio de aquel entorno de pesadilla.

Sargueras la reconoció, por supuesto, pero estaba tan impactado por la cadena de visiones de las que había sido testigo que no pudo sino arrodillarse y llorar en silencio.

—Levántate, elfo —dijo ella—, pues no es éste un lugar para derramar lágrimas. Éstas podrían ser interpretadas como una ofrenda, y no queremos mancillar la tierra.

—¿S... sois... v... vos? ¿De v... verdad lo sois...?

—Habéis recorrido un largo camino para llegar hasta aquí, tú y tu especie. Se os concede por tanto el honor de haber sido los primeros. Obtendrás la recompensa de la sabiduría, criatura, si prometes usarla como es tu deber, para preservar lo que una vez fue cierto y grande.

Sargueras se levantó, pero carecía de la fuerza de voluntad necesaria para mirar a la hermosa doncella a la cara.

—Laren Zalanthias, Dama de los Cien Caballos —gimió—, soy vuestro esclavo. Decidme qué puedo hacer por vos, y os aseguro que nada habrá en este mundo o en el otro que me impida cumplir vuestra voluntad.

—Debes regresar a tu mundo y recordar lo que aquí te ha sido revelado, elfo —dijo ella. Sargueras notó que, allá donde pisaba, la tierra impía trataba de revolve en su contra—. Prepara a los tuyos para nuestro regreso, pues el momento está próximo. La Quimera se ha encarnado en una manifestación física, pero aún debe recorrer mucho camino para recuperar plenamente su antiguo poder. Es débil, pero ni ella misma lo sabe. Está buscando el Crisol.

—¿El... Crisol?

—La piedra angular de su poder. Yace escondido en algún lugar del Preuniverso, pero se manifestará en tu plano a su debido tiempo. Eso es lo que la Quimera espera, y para cuyo advenimiento se prepara.

—¿Qué podemos hacer nosotros, humildes siervos de vuestra voluntad, para impedirlo?

—Tan sólo mira a tu alrededor y recuerda, elfo. —Su voz se diluyó al tiempo que el paisaje y ella misma desaparecían en una vorágine de isometrías desquiciadas—. Recuerda este lugar, para que puedas regresar a él...

Parpadeos. Luces. Sombras. Sargueras supo que estaba cayendo, y que su velocidad de escape apenas bastaba para propulsarlo fuera de la pesadilla. Una talla de bronce apareció en su mano: una moneda con un dragón rampante esculpido en bajorrelieve. Los planos fueron intercalándose y los mundos cambiando, pero algo se mantuvo fijo en su mente todo el tiempo. Un pensamiento.

La increíble alegría que colmaba su corazón por haber compartido aunque sólo fuese unos segundos de su miserable existencia con una diosa.

El dragón convocado surgió ejecutando una pirueta de la cueva, y se expandió en todas direcciones hasta alcanzar una envergadura de catorce metros. Su figura era como una esbelta cuña que volaba hendiendo las nubes bajas, asomando su cresta sagital por encima de éstas como la aleta de un tiburón.

Los panzers lo vieron revolotear entre sus filas con absoluta perplejidad. Sus pilotos cotejaron la señal del radar para comprobar que no estaban sufriendo una alucinación. Pero la criatura era muy real; un panzer que se aproximaba a tierra para depositar sus tropas fue el primero en descubrirlo. El reptil descendió en picado, emitió un poderoso rugido que sonó a colisión de trenes, y agarró la nave quimeriana entre sus zarpas, zarandeándola como si fuese un juguete. Los capitanes de las escuadras escorpícoras balbucearon unas órdenes inconexas, pero no pudieron evitar que el dragón destrozara la nave de descenso.

Los panzers que sobrevolaban la colonia no esperaron más: fijaron en el animal sus sistemas de cohetes, y el cielo se convirtió en un rosario de explosiones y metralla. Por unos instantes, una nube más pesada que el aire, compuesta de restos de la carbonización del napalm y escoria incandescente, descendió a razón de un centímetro por segundo a tierra. Luego, algo batió sus alas en el interior, provocando dos remolinos simétricos, y la nube se partió por la mitad. De su interior surgió la bestia, embistiendo con furia a las naves atacantes.

Los panzers eran vehículos de asalto, blindados contra ataques directos pero demasiado pesados para maniobrar con facilidad en atmósfera. Apenas pudieron virar, rompiendo la formación, cuando el animal penetró en sus filas. Sus garras destruyeron los motores de suspensión y varias naves se precipitaron a tierra, estrellándose como meteoritos. Una fue atrapada directamente entre sus fauces, y los gritos de la tripulación (y su breve descripción de cómo veían dantescos colmillos atravesar el casco y cerrarse sobre ellos) invadieron todos los canales.

Erik se mantuvo todo el tiempo junto a la nave de Sobek, asegurándose de que aterrizaba sano y salvo. A continuación se lanzó en pos del mirmidón de Velvek. Cambió de configuración, convirtiéndose de nuevo en caza, e inició la postcombustión. Sus toberas expulsaron un chorro de plasma y lo catapultaron a varios mach de velocidad hacia su enemigo.

Éste no permaneció quieto. Intuyendo el ataque, cambió también a modalidad

caza de combate y ejecutó medio tonel invertido. Erik obvió la visión que disfrutaba desde la carlinga y se concentró en el horizonte artificial: doscientos cincuenta grados de rotación y aumentando, a razón de noventa cada cuarto de segundo. Su nave giraba a velocidad frenética, expulsando bengalas antimisiles por la popa y tratando de ofrecer el blanco más complejo posible.

Velvek soltó un improperio y salió de la barrena, hostigado desde detrás y por abajo por el mirmidón de Erik. Ambos se deslizaron como proyectiles entre los panzers que quedaban en vuelo. Velvek fue el primero en romper el silencio de radio, casi al mismo tiempo en que volvía a hacer polvo la barrera del sonido:

—¿Por qué te empeñas en prolongar lo inevitable, Draven? —transmitió, la tensión grabada en la voz—. Sabes que estáis condenados.

—Hiketeia... —murmuró el fugitivo. Aquella palabra fue apenas un chasquido de estática en los oídos de Velvek, pero le hizo fruncir el ceño.

—¿Qué?

—He hecho una promesa de protección a esta gente, y eso es sagrado.

—¿Vas a dejarte matar por un absurdo juramento?

Erik sonrió, y en respuesta descargó una andanada de proyectiles explosivos sobre el panzer que tenía más cerca. La nave se cubrió de llamas y reventó, lanzando fragmentos de escorpícoras en todas direcciones.

El caza de Velvek cambió otra vez, volviendo a una forma híbrida entre mirmidón y caza. Sin perder excesiva velocidad, dos manos aparecieron bajo su panza y aferraron su montante lanzamisiles. Giró ciento ochenta grados de golpe, desafiando la inercia, y la presión casi partió las alas, pero logró colocar en la mira a Erik durante una fracción de segundo. Su dedo metálico se dobló sobre el gatillo. El cielo se convirtió en un infierno.

Erik sabía de qué estaban hechas aquellas balas («botellas de leche» de uranio empobrecido, como las llamaban los artilleros en su jerga). Y también que, a esa velocidad, no había blindaje que pudiera detenerlas. Si le alcanzaban, atravesarían al mirmidón como si estuviera hecho de paja. A menos que...

—... me improvise un escudo —acabó la frase en voz alta. Rozó el pedal de cambio de forma y volvió a ser un centurión de aspecto humanoide. No tomó, sin embargo, la precaución de pasar primero por la forma híbrida, como había hecho Velvek. No había tiempo: la presión del aire le rasgó las alas y las partió, arrojándolas lejos. El mirmidón ya no podría volver a cambiar de forma, pero su maniobra dio resultado. Aferró con sus poderosos brazos un panzer que trataba de ganar altitud y lo usó literalmente como escudo contra el torrente de disparos de su enemigo.

Detuvo casi todas las balas, y las que pasaron rebotaron contra el blindaje pectoral de su mirmidón. Velvek lanzó un juramento y se abalanzó sobre él, arrojando lejos el lanzamisiles e invocando el arma cuerpo a cuerpo principal de su máquina, una cimitarra telescópica que creció de su antebrazo. Si no podía alcanzar a Erik a distancia, lo partiría en dos con sus propias manos.

Aquél no se dejó amedrentar. Se quitó de encima el escudo y se preparó para la embestida. Trató de extraer su propia arma, pero una alarma le avisó de un fallo en los sistemas: el selector de armamento de *melée* estaba atascado.

Erik se humedeció los labios. Sólo le quedaba una posibilidad, pero era muy arriesgada. Si fallaba en lo más mínimo en la maniobra, quedaría al descubierto. Al ver el eco de Velvek en el radar, que se dirigía a su encuentro a gran velocidad, descartó todas las dudas y rozó el conmutador de las troneras.

Todo sucedió en dos segundos, pero ellos los percibieron como una eternidad: mientras el aparato de Velvek recorría los últimos metros y alzaba las manos, dispuesto a lanzarle una estocada mortal, el de Erik abría brazos y piernas, exponiéndose completamente... y despejando las troneras lanzacohetes. Eran montantes llenos de pequeños misiles-enjambre, útiles sólo a corto alcance, pues estaban diseñados para cubrir área, no para apuntar. En cuanto Velvek adivinó la maniobra, rió como un poseso: Erik estaba loco, o desesperado. Para un piloto era muy fácil esquivar un enjambre cuando lo veía venir, y aquella ocasión estaba más que clara.

En el último segundo, Erik disparó todos sus minicohetes. Una telaraña de estelas de impulso llenó su cono de visión, y desembocó en una cascada de pequeñas explosiones muy rápidas. Su mirmidón sintió la pérdida de peso de casi doscientos kilos, y sus propulsores ganaron en impulso, que él aprovechó para arrojar de cabeza hacia su enemigo.

Velvek sólo tuvo que variar unos grados su trayectoria para burlar el ataque de área. Negó con la cabeza ante la estupidez de su adversario.

—¿Estás desesperado, Draven? —se burló—. ¡No eres tan bueno como...!

No pudo acabar la frase.

La muralla de explosiones se partió en dos desde dentro, y el mirmidón de Erik surgió de la vorágine, encajando sus propios misiles, abriéndose paso a través de su propia barrera defensiva y sufriendo todo el daño de ésta, pero cogiendo por sorpresa a Velvek, que no esperaba semejante acción.

El aparato de Erik quedó muy dañado, casi al límite de su resistencia, pero pudo incrustar su puño en el pecho de su adversario, llegando hasta la cabina. Velvek ni siquiera tuvo noción del dolor en las décimas de segundo que el ariete tardó en aplastar su cuerpo.

O al menos así habría sido de no ser porque una décima de segundo antes de que el puño de su enemigo llegase hasta él, Velvek desapareció. Todo lo que su enemigo aplastó, sin saberlo, fue un sillón vacío.

Luego se separaron, y Erik rezó por que su robot aguantara al menos hasta tocar tierra.

—No es que yo sea bueno, es que tú no das para más —escupió.

Algo pasó a su izquierda. Era una forma grande, orgánica, sostenida por dos alas membranosas.

El dragón se dirigió a las capas altas de la atmósfera, habiendo limpiado de panzers los niveles inferiores. Erik lo contempló boquiabierto. Había captado su silueta en el radar táctico, pero las vicisitudes del combate le habían impedido verlo con sus propios ojos. Ahora que lo tenía delante, murmuró una plegaria y entendió a qué se refería Sargueras cuando sugirió que confiaran en la mitología.

¡Sargueras! Sobre la zona de la caverna habían llovido parte de los disparos de Velvek. Consternado, comprobó que algunos habían alcanzado directamente la ladera de la montaña, y que en ese preciso instante se estaba derrumbando. Sintió pena por el marqués, pero no tanta como la congoja que le invadió al mirar hacia arriba y ver cómo el panzer de Ronin era capturado por la nave insignia quimeriana.

El consejero Blikos consiguió, a duras penas, no quedarse boquiabierto. Un dragón, uno de verdad, luchando codo a codo con los insulsos colonos. Sería muy difícil explicar esta situación al mariscal Éremos..., si regresaba con vida al cuartel general.

—Preparen mi lanzadera —ordenó, mientras la figura mitológica se hacía más y más grande en el visor frontal, surcando los vientos hacia ellos—. ¡Baterías principales! —gritó en cuanto estuvo a tiro. Aún había una posibilidad de invertir las tornas.

El crucero *Amarr* descargó todo lo que tenía sobre el dragón, pero éste parecía protegido por una fuerza que poco tenía que ver con el mundo real. Su cuerpo fue atravesado por lanzas de rayos, enjambres de misiles y descargas de plasma, pero no sufrió excesivos daños. Se encaramó a la proa de la nave, aferrándose a ella con sus garras, y comenzó a destriparla a dentelladas.

¡A dentelladas!

Blikos no podía creerlo. Dragones. ¿Estaba viva la antigua especie? ¿No había sido exterminada por la Quimera hacía siglos? Debía regresar cuanto antes al cuartel general para informar a su amo. Sí, ésa era la razón. Informar.

De camino a la lanzadera de escape, se topó con dos escorpícoras que salían del hangar llevando a rastras a la capitana Ronin. Cuando sus miradas se cruzaron, ambos supieron quién era el otro, aunque no se hubiesen visto nunca antes.

—Lo que estás viviendo es el principio del fin —escupió Ronin, la cara medio cubierta de sangre—. ¿Estáis listos para morir por vuestro dios tanto como matáis por él?

Blikos la agarró del brazo y la llevó a rastras hasta su lanzadera. En el proceso de captura de su nave, la joven se había fracturado ese hueso, y chilló de dolor.

—Tú vendrás conmigo —decidió el consejero, histérico. Sentía temblar la superestructura de la nave a su alrededor, a medida que el dragón la despedazaba—. Tienes muchas cosas que explicarnos sobre lo que ha sucedido en este maldito planeta.

—¡Que te jodan! —gritó Ronin, al borde del desmayo. Blikos no se amilanó, y la

arrojó al interior de su nave de salvamento mientras inicializaba los sistemas.

—No te daré esa satisfacción, cariño —aseguró—. Pero tú sí me la darás a mí...

Puertas misteriosas

El descenso del mirmidón de Erik desde el cielo coincidió con el derrumbamiento de la caverna. Las piernas del enorme centurión metálico no daban más de sí, y se quebraron en cuanto tocaron tierra. El mirmidón cayó de bruces, y por unos instantes pareció que nada iba a surgir con vida de su interior.

La esclusa de emergencia se abrió, detonada, y Erik salió tosiendo. Estaba cubierto de una sustancia negra parecida a la ceniza, como si hubiese soportado un incendio, pero su cuerpo no mostraba quemaduras.

A pocos metros del mirmidón, la caverna vomitó un caudal de polvo que pronto se elevó como una espiral. Una figura completamente blanca se acercó a Erik, surgiendo de la bruma como un fantasma. Alzaba los brazos para demostrar que no llevaba armas.

El fugitivo sonrió. El aspecto que ofrecía el marqués Sargueras, cubierto hasta las cejas de polvo, con el pelo medio calcinado y las orejas mustias, era realmente cómico. El marqués llegó hasta su lado y ambos se sentaron en el suelo, apoyaron la espalda en el mirmidón, y miraron en silencio hacia la colonia.

Con la retirada de los últimos escorpícoras, el dragón se elevó con un poderoso batir de alas, emitió un rugido en lo que bien podía ser el canto del cisne de su extinta raza, y se desintegró de manera tan súbita como había aparecido. Los escorpícoras corrían en desbandada por la llanura, perseguidos por los animales de las granjas y sus enfebrecidos jinetes. A Erik le sorprendió la crueldad con que algunos campesinos, un día antes pacíficos y civilizados, trataban a sus enemigos. Había odio acumulado en sus corazones hacia los ejércitos de la Quimera, y muchas cuentas que saldar. Tal vez demasiadas.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —preguntó al marqués, fijándose en un extraño objeto que éste portaba en la mano: una moneda con la efigie de un dragón rampante.

El elfo se sacudió varios estratos de polvo de las puntiagudas orejas. Aún sentía el residuo elusivo de la unión mística dentro de él, llamándole. Intentó recobrarlo sin éxito. Quién sabía cuándo le sería permitido reanudar su cortejo con el infinito.

—Los viejos dioses están volviendo —fue su contestación.

—Bravo por la fe de los hombres y de los elfos. Es lo único que nos queda en tiempos de necesidad extrema.

Sargueras negó con la cabeza.

—No lo entiendes, Erik Draven. Cuando digo que los dioses vuelven, lo digo en sentido literal —afirmó—. Ése era el secreto que se mantenía oculto en este planeta.

Erik lo miró de reojo.

—Tenías razón, viejo. No lo entiendo.

—Verás. —Cogió aire. Lo que iba a explicar era complejo y su cabeza aún estaba

dolorida—. Hace milenios, durante lo que mi especie denomina el Evo Primordial, los dioses existieron físicamente en algunos planetas. Eran seres de enorme poder, de ciencia increíblemente avanzada, que acabaron desarrollando facultades precognitivas.

—¿Podían ver el futuro?

Sargueras asintió.

—Y más que eso. Podían augurar con exactitud su propia caída: el momento y las circunstancias en que su panteón sufriría el colapso, y cómo sobrevivir a él.

—Pero si sabían lo que iba a ocurrir..., ¿por qué no lo evitaron?

—Porque no podían. Estos seres, a los que eras después veneramos en castos altares, eran muy poderosos, pero no omnipotentes. Existían potencias en el universo que les sobrepasaban en número... o en inteligencia.

Erik tardó unos segundos en comprender a qué se refería.

—¡Estás hablando de la Quimera!

El tono de Sargueras se volvió lúgubre.

—Sí..., ya estaba allí cuando Glorien Zalanthias y su familia eligieron el destierro. Pero no pudo evitar que éstos urdieran un plan para un eventual retorno... si se daban las condiciones adecuadas.

—¿Qué condiciones eran ésas?

El marqués se despegó un mechón de pelo quemado de la frente.

—Quién sabe. Puede que el hecho de que las Nueve Especies evolucionaran lo suficiente como para salir de sus mundos y construir una organización pangaláctica. Ten en cuenta que elfos, enanos y hombres crecieron en planetas separados, con diferentes condiciones geológicas y biológicas. Tal vez... —Su mirada se volvió reflexiva—, los dioses supieran que, para criar estas especies, hacían falta mundos distintos. Por eso esperaron a que se reencontraran por sí mismas, una vez el desarrollo tecnológico lo permitiera, y formasen un crisol parecido al que existió antaño, en el albor de los tiempos.

—Una alianza contra la Quimera.

Sargueras miró al cielo.

—Más que eso: un legado. Con una finalidad que aún no nos ha sido revelada.

—¿Y por qué motivo esperó la Quimera tanto tiempo para manifestarse? —Erik compuso una mueca de incredulidad—. Tus teorías son intrigantes, anciano, pero están llenas de incoherencias. Si yo fuese un dios de inmenso poder destructivo, y supiese que mis enemigos urdían un plan maestro, no esperaría de brazos cruzados a que éste estuviera tan avanzado como para suponer una amenaza. —Cerró el puño como un cascanueces—. Actuaría antes, y lo frustraría durante su misma gestación.

—Es que no lo sabía. —Sargueras apretó los párpados, luchando contra la migraña—. La Quimera era inmensamente poderosa, más que la familia de Zalanthias en pleno, pero había algo que no podía hacer.

—¿El qué?

—Ver el futuro. La precognición estaba más allá de sus facultades, y ése era el as en la manga de sus rivales.

—Eso no explica por qué este mundo fue terraformado. Si el panteón arquetípico quería ser redescubierto, ¿por qué no mandarnos una señal directa? ¿Por qué terraformar todo un mundo y escribir mensajes en el agua?

—Para que nos diéramos cuenta de su poder. Y para que lo habitemos. Puede que su gran plan incluya, por algún motivo que desconocemos, que nos establezcamos en este lugar preciso y no perdamos tiempo volviéndolo habitable. Ellos ya hicieron ese trabajo por nosotros, y nuestra labor consiste en averiguar por qué.

—Pero ¿qué significó aquel estallido de energía que mutó a los no humanos?

—¡No los mutó! ¿No te das cuenta? De alguna forma, lo que aquella misteriosa energía hizo fue recuperar facultades que esas especies habían perdido tras interminables eones de desarrollo. La capacidad para despertar poderes latentes en nuestro ADN se extendió por la red de puertas, y dentro de poco afectará a la totalidad de las Nueve Especies. Hasta los humanos cambiarán, aunque no sé cómo. Es un regalo.

Erik recibió esa última palabra con desdén.

—Cuidado con lo que dices, marqués. Un regalo no deseado es una maldición.

Sargueras chasqueó los dedos, como si su cerebro, pese al dolor, fuese incapaz de detener la secuencia lógica de razonamientos:

—¡Transformaciones! ¡Claro! Son posibles porque procedemos de un tronco común. Eso explica por qué las Nueve Especies nos parecemos tanto a nivel fisiológico. ¿Nunca te has preguntado por qué todos somos bípedos, tanto enanos como elfos como hombres, pese a haber crecido en planetas dispares? ¿Qué nos ha llevado a respirar la misma mezcla de gases, a acostumbrarnos al mismo tirón de gravedad, o a que nuestros cerebros operen con mecánicas neuronales paralelas? ¿Nunca has rebuscado en tu fracción de memoria colectiva por un único origen troncal, debido tal vez a la ingeniería genética de una civilización olvidada?

—Me lo he preguntado demasiadas veces.

Hastiado de las explicaciones, Erik se levantó. Ayudó a Sargueras a incorporarse y echó a andar en dirección a la colonia. No se dirigía exactamente hacia ésta, sino al campo de aterrizaje de las naves de los escorpícoras, donde aún subsistía un aparato lo suficientemente entero como para poder despegar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Sargueras, acoplándose a su paso.

—Esto aún no ha acabado —afirmó Erik—. Esos bastardos tienen a Ronin.

El marqués esbozó una sonrisa.

—Entonces yo tenía razón.

—¿Qué estás insinuando, vejstorio?

—Que el amor es una fuerza muy poderosa. Tanto o más que las bombas de los quimerianos.

Erik se detuvo en seco. Caviló en silencio y luego siguió caminando más rápido.

—Cállate antes de que hunda tu aristocrático culo en uno de esos barrancos.

—Ya, ya... —comentó el marqués, divertido—. La negación es el primer paso de los actos desinteresados.

Erik llegó hasta la nave quimeriana, un monoplaza de ataque. Saltó a la carlinga, arrojó fuera el cadáver del piloto sin miramientos, y se ciñó los cinturones de seguridad. Comprobó que los sistemas estaban en perfecto estado (salvo una abolladura en el estabilizador de babor, consecuencia de algún impacto directo, pero que no suponía grandes problemas), y encendió el motor. La potencia de los campos antigrav echó hacia atrás lo que quedaba de la melena de Sargueras.

—Si te vas, no podrás regresar nunca a este sistema —dijo éste.

—¿Por qué no?

—La puerta que nos trajo dejará de funcionar en breve. No me preguntes por qué ni cómo, pero es así. Nos quedaremos aislados aquí para siempre, pero al menos impedirá que la Quimera alcance este lugar.

—Odio a los sabelotodos.

—Eso también lo sé —rió.

—Apártate o te quemarás.

—¡Espera! —El marqués se apoyó en la carlinga, impidiendo que el cristal se cerrara—. Sé que ocultas un secreto, Erik. Algo muy importante que incluso la Quimera teme. Eso te convierte en alguien muy especial.

El fugitivo resopló.

—Te diré en qué consiste ese secreto, viejo: es una maldición que me ha perseguido durante toda mi vida. Ignoro de qué se trata, pero a estas alturas lo único que anhelo es librarme de él. Mandarlo al cuerno junto con sus sacrosantas implicaciones. Eso que «me hace tan especial» ya me ha causado suficiente daño.

—Un regalo no deseado es una maldición —rememoró Sargueras.

—Lo has cogido.

—Erik..., creo que debo avisarte. He visto algo sobre Ronin y tú en la caverna. Si vas a buscarla ahora, tal decisión supondrá un punto de inflexión en tu destino. Ya no podrás huir nunca más. Las alas del dragón sellarán tu destino, y será una niña quien las porte.

Erik lo pensó en profundidad, ponderando los diversos caminos que se abrían ante él, y al final decidió:

—Todo hombre debe dejar de correr en algún momento.

Y cerró la carlinga. Sargueras se retiró, viéndolo despegar y perderse entre las nubes, en dirección a la puerta. Por un instante, hasta se sintió sobrecogido por su determinación.

—Pobre loco —murmuró—. Vas a enfrentarte tú sólo al ejército más poderoso de la galaxia por rescatar a una simple mujer. —A continuación metió las manos en los bolsillos de la túnica y repitió—: Un miserable loco, eso es... Locura es lo que más nos hace falta en estos momentos.

Silbando una alegre tonada que había aprendido de niño (una loa a los viejos dioses), desandó paseando el camino que llevaba hasta la colonia, donde su fiel complemento mecánico le esperaba con los brazos abiertos.

—¿Cómo va todo, señor? —preguntó Trobis, mostrándole dos banderolas del sol naciente.

Sargueras alzó los brazos.

—¡Va de maravilla! Si tan sólo estos hechos asombrosos hubieran ocurrido una generación antes, y nuestro linaje se hubiese visto involucrado en ellos...

—Señor —advirtió el robot, tirándole de la túnica.

—... ¡habríamos tenido acceso a un poder como jamás soñamos! ¡La Quimera no nos habría expulsado de nuestros mundos y..., muah, jah, jah!

—Señor —insistió Trobis. Sargueras se volvió colérico hacia él.

—¿¡Qué!?! —gritó.

—Se está poniendo dramático otra vez, señor. Recuerde que prometió eliminar ese rasgo de su personalidad cuando...

Sargueras se tranquilizó.

—Ah, sí..., gracias, Trobis. A veces me dejo llevar por los antiguos vicios. —Le puso la mano en la oronda cabeza y ambos caminaron de regreso a la colonia—. ¿Sabes, pequeño? Se acercan tiempos muy interesantes, en los que quizás haya hueco para un antiguo jerarca élfico con delirios de grandeza y su pequeño robot protocolario.

—Eso espero, señor —convino Trobis, sacando más banderolas—. Eso espero...

Epílogo

Siempre hay una nueva búsqueda

Llueve otra vez.

La incantatriz Haru Iyasai se asomó al balcón de su alcoba. Desde allí divisaba un magnífico panorama de la Isla Siempreazul y el diamantino mar que la rodeaba. Su familiar, una pequeña manta voladora con la panza llena de circuitos, se le posó en el hombro y preguntó:

—¿No va a parar nunca?

—Cuando el tiempo termine —respondió Haru.

Un grupo de arcoiris en tonos esmeraldinos se concatenaba al sureste, sobre las pequeñas islas que, órbita tras órbita, se desgranaban perezosamente de la costa. Las altas Torres Colectoras brillaban sobre ellas como lanzas de oro clavadas en la superficie del mundo. La primera vez que Haru vio aquel mundo experimentó una sensación próxima a la maravilla, y aun habiendo transcurrido todas aquellas décadas, había días en que la sensación era la misma.

Una tonadilla entonó su nombre en la quinta estrofa. La estaban llamando para que se uniera a sus hermanas en el ritual de acceso al conocimiento. Ella observó mientras su aliento se convertía en bruma, borrando el presente, y tuvo la sensación de que la torre que se erguía a sus pies se llenaba de fantasmas.

—Debemos ir —la urgió el familiar—. Nos requiere el concilio de madres superiores.

—Puedo oírlas.

—¡Haru! ¡Haru!

La pequeña Volon, su aprendiz, trepó a toda prisa por los escalones y entró en su alcoba. Brotando de sus omóplatos, bajo la camiseta transparente, ya se apreciaban los bultos gemelos que, con el tiempo, irían creciendo hasta convertirse en unas magníficas alas de dragón, pero por ahora no eran más que extensiones de hueso con forma de cuerno.

—¿Qué ocurre, Volon? ¿A qué vienen esas prisas? Te he dicho muchas veces que...

—... una señorita debe comportarse —la niña dotó a la frase de la pesadez de una letanía. Luego recobró su entusiasmo y anunció—: ¡Debe venir ahora mismo, maestra Haru! Él está saliendo por la videopantalla.

—¿Él? ¿Quién?

—¡Vultar!

Vultar. Tragó aquella palabra como una hogaza de pan seco. Si había alguien a quien desde luego no deseaba ver en ese momento era al líder de los Naturales, una secta compuesta por fanáticos integristas que odiaban la tecnología. Haru siempre se había preguntado por qué, si tan tecnófobos eran, usaban la red de televisión para

difundir sus mensajes. ¿Por qué no quemaban unas cuantas ramas y volvían a las señales de humo, si tanto les fastidiaba la ciencia?

La incantatriz siguió a la niña escalera abajo. Ella podía volar, por supuesto, pero prefería usar los pasillos internos de la torre para no desagradar a la ingente cantidad de acólitos que aún no lo habían conseguido. Recordó sus tiempos de aprendiz, cuando tenía poco más de la edad de Volon. Se acordó de sus prácticas en gravedad cero, con su faldita azul y el sempiterno hilo de saliva colgando de los labios. Recordó sus evoluciones a pocos metros del suelo, su deseo clavado en el cielo, y un jefe de grupo gritándoles órdenes y focalizando su anhelo. Habían sido días hermosos.

Desde entonces la Orden se había fragmentado, astillada como un espejo incapaz de aguantar el embate de la tempestad. ¡La tempestad de las ideologías! Tal vez fuese culpa de la generación anterior, o de la suya, o de la siguiente... Tal vez no hubiese culpables. Lo cierto era que varios cismas consecutivos habían deshecho algo que antiguamente era poderoso y eficiente, volviéndolo pequeño y limitado. Ni siquiera una venerable de rango doce como Haru era capaz de mensurar con objetividad las consecuencias del desastre.

Vultar era una de esas consecuencias, un antiguo acólito que quiso volar más alto que sus maestros y acabó chocando contra el cielo. Y no fue el único.

Allí estaba, dominando la videopantalla del gran salón de reuniones. Las mujeres le escuchaban con una mezcla de temor y fascinación. Su voz seguía poseyendo el tono sosegado pero categórico que tan elocuentes hacía parecer sus argumentos, aunque en el fondo no tuviesen sentido. Su expresión, escondida tras el lacio pelo negro y las arrugas, denotaba esa determinación fanática de los que han visto algo radical que ha cambiado su existencia y ya no les permite volver atrás.

—... de esta manera yo os confirmo, hermanos, que la Quimera es la encarnación de Dios para esta época —decía—. Es la aglutinación de los panteones antiguos, de los rezos y plegarias de miles de generaciones de fieles. Combatirla es inútil, pues no se puede luchar contra aquello que está más allá de nuestra comprensión. Rindámonos a sus deseos, hermanos, y yo os prometo que...

—Que sigues siendo tan estúpido como cuando eras un acólito —masculló Haru, acercándose al grupo de las madres superiores. Éstas la saludaron.

—No deberíamos dejar que las jóvenes vieran esto —opinó la anciana Eveini, replegando las membranosas alas de sierpe esmeralda—. Sus mentes aún no están vacunadas contra la desidia, y son influenciables.

—¿Acaso lo estamos nosotras? Me gustaría afirmar que como santas guardianas de los secretos del Dragón somos inmunes a los celos y la pasión, pero sé que no es cierto. Cuanto más poderoso se vuelve un ente racional, más sujeto se encuentra al error.

—Cierto, pero hacemos lo que podemos por no fallar. La única herramienta de que disponemos para discernir el camino correcto del erróneo es nuestra sabiduría.

—Y sabemos de sobra que no es perfecta. ¿Acaso fuimos capaces de prever la traición de Vultar? Hasta que él cambió de bando, no podíamos imaginar que un guardián del Dragón pudiera traicionar hasta tal punto sus creencias.

Las manos de Eveini eran puños en los bolsillos de su túnica.

—Haru, eres la más sabia de la nueva generación de madres superiores. Supiste ver mucho antes de que se produjera que podía haber disensiones en nuestras filas, y no te hicimos caso. Si hubiésemos escuchado entonces...

—Probablemente no habría cambiado nada —suspiró—. Vultar ya tenía la semilla del odio instalada en su corazón cuando conoció a la Quimera. Ésta no hizo otra cosa que avivarla.

—Menos mal que te tenemos a ti. Con tu rectitud y pureza de corazón, sabemos que la Orden cuenta con una garantía de cara al futuro.

Haru se sonrojó. Las alabanzas de Eveini no eran habituales, y menos en público.

—Os lo agradezco, madre, pero yo también soy humana. Puede que no sea tan merecedora de los halagos como vos creéis.

La anciana levantó un dedo sarmentoso.

—Escuchad, nos llama el Gran Orbe. Es hora de establecer contacto con el espíritu del Dragón Ancestral. Ojalá su sabiduría nos ilumine en esta hora aciaga.

Haru escuchó la señal de la torre. Cinco campanadas suspendidas en un velo, muy lejanas; parecía como si el tañido fuera el origen de un sueño fabulado a mil kilómetros.

—Id vosotras, yo os alcanzaré en seguida —dijo Haru, separándose del grupo de mujeres. Cada una extendía ya las alas cromáticas, que eran a la vez regalo del Dragón a sus siervas y señal del nivel de maestría en las artes secretas que había alcanzado cada una: verde para las focalizadoras del conocimiento, azul para las que volaban alto, rojo para las que controlaban las poderosas energías de radiancia, negro para las guardianas de los últimos sellos.

Eveini alzó el vuelo y encabezó la procesión a la Torre del Orbe. Haru vio cómo sus hermanas adoptaban una formación triangular y se hacían más y más pequeñas en el amplio cielo azul. Había dejado de llover.

Meditabunda, se retiró a sus habitaciones. La pequeña Volon la alcanzó en la escalinata.

—¡Haru! ¿Por qué no te has ido con ellas? —preguntó con inocencia.

—Debo hacer algo antes. Regresa con las demás niñas; ya tendremos tiempo para jugar después.

Volon aceptó de mala gana. Lo cierto era que, ya fuese por sus obligaciones como madre superiora o por cualquier otra cuestión, Haru cada vez tenía menos tiempo para estar con ella, y eso la entristecía.

La incantatriz se encerró en su alcoba, echando el pestillo. Cuando se aseguró de que Volon había vuelto al salón principal y nadie más andaba por los pasillos, se asomó al balcón. Abrió las alas negras y entonó un cántico.

La respuesta fue casi inmediata. El cybergólem disipó su campo de ocultación y se hizo visible, flotando en el aire a menos de tres metros de ella. Había algo antinatural en su aspecto, algo ofensivo para la vida. Estructuras primitivas y aberrantes marañas de equipo oxidado, pudriéndose unas sobre otras, se mantenían soldadas a un cuerpo esférico. No había forma de hacer cuadrar su fealdad, y aunque Haru se sintió impelida a analizar su funcionamiento por una especie de horrorizada fascinación, decidió mantenerse a distancia.

—Estoy aquí para entregar mi informe —anunció. El cybergólem expulsó algunos chorros de vapor, pero no emitió sonidos inteligibles—. El Orbe está a punto de hablar. Vultar ha puesto nerviosas a las madres superiores. No puedo prever cómo reaccionará el consejo, pero me sentiría decepcionada si no votasen a favor de una acción directa.

—Excelente —chirrió una voz metálica que nacía en el interior del monstruo—. Tus alas brunas te garantizan el acceso al interior de la Torre del Orbe. Queremos que extraigas parte de su fuerza vital, lo suficiente para debilitar sus defensas.

—Yo... no sé si podré...

—Haz lo que se te ordena, Haru Iyasai, y puede que seas la única en esquivar el terrible destino que la Quimera tiene reservado para tus hermanas.

La rodilla de la mujer provocó un ruido sordo al hincarse en el suelo.

—Loada sea la Quimera. Que su gracia nos alcance y proteja del desorden y la entropía del Preuniverso.

Con un zumbido, el artefacto comprimió la luz que incidía sobre él como un óleo acuoso y Haru volvió a estar sola. Permaneció arrodillada unos segundos, mientras su mente trataba de poner en orden sus prioridades.

«Entrar en la Torre. Profanar el recinto sagrado y robar una porción de la fuerza vital del Dragón, de su esencia más pura. No será fácil».

Extendió las alas y se lanzó al vacío. Tras una caída de diez metros para coger impulso, remontó el vuelo con una pirueta y puso rumbo a la Torre. Todavía oía el tañido de sus campanas. El sol naranja que iluminaba Phaedra, el mundo secreto de las adoradoras del Dragón, se ponía allá donde la tierra fundía su contorno con el cielo infinito.

Estaba a punto de traicionar un plan que llevaba gestándose desde el inicio de los tiempos, y no sentía nada. Ni culpabilidad, ni remordimiento..., nada. Sólo una profunda admiración hacia el plan maestro de sus amos y la convicción de que, por mucho poder que su némesis hubiese tenido en épocas pretéritas, ahora no era más que una sombra de sí mismo. El Dragón había logrado desterrar a la Quimera al Preuniverso antes de morir, pero ya no quedaba nadie con capacidad de emular tal hazaña.

Haru batió con orgullo las alas. Una era gloriosa estaba a punto de inaugurarse, y ella, como muchos devotos, se mantendría en primera fila para disfrutar del favor del nuevo y único dios.

La Quimera.

SEGUNDA PARTE

LA SOMBRA DE LA QUIMERA

Párrafos iniciales del diario de Nylkon Vultamar (abreviado)

Estos párrafos prologan las *Crónicas de Phaedra*, legadas en forma de diario por el secretario de la Orden del Dragón Nylkon Vultamar, confidente de la sierpe dorada, bisnieto del Patriarca Qomel: «Estoy mirando la gota de tinta que tras caer de la pluma ha manchado la hoja. A espaldas mías, los otros cronistas me llaman loco, anticuado, ineficaz..., un montón de apelativos que condenan el desperdicio de tiempo que supone escribir a mano, como se hacía antiguamente, en lugar de con un glosopex automático. Me da igual: que piensen lo que quieran. Como en toda larga crónica, lo que importa no es la meta, sino el viaje.

»La gota en la página. El pequeño marjal de negrura en medio de una inmensidad blanca. Está ahí porque yo estoy indeciso: no sé por qué parte de la historia empezar. Cierto es que los acontecimientos a los que voy a hacer referencia tienen muchos principios, y elegir uno cualquiera no pasa de ser una decisión arbitraria..., pero aun así lo voy a hacer. Voy a encomendarme a la Musa, y ya decidirá el destino si tomé las decisiones adecuadas.

»Mi punto de partida será la propia Phaedra. Oh, tierra de gigantes, que caíste desde lo alto cual titán derribado por el divino rayo. Fuiste hermosa y próspera en otra época, centurias atrás, cuando la locura aún no había invadido los corazones de las débiles criaturas que te poblaban. Soy lo suficientemente viejo como para recordar un tiempo, antes de la hecatombe, en que no llovía de manera incesante en los desiertos, ni se habían evaporado los polos, ni las arenas del mutagén pudrían llenando de monstruos las selvas. Una época en que las torres de la orgullosa ciudad de Janus todavía eran bellas y libres de corrupción, y sus gentes no habían sucumbido a la influencia de la Quimera.

»Tiempos oscuros nos toca vivir, e incluso mi Orden, otrora tenaz y orgullosa, se ve obligada a refugiarse en el confín del mundo, protegida por el escaso poder que nos resta del espíritu del Dragón. Cada mañana me levanto anhelando una utopía: que vuelvan los viejos tiempos, cuando reinaba la paz y no la guerra. Cuando podíamos mirar a los bellos horizontes sin pensar en el horror que se oculta más allá. Pero su propio nombre encierra la trampa: utopía. Sueño imposible. ¿O tal vez no? Los jóvenes ya no creen en la esperanza, así que ésta se ha convertido en un tesoro de los ancianos.

»Sin embargo, toda acción genera una reacción. Incluso el horror de la Quimera se puede combatir, a pesar de que nadie crea en ello. Así pues, estoy convencido de la inminencia de pequeños esfuerzos aislados, cuya suma puede desembocar en un movimiento poderoso. Se me ha permitido conocer la existencia de tres personas cuyos destinos parecen insignificantes... pero acabarán por cruzarse, y algo nacerá de esa fusión. Arropado por rituales de videncia, he visto a un guerrero lleno de

violencia y amargura que busca su destino; junto a él, la silueta de una joven que carga con la responsabilidad del mando, pese a su corta edad; y también a un hombre santo, que repudia todo lo que implica el derramamiento de sangre, así como la angustia de la soledad. Gente dispersa que individualmente no son nada, pero que en conjunto forman una *gestalt* sublime.

»Y sus destinos, cuando se unan, desatarán cambios irrevocables en la estructura de las cosas».

1

Madeiras

Escuela obligatoria de virtudes quimerianas, orfanato para huérfanos de guerra, planeta Ursis

Media esfera solar pugnaba por escapar del horizonte. Su resplandor se derramaba sobre las ventanas del ala sur de la escuela (dada la exagerada inclinación de los polos magnéticos de Ursis, el sol salía por el sur en lugar de por el este, al menos en lo que competía a la brújula), iluminando el libro de texto de Puro. El joven, vestido con el uniforme gris y verde diseñado para los alumnos de su edad, miraba aburrido a través del ventanal, ignorando en la medida de lo posible las explicaciones de su profesor. Ya había escuchado aquella perorata cientos de veces: que si los Mundos Unidos son un peligro, que si su sistema político es una amenaza para todas las personas libres de la galaxia, que al no aislar unas especies de otras crean una sociedad llena de inmundicia y corrupción..., bla bla bla. El discurso de siempre.

Desde pequeño, Puro se había imaginado a los habitantes de los Mundos Unidos como una sociedad de depravados. Elfos, enanos y hombres copulando entre ellos sin vergüenza, manchándose de podrido cosmopolitismo, diluyendo la belleza de sus culturas en una amalgama de influencias. Era asqueroso. Sólo pensar que un esposo-institución humano podía elegir a una esposa-institución elfa o (puag) enana... Se le revolvían las tripas.

Y lo peor era que todas estas especies eran genéticamente compatibles. ¿Por qué la naturaleza las había creado así, y no mutuamente infértiles, como merecían sus hábitos de comportamiento? Tal vez el profesor tuviese razón, y el plan de la Quimera para eliminar a todas las subespecies de la galaxia y devolver el poderío a los humanos fuese la única forma de asegurar el orden moral.

Moral. Un concepto que desconocían aquellos malditos degenerados, pero que ellos aprendían a fuego desde que eran infantes en sus sacrosantas aulas.

El maestro dio una palmada en la mesa. Puro, así como otra media docena de alumnos, salió de su ensimismamiento. Contestaron a coro «sí, señor profesor», y bajaron las cabezas medio grado.

—Y no olvidéis, muchachos —apuntaló el maestro, como remate final de su sermón—, que el orden universal se basa en el respeto por las tradiciones; esto es, en la comprensión de los pábulos legados por nuestros antepasados y los motivos por los que fueron establecidos. ¡Aunque jamás debemos investigar sus orígenes! La curiosidad hacia el porqué de las cosas sólo conduce a la decepción y al desánimo, pues sólo la divina Quimera lo sabe todo, y ése es un don que está vedado al ser humano. La Historia sólo tiene sentido en tanto compete a nuestros padres y abuelos, pero... ¿qué hay más allá?

Los niños alzaron una sola voz:

—Únicamente caos e ignorancia.

—Exacto. Eso demuestra que estudiar el pasado es un error. Debe importarnos sólo el presente, pero sin olvidar cuáles son los cimientos que lo hacen posible. ¿Cuáles son los cimientos que hacen posible el presente?

Los niños volvieron a responder:

—La tradición y el respeto hacia la Quimera.

—Muy bien —se enorgulleció el maestro—. Así me gusta, niños. Ahora abrid vuestro libro por la página virtual trescientos doce, epígrafe «justicia y absolutismo». Vamos a estudiar en profundidad qué significan estos dos conceptos.

El maestro no llegó a rozar la página holográfica de su libro. Una sombra se abalanzó contra la puerta del aula, destrozándola en un caos de astillas de madera. Los niños chillaron y se acurrucaron bajo sus pupitres, como les habían enseñado en caso de bombardeo enemigo. El maestro reuló dos pasos y chocó contra la pared, tirando al suelo el proyector. Un cuerpo humano había sido lanzado a través de la puerta y había caído en pleno centro de su mesa.

Una segunda figura entró caminando en el aula. Era alta y musculosa, de espaldas tan anchas que apenas cabía por el umbral. Agarró sin miramientos al hombre y lo sostuvo en el aire, observándole con desprecio. El maestro reconoció a la víctima: era Daniel Spengo, director de la escuela y doctor en políticas de supresión. Su familiar cicatriz, que le recorría el rostro en mudo recuerdo de un pasado en la Armada, estaba de nuevo abierta.

Su agresor formuló una pregunta, apenas un susurro:

—El crucero *Amarr*. La próxima vez que lo pregunte no seré tan amable: ¿quién lo comandaba en su última misión?

El director Spengo le escupió en la cara.

—Q... que te j... jodan.

El culturista lo alzó sobre la cabeza y lo arrojó sin esfuerzo al otro extremo del aula. El director cayó sobre los bancos de los alumnos, que continuaban chillando asustados. El crujido de sus costillas pudo oírse con claridad al segundo rebote.

—¡Alto! —suplicó Spengo—. Basta, por favor...

El extraño lo volvió a levantar, presionando en sus costillas. Entre gritos de dolor, Spengo articuló una palabra:

—¡S... Santaria! ¡San... taria!

Domo de placer Santaria, decimoquinto nivel de estimulación, anillo orbital Quiros

El cielo que hay un centenar de kilómetros más abajo parece herido, lesionado, como si una bestia hubiese vertido sangrientas entrañas de nubes. El anillo orbital, sin embargo, reluce como un círculo de metálica perfección; limpio, impoluto. Un

varadero para personalidades adineradas, incomparables a los refugiados de guerra que sobreviven como pueden en la superficie del planeta.

Plaknos Éribor disfrutaba de esa sensación. Se regocijaba sintiéndose superior, y no sólo por mirar a través de la ventanilla y pensar en cuánto sufrimiento y horror se desataban bajo sus pies mientras él saboreaba un refrescante vino urkrosh, sino porque había ganado mucho dinero durante las campañas militares y ahora podía permitirse el lujo de gastarlo. El «Azote de Krum», lo llamaban sus víctimas; un mote que a él le encantaba. Pero la época de los genocidios realizados como ofrenda a la Quimera había terminado, y era el momento de cosechar beneficios.

La luz que escapaba de la cámara de placeres tenía un extraño matiz, como si no fuese producto de la combustión de un gas dentro de una lámpara, sino de la pasión que las prostitutas (no debía llamarlas así, recordó: según las normas del Domo, eran «especialistas en sensaciones») desplegaban con sus clientes.

Entre gemidos y susurros se colaban imprecaciones y súplicas. Cada cual tenía su propia forma de divertirse, y aquellas chicas estaban entrenadas para responder de manera profesional a todas ellas.

Unas notas reverberaron en el aire. Era su canción, la forma que el Domo tenía de indicarle que su turno de placer había llegado. Plaknos se levantó; dejó la copa en la mesita de caoba y se ciñó el cinturón. Después de comer siempre se lo destrababa un poco, pero las chicas eran muy estrictas con la indumentaria de los clientes: éstos siempre comenzaban los rituales vestidos y oliendo a perfume. Lo que sucediera después, era cosa de cada cual.

Coros de tics y tacs y pixies de alas sonrosadas le escoltaron hasta una puerta dorada. Junto a ella aguardaban cuatro mujeres reclinadas en sus tumbonas, abanicándose, cada una con un sirviente a la espalda. Repararon en que Plaknos las miraba, y un revoloteo de risas surgió de detrás de los abanicos.

Tras la puerta aguardaba una habitación que parecía un diamante contemplado desde dentro: paredes de cristal con forma de ataúdes verticales que mantenían a raya un éter naranja.

Plaknos anticipó el sabor acaramelado que éste dejaría en su garganta antes de transportarle a un mundo de sensaciones sin límite. Se frotó las manos, nervioso, y presionó el conmutador.

—Vamos, preciosa —dijo, mirando al cristal que tenía justo enfrente—. Muéstrame lo que sabes hacer...

Una forma oscura se removió en el gas. Plaknos acercó el rostro al cristal, tratando de distinguir los detalles. Su ritual preferido comenzaba así: una hermosa mano de mujer se hacía visible mediante holocampos, invitándole a entrar. Una mano cuyos dedos ya se intuían, sensuales, a apenas dos centímetros de su piel...

El puño atravesó el cristal con una explosión sorda. Aferró a Plaknos por el pescuezo y se cerró como una tenaza, haciéndole daño. No era una mano de mujer.

Asustado, el excapitán de la flota quimeriana trató de gritar, pero su laringe estaba

medio aplastada. Los gorjeos que se le escaparon de la boca no se parecían en nada a la palabra de control que tenía asignada (una para cada cliente y ocasión, como rezaban los libelos del Domo), y que dispararía el sistema de alarma.

Una voz preguntó:

—¿Eres el capitán del crucero de combate *Amarr*?

Plaknos se retorció, pero la presa sólo se hizo más fuerte. La mano que estaba a punto de triturarle la nuez se movió en vertical, levantándolo del suelo. A medida que se alzaba, el cristal se iba astillando contra ella como si fuese de papel.

Acongojado, Plaknos tartamudeó:

—E... estoy... retirado... Lo juro.

—¿Quién comandó la última misión del *Amarr*?

—El... el consejero Blikos...

Silencio durante tres segundos.

—Blikos. ¿Te refieres al ayudante del mariscal Éremos?

Plaknos trató de asentir, pero no podía mover la cabeza más que unos centímetros.

—Ssss... El consejero me relevó bajo la ordenanza de máxima prioridad... No sé adónde llevaron el *Amarr*, pero hace una semana ingresó en los astilleros de...

—Lo sé —interrumpió la voz. El quimeriano pensó que sus vértebras iban a romperse—. ¿Cómo puedo encontrar a ese Blikos? Más te vale que no me mientas o...

—¡Te juro por la Quimera que no lo sé! Pero hay... un hombre.

—¿Qué hombre?

—Un ministro de concordia... Su certificación de seguridad se tramita en Spydra. Blikos requiere de sus servicios cada vez que renueva su implante de karma.

—¿Un implante cerebral?

—Sí, lo necesita para aplacar las voces —sollozó Plaknos—. Por favor, créeme. Es todo lo que sé.

—Te creo —asintió el extraño, y apretó el cuello del Azote de Krum hasta el final.

Centro de mando quimeriano, puesto avanzado Irenus, planeta Spydra

La torre de control identificó el tipo de nave y su cargamento mientras se posaba en la pista. Era un balandro ligero de clase Escorpio, triplaza, con bandera digital de Santaria. No venían muchos como éstos al planeta Spydra, y menos trayendo a toda una inspectora de tercera clase con rango de coronel.

El teniente al cargo de la dotación, un hombre de cuarenta órbitas y mirada incómoda apellidado Rekva, contempló posarse la nave desde el ventanal de la torre, y cómo bajaba de ella su única tripulante.

Estas cosas le enervaban: ¿por qué tenía que molestarles la administración con inspecciones no programadas? La eficacia del puesto quimeriano de Spydra era de sobra conocida, lo que volvía redundante la vigilancia. Además, era la primera vez que ocurría algo así.

La inspectora caminó hacia la torre. El familiar paisaje volcánico del planeta se extendía como un páramo de lava y cráteres activos a su alrededor. Hierba metálica hecha de cortas espículas destellaba con electricidad estática, alimentándose del campo magnético desatado de Spydra. La inspectora, una mujer de orondas formas, se agachó para acariciar los tallos. Sus dedos resbalaron por el metal, sintiendo los enveses de delicada chapa, la rectitud simple y hermosa de sus raíces.

—Desplieguen el puente —ordenó Rekva.

Uno de sus hombres apretó un botón y el puente levadizo que unía la pista de aterrizaje con la torre se descorrió. La inspectora estiró las rodillas trabajosamente y siguió andando. Era una mujer enorme, más de ciento veinte kilos de frialdad administrativa adornados con un tul rojo. El pelo, peinado en tirabuzones, no hacía sino resaltar la impasividad de su cara.

La mujer cruzó el puente y entró en el ascensor. Rekva se preparó para recibirla, estirándose las puntas de la casaca y lustrándose un poco los galones. Debía causar buena impresión si no quería que las inspecciones sorpresa se repitieran.

—Ahora, comportémonos como si no ocurriese nada —instruyó a sus subordinados—. Quiero rapidez y energía. Que se note la marcialidad.

Los hombres estiraron sutilmente sus cuellos. La puerta del ascensor se abrió.

La mujer era aún más inquietante vista de cerca. Había algo en ella, en su porte o en sus gestos, realmente turbador. El teniente casi temió acercarse para estrechar su mano.

—Es un honor tenerla con nosotros, señora —la saludó Rekva, haciendo una reverencia—. Nos complacerá ayudarla en todo lo posible.

—Vengo a recabar información sobre un ministro de concordia —dijo ella. Su voz parecía sintetizada por un altavoz.

Aquello le cogió por sorpresa.

—¿Un ministro?

—No conozco su nombre, pero atiende en persona al consejero Blikos. ¿Me he equivocado al venir a este lugar, teniente? ¿No pueden facilitarme la información que necesito?

—Es que... —titubeó—. Sí, es cierto que nosotros tramitamos los certificados de seguridad de los ministros, pero... comprenderá que es una petición sumamente inusual. Necesito ver algún permiso.

La mujer sonrió.

—Lo daba por sentado. De hecho, estoy a punto de enseñarle uno.

Y se llevó la mano al escote. En un segundo la sangre subió a la cabeza de Rekva, enrojeciendo sus mejillas. No sabía qué estaba pasando, ni qué pretendía la

inspectora, pero la situación era tremendamente incómoda.

Las glotonas manos de la mujer se tocaron el escote, pero algo sucedió. En lugar de rozar la piel, se hundieron en ella, clavándose en el pecho como si éste fuese de gelatina. Rekva contempló estupefacto cómo el abdomen se partía en dos, formando una grieta que arrugó toda la piel.

Cuando comprendió lo que sucedía, ya era demasiado tarde.

—¡¡Alarma, intruso!! —chilló, pero sus hombres estaban paralizados.

La mujer obesa se separó en dos mitades y su silueta se convirtió en una gabardina holográfica. Al abrirse, dejó ver el cuerpo de su portador, un guerrero de torso semidesnudo, ataviado con pantalones de cuero y una camiseta que se incrustaba en sus abdominales como anclándose a ellos. De su cintura colgaba la funda de un enorme cuchillo con mango de oro y una batería pulsátil instalada en el pomo. Al extremo contrario del tahalí se balanceaba una cartuchera. La pistola que albergaba estuvo en la mano derecha del guerrero antes de que los quimerianos tuviesen tiempo siquiera de reaccionar, y su sensor de puntería se activó.

El guerrero se lanzó a un lado, buscando cobertura tras una consola. Su arma vomitó fuego, y dos operarios cayeron antes de que el tercero tuviese tiempo de dar la alarma. Del techo se descorrió un panel y un resorte hizo bajar un cañón láser montado en un brazo articulado. El intruso le apuntó con frialdad y apretó el gatillo: su pistola emitió una llamarada por la bocacha y una lluvia de chispas cayó sobre los quimerianos, junto con los restos del cañón.

Rekva gateó entre las sillas buscando la pared norte. Descorrió el panel de una alacena y varias carabinas quedaron al descubierto. Por norma, las armas de los puestos de vigilancia siempre estaban cargadas, aunque permanecían en la armería hasta que había indicios de peligro.

Archivando para más tarde todas las modificaciones en los protocolos de seguridad que en ese momento se le ocurrían, el teniente agarró la carabina que tenía más cerca y se dio la vuelta. Puso el selector de tiro en automático y abrió fuego: una lluvia de descargas láser agotó la batería de la carabina en cinco segundos, pero barrió la estancia destrozando la mayoría de las consolas.

Cuando el humo se disipó, Rekva se puso en pie. Nada se movía. Su pecho se alzaba y desinflaba a velocidad de taquicardia.

—¿Sargento? —llamó, esperando que alguno de sus hombres contestase.

Separó momentáneamente la mano de la culata, dispuesto a coger otro cargador de la alacena, cuando sucedió: un movimiento cegador a su izquierda le permitió ver cómo la hoja de un cuchillo trazaba un arco y atravesaba la carabina de parte a parte. Ésta se quebró en sendos pedazos, cortados con absoluta precisión. La energía de sus relés chispeó antes de disiparse.

El cuchillo se alzó hasta apoyarse en el cuello del teniente. Éste ni siquiera intentó tragar saliva, para que el sutil movimiento de la nuez no la amputase.

—¿Qu... quién eres? —Logró preguntar cuando la presión del cuchillo se relajó.

—Me llamo Erik Draven. ¿Te ha parecido que mis permisos estaban en regla?

Rekva no se molestó en seguirle el juego. En lugar de eso, recobró parte de la compostura y preguntó:

—¿Por qué has venido aquí?

—Ya te lo he dicho: el ministro de concordia. ¿Qué utilidad tiene para el consejero Blikos?

El teniente se mostró relucante al principio, pero después de sentir el cuchillo de Draven paseándose cerca de su oreja (y amenazando con cercenarle el lóbulo) habló con soltura:

—¡Basta! No sigamos con este estúpido juego. Los consejeros de alto rango, como Blikos, suelen implantarse lo que llamamos un chip kármico. Sirve para almacenar las psiques escaneadas de enemigos vencidos en combate y aprovechar así sus conocimientos.

—¿Qué hace exactamente un ministro de concordia?

—Pone orden en el caos de personalidades que se crea en el interior del chip. Si no hubiese un patrón de conducta que las mantuviera a raya, las personalidades clonadas se rebelarían contra la mente de su portador, volviéndolo loco. Los ministros son al mismo tiempo psicólogos y hombres de fe.

—¿Religiosos?

—La religión es una herramienta psicológica muy potente.

Draven empujó al teniente hacia una consola que mostraba impactos de láser.

—Despliega la información que poseáis sobre él. Y por tu bien —paseó el inmenso cuchillo por la casaca de Rekva—, espero que no hayas dañado los bancos de memoria.

Con un escalofrío, el teniente empezó a teclear. Una pantalla hecha de agua se elevó verticalmente, dibujando caracteres y números por la polarización de las gotas. Una docena de nombres, con sus respectivos códigos de seguridad, desfiló en orden inverso. Rekva tecleó la secuencia de acceso y la ficha del consejero Blikos encontró hueco entre mareas de espuma.

—Blikos... —confirmó Erik—. Él mandaba el *Amarr* durante la operación *Furiony*. El crucero sufrió daños y tuvo que ingresar en astilleros. ¿Dónde está ahora ese gordo del demonio?

—No... no puedo saberlo.

—Vamos, pon un poco de interés. —Le agarró por la nuca—. Si tuvieses que tramitar una orden para enviar a su ministro para que le atendiera, ¿cuál sería el procedimiento?

Los dedos de Rekva pulsaron más teclas. Una marejada borró los caracteres en la cortina de agua, sustituyéndolos por otros nuevos.

—El ministro de Blikos es un erudito del planeta Tifar, que imparte clases en la universidad. Se llama Mohamed Tefler.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—En el propio Tifar. Ciudad flotante de Beata Kathira. —Un plano se delineó en la espuma—. Y respecto a Blikos..., no lo sé. En caso de necesitar la ayuda de Tefler, nos llamaría facilitándonos su localización. Los consejeros viajan mucho, acompañando a la flota.

—Está bien. —Draven se apartó de él, guardando el cuchillo en su funda—. Al menos sé por dónde empezar.

—¿Qué... qué vas a hacer conmigo? —preguntó Rekva, desafiante. No le gustaba la clase de mirada que destellaba en los ojos del guerrero.

Draven lo agarró por la casaca y lo acercó al ventanal.

—Dime, teniente..., ¿necesito buscar alguna excusa, como que gracias a un informe tuyo los quimerianos arrasaron una ciudad o algo por el estilo, para arrojarte de cabeza a la lava?

—Tú nos odias, Draven, pero en el fondo eres como nosotros —escupió Rekva—. He oído hablar de ti. Vas de salvador y protector de inocentes por la vida, pero te encanta ver las caras de tus víctimas suplicando. Eres una bestia que devora a los débiles, aunque los débiles seamos nosotros.

Draven se encogió de hombros.

—¿Sabes qué opino? —sonrió—. Que tienes razón.

Y lo arrojó por la ventana.

2

Emboscada

Sheida Maru se alisó los pliegues del faldón con el gesto habitual, decisivo y seguro, que su discípula ya conocía. Era un ademán aparentemente desprovisto de significado, pero que revelaba un dato importante: la incantatriz estaba perdiendo la paciencia.

El tiempo transcurría lentamente para sus sentidos. Había expandido su percepción creando una campana que la mantenía en contacto directo con cada una de las cuarenta personas que aguardaban en la plataforma: la madre superiora Eveini, su guardia de élite, el cordón miliciano que la protegía, y unos cuantos droides de pista que hacían su trabajo sin llamar la atención. Todos habían sido comprobados y certificados: no había ningún ser viviente o máquina en un radio de veinte kilómetros que no estuviera bajo el estricto control del servicio de seguridad.

Seguridad. Rió mentalmente al pensar en esa palabra. Su experiencia en operaciones demostraba que el entorno se mantenía dócil únicamente bajo una ilusión de tranquilidad. Tan sólo los inexpertos o los necios se relajaban creyendo que estaban fuera de peligro; que el león no aparecería porque aún no había mostrado los dientes.

Apoyándose en el tren de aterrizaje de la nave consular, Sheida se permitió unos segundos de aparente relax. Bostezó. Su postura contrastaba con la febril actividad de sus pupilas, moviéndose de un lado para otro al veloz ritmo de sus sentidos expandidos.

Por décima vez realizó un chequeo completo de la zona: todo estaba en calma. Los enemigos de la embajadora se resistían a ser los primeros en mover.

—¿Va todo bien? —preguntó una voz adolescente. La maestra se desplazó unos centímetros a su izquierda para hacer sitio a su aprendiz, Danae, vestida con la sotana marrón de su rango.

—Creo que sí.

—Eveini se impacienta. No entiendo bien el dialecto tres, pero creo que se está preguntando por qué tarda tanto el transporte.

—Habrán tenido problemas en el Mar de Salgacis. Hay que dar un buen rodeo para evitar ese agujero.

Sheida le restó importancia, aunque ése era uno de sus principales motivos de preocupación. Los quimerianos eran capaces de cualquier acción, por arriesgada que fuese, si el precio a pagar compensaba eliminar a sus enemigos. Podrían llegar a ser tan competentes, incluso, como para colocar una bomba en el transporte a su salida de Phaetra.

—Tal vez —convino Danae, cruzándose de brazos—. Pero tengo la sensación de que algo va mal.

—No bajes la guardia. Estoy segura de que nos atacarán en el momento del despegue, cuando seamos más vulnerables.

—¿Cómo protegeremos a la madre superiora si viajamos a bordo de su misma nave?

—Tú viajarás hasta Phaedra con ella —puntualizó la dama dragón—. Mantente siempre a su lado y ten los ojos abiertos. No me fío del todo de su guardia personal.

—¿Y qué harás tú?

Sheida hizo un gesto en dirección al aparato monoplaza que esperaba en un extremo de la pista.

—Os seguiré de cerca.

La guardia se revolvió inquieta alrededor de la embajadora dragón. Ésta emitió algunos cloqueos y silbidos característicos del dialecto tres, imposibles de reproducir en gargantas de menos de seis cuerdas. Todos miraban al cielo límpido y cuajado de estrellas, buscando cualquier señal de reentradas en la atmósfera.

Nada. Lejanos cumulonimbos surcaban la noche al son de los alisios. No había ni rastro de las naves escolta, ni del transporte principal.

El capitán de los federativos comprobó sus aparatos espía y sonrió satisfecho. Sheida no pudo evitar sentir algo de lástima por él; esa clase de inocencia había acabado con guarniciones enteras en el pasado. Una parte de su mente regresó a una época algo olvidada, cuando ella era aprendiz del famoso espadachín Lysan Crabb. Como alumna aventajada, contaba con la máxima aprobación de su maestro, quien sentía hacia ella algo más que orgullo. Sheida era su mejor alumna en el complejo arte de la hoja Sempana, habiendo desarrollado técnicas sólo conocidas por Lysan. En los grandes archivos de la Orden, esas técnicas aparecían como reliquias de acervos culturales perdidos. Pero había algo más, una fe ligeramente injustificada que Lysan mantenía en ella, y que se demostró equívoca en el asunto de Kijos IV, la primera misión encomendada a la joven promesa dragón..., y su primer gran fracaso.

Habían viajado al planeta de la paz galáctica a proteger a otro cónsul, cuyo nombre no recordaba. Todo había salido perfectamente hasta el momento del despegue. Los instrumentos decían que nada amenazador aguardaba en un radio de docenas de kilómetros, y no se equivocaban. En su arrogancia de recién graduada, Sheida fue incapaz de imaginar que el enemigo se escondía poco más allá de la zona vigilada por sus instrumentos. El blindaje energético del transporte era, además, de última generación, preparado para desviar cualquier descarga de energía. Sólo los grandes mesoproyectores de las estaciones de batalla podrían perforarlo, y el enemigo no contaba con semejantes recursos. Eran un grupo de rebeldes pobremente financiados que querían instaurar su propio régimen en el planeta.

Poco imaginaba ella que eso les bastaría para causar el desastre.

Sheida se había despedido del cónsul justo antes del despegue, asegurándole que todo iría bien. A continuación había subido a la nave acompañante, despegando en primer lugar.

Cuando sus sensores descubrieron lo que ocurría, todo había acabado. Una nave sin licencia (tal vez un carguero) penetró en la atmósfera sin atender a las llamadas de la torre de control. Sus pilotos suicidas desconectaron los anuladores de seguridad de los motores de hipersalto y propulsaron la astronave a velocidad luz, pero no en dirección al espacio profundo, sino como un proyectil letal apuntado al centro del planeta.

Fue como si un impacto láser de enorme potencia hubiese sacudido la superficie, atravesando la pista de despegue y la astronave consular como si no estuvieran allí. El miserable carguero, convertido en un proyectil suicida de alta velocidad, se hundió tres kilómetros en el manto antes de perder toda su cinética, degradado a una masa de plasma.

La onda expansiva del choque no sólo mató al cónsul y a toda su escolta (incluyendo a su maestro, el confiado Lysan Crabb); también provocó terremotos que devastaron las poblaciones cercanas en un radio de doscientos kilómetros.

Después de aquello, Sheida maduró. Y aprendió a no subestimar a ningún adversario, por parcos que parecieran sus medios.

—Es la hora —dijo.

—Metamos a la madre superiora en la nave pequeña y hagámosla despegar —sugirió su alumna—. No esperarán esa maniobra.

—Ya lo he pensado, pero hay que respetar el protocolo.

—¡Al cuerno el protocolo! —protestó Danae—. Lo que importa es que ella siga viva, ¿no? Pues mantengámosla así.

Sheida asintió. Danae era sincera y abierta, pero poco proclive al gregarismo y al espíritu social. Era inteligente y curiosa, demasiado inquieta hasta para cuatro o cinco adjetivos. Con frecuencia prefería estar sola a la compañía de sus hermanas, y carecía de la popularidad de que gozaban sus iguales. Pero era buena. Muy buena. Y si la dejaban madurar, se convertiría en una de las mejores incantatrices que la Orden hubiera conocido.

—Me parece bien. Creo que estamos en...

Sheida enmudeció. Su alumna se tensó, intuyendo el peligro.

La asistente personal de la dama Eveini, una incantatriz de alas brunas (lo que significaba que tenía un rango muy superior al de Sheida, y su palabra debía ser obedecida sin rechistar) se les acercó. Se llamaba Haru Iyasai.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Sheida se colocó a su lado, la mano agarrando el mango de la espada.

—Póngase detrás. Algo no va bien.

—¿Despegamos o no? La madre superiora está impacientándose.

—Sí, pero antes...

Sucedió de improviso, sin que hubiera una transición clara del estado de sosegada expectación al de violencia desatada.

Una explosión. Dos. Una barrera de humo. Pese a su entrenamiento, Sheida vio

cómo su alumna reaccionaba antes incluso que ella misma. Los atacantes surgieron de la nada, disparando arcos de plasma y lanzando redes de torsión magnética sobre los aparatos eléctricos. Danae desenfundó con expresión feroz su sable y se lanzó directamente sobre el enemigo.

Sheida gritó su nombre, pero el sonido se perdió en la algarabía. Extendió las alas y se colocó junto a Eveini, dispuesta a cubrirla de cualquier ataque. La dama Haru sabría defenderse sola.

«Lysan, mírame ahora —pensó—. Y juzga si soy o no merecedora de esa prudencia que siempre recomendabas, pero que tú nunca tuviste...».

3

Sospechas

El impaciente taconeo de unas botas grises recorrió la antesala de la cámara de audiencias, pisando con tanta firmeza en los azulejos que parecían querer hundirse en ellos. Sheida mostró su pase a un sensor de seguridad, se apartó el cabello azabache del rostro, y resopló para espantar unas gotas de sudor acumuladas en el labio superior.

Las puertas se abrieron con un siseo, descubriendo no las docenas de ojos que ella esperaba se clavaran en su figura, sino un simple conjunto de antenas sensoras recubiertas de cristales de ámbar. Su dueño, un androbot de piel azul y seis extremidades articuladas, las giró para mirar a la recién llegada antes de hacer lo propio con el cuerpo.

—¿No llega temprano para su informe? —preguntó.

Sheida vaciló.

—Eh... Creía que me aguardaba una reunión urgente del consejo.

El androbot se aproximó dando graciosos saltitos sobre tres de sus patas mientras distribuía las restantes entre guardar documentos en una carpeta y estrechar la mano de Sheida.

—Me llamo Astor Greby. Soy el comisionado que tiene el interesante deber de investigar el incidente en que se vieron envueltos tanto usted como la madre superiora Eveini.

—¿Interesante?

—Por lo complejo del planteamiento. Una operación de rutina, de alta seguridad pero sin excesiva complicación ni factores imprevistos, que de repente se convierte en una demostración de fuerza de gran envergadura. Y por parte de una milicia desconocida, debo añadir. Con técnicas de camuflaje no catalogadas por nuestros especialistas.

La mujer frunció el ceño.

—Yo no mencioné nada de eso en mi informe.

—Pero las grabaciones de los sensores espía sí. Además, depende de lo que cualquier comité de análisis entienda por «gran envergadura», ¿verdad? El ataque de un comando multidisciplinar bien entrenado que destroza su nave y está a punto de acabar con la vida de la embajadora bien merece nuestra atención, toda vez que ninguna organización terrorista que conozcamos ha reivindicado aún la autoría del atentado.

—No está demostrado que fuese un comando quien nos atacó. Ni siquiera podemos demostrar que fuesen quimerianos.

Las antenas del androbot tintinearono intrigadas.

—Usted mencionó algo de eso en su informe preliminar. Sospecha que todo fue

un montaje para comunicar algo, un mensaje de naturaleza desconocida. ¿No es así?

Sheida se aproximó a los grandes ventanales. Desde allí se divisaba una amplia terraza jardín llena de estatuas y bellos rosales de intenso color, cuya gradación parecía querer agredir el gris perenne de los edificios.

—Sólo vi a un hombre que llevaba una armadura. Apenas tuve tiempo de fijarme en nada más. El ataque fue rápido y preciso, como si hubiese sido planeado y ensayado durante meses. Los quimerianos no son tan hábiles como para perpetrar algo así.

Greby alzó dos conexiones escapulares equidistantes (Sheida jamás las habría llamado «hombros»).

—¿Un asesino?

—La madre superiora tiene muchos enemigos. Cualquiera con suficiente poder económico podría haber alquilado los servicios de un profesional.

—¿Sospecha de alguien en concreto?

Sheida sacudió la cabeza.

—Aún no, pero ahora que mi misión de escolta ha terminado, me gustaría obtener permiso del consejo para investigar este asunto. Los cazadores de hombres son despiadados y constantes. No cejará en su empeño hasta ver muerta a su presa, aunque tarde órbitas enteras en completar su trabajo.

Greby cruzó dos pares de patas y asintió.

—Me parece razonable. Pospondremos su comparecencia ante la comisión de investigadoras hasta que se haya aclarado este asunto.

—Se lo agradezco.

—Otra cosa. —La detuvo antes de que tuviera oportunidad de abandonar la sala—. Me han pedido que le pregunte acerca de los actos de su ayudante durante el incidente.

—¿Danae? Aún está bajo mi tutela. Sus actos son responsabilidad exclusivamente mía.

—Lo sé. —Greby sonrió a la manera de su especie—. Lo cierto es que no soy quién para juzgar sus métodos de enseñanza, pero algunos hombres murieron durante el ataque no bajo el fuego enemigo, sino por acción directa de su protegida.

—Fue una decisión extrema que se vio obligada a tomar. Durante una batalla apenas hay tiempo para pensar, sólo para actuar. En aquel momento se trataba de proteger a la madre superiora o a sus hombres. Ella eligió.

—Pero las grabaciones demuestran que atacó deliberadamente a miembros de su guardia personal.

—Sospechábamos con antelación que podía haber traidores infiltrados en el equipo de seguridad. Se manifestaron aprovechando el caos del ataque, y ella reaccionó.

—Entiendo. La cuestión es: ¿fue juicioso?

La incantatriz suspiró.

—Si yo me hubiese encontrado en su misma situación, le aseguro que habría actuado igual. Danae es la mejor aprendiz que he tenido; es disciplinada, leal, y goza de mi total confianza. El consejo no tiene motivos para acusarla de negligencia.

Greby se disculpó.

—Por supuesto que no. Es que... aún es joven, pero está desarrollando sorprendentes habilidades con la espada. Tal vez más de las que su escasa experiencia vital recomendaría tener.

Sheida arqueó una ceja.

—¿Qué insinúa?

—Usted, dama Sheida, es una de las mejores espadachines con que cuenta la Orden en la actualidad. Está versada en la oscura disciplina de la doble hoja Sempana, de la que su difunto maestro Crabb era adalid. Y, como es lógico, está transmitiendo sus conocimientos a su discípula.

—Como es lógico.

—Nuestra duda estriba en si ella será lo suficiente madura para saber administrar con sabiduría ese sorprendente poder destructivo. Todos sabemos lo peligroso que es poner un láser en manos de un niño.

Sheida asintió, comprendiendo.

—El consejo puede estar tranquilo. Respondo de los actos de mi protegida como si fueran míos. Y sobre el tema de la edad, no debe ser motivo de preocupación: Danae aprende con sorprendente rapidez. Es posible que esté lista para someterse a las pruebas una o dos órbitas antes de lo habitual.

—¿Dónde está ahora?

—La dejé en Tifar. Está investigando un aspecto bastante confuso del ataque. Durante el primer enfrentamiento, el agresor desvió una estocada de mi sable usando un escudo de fuerza.

—Entiendo. Si es un objeto único podría ser fácilmente rastreable. ¿Es prudente encomendarle una investigación tan peligrosa?

La incantatriz sonrió.

—Puede estar tranquilo. Danae sabe cuidarse.

Greby, satisfecho en apariencia, se relajó. Había recompuesto los acontecimientos de lo que sería, a partir de aquel momento, la versión oficial.

Sheida hizo una genuflexión y abandonó la sala.

Ella misma no sabía qué pensar. Estaba dispuesta a defender a su alumna ante cualquier acusación, pero también era cierto que los miembros del consejo nunca advertían en vano. Si le habían hecho llegar de manera tan poco soslayada aquella amonestación, sus motivos tendrían.

¿Sería ella la que no estaba viendo las cosas tal como eran? Danae a veces demostraba una actitud arrogante propia de su edad, pero hasta este momento no se le había antojado peligrosa, sino un rasgo de su personalidad que no tardaría en desaparecer.

Tendría que hablar con ella. En el fondo sí que le preocupaba un poco su actitud.

Ésa era la segunda mentira que le había dicho al comisionado durante la breve reunión. La primera fue cuando Greby le preguntó si conocía la posible identidad del asesino. De hecho, un nombre no hacía más que rondarle la cabeza. Uno que no había pronunciado desde hacía mucho tiempo, desde aquel lejano día en que sus vidas tomaron caminos dispares para defender una causa común.

Solicitó reserva de pasaje en el primer transporte civil que partiera hacia Lxun, un planeta minero del extrarradio. No deseaba aparecer en público como embajadora dragón, sino como una anodina comerciante. La última vez que había hablado con aquel hombre fue allí, antes de perderle la pista durante una sacudida de la inestable corteza del planeta. Si seguía vivo, probablemente estaría oculto en alguna de las mancomunidades explotadoras de gas, la coartada perfecta para ocultar sus actividades delictivas.

Suspirando, alquiló un transporte de gravedad que la llevase al astropuerto. Mientras sobrevolaba los cristalinos mares de coral de Phaedra, trató de recordar en qué momento los miembros de su familia habían perdido el rumbo de sus vidas de esa manera.

La torre de control de Beata Kathira se comunicó directamente con el ordenador de a bordo del acelerador para requerir sus datos. Danae introdujo la clave que distinguía su vehículo como transporte comercial a sueldo de una de las múltiples compañías pesqueras con sede en Tifar. Le restaban menos de dos segundos para comprobar si la información que le había vendido aquel mercenario sobre la estructura administrativa de Beata era fidedigna o no.

La contestación se demoró un poco. Al fin, una voz masculina se puso en contacto con la piloto y confirmó su identidad, asignándole un número de pista. Danae sonrió maliciosamente y dio las gracias, maniobrando el vehículo flotador para que se posara encima del gigantesco muelle que bogaba mansamente frente a las costas de la isla móvil. En un planeta casi completamente cubierto por océanos como Tifar, no era raro encontrar ciudades edificadas sobre los caparazones de ciclópeos mamíferos. El que cargaba sin esfuerzo la ciudad de Beata Kathira era un ejemplar macho de muchos metros de longitud, con seis pares de aletas ventrales y una cola de ballena que desplazaba cien mil toneladas de peso. Su caparazón espinoso servía de soporte a los edificios de las plantas procesadoras de pescado, y a cien callejuelas oscuras por donde ella no enviaría ni a su peor enemigo.

Aterrizó en el muelle doce y penetró en las calles de la ciudad nocturna, que dormitaba bajo una incesante lluvia. Algunos candiles se mecían a media vela en las esquinas, alargando las sombras de los viandantes. Sólo algunos vagabundos y coches tirados por bestias permanecían impávidos mientras la lluvia espantaba a los más cautos.

Danae avanzó cubriéndose con su capuchón impermeable. Sus pasos resonaron contra los adoquines, espantando algunas ratas anfibias. Un mendigo le pidió algunas monedas antes de insultarla en un idioma que probablemente sólo conociera él.

El mercenario no había mentido: frente a un viejo almacén de pescado con las cristaleras hechas añicos, se abría la entrada de un shinghin, un vetusto balneario de amplia tradición en los rituales de cortejo locales. Parecía haber vivido mejores días, ya que las cenefas que engalanaban la entrada estaban deslustradas, y el cartel que anunciaba las bondades de los baños de rosas colgaba de un único clavo.

Pero una de sus puertas estaba abierta.

Danae se acercó con cautela, disminuyendo su peso corporal con un lento batir de alas para deslizarse sobre los charcos sin llegar a pisarlos.

Sin hacer el menor ruido, se acercó al umbral y lanzó una rápida mirada al interior. Había un recibidor en penumbra. Tras él, un arco de medio punto señalaba el comienzo de un pasillo que, imaginó, conduciría a los baños. Contra el muro de carga del vestidor principal se proyectaba la luz de una lámpara.

Una sombra corpulenta se deslizó por la pared.

—Veinte mil no son suficientes —dijo alguien—. Necesito al menos el doble para sobornar al medio centenar de aduaneros que vigilan el muelle. Esto es material demasiado pesado como para traspasarlo sin que nos vean.

—Tendrán que bastar —contestó otra voz, muy metálica—. Los recursos son limitados. Si no podemos hacerlo con suficientes garantías con el material del que disponemos, se cancelará la operación.

Se escuchó un suspiro.

—Está bien. Pero no prometo nada. Si la guardia de Eveini ha solicitado la ayuda de las incantatrices, me retiraré y trataré de solucionarlo de otra forma.

—Hazlo como desees.

Danae arrugó la frente. El segundo interlocutor parecía un androbot. Eso era malo: podría disponer de sistemas afinados de escucha o detección de movimiento.

Aun así, decidió arriesgarse. Penetró en el angosto recibidor y se acercó al arco. La sombra del hombre corpulento bailaba inquieta frente a la lámpara, introduciendo objetos en un maletín.

—Creo que no me pagáis lo suficiente por esto —masculló—. Cuando acabe el trabajo, hablaremos de...

—Silencio —dijo el otro de repente—. Nos vigilan.

Danae maldijo por lo bajo; se había acercado demasiado al rango de escucha de sus sensores. De un salto, se escondió bajo el mostrador de la antesala, comprimiendo en lo posible las alas. En la otra habitación se escucharon pasos y el rumor de armas siendo extraídas de sus fundas.

La joven se concentró, aislándose del mundo que la rodeaba.

Haciendo un esfuerzo supremo, logró rebajar su frecuencia cardiaca a unas pocas pulsaciones por minuto. Su piel comenzó a perder color y ponerse morada a medida

que el oxígeno dejaba de llegar a las células. Sus dedos cosquillearon y se convirtieron en muñones insensibles. Diez segundos después, su consciencia se expandió hasta manifestarse fuera de su cuerpo, rozando los objetos que había en el recibidor.

Sintió la irrupción de los hombres en la sala. Como había sospechado, uno era un modelo avanzado de androbot de combate. El que lo acompañaba parecía un nativo (su línea racial se notaba en la pigmentación argéntea de los ojos), que portaba una carabina de culata extensible.

Ambos comprobaron la habitación, mirando tras cada rincón. Danae dio gracias por que fuese el humano quien asomó la cabeza tras el mostrador. Le habría sido imposible inducir en la mente del androbot una ilusión de vacío.

—Debo haber registrado la pauta de alguna rata masassi —dijo éste, consultando sus aparatos. Los paseó muy cerca de donde se ocultaba la incantatriz, sin detectar más que una efímera pulsación asincrónica.

—Cambio de planes —decidió—. Abandonamos este escondrijo definitivamente. A partir de ahora nos comunicaremos sólo por los canales de emergencia.

—Está bien —convino el humano, guardando la carabina bajo los pliegues de su sobretodo—. La próxima vez que hablemos será tras el salto. Y recuerda lo que te he dicho sobre la paga.

El androbot emitió un gorjeo inhumano y desapareció entre los callejones. Su compinche lanzó un último vistazo al interior del balneario, y cerró la puerta con un candado.

Danae recuperó en breves segundos su ritmo cardiovascular, frotándose las manos. Un aspecto que odiaba de la disciplina de animación suspendida era la desagradable sensación que persistía en los dedos hasta varias horas después.

Con cautela, se acercó a la puerta. El candado colgaba por fuera, pero no supondría ningún problema. De lo que tenía que asegurarse era que realmente los supuestos terroristas se hubieran marchado; aquello podría ser una trampa para cogerla *in fraganti* saliendo del local.

Expandió los sentidos, afinando las frecuencias que su oído era capaz de distinguir. Entre cañonazos de gotas de lluvia golpeando los adoquines, oyó unos pasos rápidos que se alejaban por el callejón. No oía los del androbot, pero ese zumbido que le taladraba el tímpano al límite de la audición podrían ser sustentores antigravitatorios asidos a sus piernas. Sea como fuere, ambos parecían alejarse con rapidez.

Danae extrajo de su funda la pistola, graduando su potencia a la función de haz fino. Los cristales del interior pivotaron para cerrar el ancho del haz, emitiendo un delgado rayo de luz en lugar de la potente descarga usada en el combate.

Fundió la jamba de la puerta en torno al candado, y recogió éste telequinéticamente antes de que cayera al suelo por el exterior. Una vez de pie en medio de la plaza, se enfrentó a su primera decisión importante: ¿debía seguir los

pasos del hombre, o los de la máquina?

Ésta parecía ser el cabecilla de lo que fuese que ocurriera allí, pero quien estaba encargado de ejecutar el plan era el humano. Aquello no hacía más que confirmar sus sospechas y las de su maestra: los separatistas los tenían un plan para acabar con la vida de alguien importante. Pero ¿por qué arriesgarse tanto? ¿Estaban tan bien preparados como para afrontar una operación de semejante envergadura?

Podría seguir los pasos del sicario para detenerle antes de cometer el atentado, pero eso no la conduciría a la fuente del misterio. Resignándose, echó a correr por el mismo callejón del androbot. Ya que conocía el rostro del asesino, lo denunciaría en cualquier momento con una simple llamada de larga distancia.

Lo importante era indagar en dirección contraria, hacia la cabeza de la organización. Algo en su interior le decía que allí había mucha más basura escondida de la que aparecía a simple vista.

Sheida se arrellanó en el sillón de la cabina de pasaje, mientras el transporte civil remontaba la órbita baja de Phaetra. Era un yate trimotor con capacidad para un centenar de pasajeros, de los cuales la mayoría eran comerciantes que se dirigían a Lxun para comprar gas o vender aparatos de dragado.

La nave se aproximó al anillo de capacitadores de salto que rodeaba el planeta, orbitando mansamente a disposición de los transportes salientes. Dos de estos ingenios, motores de hipervelocidad diseñados para acoplarse a vehículos sin capacidad de salto, se articularon a los soportes específicos del transporte y lo aceleraron a velocidades fantásticas rumbo a Lxun.

El viaje apenas duró cuatro horas, durante las cuales Sheida tuvo tiempo de pensar. Ajustó la holocapa que disimularía sus alas a la vista de los demás pasajeros y trató de sentarse de una manera que no pareciera que estaba apoyada en ellas.

Recordó la última vez que sus pasos se habían cruzado con los de aquel hombre, Damon Narr, en los fermentadores de especia de Lxun. No habían sido circunstancias agradables: ambos se perseguían el uno al otro mientras tropas quimerianas les pisaban los talones.

Sheida sacudió con desgana la cabeza al recordar su loca huida a través del corazón de una planta procesadora de gas, esquivando como podía los disparos de la milicia y brincando de caldera en caldera, como un saltamontes, detrás de Damon. Ella era entonces ocho órbitas más joven, sin alas desarrolladas, más impulsiva y predispuesta a arriesgar el pellejo en misiones que el tiempo había desprovisto de toda sensación de importancia.

Se preguntó qué habría sido de él, si aún estaría vivo. Damon era un hombre peligroso para los que no compartían su visión de la vida. Había ingresado con la promoción de Sheida en la Orden del Dragón, décadas atrás, pero no había conseguido dominar sus pasiones; era demasiado intuitivo y salvaje para controlarse.

Tras abandonar la Orden, se había dedicado al pillaje, aprovechando sus poderes no entrenados para salir airoso de situaciones límite que habrían acabado con cualquier otro.

Sheida se había cruzado con él durante sus misiones, ya como incantatriz, y en ninguna había sido capaz de atraparlo.

Rezó por que sus sospechas fueran infundadas. El asesino que les atacó en Tifar sí había dejado su impronta personal, pero no en los rastros de su tecnología, sino en su forma de combatir. Había sido un único gesto, aquella flexión de muñeca con giro inverso de antebrazo... que desvió su estocada con el escudo de fuerza, algo demasiado fugaz como para ser advertido por ojos no entrenados.

Pero ella lo vio. Y conocía esa forma de defensa, aunque no la había visto practicar más allá de los muros de ciertos monasterios.

El transporte abandonó el hiperespacio a dos órbitas de Lxun, un zafiro amarillento circundado por anillos de hielo. Los capacitadores de salto se separaron de sus anclajes, esperando en órbita baja a que la nave volviese a requerir su uso.

Ésta descendió, penetrando en la atmósfera como una estrella fugaz, y extendió sus palas sobre una ciudad minera, Tarpaulin. Desde allí, Sheida alquiló un pasaje en un veloz tren de mercancías que la condujo a Bram, un subsector explotador de gas, próximo a las cordilleras de volcanes del ecuador.

La gente de Bram era hosca e iracunda. En más de una ocasión tuvo que forzar la paz con sus poderes para que no hubiese altercados, mientras enseñaba una antigua holografía de Narr que aún conservaba de sus tiempos en la academia. Muchas órbitas habían pasado, pero el mentón anguloso, los ojos castaños y las cejas que parecían asediarlos más que protegerlos, aún debían de estar allí. Damon era un hombre muy atractivo, con una mirada feroz que mantenía su semblante en un estado de constante ambigüedad.

No tuvo que indagar demasiado. En cuanto se corrió la voz de que una bella extranjera de treinta y ocho órbitas buscaba a aquel personaje tan singular, éste apareció.

Sheida se encontraba tomando una copa en una cantina, sentada de espaldas a la puerta, cuando tintineó la cortina de lentejuelas. Un hombre atlético, vestido con ropas de minero y piel tostada por el sol, cruzó unas palabras con el camarero. A continuación, se aproximó a su mesa.

Sheida acercó sutilmente la mano a la culata de la pistola. Si había problemas, confiaba en poder escapar por la salida trasera sin herir a ningún cliente. No le gustaba combatir en lugares cerrados.

El hombre se situó frente a ella.

—Vaya, vaya —dijo, riendo—. Si hay alguien en este universo a quien no esperaba ver hoy, es a la flamante dama dragón Sheida. ¿Qué te trae por aquí?

—Cuánto tiempo, Damon —respondió ella—. ¿No te alegras de verme?

Damon asintió.

—Por supuesto que sí, hermanita.

4

El temor más profundo

—La mente humana, esa ilusión de continuidad entre reacciones nerviosas y arcos de electricidad, es el único órgano virtual de los seres vivos, el único cuya mecánica y estructura se estudia como una separata de su soporte físico. Tal vez porque no existe sea algo tan frágil.

Los alumnos de la clase magistral rieron el chiste. El ministro Mohamed Tefler se atusó la barba y desconectó los hologramas que usaba como apoyo. Cuando llegaba el momento culminante de sus lecciones, prefería que nada distrajese la atención de sus alumnos.

—¿Alguien se presta voluntario para una demostración de cuán frágil es el dictamen de las personas? —Sacó una bola del bolsillo, una esfera rugosa que palpitaba en la mano con una luz rojiza—. Vamos, no hay de qué tener miedo. Sólo se trata de un experimento con un gas alucinógeno.

Un adolescente lleno de pecas tardías levantó la mano.

—¿Sí? —preguntó Mohamed.

—¿Contará para la nota final?

—Muchas gracias, señor Fisk. El experimento ha concluido. Tiene usted su positivo —sonrió el profesor. El alumno volvió a bajar la mano. Sus compañeros se miraban unos a otros con envidia, sin entender—. Como ven, las personas somos tan frágiles que en ocasiones ponemos en tela de juicio nuestro propio raciocinio con tal de obtener un premio tan exiguo como un punto en la nota.

Los alumnos rieron. La satisfacción se borró de la cara de Fisk, sustituida por un leve sonrojo.

—De todas formas conservará usted su positivo, Fisk, no se lamente. Si en lugar de un juego lógico hubiese empleado contra usted esto que ven aquí —alzó la bola para que todos la vieran—, no habría salido tan bien parado. Se trata de una bomba alucinógena muy especial. Su contenido se destila en uno de los mundos del extrarradio, y produce un efecto inquietante: los mayores miedos de la persona que aspira el tóxico se vuelven realidad.

—¿Físicamente? —preguntó alguien.

—No, aunque para el cerebro afectado es totalmente verídico. Si yo mismo cayese víctima de uno de estos chismes, aun sabiendo que se trata de una alucinación, sentiría un pánico atroz. Imágenes horribles serían extraídas con escalpelo de mi subconsciente y presentadas ante mí con la misma claridad con que les veo y oigo a ustedes ahora.

Lanzó la bola hacia una alumna, que la cogió al vuelo con un chillido. Sus compañeros se apartaron por acto reflejo.

—Tranquila, no está armada. Pero sirva como colofón a esta clase sobre el miedo

y sus consecuencias: el terror es un arma más potente que las bombas, más efectiva que cualquier láser. Nos carcome por dentro y se reproduce a sí mismo, afectándonos con su negra sombra incluso cuando estamos dormidos y a salvo. —Volvió a encender el holograma y su cuerpo quedó bañado por una cascada de imágenes—. Debemos controlar el miedo. En eso se basa todo. Si nos enfrentamos a él cara a cara, nos vencerá. Pero si lo rodeamos... —Tomó la bomba de las manos de la joven—. En fin. Cuando la conclusión es obvia, sobran las palabras.

Los alumnos aplaudieron, dando por terminada la clase. Mohamed permaneció unos minutos contestando preguntas a medida que iban saliendo, y cerró la sala con llave. Cargó bajo el brazo una caja con ocho esferas idénticas a la que había usado para la demostración y se dirigió a sus aposentos. Tras todo un día hablando sobre el miedo y sus consecuencias, descubrió que una idea generaba un inclasificable temor en su mente: que hubiesen vuelto a racionar el agua y no pudiera darse una ducha caliente.

Su apartamento era espartano. Mezcla de diez o doce estilos arquitectónicos diferentes, había sido limpiado por su anterior propietario para acomodarse mejor a la simplicidad de formas impuesta por el ejército.

Él luchaba contra esta simplificación, añadiendo detalles decorativos aquí y allá que ayudaban a recrear la vista: un pez espada con entrañas de cristal; escalares invisibles de Syrta que parecían agujeros móviles en el agua de la pecera; un altar al dios Rhamandri camuflado de cenicero...

Detalles de otras vidas. De otros mundos.

Depositó la caja de bombas sobre una silla. En su ordenador de sobremesa brillaba un gráfico lleno de líneas curvas: era un esquema de las rutas migratorias de los leviatanes a lo largo de la superficie de Tifar. Una cuenta atrás parpadeaba en caracteres digitales en la parte de abajo.

No quedaba mucho para el gran momento.

Mohamed resopló y se deshizo de la túnica de maestro. Vestido sólo con las sandalias de antiguo pescador, se metió en la bañera. El agua surgió con la suficiente presión y Mohamed abrió con satisfacción el bote de gel. Los siguientes diez minutos fueron un lapso relajante en el que trató de no pensar en nada.

No lo consiguió.

Aparte de preparar las clases, sus tareas como miembro del consejo administrativo de Beata Kathira incluían estar al tanto de los desórdenes públicos y los enfrentamientos entre los clanes nativos y foráneos que poblaban la urbe. Había oído hablar de la disputa entre las cofradías que pretendían explotar las huevas del leviatán sobre el que estaba edificada la ciudad, y las que no deseaban mancillar el tesoro de un animal al que no pocos consideraban su dios. Eran los kos, descendientes de siervos fugitivos, inmigrantes ilegales y otros, quienes de manera furtiva al principio, y después abiertamente, se habían instalado en los atolones.

También le habían llegado rumores sobre intentos (¿patrocinados por las

facciones kos?) de asesinar a la embajadora dragón Eveini. Mohamed jamás habría creído que tal cosa fuese posible: la otrora poderosa e incuestionable Orden del Dragón, con sede en Phaedra, era víctima de atentados. Él, como funcionario quimeriano, debía alegrarse por la noticia: los dragones habían sido enemigos de la Quimera durante siglos, antes incluso de que el resto de la galaxia conociese su existencia. Pero por algún motivo, ésta no había dado orden aún de atacarles directamente, arrasando su mundo con tormentas de bombas nucleares.

Era uno de los grandes misterios que el escaso número de personas que conocían la existencia de la Orden no atinaban a explicarse: Si de verdad constituían unos enemigos tan terribles, ¿por qué no atacarles con toda su fuerza?

Las administraciones quimerianas no se tomaban en serio la ideología «intervencionista». Al menos, no *motu proprio*. Se reconocía el problema de los dragones como real, pero mientras no hubiera una orden ejecutiva detrás, ningún comando de escorpícoras podía irrumpir en sus templos.

La disertación sobre el miedo le volvió a la cabeza. ¿Tendría miedo de ellos la Quimera, algo en principio inconcebible? La idea se le antojó tan herética que miró asustado en derredor, no fuese a haber escuchado alguien sus pensamientos. No, Ella era todopoderosa, imparable e indestructible, y el «temor», algo ajeno a su propia definición.

Mohamed compartía la opinión políticamente correcta: en realidad se trataba de un plan maestro cuyos entresijos nadie (ni siquiera los altos consejeros, como su estimado Blikos) conocía.

El baño acabó cuando el agua alcanzó la temperatura ambiente. La cena posterior fue frugal: vino y caviar, un plato para pobres que él apreciaba por su sabor. Después se planchó una túnica esmeralda. La reunión de ministros comenzaba dentro de cinco minutos, y no quería llegar tarde.

Huevas de leviatán: un apasionante orden del día.

Cuando pasó junto a la silla donde había depositado la caja de bombas, se detuvo. Faltaban tres.

Estaba seguro de que había oído la última vez que había tocado la caja. Se puso en cuclillas, mirando bajo los muebles. Nada. La caja era de cartón, pero sólida, sin agujeros por donde un par de aquellos revoltosos artefactos pudiesen haber salido rodando. ¿Entonces cómo...?

Tres golpecitos en la moqueta del suelo le sobresaltaron. Esta sensación se convirtió en terror cuando oyó el siseo característico de las bombas al activarse. Poniéndose en pie, trató de huir hacia la ventana, donde el frío aire del mar podría protegerle.

No llegó. Los gases empezaron su trabajo alejando de él la ventana, estirando el suelo como si la habitación midiera un kilómetro. Después, llegaron las presencias: luces y sombras cuya combinación resultaba aterradoramente familiar. Sinuosa como una amenaza de muerte que había recibido a los quince años, brutal como aquella

paliza de su padre previa a su suicidio, tramposa como la promesa de amor eterno de su primera mujer.

Mohamed se desplomó sobre una moqueta ardiente mientras se clavaba las manos en las sienas: era una ilusión, una maldita ilusión («Si yo mismo cayese víctima de uno de estos chismes», le había dicho a aquel alumno...), se lo repitió cien veces mientras los monstruos aparecían («... aun sabiendo que se trata de una mentira sentiría un pánico atroz») y entre ellos, el más horrible de todos, el único que podía eclipsar la imagen de su padre con el cinturón en la mano y las pastillas en la otra. El único más terrorífico que...

Gritó, suplicó auxilio. Una bomba era dura de soportar, pero tres..., tres podían volver loco a un hombre. Se despidió de todo, de su cordura y de la vida misma, mientras intentaba comprender qué error había cometido para haber caído presa de aquella trampa.

Unas manos lo levantaron del suelo y lo acercaron a la ventana. El cristal se abrió y aspiró el saludable aire de la noche. Poco a poco, el efecto del gas se fue disipando, y los volúmenes recobraron la normalidad.

Tosiendo, Mohamed miró a su salvador. No dudó en identificarlo como el hombre que había hecho detonar las bombas, pues llevaba una máscara antigás pegada al rostro. Al quitársela, reconoció sus facciones por una antigua fotografía que recordaba del despacho de Blikos.

—¡Draven!

—Me conoces. Si tú te llamas Mohamed Tefler, entonces estamos empatados.

El ministro aspiró una bocanada de aire y se apartó de la ventana. Sombras silenciosas se deslizaban aún por el perímetro de su visión.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, retrocediendo. El fugitivo llevaba un inmenso puñal, casi una espada corta por su tamaño, enfundado en su tahalí.

Para su sorpresa, Erik se limitó a mirarle con curiosidad, cavilando. Fue hasta la cocina y humedeció un paño. Durante todo ese tiempo, la puerta estuvo a menos de dos metros del ministro, pero ni se le pasó por la cabeza correr hacia ella. Conocía la fama de aquel asesino, y sabía que dos metros eran una inmensidad si se proponía no dejarle escapar.

Erik regresó de la cocina y le tendió el paño. Mohamed se lo aplicó en la cara, atenuando el efecto narcótico. Su agresor le ayudó a sentarse y esperó con calma a que recuperase el aliento.

Mohamed lo miró con recelo. Su repentina amabilidad resultaba más inquietante que el ataque en sí.

—¿Para qué has venido?

—Blikos —respondió el fugitivo sucintamente.

—Ah... —susurró el ministro—. Ya comprendo. Sólo soy un eslabón. —Su mente trabajó a toda prisa—. El consejero... suele requerir mis servicios tras cada final de campaña, cuando un planeta ha sido conquistado o han apresado alguna

personalidad cuyos conocimientos vale la pena escanear. Entonces entro yo.

—¿Podrías acceder a Blikos sin una orden previa, si supieras dónde está?

Mohamed apretó los labios. Sabía que una contestación equivocada podía precipitar el desenlace.

—En teoría es posible..., aunque nunca lo he intentado. Sin una buena razón levantaría sospechas. Los consejeros se rodean de varios círculos de agentes que los mantienen bajo custodia en todo momento. Llegar hasta ellos a veces resulta más difícil que solicitar el indulto para una pena de muerte.

—Hazlo.

Erik se puso en pie como un resorte, asustándolo. Obligó al ministro a enviar una transmisión al repetidor de la armada quimeriana más cercano usando su consola personal. El mensaje incluía una petición urgente de reunirse con Blikos para revisar su chip kármico.

Sudando, Mohamed hizo lo que pudo para que sonase de lo más creíble. Si los operadores de la flota detectaban la mínima señal de coerción, su política era «limpieza sin preguntas». Eliminarían al ministro y a su secuestrador y ya se preocuparían por los detalles después.

El repetidor confirmó la recepción del mensaje. Los segundos gotearon en el reloj.

—¿Por qué? —preguntó Erik de repente.

Mohamed dio un respingo.

—¿Qué...?

—¿Por qué les ayudas? A los quimerianos, me refiero. ¿Por qué te hiciste ministro de concordia?

—Eso es personal.

—Dímelo.

Mohamed se frotó el paño contra los labios.

—Cuando invadieron mi planeta, sólo había dos opciones: engrosar sus fuerzas o morir. Yo nunca he sido un valiente.

—Todos somos cobardes cuando nos toca. Yo lo he sido muchas veces.

—¿Puedo pedirte un favor, Draven?

—Adelante.

—Si vas a matarme, no hables conmigo. No quiero que el último recuerdo que permanezca impreso en mi alma cuando llegue el momento sea tu voz.

Erik le lanzó una mirada desde debajo de sus espesas cejas.

—Aún no sé si me interesa matarte.

El ministro no tuvo tiempo de responder. Justo en ese instante, la consola se iluminó y mostró un escueto comunicado:

*Petición de audiencia del ministro Tefler tramitada y aceptada.
Coordenadas adjuntas de máxima confidencialidad: cinturón del Toro,*

planeta Midwoch, Extensión Gálica. Confirmar recepción.

—La Extensión Gálica... —gruñó Erik—. Allí deben de tener una base secreta. Pide información sobre la zona.

Mohamed tecleó rápido. El ordenador descargó un archivo de la base de datos y lo abrió, acompañando los gráficos con una agradable voz de mujer.

—Extensión Gálica: a mitad del Cinturón del Toro, un caprichoso remolino gravitacional ha atrapado quinientas estrellas, desviándolas en un torrente del que se desgaja una nube de polvo muy brillante, con una espiral ensortijada en el extremo. Muchas de esas estrellas poseen sistemas planetarios en formación, pero al menos cien ya son colonizables (según la escala Hampton-Manor). Las expediciones que...

—Sáltate eso. Pregunta directamente por el planeta Midwoch.

Se abrió una pestaña de búsqueda e introdujeron el nombre. Una esfera blanco azulada apareció en la pantalla, junto a tres banderolas verdes y amarillas que representaban el estado de terraformación del planeta.

—Midwoch: cuerpo celeste de aproximadamente quince mil kilómetros de diámetro, cuarto en orden de cercanía a su estrella. Tirón de gravedad: dentro de los límites. Porcentaje de purificación de la atmósfera: 82%. Apto para la colonización. Temperatura media en el ecuador: -18°.

—Es una bola de nieve llena de recursos intocados. Buen sitio para establecer una base. ¿Habías atendido alguna vez a Blikos en ese lugar?

Mohamed quiso decir «no», pero su barbilla ya estaba asintiendo.

—Sssí..., en una ocasión. Acababa de absorber las mentes de...

—Me llevarás allí. ¿Algún problema?

De nuevo, la asustadiza barbilla del ministro respondió por él.

5

Encrucijada

Danae siguió al androbot gracias a sus sentidos aguzados hasta una callejuela angosta. Tras ésta, una espaciosa terraza daba al mar y al paseo de los Conquistadores, la avenida más concurrida de la urbe. Era noche cerrada y las estrellas brillaban en el cielo. El tiempo parecía haber recobrado su cauce habitual, aunque la serenidad del plenilunio aún se volcaba en las marejadas.

Rumores lejanos de establecimientos nocturnos, como tabernas o cofradías de pescadores, esparcían música y risas en el ambiente. Danae tuvo la impresión de que se encontraba a un paso de la civilización, pero fuera de ella. En el microcosmos de las callejuelas podía suceder cualquier cosa sin que a nadie le importase lo más mínimo.

El androbot se había detenido junto a una esquina, y permanecía flotando en el aire, mansamente, como aguardando acontecimientos. Ahora Danae podía verlo con claridad: era una máquina humanoide, con cuatro brazos acabados en herramientas diferentes, cuyas piernas habían desaparecido, siendo sustituidas por impulsores gravíticos. Su cabeza carecía de rasgos, y recordaba un casco medieval con visera recta en forma de «T». A simple vista no portaba armas.

La joven desenfundó la pistola. Aquella actitud pasiva no le gustaba nada: o la estaba esperando (y por lo tanto sabía que lo estaban siguiendo), o mantenía un diálogo silencioso con alguien, en alguna frecuencia codificada. Si se trataba de esto último, podía estar dando instrucciones a sus secuaces o recibiendo órdenes de algún poder superior.

Tensó los músculos del cuello. Si quería obtener algo de información, no podía demorarse más. Era hora de pasar a la acción, como diría su maestra.

Erik y el ministro descendieron hasta el nivel de la calle por el ascensor. Fue una situación incómoda, porque coincidieron con un grupo de estudiantes que se alegraron de ver a su tutor, e intentaron charlar con él. Mohamed hizo de tripas corazón y procuró mostrarse lo más cordial posible. Al separarse, una alumna le preguntó si se encontraba bien.

Su respuesta fue un murmullo que podía interpretarse de distintas maneras.

Salieron a la calle. El aire de la noche era frío y salino. El pabilo de una vela se mecía en una ventana, flanqueado por gardenias y cristales tintados que atenuaban el paso de la luz.

Erik miró alrededor, atento a cada sombra. Todo parecía tranquilo. Sólo el graznido de las gaviotas perturbaba la tranquilidad del ambiente.

—Mi permiso de estacionamiento en el astropuerto expira dentro de diez minutos

—dijo el fugitivo. Tras colocarse la gabardina holográfica, volvía a parecer una mujer obesa de cabello rizado. Mohamed lo miraba extrañado—. ¿Qué ocurre, nunca has visto una chica entrada en carnes?

—Nunca había visto una mujer que... —Iba a decir «que en realidad fuera un hombre», pero calló. La homosexualidad estaba prohibida terminantemente por las autoridades quimerianas, pero él mismo tenía algunas alumnas a las que se les notaba.

Caminaron por el paseo de los Conquistadores. De vez en cuando, sobre las olas, aparecía la silueta de la aleta ventral del leviatán, moviéndose a la manera de un remo.

Su tamaño le estremeció. Erik nunca había visto un animal tan grande, ni siquiera cuando cazaba krakens de arena en los desiertos de Ursis.

—Es extraordinario... —Se maravilló—. ¿Cómo los gobernáis?

—En la cabeza del animal hay implantes talámicos complejos que controlan sus reacciones nerviosas y apaciguan sus instintos. El edificio más importante de Beata no es el ayuntamiento, ni el cuartel de la milicia, sino una fábrica de estimulantes corticales que se encuentra justo en la punta norte de la ciudad.

—Dime, ¿cómo puede haber puntos cardinales sobre una ballena? ¿No sería mejor usar cabeza y cola?

—Llamamos norte a la cabeza. Y sur a la dirección opuesta. Es una costumbre.

—Comprendo. —Un rizo le cayó sobre la frente, como si el viento soplase desde su espalda. Erik manipuló los controles de la gabardina para que simulara viento frontal, como realmente ocurría—. ¿Cómo son de grandes esos implantes?

—Uhm... nunca los he visto, pero deben de medir unos diez metros. Se enganchan a la piel del animal mediante aparatos prospectores de petróleo, reconvertidos para la ocasión. Sus taladros deben traspasar casi tres metros de grasa.

Erik pensó en el grado de esclavitud al que aquellos grandiosos animales estaban siendo sometidos, tal vez desde hacía siglos, y se estremeció. Pero aún le afectó más pensar que aquella costumbre de domar cetáceos y edificar sobre ellos databa de mucho antes del dominio quimeriano. Era muy fácil echarles la culpa de todo a los fascistas, pero lo cierto era que los habitantes de Tifar habían aprendido el arte de domar islas (a falta de archipiélagos volcánicos naturales) como último remedio para su subsistencia.

—Somos un cáncer. A veces pienso si no sería mejor para la naturaleza que nos extinguiéramos... —barruntó en voz alta.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo. ¿Qué es eso?

Se plantó ante una callejuela. De su interior provenían luces rojas y verdes, destellos láser que le sonaban muy familiares.

Alguien estaba resolviendo una disputa a la antigua usanza.

—Sigamos avanzando hacia cola —decidió—. No nos interesan los problemas locales.

Sin embargo, en cuanto cruzaron por delante del callejón, Erik disminuyó el paso. Era cierto, no quería meterse en problemas que no le incumbían, pero...

Vio a la chica. Sus alas estaban desplegadas, confiriéndole impulso mientras daba un salto con pirueta y esquivaba los disparos del androbot. Éste enarbolaba dos de sus cuatro brazos acabados en sierras mecánicas, mientras portaba armas láser con los restantes. Disparaba sin piedad a aquella chiquilla, flotando lentamente hacia ella como un panzer en miniatura.

Erik se paralizó. En un instante, las últimas palabras que le había dicho Sargueras antes de abandonar Furiony vinieron a su cabeza: «Las alas del dragón sellarán tu destino, y será una niña quien las porte».

Hasta ese momento no supo qué significaba aquella extraña profecía, pero el corazón se le aceleró, y la mano buscó instintivamente el cuchillo. Nunca había visto seres como aquéllos: humanos con alas dragontinas. ¿Qué más sabía el astuto elfo que no le había contado?

—Quédate aquí —ordenó a Mohamed—. Estarás a salvo. Y no se te ocurra escapar porque te encontraré.

El ministro obedeció, ocultándose tras una farola. Erik se deshizo de la gabardina (su ilusión no engañaría a los sensores de un robot militar), la enrolló en el brazo y echó a correr directamente hacia la máquina.

«Maldito Sargueras —rezongó—. Sabías que no podría resistirme».

El robot ni siquiera volteó la cabeza. Sabía perfectamente que Erik estaba allí, e hizo girar parcialmente el torso para recibirle: sus sierras apuntaron directamente al esternón del atacante, pero éste, intuyendo la maniobra, lanzó la gabardina sobre el androbot y dio un salto hacia la pared del callejón. La prenda holográfica no resistió el filo carbonado de la sierra, pero ocultó físicamente sus sensores durante medio segundo. El pie de Erik encontró un ladrillo firme y lo usó para catapultarse, pasando por encima de su enemigo mientras golpeaba.

El androbot debió de notar la pérdida de una extremidad, pero nada en su actitud lo demostró. Con sosegada rapidez, apuntó la otra hacia Draven y abrió fuego. La gabardina, destrozada, dibujaba curiosas cascadas de estática y colores primarios sobre su cabeza.

Erik cayó rodando al suelo y alargó el impulso; los disparos astillaron las baldosas, lanzando fragmentos por los aires. El fugitivo se preguntó a qué distancia bajo ellos estaría la piel del leviatán, y si notaría la presión de unas cuantas descargas.

Una silueta delgada se recortó contra la luz proyectada por una ventana; una figura con alas que cayó desde arriba sobre el androbot, atacándolo con algo parecido a una espada curva. Erik sabía que la batería que alimentaba su puñal, haciendo vibrar la hoja a nivel molecular, sólo duraría cinco minutos a máxima potencia, pero la espada que portaba aquella chiquilla era algo distinto: larga y flexible, curvada en la punta al estilo ki-dan, no mostraba ninguna batería. Pero aun así vibraba, provocando la familiar distorsión del aire que abrazaba el filo. Cuando golpeó al

androbot, penetró profundamente en su coraza y le cercenó un montante de brazos de un solo golpe.

Ambas extremidades cayeron al suelo con un golpe sordo.

Erik estaba impresionado. Aquella niña sabía luchar. Y lo hacía en tres dimensiones. Agitando las alas, se burló de la gravedad para atacar a su enemigo desde diferentes puntos. Su grado de amenaza debió ser catalogado de extremo, pues el robot parecía haber perdido todo interés por su otro contrincante.

Grave error.

El fugitivo no lo pensó dos veces y aprovechó la ventaja. Empujando con ambas manos, hundió la punta del cuchillo en la pelvis del androbot, justo sobre los generadores antigraavedad.

Hubo una explosión. Chispas incandescentes le gotearon sobre el rostro, y Erik salió despedido dos metros. Cuando se recobró, vio que su cuchillo se había partido; un extremo seguía incrustado en el androbot mientras que el mango (con la batería a punto de expirar) permanecía en su diestra.

Lo arrojó a un lado y se incorporó. El robot usó el brazo que le quedaba para colocarse boca arriba y abrió una compuerta en su pecho. De ella surgió un tubo con una bola azabache en el extremo.

A Erik se le erizó el vello de la nuca.

—¡Agáchate! —gritó a la joven alada, pero ésta no le escuchó. Presa de un fervor asesino, lanzó una última estocada a su enemigo que le amputó limpiamente la cabeza. Otra explosión adornada con volutas de humo negro y el robot dejó de funcionar.

—Tranquilo, amigo, ya se ha acabado el peligro —sonrió Danae.

La bola azabache detonó.

Fue lanzada hacia arriba por un simple mecanismo de resorte. Cuando alcanzó una altura de metro y medio, se energizó enviando en todas direcciones un aro de luz perpendicular al suelo. El anillo láser se expandió hasta un diámetro de dos metros, cortando todo lo que quedó dentro de su alcance. Eso incluía el pie de una farola, unos cuantos cubos de basura amontonados en un rincón, y la parte superior del pecho de Danae.

El torso de la chica se separó del resto del cuerpo, derramando un polvillo rojo; su sangre había sido cauterizada por el haz. Sus miembros quedaron detenidos para siempre en una pose cómica.

Draven la contempló unos segundos en silencio. Luego se acercó a ella.

Alguien vomitó en la entrada del callejón. Era Mohamed.

—Pobre chiquilla —murmuró el fugitivo—. Eras buena, pero te faltaba experiencia.

—¿Q... qué ha pasado? —preguntó Mohamed. Un hilo de baba le colgaba de la comisura del labio.

—La profecía de Sargueras. Se ha hecho realidad.

Mohamed no entendió a qué se refería, ni Draven se molestó en explicárselo. Recogió la espada de la joven y rozó un conmutador de la guarda. El filo dejó de vibrar. Varias ventanas se cerraron en las alturas, testimoniando el desinterés de la gente por un asesinato más acontecido en los callejones.

Erik examinó la guarda de la espada: filigranas nanotecnológicas cargadas de energía, dibujando un arabesco de gran belleza. Ahí estaba escondida la batería. Pero lo que llamó su atención fue el pomo, y más concretamente la talla del dragón que llevaba esculpida en bronce.

Era idéntica a la que Sargueras había sacado de la cueva, allá en Furiony, cincelada en una moneda.

—Salgamos de aquí. —Su voz adquirió un tinte de amargura—. Esto, fuera lo que fuese, nunca ha tenido lugar.

—¿Y ella? ¡No podemos dejarla así!

—Lo que no podemos es hacernos cargo de un cadáver. Además, estoy seguro de que alguien acabará por echarla de menos.

El atardecer parecía diseñado *ex profeso* para el esplendor.

Unas escaleras de caprichoso escalonamiento conducían hasta la vivienda de Damon. Como muchas otras en Lxun, consistía básicamente en un cubículo de paja y barro reforzados con radiación, lo que volvía ambos materiales más duros que el cemento. Los pilares que la sostenían parecían extremidades retorcidas de alguna bestia cuadrúpeda, y la única ventana, poco más que una saetera, mostraba unos cuantos impactos negruzcos de láser.

—Veo que no has cambiado —comentó Sheida—. Eres un prodigio de convivencia vecinal.

Su hermano abrió el ojo izquierdo ante el sensor óptico y los cerrojos se descorrieron.

—Es que en este barrio los vecinos son difíciles. Pasa, por favor.

La dama dragón entró en la casa de su hermano. Lo primero que hizo fue arrugar la nariz.

—Puag. ¿Cuánto hace que no friegas esto?

—Pues unos...

—No lo digas.

Sheida sacudió el polvo de una silla y se sentó junto al hogar. Damon no apartaba la vista de sus alas.

La mujer las extendió hasta tocar ambos extremos de la habitación con las puntas.

—Son hermosas, ¿verdad?

—Y muy rojas. Increíble. —Movié los dedos imitando a una araña—. Has ascendido una barbaridad en estos pocos años. Para serte sincero, jamás creí que llegarías tan lejos.

—Haces que no parezca un cumplido.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—Pues... tu forma de decirlo. —Sheida comprimió los labios hacia la derecha y habló en falsete—: El lenguaje corporal, tal vez, con ese aire de «qué-macho-soy-y-cuánto-podría-enseñarte».

—Yo no hablo así —se defendió su hermano, buceando en una alacena en busca de una tetera.

—No te lo echo en cara; entiendo que pueda ser un mecanismo social de defensa para sobrevivir en este lugar. Pero hay una cosa que necesito que me aclares: ¿por qué no contestaste a mis últimos mensajes?

—¿Cuántos enviaste? Sabes que las comunicaciones privadas aquí no funcionan bien. Si sólo envías uno o dos, es probable que no lleguen.

—Veintisiete.

Damon la miró sorprendido. Sus dedos tocaron con algo, y lo identificó como una pieza de la tetera.

—Aquí está. Creo que es la parte de abajo. La otra debe de andar por...

—Déjalo estar, lo cierto es que no me apetece. —Señaló su espalda—. Veo que te has extirpado los muñones.

—Y la carina del esternón también. —Damon se palpó el pecho, donde era evidente una depresión a la altura de los bronquios—. Si carezco de alas, no tengo por qué cargar con sus músculos, ¿no?

Sheida sacudió la cabeza, melancólica.

—Por el Orbe, Damon, ¿qué nos ha pasado?

—Maduramos en direcciones opuestas.

—Desde luego, no comprendo tu indiferencia. Nunca la he comprendido —repuso con gazmoñería.

—Es por eso que somos personas distintas: tú, la insigne dama dragón, estabas llamada a cumplir un destino superior. Es muy fácil para alguien tomar las decisiones adecuadas sobre su vida cuando se parte de ese principio. Pero yo...

—¡Tú podías haber entrado en el consejo! Sólo tenías que desearlo lo suficiente. No es bueno permitir que un estallido de sentimientos heridos te aparte del camino.

—«Sentimientos heridos». Mira con qué facilidad resumes ocho órbitas de incertidumbre. Si no te conociera bien, pensaría que lo dices para burlarte de mi decisión de que nada ni nadie levantara hilos de marioneta en torno a mi destino.

—Estoy harta de oírte hablar de mi credo en términos de teología represora, Damon. La fidelidad al Dragón es mucho más que una religión: posiblemente sea la única oportunidad que tienen los pueblos libres de esta galaxia contra la Quimera, y lo sabes.

—La gente normal no puede volar —repuso, como si fuera una gran conclusión—. Muchos han aprendido la lección... Aunque no sé de ninguno que haya aprovechado la experiencia.

Damon abandonó la idea del té y sirvió un ponche caliente para dos. Alimentó el fuego del hogar con nudos de carbón marino.

—¿Para qué has venido exactamente, Sheida? No creo que te mueva el interés por saber cómo se encuentra tu hermano, después de tanto tiempo.

—¿Atacaste el convoy de la consejera Eveini hace dos días estándar? —preguntó ella sin más formalismos.

Damon sopesó con cautela la respuesta.

—Sí —confesó—. ¿Cómo me reconociste?

Sheida dejó escapar un gruñido de decepción.

—Lo sabía. —Hundió la cara entre las manos—. Sabía que aquélla era tu forma de luchar. Tus katas. No podía ser otro. —Su voz se volvió una octava más acusadora—: ¿Has cambiado de bando? ¿Estás trabajando para los quimerianos?

—¡Claro que no, no seas tonta!

—¿Entonces?

Tamborileó con los dedos en el borde de la silla.

Damon se sentó frente a ella para poder mirarla directamente a los ojos. Sheida se sintió incómoda.

—Hermanita, lo que llevé a cabo fue una operación contra los quimerianos, no contra tus vetustos superiores. ¿Te suenan las palabras «Negociado Seis»?

—El servicio secreto quimeriano.

—Exacto. El Negociado introdujo un espía en vuestras filas hace dos órbitas —explicó en tono mesurado—. Lo descubrí durante una incursión a una de sus bases secretas de aprovisionamiento. Sin querer, interceptamos un mensaje dirigido a un agente que debía recoger un paquete allí, pero no pudimos quedarnos el tiempo suficiente para averiguar quién era. El ataque contra Eveini sólo iba dirigido a ella en apariencia; en realidad era una maniobra para que el topo se descubriese.

—¿Un topo? ¿Entre las damas dragón? Eso es un disparate.

—Tu principio rector es la confianza ciega que depositas en tu Orden; por eso no te lo dije. Lo que no imaginé fue que estarías allí.

Sheida traspasó a su hermano con su fría mirada.

—O sea, que si yo no te hubiese detenido...

—Eveini no habría sufrido ni un rasguño. Sólo pretendía que el doble agente se delatara.

Tras unos segundos incómodos, Sheida murmuró:

—¿Lo hizo?

—Te ha costado preguntarlo, ¿eh?

—Déjate de tonterías y respóndeme, por favor. ¿Descubriste al topo, sí o no?

Damon se rascó el omóplato, un reflejo de los días en que aún le crecían alas.

—No llegué a averiguarlo. Vosotras me lo impedisteis. Sois muy buenas.

—Es hora de irme.

Se levantó. Su hermano la tomó de la mano.

—Sheida, si hubiera habido otra forma de hacerlo te lo habría comunicado. Pero era la única manera de mantenerlo en secreto para evitar filtraciones.

—¡Bravo, Damon! Sería una excelente excusa, de no ser una chorrada. Si sospechabas la existencia de un traidor, lo primero que debiste hacer fue llamarme. Yo me habría encargado de...

Cerró la boca, encajando de golpe las implicaciones de lo que él sugería.

Damon bajó la vista, con un asomo de culpabilidad en sus pupilas.

—No me habías descartado del todo, ¿verdad? —Comprendió ella—. Ni tampoco a Danae.

—Todas podíais estar implicadas, o hablar sin saberlo con alguien que lo estuviese. Incluso tú.

Sheida asintió. Se deshizo el moño para que su pelo cayera libremente en torno a la cara, plegó la capa holográfica y extendió las alas.

—¿Qué haces? —preguntó Damon—. ¿Vas a ir volando hasta el astropuerto? ¡Te reconocerán!

—Una dama dragón no tiene por qué esconderse de nadie.

Salió al exterior. El aire caliente le hinchó las fosas nasales. Sería agradable remontar el vuelo por encima de la inmundicia de la urbe, cerca de aquellas nubes carmesíes.

—Adiós, Damon. Te agradezco la información..., aunque no haga sino complicar las cosas.

—Cuídate, hermanita. Y si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—Prométeme que se acabaron las operaciones encubiertas.

Damon alzó la mano derecha.

—Lo juro. ¿De verdad no deseas quedarte un poco más? En este ratito me he dado cuenta de que tenemos mucho de que hablar.

Sheida sonrió con tristeza.

—Todo a su tiempo, Damon. Todo a su tiempo.

De improviso, una luz destelló en la guarda de su espada. Sheida estudió con el ceño fruncido el mensaje codificado.

—¿Qué ocurre? —preguntó su hermano.

—No lo entiendo. Es una señal automática de alarma que envía la espada de Danae. Nos está diciendo que su actual portador no es su dueña.

—¿Qué alcance tiene?

—En teoría, infinito. La espada muestrea la red local de comunicaciones y la usa para enviar un código encriptado. Ese código va saltando de antena en antena hasta que encuentra un emisor de larga distancia, y se dispara a sí mismo hacia los repetidores de Phaedra. Y de ellos hasta la espada de su maestra.

—Bueno, puede no ser nada. Danae podría haber confiado la vigilancia del arma a alguien.

Sheida extendió las alas, presta a cabalgar los vientos.

—No creo. Tengo la sensación de que algo grave ha pasado. Y voy a averiguar qué es.

6

Infiltración

—Midwoch —vocalizó Erik. La computadora de vuelo buscó la referencia y propuso cuatro destinos. Erik descartó los que no le interesaban (había dos estaciones y un anillo asteroidal con el mismo nombre) e introdujo el código de confirmación.

Su transporte, un panzer clase Batallón robado a los quimerianos en Santaria, se elevó con un rugido. Dejó atrás la pista y a la ciudad-ballena, y pronto el océano no fue sino un tapiz azulenco al que poco a poco iba consumiendo el terminador del amanecer.

Mohamed estaba sentado tras él, en un diván lleno de tubos. No entendía para qué servía toda aquella tecnología.

—No nos van a permitir cruzar la puerta —puntualizó, por si servía de algo—. La armada la vigila, y dudo que tengas un pase de seguridad en regla.

—¿Cómo crees que he llegado hasta aquí?

El ministro tuvo que admitir que no lo sabía.

—Robé este transporte en concreto —continuó Erik—, porque es de los pocos modelos que llevan instalados motores kirduan. Son lentos y no tienen potencia para llevarnos muy lejos, pero Midwoch está en el cuadrante vecino. Lo conseguiremos.

Mohamed se envaró. Había oído hablar de los kirduan, una alternativa para el viaje estelar que estaba siendo desarrollada en los tiempos previos a la domesticación de la red de puertas. Pero también conocía los rumores sobre sus fallos, los agujeros en la teoría y en su aplicación..., y lo que estos agujeros hacían a los astronautas que se atrevían a saltar sin la adecuada protección.

—Los kirduan no son seguros —la voz de Mohamed tembló—. ¿Por qué no usamos la hipervelocidad normal?

—Demasiado lenta.

—En algunas culturas los llaman «vampiros cuánticos». ¿Sabes lo que hacen con la sangre de aquellos que...?

—Tu sangre no correrá ningún peligro, relájate. Ese diván sobre el que estás sentado es tu salvoconducto. —Lo miró de soslayo—. Si tienes miedo, encomiéndate a tu adorada Quimera para que te proteja.

—Yo era una persona religiosa mucho antes de que la Quimera apareciera en mi vida. No la necesito para creer en algo.

—¿No es ese tipo de pensamiento una herejía para los de tu clase?

Mohamed lo habría dejado ahí, de no ser porque el fugitivo quería más detalles. Sin duda, a estas alturas ya debía de haberse dado cuenta de que él no era un quimeriano como los demás.

—Soy lo que su imperio hizo de mí —confesó—. Me reeducaron para creer primero en la obediencia, luego en el sacrificio, y en el nuevo dios y sus apóstoles si

tenía tiempo. Pero de todos ellos, sólo me siento cómodo con el segundo. Me gusta creer que hay algo ahí fuera que nos vigila y se preocupa por nosotros, sea o no la Quimera. ¿Y tú?

—Creo en una nave bien aprovisionada y en un arma muy grande que haga mucho daño —sonrió Erik—. Vivo la vida según mis propias reglas, y no debo obediencia a nadie. Si en verdad hay algo después de esta existencia, ya me adaptaré cuando llegue el momento.

—Eres un nihilista.

—¿Qué significa eso?

—Un montón de cosas que ofenderían a... cualquier otro —suspiró Mohamed—. Mierda. Siempre he sido una persona honrada, respetuosa con las creencias. ¿Y cómo me premian los Grandes Poderes? Haciendo que un energúmeno me secuestre. Muchísimas gracias, chicos.

Advirtió lo ofensivas que podían resultar sus palabras cuando ya las había pronunciado, pero su actitud de rebeldía pasiva tenía el efecto de hacerle caer aún mejor a su captor.

—Los antiguos panteones se fueron al cuerno cuando llegó ese monstruo —dijo Erik—. Pero sé de buena tinta que no todo está perdido, amigo. Aún hay una esperanza para los antiguos mitos, y para el que desee creer en ellos.

—¿Cómo estás tan seguro?

Erik no contestó. En lugar de eso, se reclinó en su diván e indicó a Mohamed que hiciera lo mismo. Un enjambre de tubos de fibra nerviosa pareció cobrar vida a su alrededor y abrazar su piel. El ministro sintió miedo cuando un dolor lacerante perforó su columna.

—Es el sistema de purificación de tu riego sanguíneo —explicó Erik—. Tranquilo, no sentirás más dolor que ése. Te mantendrá entero hasta que concluya el salto, dentro de dieciocho horas.

—¿Tiempo exterior o de la nave?

—Exterior. Para nosotros será un infierno un poco más breve.

—¿Qué haremos cuando llegemos a Midwoch?

—Descenderemos y pedirás audiencia con Blikos. Del resto me encargo yo.

—¿Cómo sabes que no te traicionaré en cuanto pongamos un pie en tierra? —La mirada de Mohamed se afiló—. Estás dando demasiadas cosas por sentadas, Draven.

—Sé que no lo harás. He visto cuáles son tus pesadillas.

El ministro combatió una fugaz náusea durante un instante. Podía sentir cómo las máquinas se hacían con el control de su flujo sanguíneo, reduciendo el corazón a un mero sistema esclavo, y no le gustaba.

—¿Qué quieres decir?

—Cuanto hice explotar las bombas del gas del miedo, trataste de exorcizar tus peores temores, tus fantasmas más profundos. Gritaste sus nombres en voz alta. Y adivina cuál es el horror que más te acosa, Mohamed. El más horrible de todos.

Mohamed lo sabía. Siempre lo había sabido, desde que los quimerianos cayeron como una plaga sobre su mundo y mataron a su gente..., sólo que desde aquel nefasto día no se había atrevido a decirlo en voz alta.

—La Quimera...

—Allá vamos —previno Erik, pulsando el botón que activaría los torbellinos kirduan—. Si la cuestión se reduce a su esencia, se convierte en: «Si no somos más que un mero entretenimiento para los Grandes Poderes, mejor aceptarlo cuanto antes». Vivamos al día, y que la eternidad cuide de sí misma.

Planeta Furiony, en algún lugar más allá de los Brazos de Ratmos

—¡Lord Sargueras! ¡Lord Sargueras!

El ayudante corrió por el sendero, frenando en la curva que éste trazaba justo en la cúspide de la montaña. La baja presión del aire hizo que jadeara.

El marqués, vestido con una toga decorada con runas, ni siquiera se volvió para mirarle. De mala gana, interrumpió su examen de las plantas que crecían sobre el peñasco y preguntó:

—¿Qué sucede, Valgris?

—¡Lord Sargueras, maese Killigan desea verle! ¡Dice que es muy importante!

—Iré en cuanto pueda. Aconséjale que se tranquilice un poco o le saldrán piojos en la barba.

El ayudante se escandalizó un poco ante lo disparatado de la idea, e insistió:

—Disculpe si le incomoda, pero el maestro ingeniero ya me advirtió que usted se mostraría... reticente.

—¿Y qué instrucciones te dio?

—Que le dijera algo lo más literalmente posible, señor.

Sargueras se volvió hacia él, resignado.

—¿Y bien?

—Cito textualmente: «Si te responde cualquier chorrada, dile que yo mismo subiré y le arrastraré montaña abajo por las orejas si es necesario. Así que más le vale acudir ahora mismo».

—Sí, sin duda el mensaje proviene de Killigan. —El elfo sacudió la cabeza, guardando sus instrumentos—. Y como sé que es perfectamente capaz de hacerlo, mejor será no tentar a la suerte. ¿Te ha dicho al menos de qué se trata?

—Al parecer es algo relacionado con la puerta estelar, señor.

Sargueras arrugó la frente. En efecto, el tema le resultaba tremendamente interesante. Desde su regreso del viaje astral y la desaparición de la capitana Ronin, la puerta había dejado de funcionar. Era como si un poder inaprensible, un *deus ex machina* misterioso que se encontraba más allá de su ciencia, hubiese apretado un simple botón y la puerta hubiese cesado toda actividad de golpe.

Eso les preocupaba y alegraba al mismo tiempo: era un acontecimiento nefasto en tanto que les mantenía prisioneros en aquel sistema. No poseían naves capaces de llevarles en un tiempo razonablemente corto hasta cualquier otro punto de salto (a menos que cinco mil años de vuelo hiperlumínico se encuadrara en los márgenes de paciencia de algún piloto), y Furiony era el único mundo terraformado del sector. Así que, a menos que la puerta volviese a funcionar, ya podían empezar a llamarlo su casa.

El lado positivo era que, si bien ellos no podían huir, la armada quimeriana tampoco podría alcanzarles. Ni siquiera los motores kirduan más veloces eran capaces de empujar cruceros de guerra a tales distancias, y si lo intentaran resultaría en una masacre para sus propias tripulaciones. Ningún sistema de purificación de la sangre paliaría tal degradación.

Estaban a salvo, presuntamente, en su isla cósmica..., aunque Sargueras permanecía preocupado. No podía quitarse de la cabeza la idea de que Furiony, si bien había sido terraformado por los mismos dioses, ocultaba un gran secreto. El motivo por el que tenía atmósfera no era simplemente albergarlos a ellos: había algo más, algo profundamente oscuro y misterioso que sacudía su sexto sentido con la fuerza de un huracán.

Si tan sólo pudiera descubrir de qué se trataba...

—Ve tú delante —ordenó al enano—. Acabaré de recoger estas muestras y bajaré. Dile a Killigan que modere su lenguaje o la próxima vez seré yo quien tire de su barba.

Valgris se marchó dando cortas zancadas. Sargueras paseó la vista por el enorme valle, admirando el lugar de emplazamiento de la colonia, sus campos de cultivo y la maquinaria agrícola, y el infinito horizonte carmesí que se extendía más allá. Algo en su mente fue incapaz de encajar toda la inhóspita belleza de aquel panorama.

Elfos, enanos y otras especies trabajando por un bien común —pensó, experimentando algo parecido al orgullo—. ¿Es arriesgado pensar que de algún modo inesperado hemos sido elegidos por los dioses? ¿Que somos los más afortunados de la galaxia? ¿O los únicos destinados a convertirse en mártires?

Decidió que no le gustaba nada esa última palabra. Arremangándose la toga, inició el descenso.

Planeta Midwoch, Extensión Gálica, a dieciocho horas y quince minutos del comienzo del salto

Los técnicos de vigilancia detectaron la salida de una nave no identificada del subespacio en un punto sobre el planeta. Pocos momentos después, la inmensa figura del consejero Blikos se personó en el puente. Su cara redonda, nunca risueña por culpa del áspero cabello y las indisciplinadas cejas, parecía más hosca que nunca.

Cruzó la sala, se inclinó sobre la consola e interrogó a sus técnicos.

—¿Qué tenemos?

—Un panzer sin baliza de identificación, señor. Acaba de concluir un salto kirduan justo sobre nosotros.

—¿Kirduan? Qué raro... ¿Estaba prevista la llegada de algún transporte?

—Sólo el que trae a su ministro personal de concordia. No sabemos si se trata del mismo.

El consejero frunció el ceño.

—Pídales que se identifiquen. Si no responden o solicitan tiempo para subsanar una avería, derribenlos.

Al otro lado de la cristalera que ocupaba el frontal de la sala, las perpetuas ventiscas del mundo glacial apenas dejaron entrever cómo el pico de una montaña se abría para dejar salir un montante de baterías antiaéreas y lanzamisiles. Las baterías apuntaron a lo alto, y la computadora solicitó permiso para disparar.

Blikos congeló la orden. Una señal provenía de la nave, transmitiendo un código privado que sólo identificaba a una persona. El ministro de concordia Mohamed Tefler.

—Esto no es normal —murmuró—. Déjenlo aterrizar, pero mantengan a la guardia en alerta. No quiero sorpresas.

La base estaba situada en la cúspide de una cordillera flanqueada por dos inmensos glaciares. Más que un edificio excavado en la roca, parecía una sucesión de búnkers, cada uno más enclaustrado en el hielo que el anterior; más blindado o mejor preparado para resistir uno de los terroríficos huracanes cristalinos que de vez en cuando sacudían aquellas latitudes.

Las pistas de aterrizaje nunca permanecían durante mucho tiempo a la vista. En cuanto el panzer del ministro se hubo aproximado lo suficiente, una pared se descorrió, asida verticalmente a un pie de metal, y más que en una pista se convirtió en una pinza magnética, trufada de arcos voltaicos, que aferró el panzer como a una mosca y lo sostuvo sin demasiada delicadeza frente al hangar.

Mohamed descendió de la nave, solo. Y en solitario recorrió los metros de pista que lo separaban de su comité de bienvenida, una escolta armada de orcos con cara de pocos amigos. Se dejó guiar hasta las dependencias de la enfermería, donde habitualmente atendía al consejero, pero se sorprendió cuando éste prefirió atenderle en un lugar muy distinto.

Su despacho.

Aparte de lugar de trabajo, era también su espacio privado, donde comía, descansaba y rumiaba lo que fuese que guardara en sus pensamientos después de cada campaña. Un lugar demasiado íntimo para servir de teatro en reuniones de trabajo. Mohamed lo adivinó por la disposición de los muebles, colocados para ahorrar espacio, y la holografía que disimulaba lo que con toda probabilidad era una cama.

Se preguntó por qué Blikos lo había llevado allí..., a menos que fuera el sitio

donde se encontraba más seguro. Un hombre como él tenía enemigos por todas partes, incluso entre sus filas de subordinados. Era lógico pensar que, si había un lugar en la estación donde hubiera concentrado todas sus medidas de seguridad, fuese donde dormía.

También se preguntó hacia qué dirección se dirigiría la conversación. Cuando un subordinado era recibido en audiencia directa por un hombre de la categoría de Blikos, el nivel discursivo de éste se consideraba una medida de la dificultad de salir airoso de tal encuentro.

Los guardias permanecieron fuera. El consejero aguardaba tras un biombo, vestido con una túnica negra y cuatro pendientes coralinos, cultivados en su planeta natal. Era costumbre en su cultura que fuesen los hombres los que se decorasen las orejas, no las mujeres.

—Pase, ministro —invitó, sin el menor rastro de cordialidad en la voz—. Disculpe que le reciba de esta manera, pero tengo mis motivos.

Blikos dejó caer su humanidad en una frugal silla de madera, protegida por campos de fuerza titilantes. Mohamed se preguntó si toda una vida pasada entre escudos energéticos afectaría la forma de pensar de una persona, o si compensaría sus restricciones.

—Me siento como la bestia de un zoo, incapaz de llegar al otro lado de la jaula —dijo el ministro—. Hasta ahora nunca me había tratado con tanta descortesía. ¿Ha cambiado algo en nuestra relación profesional?

—No confío del todo en usted —confesó Blikos—. Por eso quiero que me diga la verdad.

¡La verdad! La verdad era una roca contra la cual un hombre podía apoyar la espalda cuando llegaba la ventisca, pero ya no quedaban rocas en el impersonal sistema burocrático quimeriano, donde la vida había adquirido connotaciones siniestras. Eso, ambos lo sabían.

—¿La verdad sobre qué? —tanteó Mohamed.

—Sobre los motivos que le han traído hasta aquí. Y por qué influye en mí de esta manera. No quiero argumentaciones estúpidas, por favor, sólo el hecho crudo.

—No lo entiendo.

—Desde que anunció su visita, mis invitados están más revueltos que nunca —explicó Blikos, algo encrespado. A Mohamed le hacía gracia cómo llamaba aquel hombre a los fragmentos de personalidad ajena que llevaba mimetizados en su cerebro: «invitados»—. Es como cuando uno le habla sobre tics a personas muy nerviosas: basta que los mencione, para que el nervioso los somatice. Las cejas empiezan a bailar.

—¿Quiere decir que el mero anuncio de mi visita ha revolucionado su mente?

—Quiero decir que han vuelto las migrañas. Y la sensación constante de tener gente acechando a mi espalda, aunque esté en una habitación vacía. Nada de esto habría ocurrido (de hecho mis invitados estaban muy tranquilos) hasta que usted

anunció su visita.

—Lo lamento profundamente. Es que... tras estudiar su última analítica, descubrí algunas anomalías que deben ser tratadas cuanto antes.

—Anomalías... —El consejero pronunció esa palabra con suspicacia—. Esto me recuerda el cuento del mayordomo y la bandeja. ¿Lo conoce?

—Pues...

—Dos sirvientes hablan. Uno advierte al otro que tenga cuidado con una bandeja mal colocada. Al darse la vuelta, este último la tira al suelo. La pregunta es: ¿la habría tirado de no haberle advertido su compañero sobre lo que iba a suceder? ¿Se habrían manifestado estas anomalías si usted no hubiera hecho algo por tratar de prevenirlas?

—Sí —sentenció Mohamed—. Es lo más probable. —Volvió la vista hacia un mueble bar que había junto a una ventana, a este lado de los campos de fuerza—. ¿Puedo...?

—Sírvase usted mismo.

«Claro que lo haré —pensó Mohamed—. Si tuviera que hacerlo usted, debería desconectar el blindaje y alguien podría matarle con algún veneno o con una bomba. ¡Maldito paranoico!».

Se aproximó a la ventana. Mientras llenaba una copa de vino, su vista se perdió tras el cristal. Desde allí divisaba la pinza que tenía agarrada la nave de su secuestrador, y una figura encapuchada que se deslizaba, silenciosa y veloz como una cobra, escalando el propio brazo grúa. A los pocos segundos desapareció en el interior de la estación, acechando desde atrás a una pareja de infortunados guardias.

Mohamed contuvo la respiración. A fin de cuentas, la paranoia estaba justificada, y eso era lo que le daba más miedo.

—¿Por qué lo hace?

La voz de Blikos lo sobresaltó. Por un momento malinterpretó la pregunta, y estuvo a punto de contestar a otra muy distinta: que por qué le estaba traicionando. Él no pensaba traicionar a nadie, respondería. Estaba siendo sometido a coacción. Tenía demasiado miedo de Erik Draven como para delatarle, aunque se sentía obligado a hacerlo indirectamente. Tal vez hubiese alguna manera de revelar su presencia allí sin confesar que él mismo lo había traído.

Pero el consejero no se refería a eso.

—¿Por qué hago qué?

Blikos le inspeccionó con aire pensativo.

—Trabajar como agente encubierto.

Mohamed sintió que el corazón se le paralizaba. A duras penas, logró preguntar:

—¿A... agente?

—Es innecesario que lo niegue. No es la primera vez que recibo visitas de un espía del mariscal Éremos. Que yo sepa, hasta la fecha no le he dado motivos para sospechar de mí. Si existe esa supuesta conspiración para asesinarle, yo no tengo

nada que ver.

—Creo que se equivoca, señor. No soy un espía al servicio de nadie. He venido para hacer mi trabajo, nada más. Y pienso marcharme en cuanto lo concluya.

Un silencio incómodo flotó entre ambos. Blikos emitió una tosecita, un discurso gestual ambiguo.

—Está bien. Digamos que le creo. —Rozó un conmutador y una compuerta secreta se abrió en la pared. En su interior estaba el bluger, el aparato de inspección neuronal que Mohamed usaba para formatear la información contenida en el cerebro de su paciente—. Consiga que las malditas migrañas desaparezcan, y puede que no me llegue a importar si ha venido a espiarme o no.

Blikos alargó la mano hacia su consola. Antes de pulsar el botón que desconectaría los campos de fuerza, le miró directamente a los ojos.

Mohamed trató de no moverse, ni siquiera parpadear, no fuera a estar enviando un mensaje erróneo en un lenguaje corporal del que ni siquiera dominaba las claves.

Al final, el consejero tomó una decisión y desconectó el escudo. El siseo de los campos magnéticos residuales quedó flotando en la estancia como un sutil punto y aparte.

Maestro de títeres

Al llegar a la colonia, el marqués Sargueras no tuvo necesidad de hablar directamente con Killigan para saber qué le urgía. Le bastó consultar un mensaje que el enano le había dejado en su consola particular. Junto a ella descansaba una destiladera, un viejo invento de los colonos humanos con el que esperaba obtener algo parecido a su popular «zumo de bayas», sólo que empleando plantas de Furiony...; aunque por el momento subsistían unos efectos secundarios que no había conseguido eliminar.

Se sentó ante la consola y abrió el archivo. Los datos recogidos por el enano con la antena de exploración lo dejaron clavado al asiento. La puerta estelar había dejado de funcionar como enlace entre dos puntos, eso ya lo sabían, pero de alguna manera seguía latente. Activa. Mostraba a un nivel extremadamente débil una irradiación de energía que (y aquí venía la noticia bomba) resultaba virtualmente idéntica a las muestras que habían recogido en la caverna.

Se trataba de la misma firma energética.

Sargueras procuró reprimir la alegría que sintió al cotejar aquellos datos. Si estaban equivocados, sería una decepción muy grande. Pero si las implicaciones de ese hecho eran las que él temía...

Decidió pasar a la acción. Exprimió un poco de zumo de bayas en un vaso y fue a buscar a Killigan. Cuando llegó a la sala de máquinas, encontró un panorama inusual: en lugar de trabajar, los enanos y sus ayudantes humanos habían dividido la cubierta en dos secciones, y estaban jugando a... algo. Killigan en persona dirigía el equipo en camiseta, y uno de sus subordinados hacía lo que podía al frente de los descamisados. Por lo poco que entendió, se trataba de meter un balón naranja en un agujero, aunque a veces los jugadores gritaban de júbilo cuando lo conseguían, y otras se lamentaban de su mala suerte.

El lugarteniente Sobek disfrutaba del encuentro sentado en una caja de suministros. Sargueras se aproximó a él.

—Eh... disculpe, lugarteniente.

—Ah, marqués —saludó—. Encantado de verle de nuevo. ¿Cómo van sus experimentos con la flora local?

Sargueras le mostró el vaso.

—Traje esto pensando en usted. Es mi primer triunfo culinario, si me permite la expresión. Ingredientes cien por cien nativos de Furiony, nada de tratamiento químico. Pruébelo.

Sobek contempló el vaso con recelo.

—¿Que lo pruebe?

El marqués sonrió de oreja a oreja.

—Por favor. Sería un honor para mí que fuese usted el primero. —Para no darle

tiempo a replicar, dejó el vaso en su mano y cambió de tema—: ¿Qué clase de juego es éste? Creo que no entiendo las reglas.

—No creo que las haya. —Sobek olfateó el líquido a través de su máscara, sin estar muy seguro de qué hacer—. No parecen seguir ningún patrón coherente. A veces marcar es bueno, a veces malo... Lo único seguro en dar puntos es cuando se sacuden.

—Oh. Magnífico. Muy... «antropoenano».

Sobek degustó un sorbo. Su cara permaneció unos instantes congelada, mirando al infinito, y derivó muy lentamente hacia la aprobación.

—No está mal. —Lo probó otra vez, sin miedo—. Sabe a zumo de cerezas.

—Me alegro, porque su ingrediente básico ni siquiera pertenece al reino vegetal. Oiga, Sobek, tengo que hablar con usted. Es urgente.

Ambos abandonaron la sala de máquinas, dejando atrás la algarabía de los jugadores. En mitad de un pasillo, Sargueras decidió ir al grano.

—Señor, no sé si habrá conversado sobre esto con el maestro ingeniero, pero hay nuevos datos sobre la puerta estelar.

—Sí, Killigan me comentó algo. Han encontrado un residuo energético en su órbita, similar al que registramos en la caverna.

—¡Es un descubrimiento sensacional! Significa que, investigando un poco *in situ*, tal vez podríamos descubrir por primera vez en la historia cómo trabajan esos ingenios. Si nos permite al maestro ingeniero y a mí subir hasta allá arriba...

Sobek negó con la cabeza, tajante.

—Ya le di mi parecer a Killigan. Mi respuesta es no.

—Pero señor...

—Sólo nos quedan dos naves capaces de vuelo extraatmosférico. Las restantes fueron dañadas en el transcurso de la batalla, y las necesitamos por si surge una emergencia. Si deajo que Killigan y usted vuelen hasta la puerta, puede que no regresen. Y entonces sí que lo lamentaría.

—Yo pensaba que tratándose de un descubrimiento que atañe a la puerta...

—Por el momento no es prioritario, lo siento. Este zumo de... lo que sea, está muy bueno, pero no va a hacerme cambiar de opinión. La respuesta sigue siendo no.

—Temía que diría eso.

—Además... —Sobek miró al techo y enfocó la vista en el plafón de una lámpara—. No podría hacerlo mientras ellas me están mirando. Esas hermosas ninfas, tan brillantes, tan... desnudas...

Se desplomó en el suelo cuan largo era, sin sentido. El marqués comprobó que nadie transitaba por el pasillo y lo empujó a duras penas hasta una esquina.

—Lo siento, señor. —Se disculpó en voz baja, situándole la cabeza en un ángulo cómodo—. Intuía que iba a negarse. Espero que haya disfrutado del zumo.

En ese momento alguien cruzó la intersección de pasillos más cercana. Sargueras temió que le descubrieran, pero se alegró al reconocer la figura baja y rechoncha del

maestro ingeniero. Llevaba una toalla al cuello y tenía la barba humedecida de sudor. Echó a correr tras él y lo interceptó antes de que cruzara la siguiente esclusa.

—¡Killigan, espera!

El enano se volvió.

—Ah, Sargueras. Contigo quería hablar.

—Estupendo, ya está todo acordado, entonces.

—Pero ¡si aún no he dicho nada!

—Claro que sí. Sabes que tenemos que subir allá arriba, ¿verdad? Es nuestra única oportunidad de averiguar qué relación tiene este planeta con la red de puertas.

—¿Te dije Sobek lo que opinaba sobre este asunto?

El marqués hizo un mohín.

—La verdad es que no le presté mucha atención.

Killigan se encontró con el cuerpo tirado en mitad del pasillo del lugarteniente, y lo sorteó sin mirarlo. Continuó avanzando hasta una intersección donde había una consola y accedió a la base de datos de la colonia.

—En el hangar tres está el único biplaza del que disponemos, pero es suficientemente veloz para que acabemos con este asunto cuanto antes.

—Gracias mil. Sabía que podía confiar en tu criterio.

—Por cierto, Sargui, no es que quiera importunarte, pero...

—Por favor. —El elfo levantó una mano—. No me llame así, ingeniero. No me gusta. Alguien de mi posición social se merece un respeto.

—Está bien. ¿Puedo formularle una pregunta, marqués?

—Adelante.

Killigan señaló con el pulgar por encima de su hombro.

—¿Anoche me pasé con el crajhi, o el cuerpo de nuestro amado lugarteniente está tumbado ahí atrás, en medio del pasillo?

Sargueras compuso una expresión de impotencia.

—Traté de arrastrarlo de vuelta a su camarote, pero pesa mucho. Y está muy caliente para mis delicadas manos.

—Ya veo... —Suspiró—. Esta forma sutil de saltarnos la cadena de mando no le va a gustar nada a Ronin cuando regrese. De hecho, nos sacudirá con esa misma cadena en la cabeza hasta reventarnos.

—¿Me vas a hacer este favor o no?

Killigan bajó la vista. Estaba harto de buscar excusas para violar el reglamento cuando sabía que acabaría haciéndolo.

Sargueras le palmeó el hombro.

—Aunque no sea del todo lógico, me alegra que hayas tomado esa decisión —sonrió—. Para cuando Sobek despierte ya estaremos de vuelta, y se tragará cualquier excusa.

—¿Que no es lógico? No te entiendo.

—Yo lo llamo «el síndrome del engranaje que sobra» —dijo el elfo—. Para mí,

esta misión es importantísima, pues el panteón de Glorien siempre ha sido respetado por mi pueblo. Forma parte de nuestro folclore.

—¿Y cuál es el engranaje sobrante?

—Tú. Cumples con tu trabajo y recibes tu recompensa. Haces funcionar la colonia y por ello tendrás la gratitud eterna de los colonos. ¿Por qué tanto interés en ayudarme a revivir un mito en el que ni siquiera creyeron tus antepasados?

El enano se exprimió la barba, dejando caer un chorro de sudor en el pavimento.

—Estamos atrapados aquí, en este erial de tierra inculca, con un buen puñado de siglos de duro trabajo por delante. Una labor que, si los dioses lo permiten, concluirán nuestros tataranietos. Pero es un camino que todos hemos elegido —reflexionó—. Cuando nos embarcamos por primera vez en el *Dédalus*, ya sabíamos que no habría vuelta atrás. Esperábamos una vida tranquila y aburrida lejos de los quimerianos, y el destino nos brinda la oportunidad de divertirnos un poco con un misterio fuera de lo corriente. Un misterio que, además, promete grandiosos resultados a escala galáctica. —Extrajo su gorra de ingeniero de un bolsillo y la desdobló—. Maldita sea, haría este trabajo gratis.

Mientras se alejaban pasillo adentro, Sargueras preguntó:

—¿Me das tu parte de la cartilla de racionamiento de este mes, entonces?

—No.

—Si mueres, ¿me darías tu parte?

—No.

—¿Y si...?

—No.

Mohamed sacó el bluger de su caja y lo encendió. El aparato latió como si estuviera vivo, comunicándole mediante calor qué funciones estaban listas.

El ministro acarició algunas zonas de su panel de control, estimulándolas, preparando a aquel ingenio para recibir lecturas contradictorias de una mente perturbada.

La del consejero.

Nunca se lo había dicho a Blikos (admitirlo en voz alta sería motivo de juicio por traición), pero durante aquellas sesiones, Mohamed no sólo ponía orden en el caos de personalidades que entrechocaban en su chip kármico. También hacía lo posible por «arreglar» el cerebro que lo sostenía.

Indagando, había descubierto una tendencia hacia la psicopatía y la crueldad innata en su perfil, y poco a poco, sesión a sesión, había ido mitigándola. Como un artesano experto en modelaje, limaba las aristas de su personalidad y las volvía más suaves, convirtiéndolo en un hombre más cuerdo y tolerante. Esto tampoco podía ser un proceso obvio: si la gente del entorno en que se movía detectaba un cambio demasiado brusco, sospecharían que algo raro estaba pasando. Y de ahí a que el

nombre de Mohamed estuviese en todas las bocas, había un paso.

Por eso, el ministro de concordia tenía un plan. Sería su contribución a la causa de los oprimidos, una contribución sutil y lenta: si Blikos era uno de los consejeros más apreciados por el carnicero Éremos, añadir un componente de mesura a su mente ayudaría a evitar incontables desastres. Por ello, día a día, año a año, iba modificando una variable aquí, eliminando un recuerdo allá, para que pareciese que la moderación del talante de Blikos era un proceso natural, consecuencia de su envejecimiento. Y hasta ese momento, había dado resultados positivos. El mismo hecho de que, pese a sus sospechas por lo desacostumbrado del procedimiento, Blikos no le hubiera mandado encarcelar en cuanto puso un pie en Midwoch, era prueba de ello.

—Siéntese y trate de relajarse. Ya sabe cómo va esto. Necesito que piense en algo que le sugiera tranquilidad y sosiego.

Blikos se reclinó en el diván, de espaldas a Mohamed (aunque había colocado un espejo justo enfrente, detalle que no le pasó al ministro por alto). Entrecerró los ojos, sin entorpecer del todo su visión, y respiró hondo.

Al instante, el bluger estaba haciendo su trabajo.

A semejanza de un marionetista, Mohamed separó las personalidades, dio una pequeña azotaina virtual a las más subversivas y colocó en hilera las demás. Como un maestro poniendo orden en una clase revoltosa, acalló las voces y dejó ordenados los estantes.

Blikos sonrió cuando la calma llegó como un bálsamo. Allí sentado, con sus duras facciones relajadas, no parecía tan malo.

Pero había algo terrible que le preocupaba. Una sospecha que le estaba carcomiendo por dentro, y que intuyó era lo que tenía revolucionado el chip.

Mohamed se salió de los márgenes que tenía impuestos, entrando en regiones prohibidas del cerebro. Navegó cual barco de papel por sus recuerdos y sus preocupaciones, hasta que encontró lo que buscaba.

El miedo.

Esa palabra estaba asociada a otra: «Complot». Y ésta a su vez a «traición», y ésta a... La lista era interminable. Pero se resumía en una cosa.

Blikos había hecho algo muy malo, algo horrible (al menos para un hombre como él), y dormía cada noche con el temor de despertarse en el banquillo de los acusados, con la espada de Damocles a punto de guillotinarle.

Mohamed se humedeció los labios y tomó la que probablemente sería la decisión más peligrosa de toda su carrera. Echó a un lado a los «invitados» y fisgoneó más profundamente, más y más adentro, mientras el consejero dormitaba en el estado de trance inducido por el bluger. Y lo que encontró...

Una alarma sonó en la terminal privada de Blikos. Una holopantalla se iluminó y mostró, en tres dimensiones, la imagen de Erik Draven, acorralado en un pasillo, frente a un destacamento de guardias. Era en el subnivel doce, justo al lado del bloque prisión. ¿Por qué habría bajado Draven hasta allí? ¿Acaso su objetivo no era

interrogar a Blikos?

El consejero se revolvió en su trance. Su cuerpo sabía que algo pasaba y que debía mantenerse en tensión, pero aún no se lo había dicho a su mente.

Mohamed dudó. Estaba en una encrucijada. En la pantalla, Draven se preparó para abalanzarse sobre los guardias. Él le había visto luchar contra el robot asesino; sabía de lo que era capaz. Y sabía que, si no despertaba a Blikos para que diese la alarma, el fugitivo bien podría salir airoso de aquella trampa.

¿Qué hacer?

Se mordió el labio. Su mano se acercó al hombro del consejero. Cuando estaba a un centímetro de distancia, miró la pantalla. Y vio el rostro de Draven.

Le estaba mirando.

Sabía, de alguna forma sabía, que él estaba allí, a punto de decidir sobre el destino de ambos. Y cuando Mohamed eligió, fue de la única manera que podía hacerlo. Un condicionamiento más fuerte que el miedo a las represalias de su secuestrador le empujó. Un terror fraguado durante décadas hacia la Quimera y su maquinaria militar. Ya se lo había advertido a Draven en Tifar: no había nada que hacer.

Despertó a Blikos.

El bluger se separó de su cabeza y cayó al suelo, rompiéndose. Los fantasmas del chip kármico se revolvieron como una estampida de rinocerontes dentro de una cabina telefónica. Los ojos de Blikos se cruzaron con los de su ministro, estupefactos, y su grasienta mano golpeó con fuerza el botón de alarma.

Erik desafió la fuerza de las ligaduras, pero éstas desataron una corriente eléctrica de alto voltaje que le hizo retorcerse de dolor. Sus carceleros lo mantenían atado a una camilla vertical, con ruedas en la base, con la que lo movían de un lado para otro. Le habían administrado un sedante y colocado un bozal de hierro en la cara para que no usara la única arma que le quedaba: los dientes.

El burlón rechinar de las ruedas lo acompañó mientras lo empujaban por un pasillo. Tras una puerta había una habitación amplia y helada, con una pared corrediza que había sido retirada. La luz del sol entraba a raudales por ella, tan blanca como fría. Más allá, una amplia vista del glaciar le hirió los ojos con su resplandor.

Erik esperó pacientemente (poco más podía hacer, salvo insultar a sus guardianes) mientras lo colocaban frente a aquella gran apertura al mundo exterior. Si su plan era arrojarlo fuera, antes querrían interrogarle, y ganaría algo de tiempo resistiéndose. El aire helado pronto comenzó a depositarle una capa de escarcha sobre la piel.

Una puerta se abrió y se cerró a continuación, fuera de su ángulo de visión. Los pasos de los carceleros desaparecieron tras ella, pero alguien había entrado en su lugar. Erik no podía verle, pero sabía que estaba allí.

Sus sospechas se confirmaron cuando una voz preguntó:

—¿Por qué lo hiciste?

Era el ministro Mohamed. Lentamente, circundó la camilla de Erik y se le encaró, aunque sin acercarse demasiado.

—Tú no tienes la culpa. —El fugitivo lo miró con aire desencantado—. Me lo advertiste en Tifar, y no quise escucharte.

—¿Que te traicionaría? ¡Pues claro! —El ministro hizo un ademán de impotencia—. ¿Cómo llegaste a pensar que, sacándome por la fuerza de mi mundo y amenazándome, ganarías un aliado? ¿En qué cabeza cabe?

—Aposté por que tus pesadillas con respecto a la Quimera tuvieran más peso a la hora de respaldar una acción contra ella, pero veo que me equivoqué. Tenías razón en lo que dijiste. Eres un cobarde.

—Sí, lo soy —afirmó con cierta entereza—. No es algo que deba avergonzarme si me mantiene vivo. ¿De veras confiaste tanto en que mis miedos se sobrepondrían...?

—Estoy encadenado contestando a tus estúpidas preguntas. ¿Tú qué crees, quimeriano?

Mohamed negó con brusquedad. Los epítetos de Draven y la sensación incordiante de que se le estaban escapando irremediablemente las oportunidades lo habían puesto fuera de sí.

—Eres un estúpido, y por tu estupidez morirás.

—Bueno, ése sí que es un pensamiento digno de ti.

—O puede que haya otra explicación —conjeturó.

Erik lo miró de soslayo.

—Puede que me hayas engañado, después de todo, y Blikos no sea tu verdadero objetivo.

—Ni te imaginas la sabiduría que encierran esas palabras —agregó con bastante énfasis un nuevo interlocutor. Esta vez, Erik sí torció lo que pudo el cuello para verle llegar. La oronda figura del consejero bordeó la camilla y se convirtió en una silueta a contraluz frente al horizonte glaciar.

—Erik Draven —constató. Había felicidad en su voz—. Por fin. ¿No tienes nada que decirme, después de tantos años?

—Claro: ¿han abierto ya la veda del cerdo? Si no, puedo esperar un poco antes de matarte.

A Blikos casi no se le notó la contención de la ira.

—El mismo Draven de siempre. Sarcástico y desafiante hasta cuando las posibilidades de supervivencia son del cero absoluto. Y ¿sabes qué? No eres ni la mitad de hombre que crees.

—¡Qué dices! Soy la mitad de hombre que tú —se burló Erik, mirando el cojín que Blikos tenía por barriga—. Con eso me conformo.

El consejero le dio un puñetazo en el estómago que hizo contraerse incluso a Mohamed. Erik apretó los dientes y anuló el gemido y las blasfemias que acudieron a su garganta.

Recuperando el aliento, masculló:

—¿Te digo ya cuál es el recurso final del incompetente, o te lo puedes imaginar tú solito...?

—¿Ves eso, Draven? —estalló Blikos, señalando a su espalda.

—Un glaciar. ¡Qué bonito! Sólo faltan los pingüinos.

—Fíjate bien en las marcas de la superficie.

Erik aguzó la vista. En efecto, la lengua de hielo no era homogénea, sino que parecía arañada por miles de diminutas esquirlas afiladas. Un patrón de cicatrices que seguía la dirección del viento.

—Es debido a las tormentas de cristales de hielo. No sé si visualizas el terror que inspira un huracán de trozos de cristal cortante, pero visto desde lejos, al otro lado de un búnker, es toda una experiencia. Lástima —Blikos se apoyó en la camilla, cerca de su oído—, que tú no disfrutarás de esa protección.

—¿También domináis la climatología? Sois unos hachas.

—No, pero las predicciones indican que dentro de poco disfrutaremos de una buena ventisca. Has llegado a esta parte de Midwoch en el peor momento.

—Siempre he dicho que soy el amo de la suerte.

—De todas maneras, tiene un lado positivo: vas a tener el honor de convertirte en uno de los pocos seres humanos en ver un fenómeno así desde dentro.

—Si me quisieras muerto ya habrías ordenado que me disparasen —puntualizó Erik, manteniendo la calma.

—¿Dispararte con qué? ¿Con una pistola? —preguntó Blikos, desenfundando un arma. El ministro retrocedió un paso—. ¿Una como ésta?

Erik rió por lo bajo.

—Yo de ti saldría corriendo, Mohamed. No es a mí a quien pretende matar.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiso saber Blikos.

—¿Para qué montar todo este numerito de la balconada, si no? Venga, haz lo que tengas que hacer y hablemos claramente de una maldita vez.

El consejero asintió, y tal como había vaticinado Erik, giró la pistola hacia su ministro de concordia. El estallido de una descarga atontadora se reflejó en el lejano glaciar, tiñéndolo de verde.

—Y ahora, tú y yo vamos a mantener una larga charla, Draven —amenazó el consejero—. A solas.

Tormenta de hielo

La nave que llevaba a Sargueras y a Killigan alcanzó la órbita baja. Por un instante, pareció que se detenía mientras los demás cuerpos celestes seguían danzando a su alrededor. El enano, sentado en el puesto del piloto, calculó la ventana de salto hasta las cercanías de la puerta estelar.

—¿Llegaremos? —preguntó el marqués, a su espalda.

—Ésta es la única nave que tenemos con capacidad de hipersalto. Si no nos lleva y nos trae de vuelta, lo vamos a pasar muy mal.

—Si todas tus opiniones son así, de ahora en adelante agradecería que te limitases a prestar atención a los mandos.

El enano sonrió de medio lado y contó hasta diez. Antes de llegar al nueve, el espacio había cambiado a su alrededor. Había mucho más polvo de estrellas, y un cometa lejano los saludaba abriendo las plumas de su inmensa cola.

Y una especie de dios tecnológico los miraba directamente a los ojos.

La puerta flotaba ante ellos, a un millar escaso de kilómetros. Su majestuosidad era sólo comparable a su silencio; una quietud milenaria, de secretos ocultos y mecánicas celestes. Ni siquiera parecía una puerta, entendida como tal, vista a esa distancia.

—Ahí está —susurró Killigan—. Esperándonos.

—Eso es mucho suponer.

—¿Te daría miedo que fuese así?

El reflejo del leviatán se superponía a la carlinga, justo sobre el rostro del marqués.

—Sí —confesó—. Lo cierto es que sí.

La navecilla se aproximó. Mientras más cerca estaba de aquella superficie, rugosa, más amenazada parecía.

Killigan se colocó en una órbita estacionaria, a menos de un kilómetro del objeto, y activó los sensores. Nada. Para sus antenas, la puerta era tan opaca a las ondas que podría perfectamente no existir.

—Lo que haré a continuación —explicó el marqués, manipulando su consola—, será codificar una señal parecida a la que usamos para activar las puertas, pero usando como portadora la misma radiación de la caverna. Veremos si hay alguna reacción.

A Killigan le gustaba que el elfo se expresase con absoluta claridad (con todas las connotaciones que ello implicaba). Así, si algo salía aunque sólo fuese remotamente mal, tendrían tiempo de salir corriendo.

O eso esperaba.

—Por más que lo intento —comentó Killigan—, no logro entender las

motivaciones de las diferentes fuerzas que operan en este asunto. Puertas, cavernas, pictogramas ancestrales... ¿Por qué parece un mero juego de acertijos? ¿Por qué enterrar un secreto auténtico para sembrar otro en su lugar?

—Nunca hay que tratar de entenderlo todo, Kil, sino sólo la parte del todo que nos compete. El universo es un concepto demasiado grande e indescifrable para nuestras débiles mentes.

—Eso ya lo sé. Pero me preocupa que esas fuerzas que no podemos ver ni comprender parezcan tenernos muy en cuenta para sus planes...

El marqués rió.

—Bienvenido al mundo de la fe.

Su antena emitió la onda. Esperaron unos segundos.

—Permanece inmóvil, como antes.

—Paciencia —aconsejó Sargueras—. No sabemos cuánto tiempo se necesita para que esto tenga efecto, si es que lo tiene. Esperemos un poco más.

Mohamed descorrió las pesadas cortinas que le aplastaban los ojos. La luz llegó, lentamente al principio, instantánea después. Y lo que trajo no era un panorama agradable.

Frente a él, al otro lado de la balconada, se estaba concentrando una enorme ventisca. Su abotargada masa, medio sólida medio gaseosa, se aproximaba volviéndose opaca al tiempo que raspaba el perfil de las montañas.

El latigazo de pánico lo acabó de despertar. Estaba en una camilla vertical, similar a la de Erik, a un metro escaso de él. El fugitivo aún portaba el bozal.

—¿¡Qué ha pasado!?! —exigió saber Mohamed, tirando de las correas que lo sujetaban.

—Blikos ya no requiere de tus servicios. Ésta es su forma de decirte que estás despedido.

—¡Basta! Ha habido un error, un...

—... lamentable error, claro que sí. Pero ocurrió hace muchísimos años, cuando la naturaleza decidió crear a la Quimera y a su estirpe bastarda. Creo que es demasiado tarde para subsanarlo.

—¡Yo no debería estar aquí! ¡No soy responsable de lo que ha pasado!

Erik miró la ventisca. El reflejo del sol en sus millones de pequeños componentes afilados era un espectáculo sobrecogedor.

—Si te sirve de consuelo, lamento haberte metido en esto.

—Vete a la mierda.

—En eso nos convertiremos en menos de una hora, a menos que pensemos en un plan de escape. Mueve las neuronas, profesor de universidad, y prométele una medalla a la que haga el mejor tiempo.

Mohamed sacudió con terquedad la cabeza, negando la situación.

—No puede ser. Esto no está pasando. El consejero no va a matarnos.

—En eso tienes razón.

—¿Qué quieres decir?

Erik volvió a ejecutar presión sobre las correas, por si acaso, pero notó el pinchazo de electricidad y relajó al instante los músculos.

—Blikos y su gente llevan años persiguiéndome. Antes, cuando me interrogó, trató de sonsacarme cuál es mi «gran secreto». Ese que la Quimera teme tanto.

—¿Un secreto?

—Sí. Blikos está dispuesto a todo por averiguarlo. O no lo conozco, o lo usará en su provecho antes de confesar a nadie que lo posee.

—¡Pues dáselo ya y salgamos de aquí!

—No seas idiota. Ni yo sé en qué consiste. Blikos dejará que la ventisca nos desangre como si estuviéramos en una batidora de cuchillas, y nos rescatará justo antes de que muramos. Va a ser muy doloroso.

Mohamed sollozó. Ésas no eran precisamente las palabras que necesitaba oír.

—Pero no te hundas todavía. Hay una esperanza —prometió Erik.

—¿¡Cuál!?

—Sin saberlo, Blikos acaba de proporcionarme un arma. Una muy poderosa.

—¿Qué arma es ésa?

Erik lo miró.

—Tú. —Bajó la voz por si había escuchas—. Eres su maldito ministro de concordia. Algo habrás visto mientras metías mano a su cerebro que nos sirva, ¿no?

—Es muy poco probable...

—¡Haz un esfuerzo! Piensa en tu discurso de la clase magistral —insistió Erik. El tiempo se agotaba, y la ventisca se les echaba encima—. Hablaste sobre lo frágil que es la mente humana. Imagina que un puñado de esas bombas del miedo explota a los pies de Blikos. ¿Qué vería?

—No lo sé...

—¿Qué vería?

—¡Éremos! ¡Basta ya!

Eso le cogió por sorpresa.

—¿El mariscal?

—Sí... —admitió Mohamed—. Blikos le tiene un miedo atroz, aunque no sé por qué. Es su peor pesadilla.

—Interesante... Pero de nada nos sirve ahora. Si tan sólo pudiera...

Algo impactó con fuerza junto a su oreja, en la camilla, produciendo un ruido metálico. Parecía una esquirla de metralla.

Mohamed dio un respingo.

—¿Qué es eso? ¿Nos disparan?

—No —rezongó Erik—. Es la tormenta. Ya llega.

El consejero Blikos seguía los acontecimientos a través del circuito cerrado de cámaras. Alrededor de los prisioneros, la lente recogía impactos erráticos de hielo que provocaban diminutas explosiones en las paredes.

Su exministro temblaba de miedo. Al fugitivo se le notaba menos. Pese a estar atado, la relajación de sus músculos sugería una postura informal, incluso desenvuelta. O estaba loco, o había nacido sin los genes del miedo.

—Es demasiado consciente de su dignidad —gruñó Blikos. Miró el reloj y la estimación meteorológica de la computadora. Veinte minutos más y estarían muertos. Aquel débil chaparrón de hielo no era nada en comparación a lo que vendría.

—¿Los liberamos? —preguntó el capitán de la guardia. Éste, un hombre robusto de bigote espeso y con una enfermedad en la piel que le volvía rojiza la mitad de la cara, respondía por el escueto nombre de Schard. Como el resto de sus subordinados, iba vestido con el uniforme oficial del cuerpo: chaqueta negra, pantalón bombacho, cinturón cromado y botas de suela ancha y puntiaguda.

—No —decidió Blikos—. Sus bravuconadas insolentes son un truco para que nos pongamos nerviosos. No pienso picar el anzuelo.

—Pues será mejor que uno de los dos bandos claudique pronto —opinó Schard —, porque dentro de diecinueve minutos esas actitudes van a resultar bastante inútiles.

—Ya lo sé. ¡Maldita sea! —El consejero golpeó la consola con el puño. Su mente trabajaba contra reloj: si sacaba a Draven de aquella trampa demasiado pronto, sus amenazas perderían credibilidad. Si le dejaba a merced de los elementos, podría morir y llevarse su secreto a la tumba. Parecía un callejón sin salida.

Pero sólo lo parecía.

—¿Cómo se encuentra nuestra prisionera?

—¿La capitana Ronin Telser? Aún está drogada por el interrogatorio.

—¿Qué drogas han usado?

—Flixemil, un potente alucinógeno. E inyección nerviosa de dolor. La combinación de ambos suele funcionar.

—¿Le habéis sonsacado algo?

Schard negó con la cabeza.

—Por desgracia, no sabe nada de la puerta de Furiony: ni por qué ha dejado de funcionar ni si ha sido obra de alguien. Lo único que no para de repetir, como si estuviera loca, es la frase «sus alas se abrieron». ¿Sabe qué significa?

Blikos recordó con un escalofrío al dragón que los había atacado en aquel lejano planeta, pero no dijo nada. En lugar de preocuparse, ordenó:

—Traedla. Y dadle un arma no letal. Una pistola de arco.

—Pero, señor...

—Obedece, Schard —su voz adquirió el peso de la autoridad—. La única forma de conseguir que Draven abra la boca será castigándole donde más le duele.

Habían transcurrido quince minutos tras la emisión de la primera señal, y aún no había respuesta. Killigan empezaba a impacientarse.

—Esto no me gusta.

El marqués torció el gesto.

—Tal vez no haya servido para nada. Tenemos una llave, o eso creo, pero sin la más remota idea de cómo es la cerradura.

—Oye, tal vez sea algo tan simple como eso... —Se sorprendió el enano.

—¿El qué?

—No puedo dejar de darle vueltas como un problema de mecánica básica. —Se hizo tirabuzones en la barba, como siempre que pensaba—. Dime, Sargueras, cuando tienes una llave y buscas su cerradura, ¿qué haces?

El elfo se abstuvo de hacer comentarios y dejó que él mismo contestara su pregunta.

—Imaginas que ésta tendrá la forma que encaja a la inversa en el perfil de la llave. Eso debemos hacer nosotros: tenemos una señal, pero la estamos usando al revés.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando las naves de gran tonelaje quieren atravesar las puertas, emiten un código cifrado que las activa, ¿no? En este caso, es la puerta la que está emitiendo la radiación residual, no nosotros. Lo único que hacemos es devolvérsela.

—¿Y bien?

Killigan trasladó su lánguida mirada al dintel de la puerta.

—Intento decirte que, a su modo, puede que este ingenio también busque su propia entrada hacia otro lugar. Puertas que entran dentro de puertas. No es descabellado. Nosotros lo hacemos a diario, cuando usamos la red para mover agujeros de gusano de un lado a otro de la galaxia. La hilvanación subyacente a éstos se mantiene.

—¿Estás insinuando que el artefacto podría tener algún tipo de inteligencia y que desea desplazarse a sí mismo hacia otro lugar?

—¿Por qué no? Si las puertas fueron construidas por los dioses, al igual que Furiony, podrían ser las piezas de un plan maestro puesto en marcha hace eones. Y ahora que el planeta ha despertado...

—Espera. Estoy captando algo.

El enano se tensó. En efecto, una débil pulsación electromagnética nacía en algún lugar justo frente a ellos.

—Algo está pasando —dijo Sargueras, conteniendo su ansiedad—. Capto una especie de sincronismo. Es como... un latido.

—Será mejor que nos larguemos.

—¡Aguarda! —suplicó el elfo—. Puede que hayamos iniciado algún tipo de conversación, y que esa cosa esté esperando una réplica.

—Esa frase contiene muchos «puede». Lo más prudente es largarnos, ahora que estamos a tiempo.

—Dime, Kil, ¿qué pasaría si la puerta espera una respuesta y se enfada porque no se la damos? —preguntó el elfo, ladinamente.

El enano maldijo por lo bajo.

—Emitiré una segunda señal, complementaria a la anterior —prosiguió—. Si hay algún tipo de inteligencia ahí dentro, espero que capte la relación.

Sin embargo, la segunda señal no tuvo tiempo de ser emitida. Un resplandor fugaz recorrió el dintel, hizo titilar a nivel cuántico sus geometrías, y desapareció segundos después.

No fue lo único que había desaparecido. El pequeño biplaza de Sargueras y Killigan también se había volatilizado en la nada, junto con sus tripulantes.

Mohamed chilló cuando una bala de cristal le atravesó la pierna. Su sangre manchó la pernera del pantalón y goteó hasta el pavimento. Otros proyectiles hirieron a Erik en el estómago, los muslos y los antebrazos, lacerando sus ataduras pero sin llegar a cortarlas. Erik tiró de ellas, pero la electricidad amenazó con privarle del sentido, lo cual sería letal en aquella situación.

El ministro lloraba. No quería morir, y suplicaba por su vida a los cuatro vientos. Eran precisamente éstos los que ahogaban su ruego en un maremágnun furioso.

Entonces se abrió una puerta, y una figura delgada que portaba una pistola salió a la balconada dando pequeños pasitos.

Al verla, el rostro de Erik se desencajó de la emoción.

—¡Ronin!

La joven no respondió. Avanzó unos metros, mirándolos a ambos con ojos licuados. Estaba vestida sólo con una bata de hospital que se abría a su espalda, las ligaduras desatadas colgando a la altura de los tobillos.

Erik sintió un acceso de furia asesina al verla en ese estado; estaba claro que la habían torturado.

—Está drogada —comprendió Mohamed—. ¡Gas del miedo!

—Ronin, soy yo, Erik, ¿no me reconoces?

La capitana lo miró con asco y alzó su pistola hacia él.

—Vamos, cariño, reacciona —suplicó el fugitivo—. Recuerda aquella vez que me invitaste a licor de Akria en tu cabina...

Las imágenes estaban claras en su mente, aunque no tenía claro si también resurgían en la de ella: Fue el día previo al ataque quimeriano. Él solicitó beber algo, ella rellenó un vaso. Se había acercado mucho a su cuerpo, tal vez para oler su vaso, quizás incluso su aliento, o sólo para estar más cerca. Era uno de los momentos que significaban algo.

La capitana no reaccionó. O puede que Erik estuviese interpretando mal sus

sentimientos, después de todo.

Un remolino rozó la balconada. El rugido del viento era ensordecedor. La lengua del glaciar se despedazaba bajo ellos, a escasos metros, llenándose de grietas y circulando como una ola lenta.

Los cristales tumbaron a Ronin y le llenaron la espalda de manchas rojizas. La joven efectuó un disparo, un arco eléctrico que falló la camilla del fugitivo por centímetros, pero que bastó para dejarle un recuerdo humeante en el brazo.

—¡Ronin, despierta, maldita sea! —gritó éste. De reojo, advirtió que Mohamed ya no se movía: o había muerto, o su mente no soportó la tensión y prefirió desconectarse.

Entonces se dio cuenta: estaba usando la estrategia errónea. Trataba de convencer a Ronin de que sus visiones no eran reales, cuando lo que más le convenía era lo contrario.

Aunque sus consecuencias...

Erik soltó una maldición y tiró de las ataduras. La electricidad recorrió su cuerpo, recordándole que podía freírlo en cualquier momento.

«Eso es lo que quiero —pensó, asustado—; que me frías».

—¡Aquí estoy, mujer! —chilló—. ¡Soy el monstruo que te ha torturado! ¡Mátame!

Ella le miró. No vio a un hombre, sino a una serpiente maléfica que se retorció entre espumarajos babeantes, amenazando con devorarla. Alzó de nuevo el arma y cargó el último fusible eléctrico. La bocacha del cañón chispeó como una jaula de Faraday.

Justo cuando su dedo apretó el gatillo, Erik dio un brusco tirón de sus correas; un tirón tan potente como para romperlas.

La descarga subsiguiente fue letal: recorrió el cuerpo del fugitivo de punta a punta, provocándole quemaduras en la piel donde ésta tocaba las ligaduras. Al tener conectado un potenciómetro, el momento en que éstas se rompieron liberó un caudal eléctrico capaz de matar a cualquier ser humano. El corazón de Erik, en respuesta, dejó de latir.

Y el disparo de la pistola de Ronin lo reactivó un instante después.

Fue como sufrir un infarto de medio segundo. El fugitivo emitió un alarido de dolor, cayó hacia adelante y rodó por el suelo, las esquirlas de hielo incrustándose en su piel. Ronin cargó de nuevo y le apuntó, esta vez a la cabeza. Su propio cuerpo sufría laceraciones continuas, pero estaba tan drogada que ni se daba cuenta de que los estallidos de sangre que la rodeaban eran suyos.

Erik saltó sobre ella y la arrastró más allá de la balconada, lanzándose en caída libre sobre la lengua del glaciar.

Ante los atónitos ojos del consejero y sus hombres, que lo observaban todo desde la relativa seguridad de la sala de control, ambos cuerpos fueron engullidos por la tormenta.

9

Permafrost

Ronin corría por un pasillo, acorralada por serpientes gigantes que gritaban su nombre y enarbolaban cuchillos de trinchar carne. Su cerebro trató de rebelarse ante lo absurdo del cuadro. ¿Cómo iban a hablar unas serpientes, y más utilizando jerga de muelle estelar? ¿Y cómo es que tenían manos?

Algo no iba bien, aunque «pesadilla» era la cuarta o la quinta en la cola de explicaciones. Las que la precedían tenían más que ver con mazmorras oscuras y una sensación de dolor insoportable.

Abrió los ojos. Un hombre serpiente estaba inclinado sobre ella, sonriendo de felicidad.

—¡Ronin! —exclamó el monstruo—. ¡Has despertado, por fin!

Ella le dio un puñetazo y rodó lejos, hasta que topó contra una pared. Estaba hecha de algo duro y frío. Hielo.

El monstruo se llevó las manos al mentón. Cuando lo miró de nuevo, la mujer tuvo que admitir que no parecía tan reptilesco. De hecho, aquella cara contusionada le recordaba sospechosamente a...

—¡Erik!

—¿Por qué demonios todas las mujeres me pegan o tratan de matarme? ¿Es por mi actitud, o he nacido con mala estrella?

Ronin lo abrazó, llena de alegría, aunque estuvo a punto de resbalar por el hielo. Ahora que miraba con calma a su alrededor, advirtió que se encontraba en una especie de caverna translúcida.

—¿D... dónde estamos...?

El fugitivo alzó los brazos y la invitó a refugiarse en ese espacio, donde podría compartir parte de su calor corporal.

—Dentro del glaciar. La morrena se fracturó con la tormenta y dejó al descubierto miles de agujeros como éste. Con un poco de suerte, nos arrastrará sin que nos encuentren y dentro de unos cientos de años llegaremos al fondo del valle.

Ronin le atravesó con la mirada, dejando claro que no era el momento más apropiado para chistes. Pero al rato hasta le encontró su gracia.

—Has venido a salvarme, idiota...

—Pues claro. No iba a quedarme el papel de marioneta de los dioses para mí solo.

Ella le besó. Fue un contacto prolongado, cálido, sin las prisas que hasta ese momento habían zarandeado su relación. Erik se dio cuenta de que era la primera vez que saboreaba sus labios, su lengua, su saliva..., y le encantaba. Hacía años que no experimentaba algo tan placentero.

Se separaron tras unos increíbles cinco minutos; ella sonrió y él resopló, exhausto.

—Es... el beso más largo que nadie me ha dado nunca —se sorprendió el fugitivo.

Ronin le acarició la mejilla.

—Aún no has visto nada.

El contacto se prolongó un segundo, durante el cual pasaron muchos argumentos y aún más conclusiones (¿encrucijadas?, ¿dilemas?) por los ojos de ella. Erik intentó descifrarlas, sin éxito.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

Ronin dejó que una sonrisa picaresca le comprimiera las mejillas.

—Me he enamorado de una bestia asesina... Mi vida es un desastre.

Esa palabra sacudió al guerrero con tanta fuerza como la tormenta.

—¿Enamorado?

Ronin sintió algo pegajoso en la mano. La despegó de la piel de Erik y, al mirar de qué se trataba, se asustó.

—¡Por los dioses, estás herido!

Erik negó con la cabeza, tranquilizándola. Era cierto, su cuerpo parecía un mapa de heridas, pero la mayoría eran cortes superficiales.

—No te preocupes, sólo me duele cuando respiro. —Evitó que ella se pusiese en pie, alarmada—. Es broma. El pobre Mohamed corrió peor suerte, me temo.

—Tenemos que llegar a una nave y dejar este planeta. Una que tenga cabina médica.

—Ahora mismo nos estarán buscando. Es muy peligroso salir.

—Pensarán que hemos muerto. Nada puede sobrevivir a esta ventisca.

Erik elevó el mentón.

—Si Blikos me conoce lo suficiente, nos concederá el margen de la duda.

Ronin le pegó.

—¡Eres un orgulloso! Y algún día se te acabará la suerte.

—Vale, pero tengo de sobra para aguantar hasta entonces.

Una vibración sacudió la grieta. A través de los estratos de hielo, pudieron ver sombras enormes que caminaban por encima de ellos. Eran como gigantescos trípodes, sostenidos por patas articuladas, que exploraban la superficie del glaciar en su busca. Potentes faros brillaban con tonalidad roja a causa de la refracción de la nieve.

Uno de los trípodes cruzó justo por encima de sus cabezas. El estampido de una de las patas al clavarse en la morrena arrojó fragmentos del techo sobre ellos. Luego, pasó de largo. Por la luz que despedía, pudieron distinguir un ovoide de diez metros de diámetro, con tres cabinas rectangulares provistas de armamento que sobresalían del casco. Un zumbido que castigaba el oído acompañaba cada uno de sus movimientos.

—Sssshhh —susurró Erik—. No hagas ni un ruido. Esas cosas no tienen ojos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, de forma tan inaudible que su compañero

tuvo que adivinar la mitad de la frase.

—Conozco el arsenal quimeriano. Utilizan un sónar de barrido para encontrar a sus presas.

—¿Están tripulados?

—Creo que sí.

Pasaron unos tensos minutos, durante los cuales procuraron no mover ni un músculo. Dada la cantidad de cuevas y fracturas que la tormenta había taladrado en el glaciar, era poco probable que dieran con ellos en seguida, pero una exploración sistemática acabaría por encontrarlos. Tarde o temprano, tendrían que salir. Y, dado que los últimos coletazos de la ventisca aún no habían amainado, era mejor temprano que tarde.

Sería difícil, tal vez suicida, pensó Erik..., pero no más que otros combates que había librado en su vida. Veamos: correr como si la Quimera le pisara los talones entre la ventisca, escalar por una pata el trípode, alcanzar una ventana, abrirse paso a golpes hasta la carlinga de mando, despachar de la forma más brutal y directa a los pilotos... Genial.

Iba a comunicar su original plan a Ronin cuando se detuvo. Algo había llamado la atención de los trípodes. Un quinteto de ellos se reunió en torno a un punto, alargando los tentáculos y explorando la nieve.

—¿Qué ocurre? —preguntó la capitana.

—No lo sé..., es como si hubiesen encontrado algo. Pero no sé...

Un *flash* de luz detonó justo entre los trípodes. Erik cubrió a la joven con su cuerpo, pero la explosión no generó una onda expansiva, sino un conjunto de anillos láser que se abrieron en todas direcciones, taladrándoles las patas.

Los ingenios cayeron, aún operativos pero con los miembros amputados, y resbalaron hacia los bordes del glaciar. El más alejado disparó —con toda seguridad por error— uno de sus cañones de partículas, con tan mala suerte que el cañón apuntaba al suelo justo en ese momento. Hubo una segunda explosión, esta vez cargada de cinética y metralla, y una columna de vapor de agua se elevó veinte metros, catapultando al infortunado trípode por los aires. Su corpachón cayó con la masa de un edificio de tres plantas a pocos metros de donde los fugitivos yacían escondidos.

Justo en el momento en que tocó suelo, Erik pudo ver su interior a través del plexiglás blindado que protegía la cabina. Y reconoció al piloto, el que había sido su torturador en las breves pero intensas horas precedentes: el capitán Schard, con la mitad de la cara manchada por aquella enfermedad cutánea.

Ambos hombres se sostuvieron la mirada un largo segundo. Luego, ocurrió algo que los cogió por sorpresa a los dos: Schard desapareció, engullido por una implosión púrpura. Por su mirada de consternación, Erik dedujo que era un fenómeno inesperado hasta para él.

—¡Alguien les ha tendido una trampa! —exclamó.

Ronin apartó el brazo del fugitivo y sacó la cabeza por fuera de la grieta. Quería verlo con sus propios ojos.

—Pero ¿quién...?

Una figura salió de la bruma de polvo de nieve lanzada a la atmósfera por la detonación. Era una mujer, una amazona altiva y poderosa, calmada en mitad de la tempestad. Sus ropas flameaban; su pelo, una mancha de tinta moldeada por los vientos. Unas alas de dragón aguardaban ancladas a los omóplatos, esperando su orden para desafiar la gravedad y llevarla lejos.

Lentamente, mientras el trípode se desplomaba a su espalda, se asomó a la gruta, apuntó con un dedo acusador a Erik y preguntó fríamente:

—¿Qué has hecho con Danae? No te daré una segunda oportunidad de defenderte, así que más te vale hablar ahora.

Los fugitivos intercambiaron una mirada atónita.

10

Phaedra

Ronin soñó con paisajes helados, aeróstatos en vuelo libre, y caricias de seda. Al abrir los ojos, el frío y los globos se habían ido, pero la seda seguía allí.

Estaba en un dormitorio fastuosamente decorado, como el que habría deseado para sí una reina. El lecho era confortable, aunque el cabecero rozaba el mal gusto por pura saturación de ornamentos.

¿Dónde rayos estaba?

La brisa que entraba por una ventana mecía una cortina, y ésta le rozaba la mejilla. A través de la ventana atisbaba una porción de cielo, de un añil más cárdeno (señal de una atmósfera más antigua) que el de Furiony. La gravedad era más ligera de lo habitual, de ahí los aeróstatos.

—¡Buh!

La capitana dio un salto hacia atrás que la tiró de la cama. La risa de una niña la acompañó mientras se levantaba con la mayor dignidad posible.

—¡Vienen los escorpícoras! —avisó ésta. Era una chiquilla morena, de ojos panorámicos, pelo ensortijado y orejas sin lóbulos. Vestía un traje de una sola pieza que parecía diseñado para crecer con ella.

—¿Escorpícoras? ¿Dónde? —preguntó la capitana, alarmada.

—¡Allí! —La niña señaló una cómoda sobre la que descansaban varios juguetes—. Nos van a hacer prisioneras sin remedio. Estamos perdidas.

—Ah... —Ronin comprendió.

—Debemos meternos en ese barracón o nos verán. ¡Date prisa!

La pequeña se hizo un remolino con las sábanas.

—¿Quién eres tú, chiquitina?

—Me llamo Volon.

—Volon... es un nombre muy bonito. ¿Qué significa?

La niña se encogió de hombros.

—Creo que... «Volon».

—¿Tendrías la amabilidad de decirme dónde estamos, Volon? ¿Y qué... qué le pasa a tu espalda?

La niña se miró por encima del hombro. No advirtió nada extraño, aunque tuvo que ver por fuerza los muñones que surgían justo bajo los omóplatos.

—No le pasa nada.

—Me refiero a esas... cosas que te crecen.

Volon se miró los muñones.

—¿Qué cosas? Yo no veo nada.

—Olvídalo —suspiró la capitana—. No sabrás por casualidad cuánto llevo durmiendo.

—El hombre grande te trajo hace dos días.

Ronin trató de hacer un cálculo, pero sabía de sobras que era inútil: la palabra «día» cambiaba de significado según cada planeta y su velocidad de rotación. Así que entró en el juego y simuló espanto.

—¡No puede ser! ¿Un hombre grande?

—Un hombre grande y muy feo..., como ése.

Volon señaló a un recién llegado. La capitana corrió a abrazarle.

—¡Erik!

—Uf, tranquila, preciosa —protestó el guerrero—. Aún me duele el disparo que me encajaste.

—¿Yo te disparé?

Erik sonrió, mostrándole una gasa que se había aplicado en el punto donde impactó el arco eléctrico. El resto de su cuerpo parecía un *collage* de pequeños apósitos.

—Vaya —se asombró ella—. Seguro que no lo hice aposta. —Le miró con suspicacia—. ¿O me habías dado motivos?

—Claro que no. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Mejor no te respondo.

—¿Qué estabais haciendo?

—Esta adorable niña me está enseñando a jugar a los fugitivos.

Erik se dejó caer en un cojín.

—¿Ah, sí? ¿Y por dónde ibais?

—Un escuadrón de escorpícoras nos estaba acorralando en un barracón —explicó Ronin, sonriente—. No hay esperanza.

—Las mujeres tendremos que someternos a los hombres —se resignó Volon—, y cuando no quede más remedio, recurriremos al canibalismo para sobrevivir.

—Vaya, no es un futuro apacible. —Erik rozó la mejilla de Ronin con la mano—. Si tengo que elegir papel en este drama, escojo el de escorpícora.

—¿Eras así de despreciable cuando jugabas de niño?

—Yo no jugaba de niño.

—Qué infancia más triste. Eso explica muchas cosas.

—¿Es malo estar de acuerdo?

Ronin se incorporó y paseó por la suntuosa habitación.

—Este lugar es precioso. ¿Dónde estamos?

—En Phaedra, el planeta santuario de las damas dragón. Me ha costado trabajo convencerlas de que no somos espías quimerianos.

A la capitana se le escapó una mirada hacia los muñones de la niña.

—Ah... claro. Pero ¿quién nos trajo? ¡La mujer! —se respondió a sí misma.

—Dice llamarse Sheida. Es una incantatriz, y está muy cabreada.

—¿Estamos aquí en calidad de prisioneros?

Erik resopló.

—Por ahora se han limitado a usar la expresión «invitados», aunque con un tono que yo no había oído nunca.

—Podemos irnos cuando queramos, entonces...

—Prefiero indagar un poco más en las telecomunicaciones de Phaedra. Los quimerianos habrán radiado mensajes de busca y captura sobre nosotros desde que nos escapamos. Debo averiguar quién les ha hecho más caso.

—Ya. De esa forma tendrás acceso a todos los «quién sabe qué» y a la mayoría de los «oh, Dios santo» que circulan por la red. Y te dirán cosas extrañas y salvajes sobre mí.

—Eres adorable.

—Lo sé. —Ronin hizo pucheros—. Pero eso tú ya lo sabías, o no habrías venido a buscarme.

Erik torció el gesto.

—Oye, no te las des. Todos cometemos errores.

—Añado insolencia y vanidad a mi repertorio. —Se reclinó sobre su brazo—. Te agradezco de corazón tus absurdos e irresponsables intentos por salvarme. De verdad. Te has puesto demasiado en peligro por mi culpa.

—¿Demasiado? No conozco esa palabra.

—Sí la conoces. Es un sinónimo de «bésame».

—No es un buen consejo.

—Así que lo has confundido con un consejo...

Sus labios se tocaron. De fondo, Volon emitió una risita.

Las puertas dobles se abrieron, y dos mujeres y un hombre entrado en años hicieron acto de presencia. En cuanto los vio entrar, la niña abandonó su sonrisa, se cuadró e hizo una reverencia.

Las incantatrices lucían espléndidas alas membranosas en la espalda, aunque de diferente color. A la más joven no les costó reconocerla: era Sheida, la misma que los había sacado del glaciar. La otra, una anciana de mirada escrutadora y amable a la vez, se presentó a sí misma:

—Me llamo Eveini. Soy la persona con la que seguramente están deseando hablar. Él es el maestro Nylkon Vultamar, secretario de la Orden. —El aludido inclinó la cabeza—. A la dama Sheida creo que ya la conocen.

—Eh... hola —dijo Ronin, algo azorada por la situación.

—Es un placer tenerles con nosotros. Su fuga de la base quimeriana es digna de un poema.

—No me gusta la poesía —espetó Erik—. ¡Bueno, algo sí! Me aprendí un pareado hace tiempo: «Sé amable y ábrete de piernas, o mi enorme pistola te volverá más tierna».

—¡Erik! —Se ofendió la capitana, propinándole un golpe en el hombro.

—Puro Ysjalua^[1] —murmuró Sheida.

—No me habléis de modales. Llevo días encerrado aquí sin poder hablar con

nadie, y de repente todo son atenciones y amabilidad. Esto es una jaula, aunque sea de oro.

—Teníamos que cotejar vuestra identidad.

—No me vengas con excusas —rió el fugitivo—. Hace tiempo que respondí a esa pregunta.

—Sí, pero te faltó enumerar tus títulos.

Erik se le encaró.

—¿Tienes algún problema con eso?

Sheida avanzó un paso hacia él, desafiante.

—Uno muy gordo. Del estilo «no he dicho toda la verdad respecto a mis antecedentes». ¿O prefieres este otro?: «Mis modales de cabra están empezando a incomodar a mis anfitriones».

—Bueno, bueno —terció Eveini—. No perdamos la calma. Cada cual se ha criado en un entorno cultural diferente. —Miró a la capitana—. Hay al menos una mujer culta entre nosotros.

Ronin decidió tomar las riendas de la conversación.

—Le agradezco el cumplido, dama Eveini..., eh... me temo que desconozco la forma correcta de...

—Dama está bien.

—Gracias. Les estamos —enfaticó el plural— inmensamente agradecidos de que nos hayan rescatado. Pero comprenderán que nosotros también tenemos muchas preguntas que hacerles.

—Ronin Telser, capitana de primer rango de la armada de los Mundos Unidos —recitó Nylkon—. Había pedido un traslado justo antes de que le fuera encomendada su última misión, liderar un convoy de colonos hasta un planeta de la subred 82: Furiony. Por algún motivo, la puerta estelar que permitía el acceso al susodicho sistema dejó de funcionar hace pocas semanas. Se cree que puede estar relacionado con lo que se ha venido a denominar «el evento de luz».

—¿Cómo sabe todo eso?

—Mi trabajo es saber —sonrió—. Esta guerra no la ganarán las armas, señorita, ni los ejércitos, sino la información que cada bando posea sobre el contrario.

—No estamos en el bando contrario.

—Lo sabemos.

Erik arqueó una ceja.

—¿Lo saben? Entonces, ¿a qué viene tanto misterio?

—Recuerde: la información es el tesoro. Hay que cotejar datos, hasta los que se encuentran ocultos. Si no, se corre el riesgo de incurrir en graves errores, como los que usted mismo ha cometido en su lucha contra la Quimera.

Erik pareció ofendido.

—No necesito más información sobre esos gusanos. Tengo toda la que necesito.

—Erik —intervino la madre superiora—, ¿ha oído hablar en alguna ocasión, a lo

largo de sus viajes, de algo llamado «el Plan de Seis»?

El guerrero negó con la cabeza.

—No.

—Pues lamento decírselo, pero no está tan bien informado como cree...

Ronin había nacido en Idolk, la Verde Pradera, el lugar más anodino que nadie pudiera imaginar. A una edad muy temprana, la atracción por lugares lejanos se le había antojado irresistible, y había partido a explorar los planetas que llenaban el cielo. Visitó extraños lugares y comió guisos de difícil clasificación; durmió en camastros pensados para otro tipo de espaldas, a veces compartidos con gente de la que sólo recordaba un gesto, o una palabra...; pero a lo largo de sus viajes nunca había encontrado nada como Phaedra.

Al igual que su sol, el planeta había entrado en fase de senectud. Su geología carecía de dramatismo. A un clima apacible podía sumarse un relieve casi plano, sin sorpresas: penillanuras ondulantes sembradas de suaves lagos, campiñas cuidadas con esmero y algún que otro macizo rocoso. Nada llamaba la atención. El verdadero tesoro de Phaedra era cultural: el legado arquitectónico de sus gentes.

Erik, Ronin y sus anfitriones salieron de lo que parecía un palacio tallado en una pieza gigante de marfil. Andaron entre bellos jardines y recorrieron un paseo flanqueado por enormes estatuas de piedra. Ronin se sobrecogió al verlas: eran colosos de treinta metros de altura, regios e imponentes, adalides de valores que para sus escultores era importante conservar para siempre.

Sus guías no los miraban, como si estuviesen tan acostumbrados a caminar bajo su sombra que su grandeza ya no les hacía ningún efecto. Eveini se mantenía encorvada, taciturna, como si el peso de demasiados secretos le doblase la columna. El secretario de la Orden, sin embargo, aún conservaba una cierta jovialidad en sus anquilosados miembros. Ambos trataban de mostrarse amables, pero el abismo que separaba ambas civilizaciones se hacía patente a cada gesto.

No le costó identificarse con Sheida, sin embargo. Una mujer luchadora, criada en un entorno difícil, que había rebasado ya su primera juventud y necesitaba ir consiguiendo cosas para sentirse satisfecha. Cosas como ganar la mayor cantidad de batallas contra su principal enemigo, los quimerianos.

Eveini se detuvo al pie de una de las estatuas y deslizó una cautelosa advertencia.

—Nos encontramos al borde de una situación delicada. Al igual que nosotros, los quimerianos también obedecen a los designios de un plan ancestral, ideado por quién sabe qué oscura mente. Hay muy pocos individuos en la galaxia que tengan una visión lo suficientemente amplia de ese plan como para entenderlo, pero sus líderes lo obedecen ciegamente. Es palabra de la Quimera, y por lo tanto incuestionable.

—¿De qué plan se trata?

—Nuestros antepasados, los fundadores de la Orden, hicieron lo posible por

frustrarlo. Fracasaron. La Orden en sí misma fue fundada para oponerse al Plan de Seis, como lo llaman los quimerianos. Se trata de un hechizo, pero no uno común. Es algo insólito, un conjuro de invocación a escala planetaria.

—¿Hechizos? ¿Magia? —Erik arrugó la frente. Cada vez que oía hablar de algo tan abstracto que no pudiese entender ni operar con las manos (y la magia era el epítome de ello) se enervaba—. Eso no son más que tonterías.

—La magia ancestral existió una vez. Es un hecho incuestionable —terció Nylkon—. Pero, bien fuera por ignorancia o por su propio agotamiento interno, la perdimos. Hoy sólo quedan resquicios, pequeños destellos de claridad en un mundo de tinieblas, que atesoramos en santuarios como éste. —Abarcó el paisaje con un gesto—. Vosotros mismos habéis sido testigos de un resurgimiento puntual de esa magia, allá en Furiony, ¿no es cierto?

Erik recordó al dragón. Ciertamente, había habido magia, y él fue testigo de sus consecuencias.

—Los quimerianos llevan siglos esperando a que se consuma el Plan de Seis —continuó Eveini—, según el cual, en un momento determinado de la Historia habrá seis encarnaciones parciales de la Quimera, todas coexistiendo a la vez. Estas formas terrenales del monstruo llevan siendo plantadas en distintos planetas desde hace mucho tiempo, y son conocidas por el nombre de «Semillas».

El fugitivo y Ronin cruzaron una mirada. En la mente de la joven estaba el relato que Erik le había contado sobre su primer amor, Emma, y cómo había acabado devorada por una de aquellas aberrantes Semillas.

—Así que ése es el patrón que marca los movimientos de la flota quimeriana —barruntó Erik—. Van conquistando los planetas en los que creen que va a manifestarse su dios.

—Ésa es su intención, en efecto. Hemos llegado a la conclusión de que cinco de esas Semillas ya están plantadas, y que la última está a punto de surgir. Si lo consigue... —dejó que la frase muriera.

Nylkon se colocó justo entre los pies de la enorme estatua, mirando hacia el horizonte.

—Debemos atacar sin demora. Los detalles del Plan son máximo secreto, pero algunos altos mandos del ejército los conocen. El mariscal Éremos, por ejemplo. O sus consejeros. Nuestros espías han fracasado repetidamente en su intento por obtener datos. Incluso hemos alentado un motín en sus filas, pero Éremos es un hueso duro de roer. —Compuso un gesto de irritación—. Si no averiguamos pronto dónde va a surgir la última Semilla, y cuándo, el hechizo de invocación de la Quimera se completará. El monstruo podrá entonces alcanzar el plano material sin límite de poder. Será el fin de todo.

Erik se frotó la nuca, resoplando. Estaba luchando contra sí mismo, animándose por un lado a contar lo que sabía, y tratando de mantenerse callado por el otro. Deseaba con toda su alma largarse lo más lejos posible y desaparecer de aquel

escenario de batalla, aunque el odio hacia la Quimera y lo que había matado a Emma se hacía fuerte por segundos, incendiando una barbacana de furia en la boca de su estómago.

Al final, optó por hablar.

—Yo sé cómo podríamos acceder a esa información.

Todos le miraron.

Sheida torció el gesto, incrédula.

—¿Es otra de tus bravuconadas, Draven? —se burló.

—Por desgracia, no. Cuando traté por todos los medios de llegar hasta Blikos para rescatar a esta chiquilla —asíó la mano de Ronin—, lo hice a través de su ministro de concordia, un hombre llamado Mohamed Tefler. Esos ministros tienen acceso casi ilimitado al interior de las cabezas de sus amos, por decirlo llanamente, para que puedan poner orden en ellas. Mohamed murió durante la tormenta de hielo que casi nos mata también a nosotros, pero es posible que guardara en sus archivos suficientes datos sobre Blikos como para saber algo del Plan de Seis.

—Suenan factible... —A Eveini se le iluminaron los ojos—. ¿Regresarías para hacerte con esos datos?

—No. —Erik fue tajante—. Lo último que pienso hacer es meterme de nuevo en la boca del lobo.

—Yo iré contigo —dijo Sheida—. No hay mejor apoyo táctico que una incantatriz en plenas facultades. Además, todavía no me has devuelto la espada de Danae.

—¿Quién es esa Danae?

—La chiquilla a quien se la robaste.

Erik bufó.

—Ya expliqué cuando llegamos a este maldito planeta que...

—Basta. —La madre superiora puso orden con una simple palabra, y hasta el irreverente Erik obedeció—. Al igual que la Quimera posee sus manifestaciones, el panteón de Zalanthias también tiene las suyas. Dentro de muy poco, los Grandes Poderes elegirán un emisario, un avatar... —Miró al fugitivo—. Alguien que se haya enfrentado a la Semilla y haya sobrevivido. Alguien que tenga suficientes motivos para luchar y no desfallecer nunca.

Erik soltó una carcajada.

—Si los dioses han pensado en mí para que los represente, están cometiendo el mayor error de su historia...

—O su mayor acierto. Ten fe, Erik Draven, puede que sea lo último que te quede en el futuro.

El fugitivo les dio la espalda, dando por terminada la conversación. Sin embargo, la suave voz de Ronin se alzó entre las protestas de sus anfitriones. Y sólo tuvo que pronunciar una palabra:

—Emma.

Erik se volvió, apretando los puños.

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé. Es tu destino. Y el mío.

—Tú no tienes por qué arriesgar el pellejo en esta locura.

La capitana le abrazó.

—Viniste a rescatarme. Estuviste ahí cuando más te necesité. Es lógico que ahora yo haga lo mismo.

—No necesito que me rescaten.

—Claro que sí, y más que ninguna otra cosa. Tu sed de venganza contra lo que mató a Emma es demasiado grande. Si no la sacias, siempre estará ahí en el futuro. Seremos eternamente tres: tú, yo y el fantasma de Emma. —Los ojos de Ronin se humedecieron—. Tienes que cerrar ese círculo, Erik. Yo lo necesito.

El fugitivo meditó durante unos minutos. Al final, sus ojos adquirieron una expresión feroz. Miró a Eveini y dijo:

—Viajaremos hasta Tifar en un vuelo comercial, haciéndonos pasar por civiles. Os llevaré hasta el apartamento de Mohamed y registraremos sus archivos. Pero será extremadamente peligroso. —Miró a Ronin—. Tú no vendrás.

—Claro que iré. Aún soy capitán de la flota colonial, ¿recuerdas? —sonrió ella—. El día que tolere que un paleta musculado me dé órdenes, será lo último que haga.

—Es una locura.

Ronin señaló las estatuas.

—¿Qué no lo es, en estas circunstancias?

—Terca hasta el fin...

11

Compañeros de viaje

El consejero Blikos miraba con ojos ausentes la pantalla. A través de ella seguía las evoluciones de la avanzadilla liderada por su superior, el mariscal, mientras inspeccionaba a las tropas. Éremos transmitía la imagen de un líder nato, como siempre, arrastrando su capa roja y sacudiendo el báculo ante quimerianos y conquistados. Para él eran todos iguales, seres de la misma calaña. De eso estaba seguro.

Éremos había bajado en persona a aquel planeta para poner fin a una revuelta. Algo había ocurrido tras el evento de luz, que había hecho cambiar a muchas criaturas. Esos nuevos «poderes» (visión nocturna, generación de un campo de torsión electromagnética que anulaba la luz, crecimiento de alas que posibilitaban el vuelo en algunas especies...) se habían convertido en un serio problema. Los mundos conquistados se rebelaban en cadena, espoleados por estos dones divinos. Y las tropas quimerianas no daban abasto.

¿De dónde provenían tales cambios? ¿Habían sido inducidos realmente por el evento que sacudió la red de puertas? ¿Y por qué los humanos eran los únicos que no habían recibido dones especiales?

Sentado en el puente de mando de la nave insignia, Blikos sólo podía conjeturar. La situación se estaba volviendo extrema, eso era cierto. Con el Plan de Seis a punto de completarse, lo último que necesitaba la armada era tener que dividirse para hacer frente a mil rebeliones simultáneas.

Una luz ambarina parpadeó en la consola. Éremos requería de su consejo.

Blikos se aisló rápidamente del resto de la tripulación y abrió un canal privado. Sabía que aún estaba furioso con él por haber dejado escapar a Draven de Midwoch, pero si insistía en demostrar una actitud sumisa, era probable que el castigo no fuese muy severo. Si había algo que engatusaba a Éremos, era la sumisión.

—Decidme, señor. Aquí estoy, siempre a sus órdenes.

Una imagen cenital de Éremos, captada desde órbita y magnificada por los telescopios, apareció en tres dimensiones frente a sus ojos.

—Blikos, quiero que compruebes una información. Debe de estar llegando ahora a tus instrumentos.

—¿De qué se trata?

—Son nombres. Gente a la que he seguido la pista durante estas últimas semanas. Mira a ver si estableces una conexión entre ellos, lo suficientemente sólida como para arrestarlos a todos de golpe.

—¿Bajo qué cargos?

—Alta traición.

Éremos cortó la comunicación, de forma que dejó a Blikos tan frío como una

piedra.

El consejero abrió el archivo adjunto y leyó: Tabita Rith, Sulman Velksen, R'zzor Catrully, Pericles Tiniaro...

Su ritmo cardíaco aumentó a medida que consultaba la lista. Se trataba de altos cargos de la administración quimeriana... y algo más. Eran nombres de otros conspiradores, pertenecientes al mismo grupo que Blikos. Éremos estaba siguiendo una línea invisible que le llevaría a arrestar a todos los intrigantes, y eso terminaría conduciéndole hasta...

Blikos notó una sequedad repentina en la garganta.

Cerró los ojos, consultando con sus «invitados». Su chip kármico rebulló. *Prudencia* —aconsejaban a coro—. *No te dejes engañar por tus enemigos.*

Rió para sus adentros. ¿Cómo podía pensar siquiera en huir de Éremos, cuando ese hombre era lo más parecido a una fuerza invencible que hubiera visto nunca?

Haz tú el primer movimiento.

Eso es. El primero en mover será quien tenga la ventaja sobre la partida.

—¿Cómo se llama este sistema? —preguntó. Uno de sus oficiales adjuntos se personó a su lado.

—Sistema Panglea —respondió—. En los aledaños de la nebulosa Quirkus. Estamos en órbita estacionaria sobre Panglea Tres.

—Panglea... —bisbiseó.

Tomó asiento ante una consola y tecleó una serie de nombres. Durante sus años como consejero, su trabajo había consistido en manejar la información conflictiva. Todo aquello que pudiera catalogarse como amenaza para los intereses quimerianos entraba dentro de su competencia, y Blikos se consideraba un hombre meticuloso. Había aprendido mucho sobre cómo funcionaban los bajos fondos de los planetas conquistados, y qué clase de personas había que mantener vigiladas: estafadores, «conseguidores» de material, asesinos, traficantes de armas, programadores ilegales de *software*, tratantes de venenos, prestamistas...

Y cuando uno conocía bien a todas estas personas, podía requerir de sus servicios.

Introdujo en la computadora el nombre del sistema y aparecieron varias operaciones de espionaje que estaban en marcha en ese momento. Él mismo recordaba haber ordenado algunas.

Cuando el nombre que buscaba apareció, una sonrisa trémula curvó sus labios.

Zorie. Zorie Kalson. Experto en microelectrónica y tecnología de combate, buscado bajo pena de muerte en catorce sistemas. Blikos le permitía hacer sus chanchullos siempre que le mantuviera informado de lo que ocurría en su franja del mercado negro.

Éste sería su as en la manga, por si Éremos averiguaba más de lo debido.

Sus invitados se agitaron, provocándole un leve dolor de cabeza. Blikos soltó una maldición. Desde luego, iba a echar de menos a Mohamed: era un traidor, sí, pero también un estupendo profesional.

Kalson tenía su guarida en Panglea Dos, a muy poca distancia de donde ellos se encontraban. Blikos se rodeó de una pantalla de silencio y abrió un canal privado. Al momento, el logotipo de la empresa de Kalson apareció en la pantalla.

—¿En qué puedo ayudarle? —inquirió una voz aflautada. A Blikos le pareció raro que fuese el propio contrabandista el que respondiera a la llamada.

—¿Sabes desde dónde te estoy llamando?

Una pausa.

—Sí.

—¿Puedes atenderme? Tengo un trabajo para ti.

—¿Qué clase de trabajo?

Blikos se retrepó en la silla. Ahora llegaba la parte más complicada.

—Una armadura. De combate. Quiero que la modifiques.

—¿En qué sentido?

—Introducirás un gizmo en sus funciones automáticas. Que la propia armadura necesite la autorización de un operador externo para según qué cosas, puenteando a su operador. ¿Ésa sigue siendo la jerga que usáis, «puentear»?

—Supongo que su dueño no debe enterarse en ningún momento...

—Supones bien.

Otra pausa. El icono de Zorie fue sustituido por unas coordenadas de posicionamiento global.

—Aquí le esperaré. Venga solo, y no tarde.

Blikos cortó la comunicación. Borró todo rastro de ella de los archivos, incluso de los secretos, y ordenó que le preparasen su monoplaza. Ésta era una misión a la que debía enfrentarse sin escolta.

Con la piel humedecida de sudor, caminó por los pasillos hasta los aposentos del mariscal, donde seguramente tendría guardada su armadura. Un imperativo era inventar una buena excusa para hacer lo que iba a hacer, pero ya se encargaría de ello *a posteriori*. Éremos tardaría unas horas en completar su inspección de las tropas, y él debía estar de regreso para entonces, o todo estaría perdido.

La madre superiora Eveini y el secretario Nylkon observaron en silencio cómo el transporte calentaba motores y se elevaba. En algún lugar de su vientre metálico iban unos pasajeros que podían significar la única diferencia entre el triunfo del Plan de Seis o su anulación. Y eso les ponía nerviosos.

Si algo habían aprendido después de toda una vida de trazar planes y mover fichas, era que jamás, jamás, había que reducir la victoria al giro de una carta favorable.

—Allá van —musitó Eveini—. Una vez más.

—¿Una vez más..., o por última vez?

—No seas catastrofista, Nylkon —le regañó—. Hay que confiar en los jóvenes.

En sus manos está el futuro.

—Confío, pero no puedo evitar preocuparme.

Se alejaron de la balconada desde la que divisaban la pista de despegue, y pasearon a la sombra de los colosos de piedra.

—¿Es por el informe de Sheida? —preguntó Eveini.

—Sí. El androbot que la interrogó dijo que su hermano estaba metido en este asunto. Que habían atacado el convoy no buscándoos a vos, sino...

—Lo sé, lo he leído. Creen que tenemos un topo.

Un grupo de jóvenes aprendizas, las alas despuntando vigorosas de sus espaldas, cruzaron cerca de ellos. El semblante de Eveini se enterneció.

—No puedo creer que uno de los nuestros haya decidido pasarse al otro bando. ¿Qué razones podría esgrimir para justificarlo?

—La gente hace cosas extrañas cuando está sometida a presión —dijo el secretario—. Puede que le hayan lavado el cerebro. O que la estén chantajeando.

—¿Crees que podría ser una incantatriz?

—Todo es posible. No podemos cerrar ninguna puerta.

—Y si ese supuesto topo existe y decide actuar, ¿cuál podría ser su objetivo?

Nylkon se detuvo. Giró en redondo y miró hacia la Torre del Orbe, su tesoro máspreciado.

—Los quimerianos han tenido que esperar mucho tiempo para introducir un espía en nuestra organización. No sé cómo lo han hecho, pero han logrado burlar incluso la magia de protección del Orbe. Si yo fuese ese espía..., trataría de golpear donde más daño pudiese causar.

—El Orbe.

Nylkon miró hacia lo alto. La estela de fusión del transporte que llevaba al comando liderado por Sheida aún era visible, como una herida incandescente entre las nubes.

—No tardarán en hacer su movimiento, igual que nosotros hemos hecho el nuestro. —Tomó aire y lo expulsó ruidosamente—. Si la cosa llega al extremo final, yo mismo me ocuparé.

Eveini miró a su amigo con lágrimas en los ojos.

—¿Tú? ¿Estás seguro?

—Es lo mejor. No podemos confiar el secreto de la palabra de poder a ninguna acólita, y yo estoy lo suficientemente viejo como para que no importe.

—Sí importas, Nylkon —murmuró la madre superiora—. Ahora importamos todos.

Killigan ordenó a sus cuerdas vocales que se movieran. Éstas, entumecidas aún por el pánico, tardaron en reaccionar.

—¿D... dónde demonios estamos? —barbotó.

—Dímelo tú —dijo Sargueras, mirando acongojado al exterior—. Y más vale que tengas una buena explicación.

La nave biplaza había caído en medio de una extensa llanura de polvo blanco. Más que una estepa despoblada, parecía el interior de un enorme cráter lunar, con montañas trazando una circunferencia a lo lejos. Ninguno de los dos recordaba cómo habían llegado hasta allí; sólo retenían unas cuantas imágenes confusas que, por el momento, preferían no comentar.

Una fuerza misteriosa los había arrastrado al otro lado de la puerta estelar, de eso no había duda. Y los había depositado suavemente en aquel lugar ignoto.

—Sargui, ¿lo notas?

El elfo asintió, mirándose los brazos.

—Sí. Una capa de oxígeno se ha creado en torno a nuestros cuerpos.

—Yo no he sido.

—No hace falta que me lo jures...

—¿Qué hacemos?

En respuesta, la carlinga del aparato se abrió por sí sola. El aire de la cabina sufrió una breve descompresión explosiva, lanzando algunos objetos por los aires. Eso demostraba que, aparte de la burbuja de presión que los protegía a ellos, no había atmósfera.

—Bueno, esto es claramente una invitación —dijo el enano, deshaciéndose de los cinturones de seguridad.

El elfo dio un respingo.

—¡Espera, ¿qué haces?!

—Aquí no podemos quedarnos. No sabemos cuánto tiempo durarán estas burbujas. Y quien nos ha provisto de ellas podría arrebatárnoslas a voluntad.

—¿Qué sugieres, que escojamos una dirección y caminemos a ver si nos topamos con alguien?

El enano puso un pie fuera de la nave. La finísima arena blanca se hundió unos centímetros.

—Es mejor que permanecer aquí sin hacer nada. Además, esto fue idea tuya, te lo recuerdo.

El elfo se encrespó.

—Ahora no irás a echarme a mí la culpa.

Killigan puso voz de falsete:

—«Es nuestra única oportunidad de averiguar más cosas sobre estos fenómenos...».

—Tú también quisiste venir.

—No lo niego, pero ahora hay que hacer algo. Esperar aquí no me parece una buena idea.

Sargueras resopló. Podía molestarse en buscar más argumentos, pero en el fondo sabía que el enano tenía razón. Tal vez se esperara de ellos que tomasen la iniciativa.

Armándose de valor, salió también de la nave. Miró en todas direcciones, pero la única alteración en el paisaje era un surco en el suelo, que nacía a unos quince metros y se extendía perpendicularmente a ellos hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Has visto eso?

Se acercaron a su nacimiento. Era artificial, no había duda, y tan rectilíneo que podía haber sido trazado desde el espacio con un láser.

—Esto no me gusta.

—Siempre que ves algo que se sale de lo común dices «esto no me gusta» —dijo Killigan—. Deberías renovar tus coletillas.

—¡Allí!

—¿Qué ocurre?

—¡Otra zanja!

Corrieron una distancia de veinte metros, hasta el lugar donde una cuerda cortaba la primera. Y justo desde esa posición, divisaron otras dos intersecciones más. En efecto, aquello parecía un dibujo de grandes proporciones. Uno cuyo trazado sólo podía apreciarse con claridad desde gran altura.

—¿Qué crees que significa esto? —preguntó el marqués.

—No quiero arriesgarme a lanzar hipótesis sin fundamento, pero...

—Dispara, estoy abierto a todo.

—Está bien. ¿Recuerdas Kolob?

El elfo hizo memoria.

—¿Te refieres al apólogo de las pistas de aterrizaje mitológicas?

—Sí... Hace milenios, una civilización preindustrial dibujó líneas en una inmensa llanura. Líneas con un significado propio, que no trascendió. Nadie sabe para qué servían en realidad aquellas pistas, si eran manifestaciones religiosas o marcas de aterrizaje para...

—No me irás a decir que crees en carros de los dioses. Sabemos perfectamente quién construyó los primeros motores interestelares, y en qué circunstancias.

—¡Claro que no! —Se ofendió el enano—. Pero piensa en lo siguiente: alguien o algo nos ha hecho aterrizar aquí. ¿Y si no hubiese sido una casualidad? ¿Y si, de los miles de posibles destinos a los que nos podrían haber conducido las puertas, acabamos en éste por alguna razón específica?

El elfo se colocó la mano sobre los ojos a modo de visera. Realmente, sólo les quedaba una opción.

—Caminemos. Si hay alguna explicación coherente para todo esto, supongo que acabaremos por encontrarla.

La ciudad de las aguas turbulentas

Zorie Kalson era un individuo conspicuo. Cuando Blikos llamó a su puerta, un brillante ojo negro lo inspeccionó de pies a cabeza. La puerta se abrió lo suficiente para que él entrara, pero el dueño del apartamento no hizo acto de presencia hasta que consideró que Blikos había empleado suficiente tiempo en admirar sus trofeos. Docenas de estatuillas de los más variopintos colores rememoraban sus laureles, recordando su genialidad a los espectadores mal informados.

—¿Le gusta mi colección?

Zorie apareció detrás de la vitrina, su cara superponiéndose a las medallas. Sus facciones eran contundentes y algo oblicuas, lo que le daba un aire de graciosa perplejidad. Iba vestido con ropas normales, nada extravagantes: camisa azul holgada, pantalones de pana, y sandalias que magnificaban las dimensiones de sus largos pies.

—Así es —respondió el consejero—. Pero me extraña que un hombre que sólo está de paso lleve consigo sus trofeos.

—Suelo viajar sin grandes alharacas, pero ellos siempre vienen conmigo. Me definen, en cierto modo.

Con los labios fruncidos en una mueca carente de humor, Blikos le tendió una maleta.

—Aquí está la armadura. Revísela, por favor.

—¿Y el precio?

—Si tuviera que preguntarlo no podría pagarlo, ¿verdad?

Zorie asintió. Durante años había cultivado esa clase de modales que ponen nervioso a cualquiera salvo a uno mismo, y degustaba como un *gourmet* su uso.

—Veré lo que puedo hacer. ¿Para cuándo lo quiere?

—No me marcharé de aquí sin ella. Y su dueño no tiene que advertir la más mínima manipulación, si no...

—Vamos. —Zorie arqueó una ceja—. ¿Por quién me toma, consejero?

Eso cogió a Blikos por sorpresa.

—¿Sabe quién soy yo?

—Acaba usted de decírmelo. —El técnico sacó un miniordenador de la manga y se lo mostró. En tiempo récord, había analizado y pirateado su chip kármico, extrayendo de él toda la información que necesitaba sobre su nuevo cliente..., y puede que alguna cosilla más.

En lugar de enfadarse, Blikos asintió, satisfecho. Mejor prueba de su habilidad que aquélla no podría tener.

Con estoicismo, se echó a un lado y dejó que Zorie hiciera su trabajo. Tenía menos de dos horas para regresar al crucero y dejar la armadura donde la había

encontrado, antes de que el mariscal volviese de su expedición y la echase en falta.

—Tifar —anunció Ronin, mirando por la ventanilla. Sus compañeros se aproximaron para disfrutar del panorama.

Las titánicas jambas de la puerta estelar quedaron atrás, y el transporte se sumó a una larga procesión de naves entrantes que esperaban el consentimiento de la torre de control. Ésta, situada en la mayor base quimeriana del planeta, se hacía cargo de la totalidad del tráfico sobre Tifar.

Los pasajeros notaron un temblor cuando los capacitadores de salto se separaron del fuselaje. El planeta estaba lo suficientemente cerca de la puerta como para no necesitar otro salto hiperespacial.

Ronin estaba asombrada de lo bien que funcionaba el camuflaje de Sheida. Incluso a ella misma, que sabía de la existencia de sus alas, le costaba admitir que estaban allí. Un poco más difícil había sido colar las armas por la aduana, pero las habilidades para el subterfugio de la incantatriz no parecían tener fin. Ronin empezó a sospechar por qué su Orden había sobrevivido tanto tiempo, oculta al ubicuo escrutinio de la Quimera.

—Tú has estado aquí antes, Erik —comentó Sheida, reclinándose en su asiento—. ¿Estudiaste el emplazamiento de las bases quimerianas?

—Siempre lo hago.

—¿Hay alguna en donde vamos a aterrizar?

—Uhm... No en la propia Beata, pero sí cerca de su ruta migratoria.

Sheida tardó unos segundos en comprender que se refería a una ciudad edificada sobre el lomo de un animal. Se congratuló al comprobar que su sentido de la maravilla no estaba tan atrofiado como creía, después de tantos años de vagar por el cosmos.

—Habrá que tener cuidado, entonces.

Alcanzaron la atmósfera y el escudo ablativo se puso al rojo. Contemplan desde dentro la bola de fuego en que se convirtió la nave durante unos minutos y se relajaron. La suave textura del océano de Tifar se extendía bajo ellos, con sólo una tara acuchillando su impoluta superficie: la herida de espuma que iba dejando Beata a medida que se desplazaba mansamente a favor de las corrientes.

En apenas quince minutos ya se movían con rapidez entre las callejuelas de la urbe. Erik señaló una torre de diseño gótico, donde se encontraba el apartamento de Mohamed, y apretó el paso.

Se movían en zigzag por debajo de puentes y pasos elevados, evitando las avenidas más transitadas. En varias ocasiones se toparon con callejones sin salida, pero preferían perder un poco de tiempo desandando el camino que toparse con una

de las frecuentes patrullas. Al atravesar una de las callejas, sin embargo, Erik se detuvo. Su vacilación sólo duró un instante, pero bastó para que Sheida comprendiera.

—Fue aquí, ¿verdad?

El fugitivo asintió.

—En este lugar murió Danae.

La incantatriz miró a su alrededor. No quedaban manchas de sangre, pero el corte radial del anillo láser que había decapitado a su alumna aún se apreciaba en las paredes. Se mordió el labio superior, experimentando una profunda congoja.

—Lo siento —dijo Erik—. No se pudo hacer nada.

—No te preocupes. Al fin y al cabo, gracias a ella hemos podido seguir la pista del Plan de Seis hasta aquí. Eso significa que no murió en vano.

—Se acerca una patrulla —alertó Ronin.

Sheida retomó la marcha, no sin antes dedicar una plegaria silenciosa por su alumna. Dejar atrás aquel mugriento callejón le costó un enorme esfuerzo.

Esquivaron dos patrullas más, y en pocos minutos estaban ante la torre de la universidad. Allí vivían no sólo los alumnos, sino también sus profesores. En el piso treinta aguardaba el apartamento del antiguo ministro de concordia de Blikos, bajo fuertes medidas de seguridad.

Erik enseñó los dientes. Ojalá se lo pusieran difícil.

Subieron en el ascensor. Como habían supuesto, en el pasillo había guardias. Sheida lanzó una de sus bombas de anillo láser y tres cayeron en el primer asalto. Los demás sólo aguantaron una embestida.

Erik limpió de sangre su espada y la enfundó. Sabía que a Sheida el hecho de verle combatir con la hoja de Danae le oprimía el corazón, pero ella misma se doblegaba ante las circunstancias: debían ser silenciosos si querían triunfar en aquella empresa, y dos espadas siempre eran más eficaces que una.

Penetraron con sigilo en el apartamento. Para su sorpresa, no tenía aspecto de haber sido registrado a conciencia.

—Lo han dejado tal y como él lo tenía —comentó Erik.

—No, sólo lo parece —dijo Sheida—. Habrán cribado hasta la última molécula de polvo buscando cualquier implicación que Mohamed pudiera haber tenido con nosotras.

—Y, al no encontrar nada, otro habrá proseguido con su trabajo —dedujo Ronin. Se aproximó a una consola de sobremesa y la activó. Aún mostraba el mismo gráfico que Erik había visto cuando secuestró al ministro. Líneas y perfiles trazados sobre un mapa oceánico, y una cuenta atrás que estaba a punto de llegar a cero.

—Mohamed era el ministro de concordia de Blikos —recapituló Erik—. Eso significa que estaba al tanto de muchos secretos que leía en su mente mientras la «formateaba».

—Era un hombre demasiado valioso para él. Probablemente disfrutaba de un

estatus prioritario, con autorización para trabajar en asuntos de alto secreto.

—Como el Plan de Seis.

—Exacto. Blikos debió de sentirse muy defraudado cuando descubrió que Mohamed era un traidor.

—No lo era —gruñó Erik—. Eso es lo más gracioso del asunto: odiaba a los quimerianos con toda su alma, pero no tenía valor para enfrentarse a ellos. Era el sirviente perfecto.

Sheida revolvió entre los papeles de Mohamed. Enterrado bajo una docena de informes sobre las costumbres migratorias de los leviatanes, localizó un mapa donde las rutas de desove habían sido subrayadas con tinta roja. La incantatriz escogió un lápiz del escritorio y dibujó un símbolo en un papel.

—Éste es el kanji de invocación. El recurso somático que activará el hechizo.

Todos se asombraron. El dibujo que los titánicos animales trazaban lentamente a lo largo y ancho del océano era idéntico al kanji.

—Increíble —murmuró el fugitivo.

—¡Eso es! —exclamó Sheida—. ¡Éste es el componente somático! Un signo a escala mundial. Es lo que la Semilla necesita para manifestarse: una gesticulación taumatúrgica hecha por la propia naturaleza. Como si el ecosistema entero del planeta fuera un hechicero.

—Pero ¿cómo demonios ha convencido a las ballenas para que le obedezcan? —Erik estaba confuso. La escala de aquel fenómeno le sobrepasaba.

—Si la historia que nos contaron las ruinas en Furiony era cierta —caviló Ronin—, la Quimera es una especie de divinidad, capaz de rivalizar con el panteón entero de Zalanthias. Tiene poder para hacer cosas increíbles, aunque la misma estructura de la magia la obliga a cumplir unos prerequisites.

—Resumiendo: la Semilla está a punto de manifestarse. Y será en este preciso lugar.

—¿En Beata?

La incantatriz hizo un contundente gesto de cabeza.

—Sí.

—¿Cuánto falta?

—Según la posición de las ballenas en el esquema..., es inminente.

Erik comprobó la carga de su pistola. Todavía estaba al setenta por ciento.

—Perfecto —gruñó—. Pues vamos a darle lo que se merece.

—Espera. Aún queda un problema.

—Los quimerianos.

—Exacto —asintió Sheida—. Primero debemos deshacernos de ellos. Desde que comience la fiesta aquí, en Tifar, el alto mando mandará tropas de refuerzo desde el principal cuartel del planeta.

—¿Y cuál es? —preguntó Ronin.

—El decurionato 26 —dijo Erik, haciendo memoria—. Está a pocas leguas

marítimas de la ruta de desove de los leviatanes.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —sonrió la capitana.

Erik se acercó a la ventana, la misma que había usado para intimidar al malogrado Mohamed, y señaló el complejo industrial vecino. En el centro de una aglomeración de bombas de combustible había un refugio antibombas, diseñado para proteger a los operarios de la refinería en caso de ataque.

—Volad hasta allí y meteos en ese búnker —sugirió—. Estaréis a salvo.

—¿Qué vas a hacer?

Erik contempló el edificio más importante de Tifar, el único que estaba construido sobre el cuello del leviatán. Desde allí, mediante la fuerza de enormes perforadoras, se inyectaban en su tálamo las drogas que mantenían subyugada su voluntad para gobernarlo como un gigantesco buque.

—Este corcel ya ha sufrido bastante el yugo de sus amos.

Éremos entró en su cabina justo cuando Blikos cerraba el contenedor de la armadura.

Verlo allí, cogido *in fraganti* manipulando su traje, ocasionó unos segundos tensos en que ninguno de los dos habló. De repente, el mariscal estalló:

—¿Qué haces aquí dentro? ¿Cómo te atreves a tocar mis armas?

Blikos se arrugó como un globo desinflado, apartándose del contenedor.

—He... he venido personalmente a revisar su armadura —explicó—. No quería que nadie más se acercase a ella.

—¿Y por qué crees que mi armadura necesitaba ser revisada? —inquirió Éremos, suspicaz.

—Hace unas horas envió una señal automática, indicando que uno de los servos del brazo izquierdo había fallado. Seguramente como consecuencia del último combate. Puede comprobarlo en el registro...

—Eso es lo que haré. Y pobre de ti como detecte algo raro.

Éremos abrió el contenedor. Con una expresión de furia contenida, asió el casco, dictó a la computadora su código personal y chequeó por sí mismo los sistemas. Tras unos minutos, su expresión se fue suavizando, aunque en ningún momento perdió fuerza.

Blikos aguardó con el corazón en un puño a que su superior hiciese todas las comprobaciones. Si el trabajo de Zorie era merecedor de su reputación, todo estaría en regla.

—En efecto —dijo el mariscal al cabo de un rato—; aquí dice que se envió una petición de repuestos. Lo que no entiendo es por qué precisamente tú has tenido que encargarte de esto, cuando hay técnicos cualificados.

Las regordetas manos del consejero temblaron.

—Yo... creí que de esa forma estaríais más tranquilo. Si las habladurías sobre las conspiraciones son ciertas, yo...

Éremos torció la boca en una media sonrisa.

—Querías hacer méritos, lo entiendo. Todas las cucarachas os arrastráis cuando os llega el momento. —Hundió una mano en sus omóplatos—. Por esta vez, pase, pero no vuelvas a hacerlo sin mi permiso. Odio los lameculos que sólo piensan en destacar.

—Gracias, mi señor. —Blikos decidió variar de tema, por su propio bien—. ¿Creéis que las incantatrices conocen el nuevo emplazamiento de la Semilla?

—Lo dudo, pero destinaremos un regimiento extra al planeta, por si acaso.

—Con el debido respeto, me parece una protección insuficiente...

—¿Y crees que a mí no? Si por mí fuera, tendríamos desde ahora mismo toda la maldita octava flota rodeando Tifar, pero los disturbios nos obligan a incrementar la vigilancia en los sistemas conquistados. —Chasqueó la lengua—. Desde luego, esa dichosa encarnación ha elegido el peor momento posible.

La herejía incomodó a su subordinado, pero simuló no haberla oído.

—Hay que tener el máximo cuidado en todos los frentes. Esas presuntuosas elegidas del Dragón podrían estar al tanto —opinó Blikos—. Si pueden, intentarán algún ataque a la desesperada.

—No te preocupes —dijo Éremos, enigmático—. Nuestro agente en Phaetra está a punto de hacer su movimiento.

Blikos se sorprendió.

—¿Tenemos un agente en Phaetra?

El silencio se hizo espeso. El mariscal sentía próxima la victoria, pero el temor de que aún pudiesen fallar muchas cosas era patente. Cosas de las que, si quería que funcionasen, debería encargarse en persona.

—Que preparen mi nave —ordenó, abriendo un mapa de Tifar en la consola—. En el fondo tienes razón, mi querido Blikos. Cuando el asunto concierne a la Semilla, cualquier precaución es poca.

Tras el telón de la noche

Haru se asomó a la ventana de la torre. Contempló un paisaje marino tan vacío de color como un dibujo al carboncillo, y sintió que su propósito se reafirmaba: éste no era su hogar. No era su patria. Había dejado de serlo mucho tiempo atrás, cuando supo que sus hermanas habían vendido sus almas a un autócrata místico que, para colmo de males, era adalid de una época caduca, sin utilidad ni sentido.

El Dragón.

Alzó la mirada al cielo, cubierto por un escudo de nubes aceitosas. El sol era un disco brumoso incrustado de alguna forma en él. Abajo, las olas color hierro lamían los bloques de la escollera.

Faltaba poco. Muy poco. El emisario de la Quimera se manifestaría pronto, atrayendo sobre sí la atención de las guerreras. Eso le costaría la vida, pero no sería un sacrificio vano, pues las miradas se desviarían el tiempo suficiente de la Torre del Orbe como para que ella cumpliera su misión.

Se apartó de la ventana y vio a su aprendiz, Volon. Había adoptado una postura contemplativa, con un codo apoyado en la mano y la otra mano bajo la barbilla. Ahora no parecía una niña.

—Hola, Volon —saludó, haciéndose notar.

La aludida esbozó una reverencia.

—Maestra.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—La formalidad. Me asusta tu distanciamiento.

—¿A qué os referís?

—Deja de tratarme con tanta deferencia, Volon. Hasta hace dos días correteabas detrás de mis faldones dando chillidos y saltándote todas las normas del protocolo. Eras una niña.

La joven se ruborizó, confundida.

—¿Y no me reprochabais siempre esa actitud? No entiendo por qué ahora la echáis de menos.

Haru le desordenó el pelo, como hacía cuando jugaban juntas.

—Ya veo. Has crecido. Era inevitable.

—Creí que estaríais orgullosa. Eso me convierte en lo que siempre quisisteis que fuera: una acólita madura y responsable.

«Y también en mi enemiga», pensó Haru.

Hasta ese momento no lo había pensado, pero lo único que protegía a Volon de su venganza era que aún no era nadie dentro de la Orden. De haber tenido suerte, habría seguido disfrutando de su inocencia al menos un par de años más.

Se acuclilló para estar a su altura, y la agarró por los hombros.

—Hija, quiero que hagas algo por mí.

—Decidme, maestra —respondió ella, obediente.

—¿Has oído hablar alguna vez del emplazamiento Terza 16? ¿Sabes dónde está?

—Creo... que es un almacén de la periferia, usado para guardar provisiones. Se encuentra situado detrás de las montañas, en el valle de Pelfert.

—Veo que has aprendido bien las lecciones.

—Es fundamental que conozcamos hasta el más mínimo detalle nuestro hogar, dado que...

—No repitas como una cotorra lo que te han enseñado —acotó Haru, irritada—. Piensa por ti misma. Por motivos de seguridad, hay cosas sobre nuestro hogar que no se enseñan en ninguna escuela.

—¿Como cuál?

—En ese almacén hay un túnel subterráneo que lleva a un refugio. El mecanismo de apertura está sobre el friso del fondo, bajo el árbol de cinco raíces. Quiero que vayas allí a comprobar una cosa. —Volon iba a replicar, pero ella posó un dedo en sus labios—. Ahora mismo.

La niña parecía confundida.

—Pero... ¿precisamente ahora, maestra? Me toca servicio en el templo...

—Olvídate de eso. Es una orden. Quiero que cojas un ornicop, vueles hasta el Terza 16 y hagas lo que te he dicho.

—Pero ¿qué tengo que buscar?

—Lo sabrás cuando llegues.

Las fosas nasales de Haru se expandieron. La brisa marina trajo consigo un olor a madera quemada. Ese signo no habría puesto sobre aviso a nadie, pero ella sabía lo que significaba: el emisario estaba manifestándose ya. No quedaba tiempo para explicaciones.

A través de la balconada, superpuesta a un paisaje idílico de garzas que pescaban arenques y platijas, donde las nutrias retorcían su holgado cuello mientras deglutían a las garzas y el ciclo de la vida daba una nueva vuelta, se manifestaba la aberración. La horrenda silueta del emisario apagó su campo de ocultación y se hizo instantáneamente visible en todos los radares. Cadenas de alarmas reverberaron en los pasillos.

Haru espoleó a su alumna.

—¡Vamos, vete ya!

La niña se marchó corriendo. Haru rezó por que la próxima vez que se encontraran no fuera como enemigas.

Quedaba poco tiempo y mucho que hacer. Atravesó la estancia, entró en el cenobio marcial y recogió su espada. La ciñó a la cintura, comprobando que la batería de la guarda (conectada en modo de recarga a la estatua del altar) estaba llena. Luego, abandonó sus habitaciones y se dirigió a la Torre del Orbe. En su interior aguardaban

secretos que ni siquiera ella conocía, y que debía profanar a toda costa.

Usó su certificación de seguridad para acceder a la antesala de la Torre. Más allá tenía prohibido el paso. Dos guardianas de alas bronceas se le encararon, con respeto pero con firmeza.

—¿Adónde te diriges, hermana? —preguntó la más veterana—. Esta zona sólo se abre a los de tu casta en ceremonias específicas.

Haru añadió unos cuantos dientes a su sonrisa.

—Lo sé, pero como he oído saltar las alarmas, pensé que a lo mejor...

—En esta zona no ocurre nada. Nos han notificado que hay una intrusión en el perímetro, pero los cuerpos de seguridad ya se están encargando de eso.

—Me alegra inmensamente saberlo. Eso quiere decir...

La guardiana frunció el ceño.

—¿Quiere decir... qué?

—Que están demasiado lejos de aquí como para escuchar vuestros gritos.

Y desenvainó su cuchillo vibratorio. Aunque se suponía que las hermanas bronceas eran formidables adversarias en el combate cuerpo a cuerpo, les demostraría que no necesitaba ni siquiera desenvainar la espada para encargarse de ellas.

Eso sí; antes de comenzar la lucha dejó caer un generador de campo de distorsión en el suelo. Su campana de interferencia cegaría las cámaras y otros dispositivos de vigilancia.

Nadie debía saber lo que estaba a punto de ocurrir en aquellas sacrosantas estancias.

Mientras caminaban por el sendero del valle, Sargueras y Killigan sentían por primera vez en sus vidas algo parecido a la absoluta alienidad.

Ellos no pertenecían a aquel lugar, ni tenían derecho a estar allí. Cada inspiración en las burbujas de oxígeno que los rodeaban, cada huella que sus pies dejaban en un camino que no había sido construido para pies mortales, dejaba constancia de ello.

—Se parece a Kanxs —opinó el marqués.

—¿Qué es eso?

—La primera luna de mi planeta que fue colonizada. Un erial de polvo lleno de cosas extrañas.

—Un bonito lugar de vacaciones...

Por supuesto, Killigan era consciente de todos los sobreentendidos que conllevaban las palabras del elfo. Decir que aquel lugar «se parecía» a algo que hubieran visto antes era lo más parecido a una metáfora sobre lo que podían bromear.

Y luego estaba la escala. Si no fuese porque era imposible, Killigan habría afirmado que la luna sobre la que paseaban no era tal, sino una construcción inmensa, plana y de bordes irregulares, confeccionada por la unión de pedazos de diferentes

planetas. Había tenido esa visión durante un breve instante, mientras se acercaban a la luna convertidos en un rayo de luz con conciencia de sí mismo. Y aun ahora, que tocaba aquella piedra y sentía la caricia en el rostro de una brisa imposible, se preguntaba si no se habría vuelto loco.

Caminaron durante cuatro horas, siempre en dirección al centro del cráter. Pasaron junto a titánicos esqueletos de criaturas fabulosas, vadearon lagos secos que no eran sino huellas del paso de esas mismas bestias, y se estremecieron al pensar en cómo habría sido el cosmos cuando ellas vivían. Qué clase de mundos pudieron albergar entre sus criaturas a seres de semejante colosalidad, y cómo los alimentaban. Titanosaurios capaces de engullir destructores estelares de un mordisco o de horadar el núcleo de las estrellas para depositar allí sus huevos. Sin lugar a dudas, su desaparición había sido un imperativo para que las actuales especies que poblaban la galaxia aparecieran..., pues ninguna sociedad de mamíferos podría haberse desarrollado a su sombra.

Pero no sólo había restos de seres vivos en aquel valle, sino también de tecnología. Divisaron, siempre a varios kilómetros de distancia, cementerios de artefactos cuyas entrañas seguían brillando, después de muchos eones, con la luminiscencia blanca de la antimateria. Killigan apartó la vista de aquel fulgor, hermoso y dañino a la vez. Él sólo lo había visto asociado a los motores de las naves estelares o a los dispositivos G (una de esas etiquetas eufemísticas que los gobiernos ideaban con frecuencia para adherirla a expresiones como «hecatombe nuclear» y «oh, mierda»). Saber que los antiguos habitantes de aquellos mundos también basaban su tecnología en manipular esa energía no le llenaba de sosiego.

El sendero los condujo hacia uno de aquellos dantescos esqueletos. Entraba por unas quijadas del tamaño de la nave colonial que los había llevado a Furiony, hasta desembocar en el interior de un costillar en cuyos intersticios podrían haberse edificado catedrales.

Y, de hecho, así era.

Entre dos huesos retorcidos, apoyados uno contra el otro, alguien había levantado una catedral. Estaba hecha del mismo polvo blanco que cubría el valle, y entre torreones y agujas que desprendían una luz azulada, había una puerta.

Los viajeros no tuvieron que cruzarla, pues justo enfrente de ella, esperándolos, había alguien.

Era un ser de difícil catalogación. Parecía una gárgola, pero no estaba hecha de piedra, sino de un líquido translúcido capaz de hacer malabarismos con la luz. Mostraba una cabeza y algo parecido a un rostro que transmitía una poderosa sensación de haber sido esculpido sobre la marcha, con el objeto de que la comunicación con los bípedos recién llegados fuese más fácil. No portaba nada parecido a ropajes ni distintivos, aunque flotando sobre su piel navegaban pedazos de tecnología y... algo que sólo podía ser descrito como *flashes* de energía con grafía cabalística.

Al verlos, la expresión de Sargueras se transformó en el paradigma del estupor.

—¡Hechizos! —exclamó, agarrando las ropas de su compañero—. ¡Son hechizos vivientes! ¡Mi pueblo dominaba su arte en tiempos inmemoriales!

Killigan se deshizo de la presa y dio un paso adelante. La inmensa escalinata conducía a la puerta de la catedral, y a su guardián.

—Bien, elfo —musitó—. Si alguna vez has pensado que toda tu vida se dirigía hacia un instante en concreto, sin duda es éste. Venga, di algo.

Sargueras le miró, aterrorizado.

—¿Qué quieres que diga? Ni siquiera sabemos si habla nuestro dialecto.

—Sí lo hablo —dijo el ser con voz melodiosa.

El elfo y el enano dieron un respingo.

—¿Q... qué eres tú? —preguntó Sargueras, arrodillándose. El enano estaba atenazado por una mezcla de miedo y sobrecogimiento.

El ser descendió, fluyendo sobre la sombra que él mismo proyectaba en las escalinatas.

—Soy el Centinela. Llevo contemplando este paisaje miles de años, custodiando los secretos y esperando vuestra llegada.

—¿La... nuestra?

—El universo funciona por pasos, como un reloj —dijo el ente—. Pero a diferencia de los relojes que miden el tiempo, en el telar cósmico hay una relación estrecha entre cada latido y los preexistentes. Si no se dan todos y cada uno de los anteriores, los nuevos no pueden tener lugar.

—No lo entiendo...

—Vosotros sois un latido del engranaje, necesario para que otras manifestaciones del poder de los dioses tengan lugar. Sois la antesala de lo que vendrá. O, más bien, sus testigos.

El ser deshilvanó varios hechizos, creando una imagen holográfica. En ella se apreciaba con claridad el rostro de una mujer humana.

Killigan alzó las cejas, reconociéndola.

—¡Ronin!

El Centinela la hizo girar en tres dimensiones.

—Los dioses la han elegido para que se convierta en su nuevo heraldo, el primero de esta era. De todos los sabientes que cayeron en el planeta rojo, ella ha resultado ser la más apta.

—¿Qué planeta rojo?

—Furiony —dijo Sargueras. Se aclaró la garganta y preguntó—: Si no es indiscreción, ¿por qué ella? ¿Qué baremos fueron utilizados para seleccionarla entre los colonos del *Dédalus*? No es mi intención discutir semejante decreto —aclaró rápidamente—, ni quiero que parezca que subestimo a la capitana..., pero puede que hubiera otros más preparados que ella en aquel lugar.

Killigan tardó unos segundos en comprender a qué se refería el elfo, pero en

cuanto lo hizo, la barba se le erizó de indignación. No podía creerlo: Sargueras se estaba ofertando a sí mismo como una elección mejor.

El Centinela pareció sonreír.

—Nuestros motivos no pueden ser desvelados, pero de todas las alternativas posibles, elegimos la mejor.

Eso pareció encrespar un poco al marqués, aunque se esforzó en no exteriorizarlo. El enano rió para sus adentros, disfrutando con una pizca de malicia de la situación.

—Vosotros sois entes coetáneos y socialmente compatibles con la elegida —dijo la gárgola—. ¿Sentís eso que llaman «aprecio» por ella?

—Claro —respondió Killigan de inmediato. Al ver que su compañero no decía nada, le dio un codazo—. ¿Verdad que sí?

Sargueras suspiró.

—Por supuesto.

—Entonces, vuestra elección está clara —dijo el Centinela—. Seguidme.

En la cima de la enorme escalinata aguardaba una construcción semejante a dos anillos concéntricos, hechos de hueso, que giraban lentamente en el aire. Superposiciones de micro-hipercubos bailaban en sus órbitas, como los que aparecían cada vez que actuaba una puerta estelar.

—Un portal —adivinó Sargueras.

—Os llevará de regreso a vuestro hogar. Ya habéis visto suficiente en este nexo de la realidad. Conocéis demasiado.

—No pretendo parecer descortés, pero... ¿eso es una amenaza?

—Yo estoy más allá de las amenazas. No estáis obligados a cargar con la misión que debo encomendaros. Seguí conservando vuestro libre albedrío.

Sargueras dudó.

—¿Ah, sí? ¿Y si no aceptamos, quién cumplirá vuestro plan?

La gárgola hizo algo con su fisiología que la volvió, si cabe, aún más aberrante.

—No es algo que deba preocuparos. Tenéis uno de vuestros minutos para decidir.

A continuación se alejó de ellos, dejándolos enfrascados en sus pensamientos. Fue entonces cuando Killigan advirtió la presencia de los otros.

Había más personas allí. Eran dos humanos, vestidos con el uniforme quimeriano. Lo primero que Killigan sintió al verlos fue un bombeo de adrenalina que le hizo ponerse en tensión, como cada vez que divisaba una escuadra de escorpícoras, pero se fue relajando paulatinamente.

Los quimerianos también los habían visto, pero estaban tan asustados e impresionados como ellos. Se les notaba en los rostros. Ambos parecían soldados, hombres preparados para cualquier cosa..., o casi. Uno mostraba una enfermedad en la piel que volvía rojiza la mitad de su cara, mientras que el otro vestía el traje de piloto de un mirmidón. Tenían cara de haber sido sacados de contexto brutalmente, sin haberles dejado tiempo para procesar en sus mentes lo que estaba ocurriendo.

La gárgola les dirigió unas palabras que Killigan no consiguió escuchar, y ambos

asintieron. Luego, el Centinela se deslizó de regreso a la escalinata.

—¿Qué significa esto? —preguntó Sargueras, ofendido—. ¿Qué hacen esos dos aquí?

—¿Estáis dispuestos a proteger a la elegida, aun con vuestras vidas si fuera necesario?

Killigan observó a los quimerianos.

—Sí —contestó—. Yo sí. ¿Y tú?

El elfo asintió.

—Supongo que también.

Sin más preámbulos, el Centinela se volvió hacia el portal.

14

Alas brunas

Haru Iyasai enfundó de nuevo el cuchillo, sin molestarse en limpiar la sangre que cubría la hoja. Dejó los cadáveres de las bronceínas apoyados en las columnatas de cualquier manera, y se internó en las profundidades de la torre.

Penetró en un largo pasillo al que daban pequeños cuartos hexagonales. Por todas partes se mecían esteras siguiendo una disposición geométrica perfecta. De las paredes colgaban pergaminos con leyendas que exhortaban a la obediencia. Eran las mismas que ella había estudiado de niña. Aun así, algo inquietante palpitaba en aquel aparente orden, algo que puso sus sentidos en un estado de excitación paroxística.

Era como si los ojos de un espía invisible estuviesen clavados en su sombra.

Alguien tocó unas campanas (a menos que fuese un coro celestial que derramase desde el cielo un poema anunciando su presencia). Una mujer gritó a lo lejos. Estaban a punto de descubrir su crimen.

Haru avanzó más deprisa. Tenía que llegar al corazón de la torre antes que la guardia entrase a por ella. Luego... ya no importaría.

Ayúdanos, padre Dragón. Líbranos de todo mal.

Concédenos nuestro deseo.

Era gracioso. Los suplicantes llegaban año tras año a aquel templo y volcaban en sus imágenes toda la frustración de sus vidas. Esperaban milagros que los salvaran, que protegiesen sus insignificantes existencias de la Quimera. Pobres estúpidos. Si tan sólo pudiesen hacerse una idea de lo poco que los necesitaba el universo para seguir adelante, dejarían de llorar y se ofrecerían a sí mismos en orgiásticos sacrificios.

Entregamos nuestras vidas a la estirpe dragontina, para que nos guíe y proteja a través de las sendas peligrosas.

Sus hermanas y hermanos oraban para obtener poder. Las siervas, para que sus amas no sucumbieran en distantes batallas. Las madres superiores, para no cometer errores que llevaran a sus acólitas al desastre. Todas conjugaban sus esfuerzos para deshilar el tapiz del imperio, creando impulsos de caos donde sólo debería haber rectitud. La Quimera era el epítome del orden supremo, y las traidoras damas dragón llevaban siglos conspirando para que esos hilos de títeres ardiesen en sus hogueras.

Ven, Haru. Escucha mi llamada. Entrégate a mí en cuerpo y alma.

Sí, el Dragón la llamó hacía décadas..., y ella respondió. ¿Qué otra cosa podía hacer una niña pequeña y asustada cuando grandes poderes despertaban ante sus ojos?

Su espejo mental se dirigió por unos momentos al futuro... Nada se reflejaba. Solamente una horrible desintegración de la materia.

Lo desmesurado de la profecía la hizo temblar, pero no la detuvo. Era como si la

Quimera diese alas a su voracidad, y la enfocase en hechos que estaban a punto de desatarse. ¿O era el Dragón, tratando de advertirla?

Estás a punto de cometer el sacrilegio definitivo, Haru, antigua hija. Pero aun así te sigo amando.

Haru sintió renacer la cólera. Odiaba al maldito Dragón y a su condescendiente amor. Siempre quiso convertirse en una aprendiz como las demás, virginal y obediente, pero a los quince años ya había agotado sus reservas de inocencia.

«No volveré a tragarme tu cáliz envenenado de mentiras», pensó, y abrió la última puerta.

La Cámara de los Misterios Infinitos era tal y como se la habían descrito. Inmensa, más vasta por dentro que por fuera, llena de nichos en las paredes, escaleras y pasadizos que no siempre llevaban a alguna parte. Inmensas arañas del cristal urk más puro, erizadas de velas, colgaban en hileras y arrojaban un resplandor dorado sobre las rotundas paredes. Un adorno de enredaderas mutantes se enroscaba alrededor de una columna en el centro de la sala, y despedía un suave perfume a violetas. Varios jarrones habían sido dispuestos a sus pies, disputándose ramos de flores y corales.

Sí, la sala era sobrecogedora, tanto por su tamaño como por la sensación de irrealidad que provocaba... Pero lo más inquietante, lo más pavoroso, era el silencio. Denso. Pesado. Inmóvil. Hasta su respiración detonaba en el ambiente como cañonazos.

Y no se hallaba sola.

Junto a la columna esperaba el maestro Nylkon. Permanecía de pie con las manos a la espalda, como un profesor que aguarda a un alumno travieso y poco puntual.

La situación la alarmó. Se había asegurado de no dejar pistas tras de sí. ¿Cómo podía, entonces, haber sabido que ella acudiría a aquel lugar?

—Maestro Nylkon —saludó—. Qué agradable sorpresa. Hacía tiempo que no te veía vestido con la librea de la Orden.

—Demasiado. Si me permites, dejaré las formalidades e iré directo al grano —expuso el hombre, sin demostrar el menor asomo de miedo en la voz—. Has venido a este sagrado lugar a cometer traición. Es imperdonable.

Haru asintió, cómplice de su juego. Ambos sabían perfectamente cómo iba a acabar aquello, pero si se empeñaba en hacerlo oficial...

—Tengo una misión, igual que tú.

—Tu «misión» ha sido sugerida por un demonio que sólo ansía el poder y la devastación de todo cuanto existe. Como comprenderás, no puedo dejarte continuar.

—¿Tú? ¿Tú no puedes dejarme pasar? —El pecho de Haru vibró con la risa—. No sé si eres consciente de tu inferioridad, anciano, pero soy una incantatriz de alas brunas. He sido entrenada en las artes de la esgrima y de la supervivencia por vuestros mejores tutores, y he superado con creces todas las pruebas. ¿Y aun sabiéndolo, me amenazas? De verdad, no sé si lo que te sobra es valentía o estupidez.

Nylkon expulsó una larga bocanada de aire.

—Puede que ninguna de las dos cosas. Puede que me esté limitando a decirte la verdad, y que por tu bien debas obedecerme.

Haru dio otro paso hacia él. En la base de la columna, junto al nacimiento de la enredadera, estaba su objetivo: el Orbe, el artefacto místico hecho de esencia de dragón plegada orgánicamente. Un concepto difícil de entender hasta para las madres superiores más eruditas, pero que se resumía en una simple frase: era la encarnación de la fuerza vital del Dragón. Lo único que quedaba de él en esta época.

—No des un paso más, dama Haru —amenazó Nylkon—. No me obligues a detenerte.

—¿Puedes satisfacer mi curiosidad antes de que te saque las entrañas, viejo? —bufó la mujer, al tiempo que alzaba el puñal.

—Está bien. Lo haremos a tu manera. Esperaba no llegar al extremo de tener que usar el condicionamiento, pero no me lo pones nada fácil.

Haru arrugó la frente.

—¿El condicionamiento? ¿Qué es eso?

—Hace siglos, cuando se creó la Orden de los hijos e hijas del Dragón, los fundadores llegaron a una terrible conclusión: un poder tan enorme como ostentarían no podía ser dejado sin más en sus manos. Al fin y al cabo, por mucha manipulación genética que nuestra estirpe haya sufrido para desarrollar alas y otros rasgos de serpiente, no dejamos de ser criaturas mortales. Seres imperfectos y pasionales, susceptibles al error... y a la corrupción.

Los ojos del anciano expulsaban fuego. Haru estaba a sólo dos metros, suficiente como para rebanarle el pescuezo en el espacio de un latido. Y él continuaba en posición relajada, con las manos a la espalda. Ni siquiera había sacado un arma.

—Por eso idearon un... «plan B», llamémoslo así —prosiguió Nylkon—. Unos jueces especialmente elegidos nos encargaríamos de implantar un cerrojo en la mente de las alumnas, por si este caso, este escenario imposible, tenía lugar algún día. Y así ha sido.

—¿Un cerrojo? —A Haru cada vez le gustaba menos aquello. Trató de dar otro paso, pero un campo de fuerza inercial la arrojó hacia atrás unos metros. El anciano no estaba tan desprotegido como parecía.

Haru se levantó, conservando su dignidad.

—Eres muy listo, aunque lo que haces sólo retrasa lo inevitable. Conozco al menos ocho formas de sortear esa barrera sin despeinarme.

—Sí, pero la más rápida te llevará como mínimo diez segundos. Es todo lo que necesito.

—Ya veo... —De pronto sintió curiosidad—. ¿De qué cerrojo hablas, viejo?

—De una palabra que nunca has escuchado. Si la oyeras, activaría una serie de mecanismos en tu cerebro que te matarían. Tu mente ni siquiera tendría tiempo de procesarla. Es un sonido que, al menos para ti, y para mí también, vendrá asociado a

los paisajes que nos estén esperando en la otra vida.

—¿A ti también?

—Sí, Haru. Conozco la palabra porque la he leído, pero jamás la he pronunciado en voz alta. Es la identificación del sonido en nuestros oídos lo que acabará con nosotros..., porque yo también estoy condicionado, como cualquier sirviente del Dragón.

—Mientes.

—Pruébame y verás.

Haru le miró con recelo.

—Así que si me matas...

—Moriré yo también.

—¿Me estás diciendo... —Haru se echó hacia atrás la cabellera— que durante siglos nos habéis tenido engañadas a todas, convenciéndonos de que nadie salvo nosotras éramos dueñas de nuestro destino..., y en realidad había una trampa? ¿Que todo era una gran mentira? —Sus dientes rechinaron—. ¿Que podíais matarnos en cuanto quisierais, si os convenía?

—Sé cómo suena. Es un secreto que, si escapara de estas paredes, sacudiría los cimientos de nuestra Orden. Pero no vamos a dejar que eso suceda.

—Estás loco. Te crees un mártir y en realidad no eres nada. Sólo un saco de huesos que pronto dejará de existir.

—Así será, Haru, de una forma u otra. El mecanismo último de defensa contra nosotros mismos requiere del sacrificio final. Yo estoy dispuesto a inmolarme, si con ello evito que dañes al Dragón con tu maldad y tu sumisión a la Quimera.

»No he traído armas, porque la que necesito está en tu cabeza, Haru —confesó—. La has tenido ahí desde que naciste. Y ahora la voy a usar, puesto que no me dejas otra alternativa.

La mujer sujetó el puñal con tres dedos, en un kata diseñado para hacer bailar la hoja sin perder un ápice de fuerza.

—Loada sea la Quimera. Que su gracia nos alcance y proteja del desorden y la entropía del Preuniverso... —oró, y se abalanzó sobre su antiguo mentor.

Jinete de la ciudad flotante

En Tifar, unas nubes azul oscuro gravitaban perezosamente sobre el horizonte, a escasa distancia del océano. Cortinas de lluvia se superponían en lontananza, augurando una tormenta de gran magnitud. El cielo sobre el decurionato 26 estaba límpido, pero para los hombres que montaban guardia aquella noche, el mal tiempo podía olerse en docenas de signos.

Había llegado el momento para Lhuris. Se licenciaría pronto, dando carpetazo a diez años de servicio militar en la infantería quimeriana; compraría un billete en el transporte más veloz que pudiera encontrar y se establecería en su planeta natal, Lyomia, lo que provocaría muchas habladurías.

Su familia era muy conservadora, y él, una persona que sabía inducir a la gente que necesitaba ser golpeada por una roca a ponerse por sí sola debajo de ésta. Era un don, un sexto sentido que le permitía distinguir cuándo la gente era fruta madura para la recolección y, en caso de que así fuera, atraerla a su canasta mediante engaños y artificios. El comercio de esclavos era muy lucrativo en los mercados de Lyomia, y él tenía talento para traficar con cualquier tipo de mercancía.

«Género caliente», lo llamaban. Y ahora que las especies inferiores habían mutado, sus nuevas habilidades se traducirían en un plus muy caro en el precio de venta. Los humanos habían dejado de ser artículos de lujo para según qué cosas...

Lhuris consultó el reloj. Faltaban apenas cinco minutos para que concluyese su última guardia de la noche. De la noche... y de su vida. Lo echaría de menos, aunque sólo fuese por las risas que se echaba con los compañeros y las prostitutas que alquilaban. Cuando se licenciase tendría que convertirse en un hombre decente, qué remedio.

Se aproximó a la baranda de metal. Detrás de ella, la insondable oscuridad del océano. Escupió a la noche y tosió.

Odiaba aquel maldito planeta acuático. Y a sus habitantes. Con gusto, una remesa de activistas kos bien morenitos decorarían su primer escaparate.

Se disponía a emitir su último informe por la radio cuando lo oyó. Una onda infrasónica muy grave, como el más profundo tambor que nadie hubiese oído nunca. Lo reconoció en seguida: era el canto de ballena de las ciudades flotantes. Debía de haber alguna muy cerca del atolón, cosa que le extrañó: los leviatanes no tenían permiso para acercarse tanto a la costa.

Uhm. Chasqueó dos dedos mentalmente. ¡Qué buena idea! Cantos de ballena para atraer a los clientes. Podría operar a las bailarinas para que sus gargantas reprodujesen estos sonidos...

Apretó el botón del intercomunicador. Un nuevo lote de ideas imaginativas para su negocio le hervía en el cerebro.

No llegó a emitir el informe.

Una inmensa forma surgió del océano, ejecutando un descomunal salto que la elevó casi doscientos metros. Una silueta azul oscuro de cientos de metros de eslora y miles de toneladas de peso. Permaneció ingrávida un instante, rodeada por una constelación de gotas de agua, y se desplomó sobre las olas cuan larga y mastodónica era.

Hacía incontables décadas que el leviatán no brincaba sobre el océano, y la inmensa alegría que experimentó al hacerlo casi pudo sentirla su jinete, un hombre diminuto en comparación a las riendas con las que gobernaba al animal.

Erik gritó de júbilo cuando estuvo en el aire, en pleno salto, y observó desde arriba los edificios del decurionato 26: sus torres blindadas y sus pistas de aterrizaje, sus antenas de comunicaciones, sus depósitos de armas y sus barracones llenos de soldados medio dormidos. Nada sobreviviría al *tsunami* que desataría el corpachón del leviatán cuando se diese la panzada a unos escasísimos cien metros de la costa. La principal base quimeriana de Tifar estaba a punto de ser barrida por la furia de la naturaleza..., o más bien por la de una de sus criaturas.

La cabeza del monstruo fue lo segundo que se sumergió más profundamente después de la cola. Erik cerró los ojos y se sujetó a la consola de mandos: el océano invadió la ciudad durante unos instantes y resquebrajó los edificios, tirando casi una docena. Si la urbe hubiese estado edificada en la panza, ahora sería un erial plano.

Erik destrozó los controles y liberó al monstruo para que se gobernase a su libre albedrío. Lo que éste hizo fue alejarse de la masa de tierra, rumbo a alta mar. Si hubiera podido sumergirse en ese momento lo habría hecho, pero aún tenía que acostumbrar su cuerpo al cambio de presión. Por el momento se limitó a hacer eses en la superficie.

Contento, Erik abandonó el puesto de control. A su espalda, las ruinas del decurionato, otrora orgulloso centro de poderío militar, eran una marisma pantanosa. Había estado bien, pero era sólo el principio.

Como si el destino subrayase sus palabras, de las nubes cayó un rayo de luz ambarina. Fue como si un meteorito insustancial hubiese golpeado al leviatán en el caparazón, provocando un brillo cegador y la sensación inconclusa de que una onda de choque lo seguiría poco después.

Erik supo al instante lo que era. Recordó la primera vez que había visto aterrizar una Semilla de la Quimera, en la lejana Bely. Cómo la podredumbre se apoderaba de la tierra, manchándola para siempre. Cómo arrasaba con placer carroñero todo lo que encontraba y se alimentaba de los despojos.

«No esta vez», se dijo, y salió corriendo hacia el lugar del aterrizaje.

Por desgracia, no llegó muy lejos.

La nave aterrizó con una maniobra muy veloz, casi suicida, cortándole el paso. Era un aparato quimeriano, pero de una clase que no había visto nunca, sin duda un modelo experimental. Su configuración dinámica se desplegó mostrando un rosario

de armamento. Las patas tocaron tierra, y una rampa apareció esculpida en campos de fuerza.

Por ella descendió a tierra un solo hombre. Un soldado ataviado con una armadura de placas trufada de microtecnología, que llevaba una capa roja y un espadón tecnoaugmentado ceñido al cinto. Su presencia imponente sobrecogió a Erik, que no tardó en reconocer aquellos fríos ojos color ámbar, la nariz larga y severa, y la mata de prietos rizos negros que brotaban de su cabeza con un estilo preciso y artificial.

—Hola, Erik —saludó el mariscal Éremos—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—¡Agacha la cabeza! —gritó Sheida, acunando a Ronin en su regazo.

Sintió el instante de ingravidez que marcaba la culminación del salto, y al segundo siguiente el leviatán estaba cayendo de nuevo. El golpe contra el océano sonó a terremoto, y el búnker lo sintió. Para fortuna de ambas mujeres, cuando el animal volvió a emerger las paredes todavía aguantaban.

Una convulsión sacudió la espina dorsal de la incantatriz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ronin, alarmada.

—La Semilla. —Se clavó los dedos en el cuero cabelludo—. Es la Semilla. Siento su presencia.

—¿Ya ha llegado?

Sheida abrió las puertas del búnker y se asomó. En efecto, más allá de la línea de edificios aglomerados sobre el caparazón, se vislumbraba un centelleo que brotaba del suelo. Un resplandor nocivo que parecía tener vida propia.

—Allí estás... —murmuró. Durante toda su vida la habían estado preparando para aquel momento, la confrontación definitiva contra uno de los aspectos de la Quimera. Se sorprendió al descubrir que eso no mitigaba ni un ápice del miedo.

—Es extraño... —dijo Ronin—, pero yo también puedo sentirla. No sé cómo explicarlo, pero es... una sensación de frío extremo en el vientre. Un...

—... vacío desprovisto de luz, ¿verdad?

Ambas se miraron.

—Por los dioses —exclamó la incantatriz—. Estábamos equivocadas. Erik no es el avatar.

Ronin se miró a sí misma con miedo.

—No puede ser...

—Quédate aquí —ordenó Sheida, archivando un montón de preguntas para más tarde—. Es un lugar seguro.

—¿Adónde vas?

—A matar a esa bestia.

La onda de aire que provocó Sheida al despegar echó hacia atrás el cabello de Ronin. La capitana gritó un par de veces su nombre, pero fue inútil: la dama dragón

ya saltaba entre los edificios luchando contra la fuerza del viento, cada vez más próxima a la de un huracán.

La tormenta redoblaba su fuerza.

Ronin estaba asustada, pero no por la presencia en sí de la Semilla, sino por el hecho de experimentar esa conexión tan profunda con ella. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué demonios...?

Un latigazo de dolor la arrojó al suelo.

Ronin trató de gritar, pero lo único que surgió de su garganta fue un gemido entrecortado. El dolor se mitigó al cabo de unos segundos, para volver con más fuerza. Algo quemaba su sangre, hervía en sus intestinos, explotaba con descargas eléctricas en su corazón.

La capitana se retorció, cubriéndose el vientre con las manos. Fue inútil. Llamó a Sheida, pero ésta se encontraba ya demasiado lejos para escucharla. Entonces se miró las manos: un resplandor dorado brotaba de ellas, como si algún tipo de fuego místico estuviese prendiendo bajo la piel.

Ronin chilló de pánico, pero antes de que pudiera hacer nada más, el dolor desapareció, siendo sustituido por una reconfortante sensación de frío.

Unos dibujos aparecían en su piel, borrándose al instante como si los creara y difuminase el viento. Eran runas, idénticas a otras que ella había visto con anterioridad... pero ¿dónde?

Trató de hacer memoria, buscando cobijo en el búnker. Intuía que la conexión de esos símbolos con su pasado era de vital importancia, pero no lograba ubicarlos.

Los había visto antes. Escritos... ¿en una pared de piedra? ¿En un planeta lejano?

Ronin abrió desmesuradamente los ojos. Se acordaba. ¡Se acordaba!

Sheida recorrió un par de manzanas antes de verlos. Quimerianos. Una escuadra de escorpícoras que dirigía a la aterrorizada multitud hacia la plaza del mercado. La gente que poblaba la urbe huía en desbandada, cada cual como podía, ya fuese mediante vehículos voladores o marítimos. Sheida creía que la ciudad ya había sido desalojada, pero se estremeció al ver cuánta gente quedaba aún en las calles.

Y los quimerianos los dirigían hacia la plaza donde había aterrizado la Semilla.

Sheida se abalanzó sobre ellos. Una niña la vio venir, las alas abiertas de par en par, y chilló de miedo. Eso alertó al comandante de escuadra, que se dio la vuelta justo a tiempo de ver cómo la espada de la guerrera se le hundía en el pecho. La punta surgió por la espalda y manchó de sangre a un civil, que huyó despavorido. Sheida gritó como una energúmena, provocando el mismo efecto en los demás. Daba igual que la confundieran con un demonio, si con eso lograba que se alejaran de la plaza.

Los civiles huyeron. Dos escorpícoras alzaron sus cañones de plasma y dispararon. Sheida ejecutó un quiebro veloz seguido de una finta, y rodó por debajo de las cascadas de disparos al tiempo que plegaba las alas. Si debía combatir cuerpo a

cuerpo, mejor que sus apéndices membranosos no molestasen.

Su espada encontró carne y laegó. Un escorpíora se desplomó con una herida en la boca del estómago, pero ella no le dejó caer al suelo; recogéndolo en volandas, lo usó como escudo contra los disparos de su compañero. Impactos de plasma astillaron las piezas de su armadura y un olor a quemado llenó el ambiente.

Sheida lo lanzó por encima de su cabeza para que golpeará al tercer soldado, pero falló. Saltando hacia atrás, éste esquivó por centímetros el improvisado proyectil en que se había convertido su compañero y recargó el fusil. La mujer saltó, dio una voltereta por encima de su cabeza y aterrizó a su espalda, envainando la espada. El escorpíora no supo que ya había recibido la estocada hasta que trató de volverse y su torso se dividió en dos.

El último soldado fue listo. Tiró su arma y echó a correr, perdiéndose entre la gente. Sheida lo dejó marchar. Si algo había aprendido en sus años como acólita, era que no había que ensañarse con un enemigo que mostraba bandera blanca.

A su lado corría la gente, tanto los que tenían asegurado un transporte como los que aún pensaban que existía un escondite seguro en aquel lugar. El cielo seguía destellando con las estelas de impulso de las naves, aunque cada vez eran menos. Algunas pasaron demasiado cerca de la Semilla y no pudieron escapar a su atracción: el resplandor carmesí las atrapó como una tela de araña, y las atrajo mientras absorbía la fuerza vital de sus ocupantes. Cientos de personas morían cada segundo sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

¿O sí podía?

Se abrió paso por la fuerza en dirección contraria a la multitud, buscando un lugar libre para despegar, y rezando por que no fuera demasiado tarde.

Ronin sabía dónde había visto aquellos símbolos: en el templo de Furiony, grabados en la roca viva. Y más concretamente en el pedestal de la estatua de Glorien.

La luz dorada le recubría todo el cuerpo, y alteraba su percepción del mundo. El resplandor carmesí que desprendía la Semilla ya no era de ese color para sus ojos: ahora era una onda verdosa, llena de vectores de fuerza y núcleos cuánticos. Percibía el esquema cerebral de algo vivo, y podía leer en él: leyó los pensamientos de la Semilla, sus intenciones, y se sobrecogió.

Supo lo que era en realidad el Plan de Seis y lo que implicaban sus consecuencias. Supo de la verdadera naturaleza de la Quimera, y vio el lugar donde estaba escondida, aunque tal conocimiento resultó demasiado agotador para su cerebro y trató de olvidarlo de inmediato.

Oyó una voz que no provenía de ninguna parte, entonando palabras arcanas en el antiquísimo idioma de los elfos: *Samatra dinarak d'spiela secundus umm*. Una invocación a los dioses. No sabía cómo pero conocía su significado: era la llave para despertar poderes de encarnación.

Una figura se materializó ante ella, en la penumbra del búnker. Era una mujer de largos cabellos plateados que montaba un carro tirado por osos polares. Una imagen grandiosa que, durante un brevísimo instante, la miró a los ojos. A ella, a una simple humana mortal, llamándola por su nombre.

Y Ronin respondió.

—*Samatra dinarak d'spiela secundus umm* —dijo el Centinela ante el portal. Éste se abrió, creando un profundo vórtice de luz negra.

Sargueras y Killigan se aproximaron. El elfo entrechocaba nervioso los tacones de las botas.

—Éste es el camino hacia vuestro hogar —dijo el Centinela—. Ya no hay vuelta atrás.

—¿Qué se espera de nosotros, pues? ¿Que encontremos a Ronin?

—Que la encontréis y protejáis a toda costa, hasta que llegue su momento —asintió—. Si bien nuestros agentes están haciendo lo posible por desarticular el plan del enemigo, también él moverá ficha. Intentará localizar a nuestros peones para destruirlos antes de que hagamos lo propio. Es el tiempo de las incógnitas.

—¿Por qué me da la impresión de que todo esto se reduce a un simple juego? —preguntó el enano con sorna.

El Centinela levantó una ceja en un alarde de expresividad.

—Es mucho más que un juego, maese Killigan, aunque habrá un ganador. Y perdedores.

—Me temo que de éstos ya los hay. A montones.

El portal titiló, perdiendo fuerza. Los viajeros se dieron cuenta de que no podían demorar más su partida.

El Centinela se apartó, franqueándoles el paso. El elfo y el enano se cogieron de la mano, casi por instinto, pero se separaron al instante, guardando la compostura. Si lo iban a hacer, lo harían con dignidad.

—Allá vamos, querido compañero —dijo Sargueras—. Lanzados irremediabilmente hacia nuestro singular destino.

El enano lanzó un bufido.

—Siempre tienes que estropear los momentos solemnes con alguna frasecilla pedante, ¿verdad?

—Y tú siempre tienes que ser el que diga la última palabra.

—Anda, cállate y camina de una vez hacia el destino ese de marras.

Cerraron los ojos, se encomendaron a los panteones en los que más confianza tenían, y saltaron hacia la nada.

Choque de destinos

Los violentos coletazos de la ciudad-ballena sacudían las aguas del océano, sumando sus esfuerzos a la cólera de la tempestad. Olas de veinte metros crecían y se desplomaban tiñendo de plata sus crestas, rompiendo contra el atolón de carne que era la panza del monstruo. Sobre él, entre torres de cemento que parecían islotes de grava a punto de desplomarse, Sheida sentía que el agotamiento le doblaba las rodillas.

El leviatán, libre de las cadenas de sus amos, surcaba veloz la tormenta chocando deliberadamente contra las húmedas murallas de las olas. Para él debía de ser una liberación sentir semejantes colisiones; una catarsis de la naturaleza en estado puro que con los años lo sanaría de las heridas psicológicas de su cautiverio. Pero para los infortunados que aún quedaban en la ciudad, significaba la muerte segura. Los edificios se tambaleaban, las plazoletas eran resquebrajadas por ondas de cizalla, y los raíles elevados de los tranvías eran arrancados de cuajo. Nubes de escombros volaban por los aires, mientras pequeñas explosiones iluminaban los agujeros donde el gas encontraba una chispa.

Para colmo, el animal se hundía y volvía a la superficie tratando de rellenar sus agotados tanques de lastre. Por el momento no se había sumergido más que unos metros, pero en cuanto su organismo se habituara de nuevo a los cambios de presión, desaparecería rumbo a los oscuros abismos que habían visto nacer a su especie, y la ciudad se convertiría en una tumba silenciosa.

Sheida no podía esperar tanto: debía llegar hasta el emplazamiento de la Semilla y destruirla, aunque le costara la vida. Había demasiado en juego.

Desde su posición en lo alto de una torre, vio llegar una nueva marejada: el océano inundaba la ciudad como un *tsunami* imparable y se retiraba justo después, arrasando con todo lo que encontraba. La nueva ola fue unos metros más alta que las anteriores, y provocó el derrumbe de una fábrica cercana. Un dique de escombros y barro se dirigió hacia el edificio que ella usaba de escudo. Sheida lanzó una maldición, y saltó hasta la siguiente torre un segundo antes de que la marea la alcanzara. Sus alas apenas lograban mantenerse extendidas por la fuerza del viento, pero le permitían, si no volar, sí dar grandes saltos.

El minúsculo cuerpo de la dama voló por encima de dos manzanas, un insecto zarandeado por fuerzas demasiado poderosas para ser contenidas. Un barrio entero se hizo añicos a su espalda; ella no se molestó en mirar. Continuó saltando, plegando los vientos, dejándose guiar por el olor de la putrefacción a través de un dédalo de callejuelas.

De pronto topó con un inmenso espacio: un olor a incienso y basura, a pescado y carne cocida, invadió sus sentidos. La abofeteó. Era el centro del caparazón, la gran

depresión entre los espolones sagitales donde en otro tiempo se abriera la suntuosa plaza de los mercados.

Ahora, una monstruosidad yacía plantada en su cima. Una herejía, una Semilla Oscura cuya fealdad no podía ser encajada por mentes cuerdas, ni por las demencias más desatadas. Era la sexta encarnación simultánea de la Quimera. La culminación del Plan de Seis.

Sheida murmuró una plegaria al ver calaveras y cuerpos en descomposición apoyados contra los muros de cualquier manera. Una ciega rabia se apoderó de ella. Los desdichados que no habían podido huir en barcasas o en naves se habían reunido en aquella plaza para esperar ayuda, cuando les había sorprendido la muerte. Se preguntó cuántos de ellos aún estarían siendo deglutidos en los intestinos de aquella cosa.

Lanzó un grito feroz y extendió las alas. Planeó hasta casi llegar al suelo, apuntando a la Semilla con su espada, la hoja rezumando energía.

Por desgracia, no pudo alcanzar sus entrañas. Una masa informe de apéndices se interpuso en su trayectoria. Abriéndose como una gigantesca garganta de tentáculos, trató de engullirla en pleno vuelo; Sheida giró diez grados el timón, como le habían enseñado en la academia. Esto hizo que variase de dirección, describiendo una amplia curva que la ocultó tras una montaña de cadáveres.

Los tentáculos la persiguieron, acosándola, inundando todas las callejuelas y reventando los accesos, hasta que las alternativas empezaron a acabarse.

Sheida se humedeció los labios. Pese al calor sofocante que desprendía el suelo (¿ardía el leviatán por dentro?), sus dientes castañeteaban. No había tiempo para pensar. Los hechizos de encarnación comenzarían a funcionar pronto.

Debía acabar con ella, y ya. Pero ¿cómo?, si ni siquiera podía acercarse.

De improviso, una explosión sacudió la masa de tentáculos. Trozos calcinados volaron por todas partes. La Semilla emitió un quejido de dolor y sacudió su formidable caparazón de trilobite.

Una segunda descarga reventó justo en el lugar donde había impactado la primera. Sheida alzó la vista hacia una de las torres que aún quedaban en pie. Alcanzó a ver algo en la cúspide: alguien había plantado allí una batería defensiva láser —posiblemente las autoridades de Beata, en previsión de ataques piratas—. Un pedazo de tecnología que no debía estar funcionando, pero que funcionaba, y expulsaba descargas de energía por su negra bocacha con una intensidad abrumadora.

—Pero ¿qué demonios...? —murmuró la incantatriz. Abandonó su escondite y se elevó trazando una rápida espiral. Los últimos metros los recorrió por el interior mismo del edificio, hasta salir por un tragaluz en la azotea.

Lo que vio allá arriba la dejó sin aliento.

—¿Así que al fin has decidido salir de tu agujero, Draven? —sonrió Éremos,

paseando con absoluta calma sobre la terraza. El fugitivo lo miraba en silencio, tratando de extraer la máxima cantidad de información de sus gestos. Cómo se movía, qué pie avanzaba primero por instinto, qué mano era la dominante... Cualquier dato, por intrascendente que pareciera, sería de gran utilidad durante los próximos minutos.

—Yo prefiero el apelativo «nido de recapitulación», pero sí, en el fondo viene a ser lo mismo.

—Siempre me he preguntado qué eres, en realidad. ¿Un contrabandista con ínfulas? ¿El triste reyezuelo de una lúgubre colonia?

—Soy al que llaman cuando se han acabado todas las demás alternativas.

—Qué curioso. Tienes la actitud de la gente de tu calaña, pero tus frases son imaginativas. Casi me recuerdas un héroe de esos chapados a la antigua, como en las holonovelas. ¿Mis ojos me engañan, o eso que tienes en la mano es un sable dragón? —preguntó Éremos, divertido—. ¿A quién se lo has robado? No tienes pinta de ser una amazona de sierpes.

—Su dueña murió luchando contra uno de tus esbirros. Yo acabé el trabajo.

—Muy loable. Fabrican excelentes espadas, esas mujeres... Cuando obtengamos permiso de nuestro dios para arrasar su mundo, debería quedarme algunas como recuerdo.

—¿Por qué no lo habéis hecho ya?

Éremos comenzó un movimiento giratorio con el cuello que le hizo crujir las vértebras.

—Quién sabe. Hasta yo mismo me lo pregunto en ocasiones. Hay misterios que serán aclarados cuando llegue el momento. Es un dogma de fe. ¿Quiénes somos nosotros, pobres mortales, para cuestionarnos los motivos de los dioses?

—Tu humildad me conmueve, carnicero.

—Si supieras la cantidad de energía y recursos que nos has costado... —se lamentó el quimeriano, enfundándose unos guantes de terciopelo negro—. Parece increíble que todo un imperio gaste millones en perseguir a un solo hombre, y cuando menos lo esperamos, éste salga de su escondite espoleado por el amor de una mujer. —Lanzó al aire una carcajada—. Si no fuera tan patético, me darían ganas de reír.

—Algunos acumulan preguntas, mientras que otros acumulan respuestas.

—No me vengas con frases hechas, Draven. Yo he aprendido muchas en mis años al frente de los ejércitos: «La sangre es más espesa que el agua, pero la política es más espesa que la sangre»; «Cuanto menos sabemos más larga es la explicación»... Aforismos que pueden emplearse en cualquier circunstancia, ergo no encierran sabiduría en sí mismos —reflexionó—. Es todo una patraña. La sabiduría popular es una mentira. El amor y los sentimientos también.

—En ese caso, podríamos decir que lo único que me impulsa es la locura. Y ésa sí que es una fuerza poderosa.

—Me caes bien —sonrió el mariscal—. Jamás creí que diría estas palabras, pero es cierto. Has tenido las agallas de vivir como has querido, aun teniendo todo el

universo en contra. ¿Cómo pudiste soportarlo?

—Con sentido del humor.

—¡Ja ja! Draven, me va a dar pena matarte. En serio.

—¿Significa eso que me vas a perdonar la vida?

Éremos activó las defensas especiales de su armadura.

—Significa que ha llegado el momento para otra frase hecha.

Y fue a por todas.

El entrecuchar de sus sables despidió chispas en la oscuridad. Ambos se movían a velocidad cegadora, embistiendo con la masa de sus cuerpos y esquivando con la destreza de toda una vida dedicada al arte de la guerra. Pero en comparación a los rayos que caían del cielo, eran marionetas lentas. Muñecos que danzaban, gritaban, sufrían heridas sin la menor percepción del dolor..., autómatas desquiciados revolcándose en una vorágine de violencia y odio recíproco.

Éremos lanzó gritos de guerra en su idioma natal, expresiones verbales de katas que sus manos reproducían. Su armadura despidió un fuego interno y le proveyó de fuerza sobrehumana, de agilidad divina; alzó la espada y la descargó para matar. Erik detuvo apenas la estocada con aquella hoja robada a una chiquilla muerta. El legado de Danae vibraba como si estuviese vivo; como si su ama le estuviese comunicando todo su odio desde el infierno.

Un rayo cayó cerca, desatando huracanes de ozono. El leviatán sumergió la cabeza en la mar y la ciudad se resintió. Otros dos barrios residenciales, otrora bellos gracias al comercio y la pericia de los fabricantes de telares, desaparecieron como si nunca hubiesen existido. Ningún cataclismo detuvo a los duelistas, que siguieron golpeándose a pesar de la hecatombe, a pesar de aquellos rayos desatados y las tormentas que los fraguaban en su vientre.

Ambos hombres ejecutaron la danza de la muerte hasta quedar exhaustos.

Sheida estaba inmóvil en la azotea del edificio de donde provenían los disparos. Lo que tenía ante ella... era difícil tanto de explicar como de admitir que fuera cierto.

Había una mujer sentada a los mandos de la batería. Alguien que ella conocía, además: la capitana Ronin Telser. Pero no era ella del todo. O mejor dicho, era más. Mucho más.

Ronin despedía un fulgor dorado por todo el cuerpo. Su silueta se fundía con los destellos de los disparos como cortada de la misma tela. Siendo el objeto más brillante de los alrededores, era quien arrancaba sombras de todos los demás.

Sheida cojeó hasta ella. Se había hecho daño en la pierna en algún momento, tal vez al escapar del enjambre de tentáculos, pero hasta que no hubo apoyado los pies en el suelo no lo advirtió.

—¿Capitana? —llamó, cautelosa.

Ronin ni se molestó en mirarla. Apuntó de nuevo con el cañón a la Semilla y

disparó. Sheida entendió por qué aquellos disparos eran tan potentes: la propia mujer estaba canalizando la energía que desprendía su cuerpo hacia el arma.

El aspecto de la Quimera se retorció de dolor. Varias piezas de su coraza se carbonizaron. Lentamente, arrancó su grotesco cuerpo del suelo y, sostenida por un mar de tentáculos, fue arrastrándose hacia el edificio que albergaba a sus atacantes.

—*Ahí viene* —dijo Ronin.

—¡Por la sabiduría ancestral! ¿Q... qué te ha pasado? —preguntó la dama dragón, acongojada.

—*No hay tiempo para explicaciones. Su coraza está a punto de ceder, pero no es suficiente. Hay que atacar su corazón desde dentro.*

—¿Desde dentro? ¿Qué quieres decir?

Ronin señaló la fisura en el caparazón del monstruo.

—*Desde dentro* —repitió, como si las explicaciones sobrasen.

Sheida desenfundó la espada.

—Estoy lista.

La Semilla alcanzó la base de la torre. Sus tentáculos la abrazaron como si pudieran arrancarla de raíz..., y así era. Miles de toneladas de cemento y acero temblaron y se resquebrajaron. La azotea osciló hasta dos metros en ambas direcciones.

—*Ahora* —ordenó Ronin, apuntando por última vez con el cañón. Sheida caminó hasta el borde mismo de la azotea.

Abriendo los brazos en cruz, se dejó caer al vacío, justo en la vertical de la Semilla.

No abrió las alas hasta que estuvo prácticamente encima de ella. A su izquierda, a tan poca distancia que la energía llegó a provocarle una quemadura, un potente rayo ambarino surcó la noche. Era el último disparo de la batería, que impactó justo donde habían hecho blanco los anteriores.

La potencia de las descargas, concentradas en un solo lugar, hizo que se abriera una profunda herida en la carne del monstruo. Una amalgama de carne negra y verde latía debajo, llena de líquidos supurantes. Sheida se incrustó en ella como un proyectil, clavando la espada en dirección a las entrañas de la bestia. Buceó a través de sus vísceras, escupió sus jugos después de haberlos saboreado, y chilló de angustia cuando empezó a faltarle el oxígeno.

Era un parásito, una bala viviente encajada en las vísceras de aquella cosa. Y aún necesitaba llegar más adentro. Sintió el dolor de la Semilla, su desesperación por quitársela de dentro. Por expulsarla como se expulsa un cáncer. Pero ella no cejó: siguió arrastrándose con uñas y dientes hacia abajo, más y más abajo, hacia la oscuridad.

Los tentáculos la perseguían, entrando por la misma herida. El dolor debía ser insoportable, pero había algo que motivaba aún más a la Semilla: el miedo. Su corazón latía más deprisa, y Sheida podía entreverlo. Era un saco de huevos gigante,

un montón de pus que latía con vida propia.

La dama movió la espada todo lo que el reducido espacio le permitía, y apuntó su extremo hacia aquella cosa. Sin embargo, una onda telepática la sacudió, estrujándole el cerebro.

Era la voz del monstruo.

Imágenes confusas le llenaron la mente. Vio escenas de un tiempo distante, en que la galaxia todavía era joven. Fue testigo de una antiquísima batalla que aún no había concluido, y se sintió increíblemente pequeña, insignificante comparada con todo aquello.

—¿Quién eres tú para atreverte a hacer lo que estás haciendo? —preguntaba la Quimera—. ¿Cómo puedes siquiera pretender que tu alma inmortal sobreviva al espantoso castigo que te aguarda, servidora de los dragones?

«No —se dijo a sí misma, negando con la cabeza—. Aquí falla algo. Esto no es más que un engaño. Un maldito eng...».

La incantatriz abrió ampliamente los ojos, comprendiendo.

La Semilla estaba suplicando por su vida. No era desdén, sino pavor. Temor a la muerte.

Entonces pensó en Danae, y todo fue más fácil.

El mariscal de las legiones quimerianas alzó un brazo, pidiendo un instante de paz. Era la primera vez en su carrera de soldado que lo solicitaba. Necesitaba respirar.

Erik también jadeaba, las rodillas hincadas en el suelo. Los numerosos cortes que se habían infligido el uno al otro se cobraban su precio, y ni siquiera el impulso de adrenalina inicial bastaba para compensar el dolor. Ambas espadas estaban bañadas en un líquido rojo y espeso.

—¿Y ahora qué? —preguntó, poniéndose en pie.

El mariscal le miró con desprecio. Erik estaba al borde del colapso. La hoja de Éremos había penetrado profundamente en algunas articulaciones, y si no había caído ya era porque su formidable constitución superaba la de un humano normal. Pero su cuerpo no tardaría en venirse abajo. Como contrapartida, Éremos también había encajado un par de golpes muy certeros: la coraza del mariscal estaba encharcada de sangre, y un profundo tajo inutilizaba casi por completo el brazo de la espada.

Así pues, y aunque su orgullo de guerrero se lo reprochaba, Éremos supo que había llegado el momento de emplear otros medios más... expeditivos.

Alzando el mentón, apuntó a su enemigo con el dedo índice de la mano izquierda.

—Se te ha acabado la suerte, Erik Draven —escupió—. Yo te condeno a la noche eterna, y perdóname por lo melodramático de la frase. Es algo que suelo decir a mis enemigos justo antes de que mueran.

Erik se tensó, intuyendo una trampa, pero estaba demasiado agotado hasta para reaccionar. Éremos pulsó el botón interno de su guante que activaba el lanzadardos.

Un solo instante de exposición a la belladona y su enemigo caería fulminado, sin saber qué lo había matado.

Erik trató de hacer un esfuerzo supremo y levantarse. No quería morir así. No de rodillas.

Sin embargo, en lugar de obedecer, la armadura radió una señal de onda corta, pidiendo confirmación de la orden a un operador externo. A muchos kilómetros por encima de sus cabezas, una nave enlace se acercaba a Tifar. Estaba a punto de penetrar en la atmósfera cuando sus sensores captaron la señal, y se la mostraron a su ocupante, el consejero Blikos.

Éste examinó el escenario. Tenía que tomar una decisión en cuestión de décimas de segundo, o Éremos sospecharía que algo iba mal. Ya debía intuir que algo fallaba, porque el dardo letal aún no había salido de su mano.

Blikos acercó la mano al botón que confirmaría la orden. Su cabeza se paralizó un instante, sobrecogido por las implicaciones de su acción.

«Debo permitirle ganar el duelo. ¡Por la Quimera, he jurado lealtad a este hombre!».

La respiración entrecortada de Éremos llegó hasta él por el altavoz. El aire hacía ruidos guturales al atravesar su garganta.

Compungido, Blikos apartó el dedo del botón.

Trató de convencerse a sí mismo de que realmente lo sentía, y dejó caer una solitaria lágrima de sus ojos.

El dardo no salió. Los contendientes esperaron unos tensos segundos sin que nada sucediese.

Éremos no pudo contener la risa.

—Una vez... —recordó— escuché un cuento, en uno de esos planetas sin nombre. Uno con un horrible cielo color ciruela.

Erik estaba perplejo. No alcanzaba a entender cómo seguía estando con vida.

—¿Un cuento?

—Sí... Hablaba de dos guerreros legendarios que, en su último combate, decidieron hablar. Combatir con palabras, no con armas.

El fugitivo estudió a su enemigo, temiendo alguna nueva clase de truco. Pero el mariscal (algo inaudito) parecía sincero en su introspección.

—¿Sobre qué hablaron?

Éremos se encogió de hombros.

—De algo trivial. ¿No te parece maravilloso? Estás en la cima del mundo, con millones de seres pendientes de cómo se va a desarrollar tu batalla..., y tú eliges charlar de algo intrascendente. Tiene gracia.

—El futuro de la galaxia no tiene nada de intrascendente.

—Es curioso que digas eso. —Le miró a los ojos—. Tú, un paria que jamás se ha

preocupado por nada ni por nadie.

Erik se levantó, usando la espada de Danae como bastón.

—Todos cambiamos. O son las circunstancias las que nos obligan a cambiar, no lo sé.

—Eso es cierto... Así pues, ¿qué prefieres hacer? ¿Nos cortamos mutuamente la garganta, o lo reducimos meramente al absurdo? ¿Hablamos de algo sin importancia, a ver si sacamos alguna conclusión vital sobre el universo o las tazas de jabón? ¡Vamos! —gritó—. ¡Escribamos una loa al anticlímax, y que los dioses nos premien o castiguen por tal atrevimiento!

Erik rió con sinceridad.

—Es la mejor idea que he escuchado desde hace años —confesó, y de una brutal estocada le cortó la cabeza.

Al ver desplomarse a la Semilla, el grito de rabia del consejero Blikos casi pudo escucharse por encima de la tempestad. Desde la pista de la estación de gobierno del leviatán, ahora destruida, oteaba con sus prismáticos a lo lejos. Y pudo verlo, oh sí, pudo ver con diáfana claridad cómo un plan que llevaba fraguándose milenios se hacía añicos ante sus narices. Y cómo aquella maldita mujer, brillando como una estrella diminuta, caía inconsciente en los brazos de la dama dragón que la acompañaba.

«Las profecías no se cumplen. Los presagios se equivocan. Algo muy grave está pasando en el universo para que tantas cosas fallen a la vez».

Arrojó los prismáticos en un arrebato. La nave estaba estacionada a su espalda, presta para despegar, pero antes debía hacer algo. Aún no estaba todo perdido.

Una serie de puentes unían la pista con otras torres, incluida aquella en la que Éremos y Draven habían sostenido su terrible duelo. Blikos avanzó, con rapidez en ciertos tramos, manteniendo el equilibrio en otros, hasta el lugar donde descansaba el cuerpo de su superior.

La cabeza de Éremos yacía separada del cuerpo, a pocos metros. La armadura aún vibraba con la energía del exoesqueleto, y hacía temblar sus miembros en un cuadro grotesco.

Blikos recogió la cabeza, arrojó a un lado el casco, y miró a su mariscal a los ojos.

—Así que éste es el glorioso final de tu visión... —dijo con sorna, y guardó la cabeza en una bolsa.

Corrió de regreso a la nave enlace. No había rastro del fugitivo, pero prefería no arriesgarse. No fue hasta que estuvo en órbita y pasando por delante de otras naves que esperaban para hacer uso de la puerta estelar, que se sintió a salvo. Sobre la negra noche de Tifar, un convoy interminable de naves intentaba alcanzar la relativa seguridad del hipersalto.

«Esto no ha acabado —pensó, como si la cabeza de Éremos pudiera oírle—. Aún nos quedan muchas cartas que jugar.

»Esto lo juro, mi amo. Acabaré vuestro trabajo justo donde vos lo dejasteis.

»Lo juro».

17

Elegía

La sangre de la dama Haru había formado un amplio charco cuando sus hermanas entraron en el santuario del Orbe. Junto a su cuerpo, muerto sin presentar ninguna herida externa, estaba tumbado el del maestro Nylkon. Toda la sangre procedía de los orificios craneales de ambos: ojos, oídos, nariz..., como si una bomba los hubiese reventado por dentro.

La madre superiora tomó la mano de su amigo y murmuró una plegaria. Dispuso que las acólitas retirasen ambos cuerpos y los llevasen a lugares diferentes. Nylkon encontraría la paz en el rosal de los vientos, un camposanto sito en los jardines que flanqueaban la torre, dedicado desde tiempo inmemorial a los personajes ilustres de la Orden. Por su parte, la traidora Haru sería incinerada y sus cenizas usadas para abonar la tierra. La ley disponía que nada quedase de ella para recordarla, ni sus posesiones materiales, que serían repartidas entre las demás acólitas sin revelar su procedencia, ni su memoria, pues tanto su nombre como su legado serían borrados para siempre de los registros de la biblioteca.

—Unos serán recordados, y otros desaparecerán del río del tiempo como las efímeras olas que sacuden la costa, y que no dejan tras de sí más que un breve impacto en la roca —dijo Eveini, parafraseando las escrituras.

Acarició el Orbe. Permanecía a temperatura ambiente, algo raro en él. Normalmente latía con un calor interno de origen desconocido.

—¿Qué nos tienes que reprochar, oh Dragón? —murmuró—. ¿Tanto te hemos fallado?

Bajó la vista. Se sentía muy descontenta, consigo misma y con las circunstancias. Ahora tendría que explicar a las acólitas que Nylkon había engañado a su enemiga para que cayera en una trampa. Disimuladamente, antes de que trasladaran el cuerpo, situó un diminuto lanzadardos en la mano del fallecido maestro. Una leve punción en la mejilla o el cuello de Haru, practicada durante la autopsia, completarían la ilusión. Haru había tratado de profanar el templo y el valiente Nylkon la había detenido con un dardo envenenado. Ésa era, a partir de ahora, la versión oficial.

Las acólitas, llorando de tristeza, recogieron los cadáveres y se los llevaron. Eveini permaneció un rato más a solas, meditando junto al Orbe.

Buscó entre los pliegues de la túnica y extrajo un pequeño grabador sincretext. Tras unos segundos de introspección, dictó sus impresiones a la máquina:

—Cuando era pequeña... me enseñaron a aprender de los errores, tanto de los míos como los de aquellos que me rodeaban, y aprovechar ese conocimiento para evitar males futuros. Ahora que soy vieja, me pregunto si es posible, en verdad, llevar a cabo tal hazaña. Por mucho que lo intentemos, ¿somos capaces de predecir el futuro basándonos en algo tan efímero como es el pasado? El caso de la dama Haru no es el

primero, ni será el último, me temo, que corrobore esta sospecha. Ya tuvimos traidores antes. Y volveremos a tenerlos, pues ningún paradigma dura para siempre..., ni la forma como ahora vemos las cosas bastará para convencer a las personas que nazcan en otras circunstancias.

»Puede que sea una constante, al fin y al cabo, de la existencia: los despojos de los repetidos intentos de las criaturas vivas por conquistar su destino se hallan diseminados a lo largo de las sórdidas playas de la historia. —Suspiró—. En fin, nos preparan para creer, no para saber. La fe siempre va un paso por delante de la lógica, aunque ese paso no siempre se dé en la dirección correcta».

Apagó el grabador. Ya era suficiente.

Antes de abandonar la sala, se despidió del Orbe con una reverencia y un comentario que, como de costumbre, no recibiría respuesta.

—Aún no me has mostrado ninguna señal, mi señor. Llevo cincuenta años esperándola, y en el fondo sé que moriré sin haber presenciado ningún milagro..., pero me gustaría saber que estás realmente ahí. Que no eres un pedazo de roca sin vida. Me gustaría saber.

Se dio la vuelta, presta a marcharse.

En ese momento, un resplandor tenue surgió del Orbe.

Eveini se detuvo. Muy lentamente, se volvió hacia la columna. Lo que vio casi le provocó un infarto.

Un portal de luz se alzó como una campana translúcida, hilando dos figuras en un telar de energía pura. Cuando se disipó, dos seres habían aparecido en medio de la gran sala. Ambos miraban, cada uno desde su propia altura —uno era tan alto y delgado como bajo y musculoso el otro—, el lugar donde se encontraban.

Y, al igual que el de Eveini, sus rostros también reflejaban sorpresa.

—Sargui —exclamó el más pequeño—, creo que ya no estamos en Kanxs.

—Te he dicho muchas veces que no me llames así. Y si eso que acabamos de atravesar era un portal... —respondió el otro—, podemos estar literalmente en cualquier lugar de la galaxia.

—Bueno, propongo que preguntemos a esta amable anciana —dijo el enano, encarándose con la madre superiora—. A veces los remedios más sencillos son los mejores.

Eveini aún tenía la sorpresa encajada en la garganta. Cuando el enano avanzó hacia ella, reculó.

Killigan levantó las manos en señal de paz.

—Tranquila, señora, no deseamos hacerle ningún daño. Soy el maestro ingeniero Killigan, y mi estirado compañero es el marqués Sargueras. Por favor, no me pregunte cómo hemos llegado hasta aquí. Sería demasiado largo de explicar.

—Tiene alas —puntualizó el marqués.

Killigan observó la espalda de Eveini.

—Es cierto. ¿Qué clase de criatura es usted, si me permite la pregunta?

—Eccss...

—Bueno, es un comienzo.

La Madre elevó hacia ellos un dedo tembloroso.

—¿Q... quiénes son ustedes? ¿Cómo han llegado hasta aquí?

El elfo se adelantó y ejecutó una reverencia.

—Perdonad nuestra impertinencia, pero hasta este momento no reconocí vuestras alas. Nunca había visto una incantatriz antes, pero hasta mis oídos han llegado muchas historias sobre vuestra Orden. Es un honor hablar con alguien que simboliza en su persona y en sus creencias la resistencia extrema contra la Quimera.

—¿Una dama dragón? —se extrañó el enano—. ¿No eran una leyenda?

—Ya ves que no.

—Han... han surgido del corazón del Dragón... —dijo Eveini, más para resumirse a sí misma los acontecimientos que para ellos—. Eso es... imposible.

Los recién llegados miraron al Orbe.

—Si hemos roto algo —advirtió Killigan— ha sido sin querer. En serio.

—Me temo que no es eso a lo que se refiere esta dama —terció Sargueras—. Señora, aunque me gustaría explicároslo más a fondo, sabed por el momento que hemos sido enviados aquí por... eh... —Iba a decir «el avatar de un dios», pero le pareció que ya había demasiadas incógnitas en el aire como para añadir una más... un poder superior. Nuestra misión es encontrar a una mujer.

—Eso se está convirtiendo en una costumbre. —Eveini alzó los ojos al cielo, evocando la imagen de Sheida y Danae saltándose medio centenar de leyes de la Orden.

Armándose de paciencia, se dispuso a escuchar la increíble historia de sus nuevos huéspedes hasta el final.

—¡Ronin!

Erik abrió de una patada la puerta de la azotea, amartillando un fusil. Al otro lado no le aguardaba ningún enemigo, empero, sino la dama Sheida, con el cuerpo de Ronin en sus brazos.

Casi le dio miedo preguntarlo.

—¿Es... está...?

—Viva —le tranquilizó Sheida—. Pero inconsciente. Sea lo que sea lo que le ha hecho esa especie de luz, la mantiene respirando.

Erik se hizo cargo de la capitana, colgándose el arma del hombro. Antes de abandonar el cuerpo de Éremos, había registrado su armadura en busca del botiquín de campaña. Los pinchazos de las drogas aún se notaban en su carótida.

Bajaron al nivel calle y caminaron entre los escombros hacia el único muelle que quedaba entero. Ronin murmuró algo en sueños.

—Pobrecita, está extenuada —se compadeció Sheida.

—¿Qué harás tú a partir de ahora?

—Proseguir la lucha, supongo. Que hayamos vencido en esta batalla no implica a la postre ganar la guerra contra la Quimera. Todavía falta mucho por hacer.

—¿Tienes con qué regresar a tu mundo? Este pez está a punto de sumergirse para siempre, y todas las naves que quedaban en las plataformas...

—Me las apañaré, no te preocupes. Oye, Erik... —Se detuvo al borde del malecón—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por devolvérmela —sonrió, señalando la espada de Danae. Erik aún la portaba en su tahalí.

El guerrero se la tendió.

—Luchó con gran valentía. Yo estuve allí, y lo atestiguo.

—Me temo que eso fue lo que la mató. Danae siempre fue muy impulsiva. —Un asomo de tristeza amenazó con cristalizarse en sus ojos—. En fin, confío en que volvamos a vernos.

—Es poco probable.

La dama estrechó su mano.

—Lo sé.

—Adiós, Sheida.

—¿Cuidarás de Ronin?

—Estaré allí cuando despierte. Y por mucho tiempo más, me temo.

—Eso devolverá las rosas a sus mejillas. Ahora que ha... cambiado, necesitará todo el apoyo de la gente que la quiere. Quién sabe lo que los dioses le tienen reservado para el futuro.

Erik puso cara de asco.

—Ah, no. Eso se acabó. Correremos más rápido que ellos. Sólo necesito una buena nave.

Sheida soltó una carcajada.

—Te deseo suerte, entonces. A los dos. Ojalá corráis más rápido que la velocidad de la decepción.

Erik se despidió de ella con un asentimiento de cabeza y se encaminó al atracadero. Depositó el cuerpo de Ronin en una de las pocas barcas que quedaban enteras y soltó amarras.

Lo último que Sheida vio de él fue una figura recortada contra el amanecer, remando con todas sus fuerzas contra el mar y contra el tiempo.

Epílogo

La sombra de la Quimera

El consejero Blikos esperó, muy nervioso, hasta que la Casa Axiomática abrió sus puertas. Era la primera vez en su vida que atravesaba aquel tétrico umbral, aquella promesa de sabiduría infinita, para consultar a la Tejedora. Hasta ese momento, sólo el mariscal Éremos había tenido ese honor, y le había sido concedido no para que lo desperdiciara, sino para que impulsase el dominio de la Quimera hasta cotas nunca vistas.

Blikos rió internamente al recordar el triste destino de Éremos, y a qué cotas (de vergüenza) había conseguido llegar.

Estúpidamente, movido por su arrogancia y una fe ciega en su propia y ficticia inmortalidad, derrochó la única fracción de presciencia que poseía su dios. ¿Y todo para qué? Para ser derrotado por un paria, un vagabundo estelar, justo cuando parecía haber alcanzado la cúspide de su poderío.

Era hora de olvidar el pasado. El futuro, tan oscuro o luminoso como ellos permitieran que fuese, estaba a la vuelta de la esquina.

Tomando aliento, recitó:

—Cuenta la historia, Tejedora de Verdades. Y que sea cierta, para que los afortunados que la escuchen puedan aprenderla.

La retumbante orden del consejero resonó en las bóvedas de la Casa. Su frase había completado los rituales, y la Tejedora, abandonando por unos minutos el caparazón que mantenía su frágil cuerpo a salvo de los rigores del mundo externo, despegó sus labios de anciana y habló. Sus cuerdas vocales se movieron por segunda vez en esa década.

No parecía nada contenta por ello.

—¿Por qué me has llamado de nuevo? ¿Acaso desconoces el peligro que tal acción conlleva? —preguntó entre quejidos.

—Soy consciente del peligro y asumo sus consecuencias, pero las actuales y trágicas circunstancias así lo requieren —explicó el consejero—. La nueva Semilla ha sido destruida, y el Plan de Seis anulado. Sombríos horizontes se abren para nosotros, pues sabemos que la estirpe de Glorien ha movido pieza, y uno de sus vástagos ha escogido por fin un avatar.

La Tejedora se agitó en su capullo, inquieta.

—¿Qué avatar es ése?

—Una mujer. Una hembra humana llamada Ronin Telser.

—¿Por qué no se la mató cuando se presentó la oportunidad?

Blikos tragó saliva. Había preguntas que, literalmente, no sabía cómo contestar.

—Fue un error... trágico. No nos dimos cuenta de lo que teníamos entre manos hasta que lo perdimos. Suplico perdón, en mi nombre y en el del mariscal Éremos, y

me humillo ante vos.

—No basta con la humillación —dijo la Tejedora, imprimiendo a su cabeza algo parecido a una sacudida irónica—. Deberás proteger con toda la fuerza de nuestro imperio la nueva Semilla cuando ésta aparezca, y salvaguardar el Plan de Seis. No se escatimarán medios en cumplir esta orden. La Casa Axiomática te avisará... cuando la Semilla esté lista para ser plantada.

El consejero hincó una rodilla en el suelo.

—Así se hará.

—Y una cosa más...

Blikos trasladó su lánguida mirada al caparazón de la Tejedora.

«Allá vamos», pensó.

—Durante años has sido un buen consejero para el mariscal Éremos —dijo el ente—. Gracias a ti sus victorias se multiplicaron y nuestro imperio se volvió más poderoso. Él poseía la fuerza, pero tú la prudencia. Cada cual era un arma muy poderosa en su campo, aunque por separado no sois nada. Es menester que tal unión siga siendo factible.

—No... no os entiendo, mi señora...

Pero sí lo entendía, y horas después, tras haber concluido su visita a la Casa y haber regresado a la nave nodriza, le costó mantener la compostura mientras caminaba con expresión altiva por los pasillos y entraba en su camarote. Ecos de saludos marciales y taconazos inspirados le acompañaban como una música militar a dondequiera que fuese. Él estaba ahora al mando, y las veletas de la lealtad se iban girando lentamente en su dirección.

Dejó caer su humanidad en una silla, abatido. Frente a él, una proyección holográfica del exterior mostraba a la flota reuniéndose para ejecutar un hipersalto. Varios castillos flotantes, con las almenas plegadas y las torres sirviendo de hilos conductores para inmensas ráfagas de energía, se disponían en formación cerrada. Miles de pequeños cazas y panzers de apoyo los rodeaban convirtiendo el espacio en un panal de abejas gigante.

Sin embargo, una sombra de vergüenza manchaba aquel soberbio cuadro: por muy poderoso que fuese su ejército, sus planes se habían visto retrasados por la intervención de minúsculas personas, perdidas en un planeta lejano, que jamás debieron suponer una amenaza.

La vista del consejero huyó del holograma. Se frotó la nuca. Con las yemas de los dedos notó el bulto del implante kármico.

Blikos, maldito bastardo, susurró la voz de una presencia confinada dentro de su cerebro; una presencia subyugada sólo a medias por su voluntad.

Creíste librarte de mí, pero no te será tan fácil. Te aseguro que llegará el día de mi venganza, aunque tarde una eternidad...

La Tejedora estaba en lo cierto. Era una lástima romper la magnífica colaboración entre el mariscal y él, aun después de la muerte del primero. Sobre todo, teniendo en

cuenta cuál era su especialidad: escanear las mentes de los enemigos fallecidos en combate para aprovechar su sabiduría en futuras campañas.

Blikos hundió el rostro entre las manos, sollozando. El espíritu del mariscal, atrapado en su chip kármico, revoloteaba de un lado para otro como un halcón enjaulado, esperando su momento.



VÍCTOR CONDE, en realidad llamado Alfredo Moreno Santana, nació en Santa Cruz de Tenerife en 1973.

Comenzó a estudiar psicología, pero abandonó la carrera desilusionado y se pasó a Imagen y Sonido. Realizó algunos trabajos dentro del mundo del cine. En la actualidad trabaja como programador de sistemas. Su trabajo como guionista le permitió profundizar en la estructura de la trama de sus futuras novelas. De hecho, *El tercer nombre del emperador* surge por su interés de convertir en novela una idea irrealizable en el cine.

Prolífico autor de ciencia ficción, literatura fantástica, terror y juvenil; un auténtico todo terreno, ya sea en la literatura de género, ya en la literatura a secas, sin más etiquetas, con una voz sumamente personal y un talento innegable para conjurar imágenes poderosas. En 2010 ganó el premio Internacional Minotauro de literatura fantástica, del que había quedado finalista en dos ocasiones (2004 con *Mystes* y 2005 con *El teatro secreto*). Al año siguiente gana el premio Ignotus por su novela *Crónicas del Multiverso*, del que había sido finalista en 2009 (*Albedo cero*). También fue finalista del Premio UPC (mención de aprecio, 2007) de novela corta por *Mercaderes del tiempo*. Sus novelas *Naturaleza muerta* y *Crónicas del Multiverso*, contaron con el favor de crítica y público, tendencia que consolidó definitivamente con *Heraldos de la luz*, con la que inauguró la trilogía de los *Heraldos*, su proyecto más ambicioso dentro del campo de la narrativa fantástica orientada al público juvenil.

Su temática es una mezcla de aventura a caballo entre lo fantástico y la ciencia ficción. Un tipo de *Space Opera* que consigue sobresalir por encima de la intrascendencia de las aventuras espaciales, al estilo de Dan Simmons, uno de sus autores de referencia. Su serie más conocida, la saga de *Piscis*, está protagonizada por una mujer creada genéticamente, una guerrero que viaja a bordo de su nave espacial. Se trata de un conjunto de novelas y relatos donde predomina la acción y la diversión.

Actualmente, además de dedicarse a la literatura, trabaja como guionista, tanto para el cine como para la pequeña pantalla. Es miembro de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror.

Notas

[1] LYsjalua: dramaturgo de renombre en los Mundos Unidos, autor de las sátiras de Dalmacio, donde un esclavo manumitido se burla descaradamente del poder. <<